MICHAEL CURTIS FORD

DIOSES Y LEGIONES



En el año 354, Juliano era un joven cristiano que estudiaba filosofía en Atenas, y el último superviviente de una sangrienta purga política que aniquiló a toda su familia. En Roma reinaba la confusión, el poder estaba corrompido y sus fronteras amenazadas. La vida de Juliano camba drásticamente cuando su tío, el emperador Constantino, lo pone al frente de las legiones para terminar con la amenaza de las tribus germánicas. Con voluntad, disciplina y la ayuda de su amigo y confidente Cesáreo, Juliano irá superando los obstáculos en el inevitable camino que lo llevará a convertirse en emperador y a renunciar a su fe.



Michael Curtis Ford

Dioses y legiones

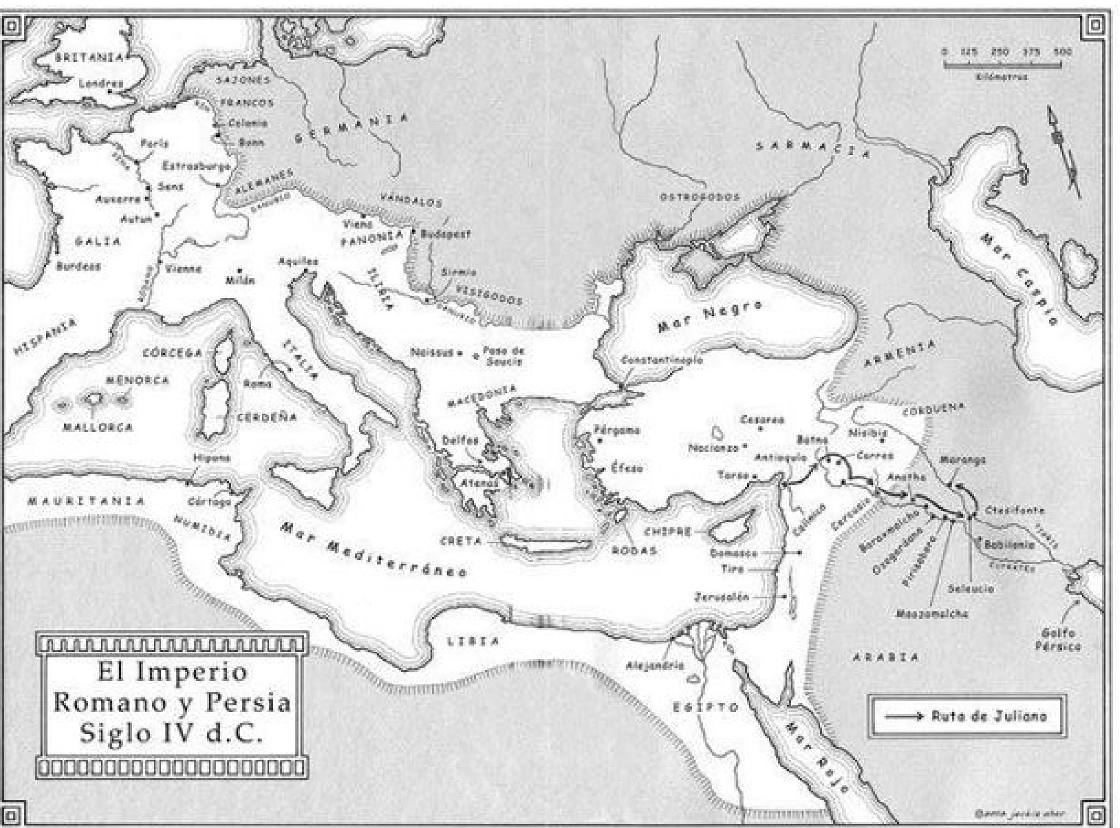
ePub r1.0
Ariblack 29.06.14

Título original: *Gods and Legions*
Michael Curtis Ford, 2002
Traducción: Matilde Fernández de Villavicencio
Diseño de cubierta: Arcangel Images

Editor digital: Ariblack
ePub base r1.1



Para Eamon, Isabel y Marie


El Imperio
Romano y Persia
Siglo IV d.C.
0 125 250 375 500
Kilómetros
BRITANIA
Londres
SAJONES
FRANCOS
Colonia
Bonn
GERMANIA
París
Estrasburgo
Sens
Auxerre
Autun
ALEMANES
GALIA
Burdeos
Vienna
Milán
Aquilea
Viena
PANONIA
Budapest
VÁNDALOS
Sirmio
VISIGODOS
ILIRIA
OSTROGODOS
SARMACIA
HISPANIA
CÓRCEGA
MENORCA
MALLORCA
CERDEÑA
Roma
ITALIA
Naissus
Paso de Succi
MACEDONIA
Delfos
Atenas
CRETA
Mar Negro
Constantinopla
Pérgamo
Éfeso
RODAS
Cesarea
Nacianzo
Tarso
Antioquía
Batna
Nisibis
Carres
ARMENIA
CORDUENA
Mar Caspio
Anatha
Maranga
Ctesifonte
Babilonia
Seleucia
Maozamalcha
Pirisabora
Ozogardana
Barasmalcha
CHIPRE
Damasco
Tiro
Jerusalén
Mar Mediterráneo
MAURITANIA
NUMIDIA
Hipona
Cártago
LIBIA
Alejandría
EGIPTO
Mar Rojo
ARABIA
Golfo Pérsico
Ruta de Juliano



NOTA HISTÓRICA

De todas las grandes figuras de la Antigüedad, pocas son tan fascinantes y al mismo tiempo enigmáticas, pocas tan admiradas y al mismo tiempo difamadas, como la de Flavio Claudio Juliano Augusto, hombre conocido por la historia como Juliano el Apóstata. Emperador romano que jamás puso un pie en Roma y hablaba latín con dificultad, general brillante y cruel que no manejó una espada hasta alcanzar la edad adulta, el hombre más rico y poderoso del mundo y, sin embargo, un célibe que solo comía hortalizas y dormía en el suelo, Juliano fue un individuo de contrastes y convicciones profundos, cuyas creencias desconcertaban a amigos y enemigos por igual. Prácticamente en cualquier otro período del Imperio Romano sus cruzadas y excentricidades habrían sido toleradas y puede que, viniendo de un emperador, hasta esperadas, mas aquellos no eran tiempos corrientes.

El siglo IV de la era cristiana fue uno de los períodos más agitados de la historia de Europa. Tras una sucesión de dirigentes débiles, invasiones bárbaras y persecuciones religiosas de gran brutalidad, Roma produjo, de súbito, un emperador —Constantino, tío de Juliano— que, sorprendentemente, se hizo cristiano. Hasta ese momento, el cristianismo había sido una secta integrada principalmente por esclavos y gente pobre, objeto unas veces de burla y otras de indiferencia, pero ahora constituía la religión del Estado. Los antiguos templos paganos se transformaron en iglesias, muchos hombres y mujeres de las clases elevadas se convirtieron a la religión de su emperador y una nueva cultura comenzó a echar raíces, mas un imperio tan vasto como el romano no podía cambiar en un día. Los germanos y los godos seguían haciendo estragos en Occidente, los persas en Oriente, y el ejército romano, en especial

sus poderosas legiones del este, seguía siendo en su mayoría pagano, fiel a deidades como Mitra, el sangriento y colérico dios toro.

Fue en este contexto de revueltas, fervor religioso y terribles guerras para las fronteras romanas y, de hecho, para el alma de Roma, cuando Juliano subió al poder, unos dicen que a regañadientes, otros que como fruto de su astucia. En esa época el Imperio se hallaba en el centro de la balanza, de tal manera que el empuje constante de un dirigente firme podía inclinarla en cualquiera de las dos direcciones. Juliano fue ese dirigente, un individuo resuelto, de acción, el emperador más sagaz y obstinado desde Constantino y puede que desde mucho antes, un hombre con un plan que llevar a cabo.

Y en el mundo de la antigua Roma eran bien pocos los mecanismos de equilibrio de poderes capaces de poner trabas a un dirigente poderoso. Allí adonde iba el emperador, el mundo le seguía.

A quienes los dioses destruirían primero enloquecen.

Eurípides

Carta de Gregorio Nacianceno, devoto servidor de la Iglesia, al Santo Pontífice, papa Siricio, amado por Dios y contrario a la herejía, defensor de la Verdadera Fe y heredero del trono de san Pedro en Roma:

Que la gracia y la misericordia te acompañen.

Como ya sabes, Cesáreo, mi difunto hermano, médico reputado de la corte del difunto emperador Constancio, siendo joven trasladó sus servicios profesionales al adversario del emperador, y con el tiempo su sucesor, el execrable pagano y apóstata Juliano. Así obró no porque apoyara la causa impía de Juliano (pues la fe cristiana de Cesáreo era inquebrantable), sino porque era su aspiración prosperar en su profesión, y su deseo, disuadir al pagano de sus intentos de acabar con la fe. A ti dejo, Eminencia, tener en cuenta el testimonio de sus motivaciones.

Deseo atraer tu atención a un diario que mi hermano escribió al final de su vida, una suerte de confesiones, que ocultaba por temor a que sus palabras cayeran en manos indiscretas o desleales. El diario recoge muchos aspectos de su relación con el bellaco Juliano que quizá Su Señoría desconozca. En la presente incluyo dicho documento, con el único ruego de que lo guardes con el celo que merece su contenido.

Que el alma de mi hermano reciba castigo o recompensa por sus acciones a Dios corresponde decidir. Él, y solo Él,

conocía los pensamientos y los motivos de mi hermano, hombre que contó con mi afecto en vida pero que, desde que descubriera este documento, es para mí fuente interminable de consternación. En tus manos dejo que se me libere de esta carga, ya sea pecadora o santa, descrita a continuación y según la juzgue el Dios eterno.

Atentamente,
Siempre fiel a Cristo,

GREGORIO
NACIANCENO
, obispo de Constantinopla



LIBRO PRIMERO

GÉNESIS

Guárdate de que te hagan césar, de que te cubran con ese tinte…

MARCO AURELIO



I

Escribo acerca de la guerra y un hombre, y acerca de un hombre en guerra, aunque no siempre fue así. Pues el mundo lo convirtió en tal, lo moldeó a partir de materiales débiles y poco prometedores, como una escultura sublime hecha con el barro humilde del río. Luego el mundo se asustó de lo que había creado, aunque iba a tardar muchos años. No hay duda de que los acontecimientos forjan el sino de cada hombre, pues no podemos evitar cargar con las coronas y las cicatrices que el incierto destino nos lega. Sin embargo, más que los acontecimientos, lo que da forma al hombre es el libre albedrío, ese reflejo y ese eco en su interior del Dios que lo creó. El libre albedrío, como Dios, puede elevarse por encima de las circunstancias u obstáculos con que tropieza el hombre; como Dios, puede hacer grande al humilde, tornar a un muchacho débil en hombre fuerte, convertir a un estudiante timorato en emperador del mundo. Y como Lucifer, el adversario de Dios, puede hacer que en vano agite los puños contra el pecho de su Creador, si así lo elige por libre albedrío.

Una noche sin luna, a mil millas de casa, un ejército exhausto dormitaba en un desolado páramo de polvo y negras cenizas. Ni uno solo de los ruidos que emite un ejército en reposo —el resuello de los caballos, el lamento de los heridos, el vocerío de los centinelas en el cambio de turno— conseguía perturbar mis sueños, pues tan acostumbrado estaba a ellos que casi me resultaban reconfortantes. Algo, sin embargo, quizá la irrupción de un suave soplo de aire en la tienda, me despabiló, si bien permanecí quieto, hundido en la silla de alto respaldo donde había conciliado un sueño intranquilo. Solo mis ojos se removieron bajo los párpados entrecerrados para mirar por encima de la luz trémula del diminuto

candil.

Era una diosa, poseedora de una belleza de otro mundo, cuya piel y cabellos brillaban en una tenue aureola mientras cruzaba el sigiloso toldo y sorteaba sin esfuerzo los mapas y tomos esparcidos por el suelo. Como un espíritu, apenas movía los pies ni bajaba la mirada para ver dónde pisaba. Sus luminosos ojos, ajenos a mi presencia y a la de los hombres que descansaban en los rincones, estaban clavados en él. Advertí que Juliano también estaba despierto, sentado en su catre con el cuerpo tenso y paralizado, mirándola sin pestañear, y sin miedo.

En el perfil de la mujer, en el pozo de sus ojos, había una tristeza indescriptible, un pesar inefable que iluminaba su belleza como la luz de la luna alumbra la blanca caliza de un templo. La túnica flotaba como una pluma formando remolinos en los pies, a pesar de que el aire pesado del desierto no ofrecía la más mínima brisa para aliviarnos del sofocante calor. El velo que le cubría la cabeza y el rostro, colocado a la manera de una mujer en duelo, era una fina gasa, transparente como una tela de araña, que en lugar de nublar la tersura del cuello y el rostro la intensificaba. Las trenzas, recogidas bajo el velo a la antigua usanza, desprendían el penetrante aroma de la mirra en que se había bañado la tela. Permanecí quieto como una estatua, las uñas clavadas en la palma de las manos, mientras ella avanzaba suave como un salmo, queda como una oración.

Tras detenerse a los pies del lecho de Juliano, se quedó inmóvil durante un largo rato. Una lágrima rutilante cayó por su mejilla y desapareció en la penumbra de los pies. Juliano la observó maravillado mientras ella tendía los brazos meciendo un fardo que al principio creí que era un niño, pero que luego advertí que no era un ser vivo. La mujer se lo mostró y el rostro de Juliano se nubló. ¿De decepción? ¿De miedo? Antes de alejarse, la mirada de la mujer se posó en él un breve instante, como si se resistiera a partir.

Mientras cruzaba de nuevo la estancia con un ritmo acompasado, la cabeza inclinada por la pena, se detuvo y, para mi sorpresa, se volvió lentamente hacia mí, se apartó el velo de la cara con una mano y elevó los ojos. Al encontrarse con los míos, su expresión serena y triste se llenó súbitamente de una maldad y un

odio tales que me levanté sobresaltado, derribando la silla con un fuerte estruendo. La mujer desapareció tras las colgaduras de la tienda con el mismo sigilo con que había entrado.

El alba se presentó temprana portando una luz mórbida a la enferma humanidad, pálido presagio de lucha y congoja. La neblina amarillenta del desierto había hecho acto de presencia, como era habitual en estas mañanas estivales. No era la humedad refrescante de la fría bruma de la Galia que yo tanto amaba, sino una humedad viscosa y nociva, aferrada a un calor que ya iba en aumento aunque el sol apenas había asomado. El bochorno dejaba en la piel un tacto pegajoso que se mezclaba con el humo de ascuas de las hogueras y la arenisca del aire hasta cubrir la cara de una película irritante. Enjambres de moscas y cénzalos buscaban humedad en las comisuras de los labios y los ojos, enloquecían a los animales con sus incesantes zumbidos y picaduras, formaban nubes letales en los traseros desnudos de los hombres acuclillados en las fétidas letrinas, que maldecían el ritmo ocioso de sus intestinos. Los soldados levantaron el campamento en un silencio cargado de resentimiento, y antes de que el sol mostrara medio cuerpo por el horizonte la caballería ya había dejado atrás los flancos del ejército envuelta en una nube de polvo. Las tropas de vanguardia y el resto de las legiones la seguían desde no muy lejos, con las mochilas al hombro y a paso ligero, todavía digiriendo las galletas secas del desayuno.

Mientras nosotros avanzábamos, los persas, que habían aprendido de anteriores derrotas ante las tropas de Juliano a evitar las batallas campales, seguían una estrategia de acoso gradual, pisándonos los talones sin llevar a cabo un verdadero asalto. Desde varios puntos divisábamos el ejército del rey Sapor dividido en dos mitades que nos flanqueaban siguiendo sendas trayectorias paralelas a la nuestra. Recortadas contra el cielo blanquecino, las filas de los miles y miles de soldados de infantería, feroces guerreros de Media en cuyas armaduras de escamas se reflejaba cegador el sol, aparecían y desaparecían en el remolino de polvo levantado por la potente caballería persa que los precedía en estrecha formación.

Por la cordillera de la izquierda desfilaban hileras de elefantes indios, monstruos grises y arrugados cuyo aterrador tamaño empequeñecía las filas de soldados que los seguían y precedían. Las

bestias avanzaban pesadamente, cargando cada una sobre el lomo una especie de torre, una estructura de madera con paredes de cuero, en la que viajaban cuatro arqueros y lanceros. Los elefantes estaban pintados con colores aterradores, con círculos y espirales alrededor de los ojos, las orejas rojas como la sangre y ribeteadas de negro. Sobre la frente lucían una cresta emplumada, teñida de rojo carmesí. Cada monstruo portaba atado al pecho, mediante fuertes correas, una gran lanza que semejaba un tercer colmillo, y ceñidas a las patas lucían unas tiras de cuero con tachones relucientes. Llevaban armadura y brazales bruñidos sobre la cabeza y las espaldillas, así como anteojeras que los obligaban a mirar siempre al frente e impedían que se distrajeran con lo que ocurría alrededor. Los guiaba un enorme macho provisto de dos colmillos amarillentos, de ocho pies de largo, coronados por sendas puntas de lanza de lustroso bronce. El viento empezó a soplar en nuestra dirección acercando el fétido olor de las bestias, empeorado por el repugnante sebo que los persas les habían untado para impedir que la piel se les agrietara e irritara con el calor seco del desierto. Nuestros caballos temblaban y vacilaban visiblemente.

Me acerqué al emperador, que cabalgaba ojeroso y encorvado, absorto en sus pensamientos.

—Juliano —dije—, nuestros hombres nunca han luchado contra elefantes. Los galos ni siquiera los habían visto antes, salvo de lejos.

Se irguió con aparente esfuerzo y observó la cordillera, allí donde la pesada columna parecía cernerse sobre nosotros. Sus alargadas sombras casi alcanzaban nuestras filas. Luego me miró con una tenue sonrisa que asomaba a través de su barba polvorienta.

—Cesáreo, siempre preocupado, siempre planificando, ¿eh? Ojalá mis generales se interesaran tanto por mi bienestar como mi médico. ¿Cuántos años hace que somos amigos? ¿Ocho, diez? Con tu ayuda conquisté la Galia y Germania. ¡Contigo a mi lado fui elevado a emperador! Hemos saqueado hasta la última fortaleza persa del Éufrates y echado abajo la plaza fuerte del rey Sapor bajo los mismísimos muros de su palacio. Los hombres están en su mejor momento, Cesáreo, parecen sabuesos ávidos de sangre persa. Esta mañana se han ofrecido sacrificios a los dioses, tres bueyes. Los

presagios han sido favorables esta vez, los hígados estaban sanos. ¡Ahora, los dioses están con nosotros! Cesáreo, he visto los hígados, esta vez los dioses están con nosotros…

Volvía a divagar y me apresuré a calmarle, no como un súbdito a su emperador sino como un amigo a un amigo, como un médico a su paciente, como un soldado a su general enloquecido.

—Llevamos ocho años juntos, Juliano —dije—, desde que nos conocimos en Atenas. Dios ha sido bondadoso con nosotros. No obstante… los elefantes.

Me miró fijamente, enfocando los ojos con dificultad, moviendo los labios como si se dispusiera a decir algo. Proseguí antes de que pudiera interrumpirme.

—Los hombres están nerviosos y los caballos, inquietos. El ejército carece de experiencia con semejantes bestias. Necesitamos un plan.

Contempló de nuevo la cordillera.

—Carecen de experiencia —murmuró, y acto seguido levantó bruscamente la cabeza—. ¡No son más que animales! He leído sobre ellos, Cesáreo. —Hizo una pausa a fin de rememorar las lecciones de estrategia y táctica militares aprendidas años atrás, bajo la tutela de Salustio—. Hace trece años los persas utilizaron elefantes contra las tropas romanas en Nisibis. Mataron a muchos de nuestros hombres, pero luego las bestias, enloquecidas, empezaron a correr entre los suyos y aplastaron las filas persas. ¿Te has fijado en los cornacas? El rey Sapor ha aprendido la lección.

Miré a través de la calina. Sobre cada elefante viajaba un flaco cornaca con armadura, instalado precariamente sobre la nuca de la bestia. Asentí con la cabeza.

—Indios —prosiguió Juliano—, los mejores a la hora de controlar a esas bestias. Cada uno lleva atado a la muñeca izquierda un clavo largo y sólido. Si el elefante pierde el control, el cornaca se lo hunde en el cuello, en la base del cráneo. Eso le fractura las vértebras y le produce la muerte. El jinete lleva un mazo de madera para introducir el clavo bien hondo.

—Pero eso derribaría a los hombres de la torre. Caer desde semejante altura…

Juliano se encogió de hombros.

—¿Y qué? Son aplastados o mueren. Mejor ellos, se dice el rey, que toda una fila de soldados en plena batalla.

—Entonces, ¿cómo vamos a combatirlos?

Juliano cabalgó un rato en silencio antes de volverse hacia mí.

—Con cerdos.

—¿Cerdos, Juliano?

—Dicen que los elefantes tienen pánico a los cerdos chillones. Primero los untas de grasa y les prendes fuego. Luego los envías a correr enloquecidos entre las patas de los elefantes.

Me detuve a reflexionar sobre esa extraordinaria propuesta, preguntándome si estaba basada en hechos o era producto de la locura.

—Ya no nos quedan cerdos —repuse con cautela, y no sin cierto alivio.

Juliano suspiró.

—En ese caso, solo nos queda confiar en que Sapor mantenga su tregua.

Avanzamos durante cinco horas por el yermo valle conocido localmente como Maranga, en formación de combate, siguiendo una ruta que solo distinguían nuestros exploradores árabes. La avanzada de Sapor había abrasado la tierra para que no pudiéramos obtener grano ni caza, y el paisaje era desolador. No había color, solo grises, y las cenizas lo cubrían todo suavizando el negro azabache de los tocones y arbustos que todavía humeaban a un lado y otro de nuestro camino. Cada hombre, con cada paso que daba, levantaba una nube de ceniza negra que se posaba entre los dedos de los pies y se mezclaba con el sudor de la cara y el cuello. Los hombres, muertos de sed, flaqueaban bajo el implacable calor y la tensión de vigilar constantemente a los soldados del rey Sapor, los cuales, con su atuendo más fresco y ligero y su aclimatación al calor, parecían inquietantemente lozanos y llenos de energía. Nuestros flancos estaban bien protegidos por la caballería y la infantería, pero la escabrosidad del terreno había desbaratado ligeramente nuestra formación y la línea de avance medía ahora tres millas de punta a punta.

De pronto oímos un alboroto a nuestra espalda, un vago fragor de cornetas y los gritos agudos, como de mujer, de caballos heridos.

Juliano, que cabalgaba delante de mí, en la vanguardia, al lado de Salustio y otros consejeros, se salió de la línea de avance, giró con su caballo y miró a través de la calina.

Los gritos transmitidos a lo largo de la línea por los heraldos nos trajeron la noticia inmediatamente.

—¡Ataque persa en la retaguardia! ¡Caballería e infantería ligera!

Juliano había esperado una señal más clara por parte de los torpes persas. En contra de sus propias órdenes, se había quitado la armadura a causa del calor, de modo que se detuvo para ponerse solo el casco, que le colgaba de los hombros, y arrebatar el escudo a un oficial de caballería que tenía cerca. Acto seguido, retrocedió al galope por la línea de avance en dirección al tumulto mientras vociferaba, no tanto para obligar al resto del ejército a seguir marchando como para mantenerlo alerta.

Corrí a unirme a sus guardias y generales atravesando la polvareda cegadora que levantaban con los caballos y nos acercamos a la retaguardia. El aterrador clamor y la nube de polvo que se elevaba ante nosotros nos indicaron que la batalla había comenzado ya. Nos rodeaban masas de hombres de piel ennegrecida y brillante, que corrían desconcertados hacia la retaguardia para ayudar a sus camaradas. Juliano estiró el cuello para buscar con la mirada un oficial que pudiera ponerle al corriente, cuando nos sobresaltó otro fragor de cornetas, esta vez a nuestra espalda, hacia el frente de la columna.

—¿Qué demonios…? —musitó en tanto que Salustio echaba a galopar hacia el lugar de donde habíamos venido.

Salustio se encontró con el oficial que había cedido su escudo. Cruzó unas palabras con él y regresó junto a Juliano, que luchaba por abrirse paso entre los hombres de la retaguardia.

—¡Señor —gritó Salustio—, Sapor también está atacando el frente!

Juliano frenó en seco y giró sobre su caballo con el rostro desencajado por la ira.

—¡Por todos los dioses! —vociferó—. ¡Salustio, dirige el frente! Todavía nos hallamos en estado de tregua con los persas. ¡Sapor pagará por su traición!

Impulsándose hacia delante, galopó contra la oleada de hombres que corrían en dirección a la retaguardia, y obedeciendo a los gritos frenéticos de Salustio, se apartaban para evitar los afilados cascos del caballo del emperador.

Despejamos la retaguardia y salvamos el vacío creado entre los dos extremos del ejército para unirnos a las agotadas tropas que avanzaban resignadas hacia el frente. En ese momento nos sobresaltó otra descarga de cornetas, esta vez delirante y frenética, como proveniente de docenas de instrumentos, no detrás ni delante, sino justo al lado. Una enorme nube de polvo rodó por la cordillera izquierda, ocupada por las tropas persas. Escudriñé la densa calina hasta divisar un brillo de armas y corazas. Los cascos y las puntas de las lanzas avanzaban a una altura inverosímil con respecto al suelo. Los aterradores trompetazos eran cada vez más estridentes y los soldados que nos seguían se detuvieron en seco, aterrorizados, al atisbar una manada de elefantes acorazados del rey que se abalanzaban sobre nosotros a una velocidad jamás vista en ninguna bestia o artefacto terrenal.

Al oír los terroríficos berridos de los elefantes, los caballos romanos retrocedieron con los ojos desencajados por el terror y hasta Juliano estuvo a punto de ser derribado por su bien adiestrado corcel. El aspecto imponente de los elefantes, sus quijadas entreabiertas y su espantoso hedor atemorizaron a hombres y animales, y a medida que la columna se aproximaba la tierra temblaba bajo el peso de sus gruesas pezuñas. Marchaban directos al centro de nuestra horrorizada columna mientras los cornacas, precariamente encaramados a sus nucas, nos miraban con una sonrisa diabólica de blancos dientes que rutilaban en su tez oscura.

Las bestias arremetieron contra nuestra línea, enfurecidas por los gritos de terror de los soldados. Estos se dispersaron para salvar la vida mientras los elefantes, encabritados, berreaban y pisoteaban los cuerpos que habían conseguido arrollar hasta convertirlos en meras manchas oscuras sobre la tierra tiznada. Extremidades y troncos de romanos colgaban, inertes y sanguinolentos, de los colmillos, lo que aumentaba la ira asesina de las bestias. Desde las torres, los arqueros lanzaban flechas incesantes sobre nuestros

hombres, a los que derribaban allí mismo para crear hileras de heridos que los elefantes se apresuraban a aplastar o recoger con sus colmillos y desgarrar con sus fauces. Cuando nuestros galos lograron al fin huir del reluciente marfil, los cornacas alejaron a los elefantes del lugar de la matanza a fin de prepararlos para el siguiente ataque. Detrás de ellos, avanzando implacable por la cordillera en estrecha formación, descendía una masa monumental de infantería persa emitiendo su ululante grito guerrero, lista para atacar y rematar la destrucción iniciada por las terribles bestias en cuanto estas hubieran terminado su labor.

Cuando los elefantes se hubieron retirado para formar de nuevo, Juliano irrumpió entre sus soldados con renovada energía, y sus ojos brillaban bajo la visera del casco con una intensidad casi aterradora. Como un poseído, iba de un lado a otro girando e inclinando su caballo, vociferando palabras de ánimo, formando a los soldados para el combate y aullando instrucciones para derribar a los monstruos cuando volvieran a atacar. Los galos le miraban atónitos pero, tragándose el pavor y el impulso de huir, obedecieron con la precisión militar que su emperador les había inculcado a lo largo de muchos años de campañas. Los escudos se elevaron, las puntas de las lanzas descendieron y, mientras el polvo negro se asentaba en nuestras cabezas, nos volvimos para hacer frente a los elefantes.

La embestida fue inmediata. Dirigidas por el enorme macho con su encarnada boca entreabierta y los labios aleteando, las bestias, veinte o más, en hileras de cuatro, cargaron de nuevo contra nuestra columna. Un elefante llevaba a un romano, empalado en la primera acometida, en la escarpia sujeta al pecho. Impotentes, las piernas y la cabeza del soldado bailaban con el bamboleo del animal, los ojos inertes clavados en sus camaradas como un sanguinolento mascarón en la proa de un navío. Los elefantes avanzaban berreando, haciendo temblar la tierra bajo sus patas. Cuando estuvieron cerca, los soldados guardaron silencio.

—¡Quietos! —gritó Juliano con los labios torcidos en una sonrisa de loco o una mueca, observando a las bestias, obligadas por las anteojeras a mirar directamente a la legión romana—. ¡Quietos! —repitió, esta vez más fuerte, y el atroz hedor de los animales nos

inundó las fosas nasales, mezclado con el tufo de la sangre y los excrementos que cubrían nuestros pies—. ¡Quietos… hasta que diga… YA!

Justo en el instante en que los elefantes se abalanzaban feroces sobre nosotros, la columna de hombres, como un pergamino desgarrado, se abrió por el centro saltando velozmente a los lados y dejando un vacío por el que avanzaron los enfurecidos animales hasta que, desconcertados, se detuvieron.

De nuestros soldados se elevó un rugido que ahogó los berridos de las bestias, las cuales movieron perplejas la cabeza de un lado a otro tratando de ver más allá de las anteojeras para averiguar de dónde provenía el ruido.

—¡Al ataque! —gritó Juliano, aunque la orden fue superflua, arrollada por los aullidos de los embravecidos soldados.

Cien, quinientas lanzas volaron simultáneamente por el aire, atravesaron el grueso pellejo de los elefantes con un sonido afilado y se enterraron profundamente en costillas y flancos. Presas del pánico y del dolor, las bestias sacudían la trompa y las patas delanteras mientras, en las torres, los arqueros dejaban de disparar y se aferraban a las bamboleantes estructuras.

Envalentonados por el éxito, los hombres se acercaron a las bestias y rodearon a cada una para quebrar el contacto entre ellas. Los que habían conservado o recuperado su lanza se abalanzaron sobre las patas posteriores para aguijonear y pinchar pantorrillas y ancas, lo que enloqueció aún más a los elefantes, que se agitaban y pateaban en un esfuerzo desesperado por disuadir a sus torturadores. La torre del encolerizado macho resbaló lomo abajo y ahora pendía casi horizontalmente mientras los persas que la ocupaban se agarraban como podían a los postes. Al final la correa cedió y la estructura se estrelló contra el suelo, donde formó un amasijo de cinchas, madera y extremidades fracturadas. Veinte galos se acercaron para rematar a los desventurados arqueros, mas recularon cuando el macho, rezumando venganza por los años de adiestramiento y tormento a que le habían sometido sus amos, procedió a hacer el trabajo por ellos, saltando sobre la destrozada estructura y pisoteando a los supervivientes hasta acallar sus gritos.

Un fuerte clamor se elevó de entre los soldados romanos cuando

la primera bestia cayó al suelo, con los tendones de las corvas rebanados, aullando y berreando. Los cornacas habían perdido el control de los elefantes y ahora se esforzaban por hundirles los enormes clavos en el cuello. Uno tras otro los monstruos se desplomaron, acompañados por los gritos victoriosos de los galos, que ahora se arremolinaban alrededor de las bestias antes incluso de que cayeran. Un cornaca poco entrenado embistió una y otra vez el pellejo correoso del animal, aporreando el clavo con su mazo en un intento infructuoso de encontrar el punto letal. Otro elefante cayó al suelo con un chillido estremecedor, y luego un tercero, hasta crear una montaña de carne sanguinolenta, patas enloquecidas y trompas que se agitaban. Los romanos arrojaban lanzas y flechas al palpitante montón, y una de las bestias, sacudiendo de un lado a otro la trompa, arrancó del cuello de otro animal a un cornaca muerto, se lo llevó a los labios y, aún agonizante, procedió a arrancarle una a una las extremidades.

Al ver que el ataque de los elefantes había sido repelido, la infantería persa, que se había acercado a nuestro ejército, se detuvo en seco, confusa. Los oficiales dudaron entre atacar o retroceder. Juliano no vaciló. Desviando la atención de sus soldados de los moribundos elefantes al peligro que tenían a sus espaldas, organizó rápidamente un ataque. Los soldados romanos, con los escudos y las lanzas manchados de sangre de elefante y soldados persas, clamaron venganza por los camaradas abatidos y se arrojaron sobre el enemigo repartiendo cuchilladas y machetazos. La sangre rociaba el sucio polvo, ahora inundado de extremidades amputadas, y ya no se distinguían las líneas de batalla, pues ambos bandos se habían fusionado, uno con la sola intención de conservar la vida, el otro con la de aniquilar al enemigo. Una nube negra se elevó por el denso y sofocante aire y encapotó las alturas, ocultó la dirección de la retirada e impidió que los persas pudieran identificar el camino hacia la salvación excepto por el tacto de los pies mientras trataban de huir colina arriba.

Hacía rato que Salustio se había desviado hacia otra zona del campo, y hasta los guardias galos de la excelente escolta de Juliano se habían dispersado y corrían frenéticos entre el polvo buscando a su emperador, gritándole que huyera de las peligrosas hordas persas

que le rodeaban. Solo yo había conseguido mantenerme cerca de Juliano y no apartaba la vista de él ni siquiera mientras giraba sobre mi caballo en medio del remolino de polvo dando cuchilladas a la masa de enemigos que llegaban de todos lados.

Juliano, incauto, cargaba contra el enemigo y animaba a sus hombres a imitarle. Soldados persas aterrorizados se apiñaban alrededor de él, aparentemente ignorantes de que el soberano del Imperio Romano estaba blandiendo su espada entre ellos. Venciendo el pánico de sus camaradas, un medo descomunal saltó al caballo del emperador y le rodeó el cuello con los brazos a fin de derribarlo con su jinete. Juliano hundió la larga espada hasta la empuñadura debajo de la clavícula del agresor y la retiró manando muerte. La mitad de la hoja había quedado incrustada en el pulmón del medo. Este le miró pasmado y, finalmente, vomitando sangre, se soltó del cuello del caballo y cayó al suelo, bajo los afilados cascos.

Al instante apareció otro agresor que saltó sobre la pierna del emperador al tiempo que le aporreaba el escudo con la espada, buscando un hueco por donde hundir el acero. Juliano le golpeó repetidas veces en la cara con la empuñadura de su espada rota hasta que el hombre, con los huesos del cráneo hechos trizas, se soltó y cayó al negro fango. Juliano alzó triunfalmente su espada aullando palabras incoherentes y su caballo giró sobre el cadáver persa y lo pisoteó hasta mutilar el tronco con sus afilados cascos. Yo nunca había visto al emperador tan dominado por la violencia, tan deseoso de matar. Tan absorto estaba, tan enfrascado en esa cruel exhibición de brutalidad, que había perdido de vista la batalla y el peligro que le rodeaba.

De repente vi una mano que se alzaba entre el tumulto, un dedo que señalaba a Juliano mientras este se abría paso a cuchilladas entre los soldados enemigos. Poco después, una lanza delgada y larga, una jabalina diseñada para arrojarla al enemigo desde una distancia intermedia, emergió del mar de broncíneos cascos en dirección al emperador. Espoleé a mi caballo y avancé arrollando casi a los soldados que tenía delante, sin perder de vista el proyectil. Este atravesó el aire con la cola bamboleándose al principio, hasta que cobró ímpetu y precisó su objetivo, y penetró en el costado de Juliano, que había descuidado ponerse el peto

antes de correr a supervisar la batalla. Cual pájaro atrapado en el cielo por la flecha de un niño, cayó del caballo y desapareció bajo los pies de los persas que huían y sus perseguidores romanos. El caballo siguió su camino, ajeno a la pérdida de su jinete. Salté de mi montura y me abrí paso hasta el lugar donde había visto caer a Juliano. Por fortuna, tras un breve rastreo, lo encontré.

Para mi asombro, los cascos de los aterrorizados caballos no le habían aplastado ni sufría heridas por la caída. Retorciéndose en el polvo, no obstante, se aferraba a la jabalina. La punta apenas le penetraba el cuerpo, pues había quedado incrustada en la costilla inferior. Cuando me arrodillé a su lado, el fragor que nos rodeaba amainó rápidamente y la retirada de los persas se convirtió en una desbandada general. Los soldados romanos nos habían dejado atrás y perseguían al enemigo ladera arriba, macheteando las espaldas y las piernas de los persas como habían hecho con los elefantes.

Pálidos pese a la mugre, tres guardias llegaron a lomos de sus caballos sin apartar la vista del emperador, que gemía y se retorcía en el suelo.

—¡Médico! ¿Está malherido?

Retiré de la jabalina las manos de Juliano. El impacto del arma, ligera y lanzada desde poca distancia, era tan superficial que los afilados cantos y la doble lengüeta de la punta seguían fuera del cuerpo. Si estas hubieran entrado, habría sido muy difícil retirar la jabalina sin desgarrar la carne y algunos órganos vitales. Con todo, habían provocado profundos cortes en los dedos y las palmas del emperador cuando este quiso arrancársela de la costilla. También el asta se había roto a la altura del cubo metálico a causa del impacto, tal como estaba previsto a fin de impedir que el enemigo la recuperara y la lanzara a su vez.

—Yo le atenderé —dije con mucha más calma de la que en realidad sentía—. No me rondéis con vuestros caballos o nos aplastarán si se asustan. Formad una barrera hacia la cordillera para impedir que algún grupo de persas descarriados regrese y nos arrolle. No tardaremos en trasladar al emperador al campamento.

Los guardias asintieron, aliviados de recibir órdenes concretas, y galoparon hacia la cordillera gritando a sus compañeros que se unieran para formar una barricada. Sentaron a sus asustados

caballos en medio de la menguante nube de polvo, viendo cómo la batalla se alejaba y oyendo los vítores de los vencedores romanos, que seguían acuchillando las espaldas del ejército persa en retirada.

Me incliné sobre Juliano, quien, para entonces, se había desvanecido a causa del dolor. Le quité rápidamente el casco, tan caliente que el metal casi quemaba, y un chorro de sudor corrió por la cuenca. Contemplé la punta incrustada en la costilla. Agradeciendo en silencio que Juliano estuviera inconsciente, posé la mano izquierda sobre la caja torácica, agarré el cubo con la derecha y le di un tirón rápido y firme.

Pese a mis esfuerzos por estirar limpiamente, el sorprendente peso de la punta y el cubo de hierro generó cierta torsión, y cuando el arma salía oí un chasquido en la ya debilitada costilla. Sin despertar de su desmayo, Juliano hizo una mueca de dolor en tanto que su brazo derecho se agitaba descontrolado. El orificio empezó a sangrar copiosamente, aunque no más de lo que cabría esperar de semejante herida, y la sangre era roja y brillante, una buena señal.

Sostuve la punta de la jabalina contra el pálido cielo para examinar su contorno simétrico y mortal. La observé largo rato, contemplé su hermosa lisura, el cuidado equilibrio de las lengüetas, el increíble filo de la punta, intacto pese al impacto contra el hueso, su eficacia incólume, su potencial letal todavía insatisfecho…

Miré a mi paciente, todavía sin sentido, su rostro cubierto de sudor y polvo, su semblante crispado por el dolor, y dudé. Un gran mal amenazaba al mundo. Se habían hecho promesas, juramentos, que no debían desecharse a la ligera. No ocurre con frecuencia que un hombre corriente, un humilde médico, tenga la oportunidad de influir en el curso de la historia, y pedí a Dios coraje para ser merecedor de esa oportunidad. Levanté la vista hacia los guardias para asegurarme de que habían protegido bien la zona y estaban al tanto de cualquier posible ataque persa.

Luego me incliné para terminar mi trabajo.



II

Pero me he adelantado a los acontecimientos, hermano, pues en realidad este es el final de mi relato, no el principio, final que habré de retomar a su debido tiempo. Mi única excusa para obrar así es que este trascendental suceso fue el que me indujo a considerar la posibilidad de escribir mis pensamientos sobre el asunto. El principio cronológico es el único lugar correcto para iniciar un relato, pues así comienzan incluso las Escrituras —*In principio*…—, y aunque no es mi intención, ni mucho menos, comparar este apresurado diario con nuestros textos sagrados, no es mal consejo tratar de emularlos. Así pues, iniciemos de nuevo esta historia no por el final, sino por sus cimientos, por sus raíces, por el principio.

Fue en la ciudad de Atenas donde nuestros caminos se cruzaron por vez primera, como bien sabes porque tú también estabas allí, pues padre te había enviado a seguir tus estudios filosóficos en la Academia. En cuanto a mí, por una feliz coincidencia, el emperador Constancio, primo mayor de Juliano, me había recomendado a los médicos más doctos de la ciudad, en reconocimiento a mis estudios en Alejandría y a mi prometedor futuro en calidad de médico de la corte del emperador.

Compartíamos habitación, tú y yo, en un hospedaje modesto pero suficiente, próximo al maloliente mercado de pescado, si bien eran pocos los momentos que pasábamos juntos. Tú, enfrascado en tus debates intelectuales, te sentabas en la azotea de nuestro apartamento para discutir oscuros puntos teológicos hasta el alba, y ayunabas cada dos semanas. Yo, por mi parte, vivía sumergido en la corporeidad y la sordidez de la medicina, pateándome las calles en busca de sujetos que estudiar o metido hasta los codos en el putrefacto contenido abdominal de alguna víctima de la peste, en la

sala de autopsias. No tenía inclinación ni tiempo para el reino efímero y espiritual que tú habitabas, mientras que tú no tenías el menor deseo de ahondar en la suciedad y el éxtasis de mi terrenal existencia.

Conocimos a Juliano al mismo tiempo, a través de nuestro reducido círculo de conocidos comunes. Él y su tutor Mardonio vivían en aposentos arrendados a dos calles del nuestro y Juliano solía frecuentar las mismas tabernas, comedores y baños públicos que nosotros. Prácticamente en el instante en que él y yo unimos nuestros hombros para saludarnos, reconocimos un vínculo, una conexión que iba más allá de los niveles normales de intercambio de amistades y alianzas. Cada uno vio en el otro honradez y sinceridad, el deseo de conocimiento y de encontrar la verdad, el desprecio por la frivolidad; en resumidas cuentas, una pureza, si me permites decirlo, diferente de la que prevalecía en nuestro círculo social. Quizá te parezca extraño que rememore esos días, pero casi no consigo recordar una época en la que no conociera a Juliano, pese a haberle visto por primera vez siendo ya adulto.

Él, al igual que tú, hermano, era filósofo y seguía muchos de tus senderos intelectuales, si bien al mismo tiempo era, como yo, un sensualista en pos de conocimientos de astronomía y artes curativas. Es aquí donde las diferencias entre tú y yo, hermano, se hacen realmente patentes, empezando por nuestras impresiones personales de Juliano, pues cuando tú y yo hablábamos de él en años posteriores me daba cuenta de que no coincidíamos siquiera en lo referente a su aspecto físico. Mientras que yo veía un hombre no mal parecido de estatura media, ojos inteligentes y nariz recta y aristocrática, tú veías un hombre de mirada feroz y distraída y fosas nasales que exhalaban odio y desdén. Donde otros veían una constitución atlética y una cabeza y unos hombros de regio porte, tú presagiabas que nada bueno podía brotar de un hombre con una cabeza tan movediza y unos pies tan inquietos. Donde yo veía una barba elegante y bien cortada, un pelo aseado y una boca carnosa y sensual, tú veías orgullo y desprecio, un pensamiento desordenado, sin sentido, opiniones formadas sin una base lógica o moral. «Menudo monstruo —escribiste— está criando el Imperio Romano en su seno». Quizá esté mal que yo proteste, pues tus premoniciones

con respecto al destino de Juliano han sido, sin duda, más acertadas que las mías. Hasta la plebe de Antioquía, que se reía cuando Juliano paseaba por sus calles años más tarde y lo llamaba Cercopes, uno de los monos míticos de Zeus, por su barba simiesca y sus anchos hombros, tiene más razones que yo para alardear de la veracidad de su impresión. No obstante, en aquel entonces Juliano era más digno de compasión que de temor, más digno de ser admirado por su intelecto que ridiculizado por su obstinado dogmatismo, y la suya era una amistad que yo estimaba, pues todavía acaricio su recuerdo.

Su primo, el emperador Constancio, había asesinado a los miembros de su familia —padre, tíos e incluso su hermano Galo— en cuanto alcanzaron la mayoría de edad o adquirieron rango suficiente para que el paranoico emperador viera en ellos una amenaza. Solamente Juliano sobrevivió, y gracias a que el emperador lo veía como un imbécil inofensivo interesado únicamente por la filosofía y los libros, y quizá a la protección de sus tutores, el virtuoso Marcos de Arethusa y sus colegas ascetas. Estos buenos hombres educaron al pobre muchacho en un entorno cristiano piadoso, los claustros silenciosos de su monasterio, donde le empaparon del espíritu de modelos tan inspiradores como Nicolás de Mira, santo patrón de los niños, que ya de recién nacido era tan pío que cumplía con los ayunos cristianos negándose a mamar del pecho de su madre, para gran admiración y malestar de esta, y la niña mártir santa Lucía, que murió durante las persecuciones del emperador Diocleciano y en cuyos iconos se la representa con una sonrisa beatífica y sus hermosos ojos al lado, en un cuenco.

No había en Atenas un viajero más ingenuo que Juliano. Sus tutores le habían protegido de forma tan abrumadora que su ignorancia, recién llegado a la ciudad, resultaba casi cómica. Antes de pisar Atenas, las Escrituras y Homero habían constituido toda su vida, y tal vez esa falta de mundo explique, en gran medida, por qué Juliano fue, quizá, el único hombre inteligente de Atenas que no se sintió excesivamente decepcionado ante la pérdida de esplendor de la ciudad. Muy al contrario, alababa su buena fortuna, como si se estuviera celebrando un gran banquete, y citando su querida *Ilíada* afirmaba haber ganado «oro a cambio de bronce, el

valor de cien bueyes por el precio de nueve».

Con todo, para alguien tan poco dado a los placeres sensuales, Juliano era extraordinariamente abierto de mente en cuanto a los espirituales. Antes de conocerle, había pasado varios meses estudiando en Pérgamo y Éfeso, antiguos centros de instrucción pagana y magia oculta, donde despertó su interés por el lado más exótico de la espiritualidad humana. Debía, sin embargo, mostrarse discreto en ese tema por ser el familiar varón más cercano a Constancio, defensor del cristianismo, quien dudaba que fuera acertado permitir que las sectas paganas practicaran sus viejos ritos. En el pasado el emperador, cristiano piadoso, había tratado severamente a los oficiales que mostraban excesivo interés personal por los dioses de sus antepasados, y no se habría tomado bien el interés de Juliano por tales temas, por leve que fuera.

Pese a los dictados del emperador, el pueblo conservaba sus viejas tradiciones. Ese otoño, como en los últimos mil otoños, las plazas y calles del santuario de Eleusis, a once millas de Atenas, se llenaron de fieles para celebrar los Grandes Misterios y representar el mito de las diosas Deméter y Core. Quizá fuera la única ocasión del año en que los cultos ancestrales estaban más cerca de recuperar su antiguo esplendor. Durante el resto del año, la dedicación de los sacerdotes a los dioses paganos era un ejercicio de sufrimiento y hambre, de mendicidad y vanos ruegos a los transeúntes para que regresaran a las viejas religiones.

La ceremonia de los Grandes Misterios, no obstante, era diferente. Los ritos preliminares se realizaban abiertamente en las calles: la procesión pública de los iniciados hasta el santuario de Eleusis, la purificación de estos en la bahía de Falero y otros ritos secundarios. Juliano, naturalmente, solo podía presenciar las celebraciones públicas de los misterios desde lejos, como mero espectador. No obstante, su interés intelectual por el acontecimiento le impedía evitar del todo su participación en él, «por motivos de investigación», como solía decir, aunque también, sospechaba yo entonces, por cierta rebeldía juvenil contra las restricciones del emperador. Buscó secretamente al hierofante, el sacerdote mayor del rito, le convenció de su sincero deseo de ingresar en la comunidad de devotos eleusianos y obtuvo permiso para participar

en algunos rituales secretos. La ceremonia a la que asistió, celebrada en el interior del santuario, duró tres días. Cuando me lo contó, le miré atónito.

—¡Juliano, eres cristiano! —exclamé—. ¿Por qué participas en esas prácticas paganas?

La idea me repugnaba.

Se encogió de hombros, aunque con expresión de desafío, como si no hubiera hecho otra cosa que excederse con el vino.

—Soy un estudioso, no un adepto. Busco comprender. No puedes negarme eso.

—Pero no solo pones en peligro tu cabeza en el caso de que Constancio lo descubra, sino que te arriesgas a corromper tu fe.

—Tonterías —replicó.

Por la forma en que empezó a sonrojarse, supe que había puesto el dedo en la llaga.

—Estudio el paganismo y el cristianismo porque ambas cosas me interesan —prosiguió—. Hasta Séneca decía que había que adquirir el hábito de visitar el campo enemigo, en calidad de explorador, naturalmente, no como desertor. La adoración a dioses ancestrales es la historia de nuestra cultura, Cesáreo. De hecho, es nuestra cultura. De ella han surgido todos nuestros triunfos, nuestra literatura, nuestra dramaturgia, nuestro arte. ¡Mil años, dos mil quizá, de gloria! El cristianismo es nuestro presente. Es muy nuevo y todavía no ha ejercido un impacto cultural. Observa sus dimensiones. No hay nada en él que un erudito pueda estudiar, ni siquiera un cristiano.

—Para empezar, podrías estudiar las Escrituras —repuse, pero apenas me escuchó.

—Las Escrituras. Cesáreo, llevo estudiándolas desde que tenía ocho años. Pero yo no soy sacerdote. Tengo la vocación de estudioso, de filósofo. Dime, ¿dónde debería invertir mejor mi tiempo para convertirme en un hombre docto y cultivado? ¿En dos milenios de gloria, aunque sea gloria pagana? ¿O en una generación de cristianismo desde que mi tío Constantino lo legalizó? Una única generación, una generación que ha visto cómo los cristianos asesinaban a los miembros varones de mi familia.

Protesté contra esa conclusión.

—No puedes culpar al cristianismo de los asesinatos de tu padre y tus hermanos. Eso no fue el triunfo del cristianismo, sino su ausencia.

Juliano suavizó la expresión de su cara y de repente rompió a reír. Comprendí, con cierto embarazo, que mis palabras y mi rostro delataban, cuando menos, la misma gravedad que había percibido en él momentos antes. A Juliano, no obstante, mis palabras le resultaron cómicas, y eso solo consiguió exasperarme aún más.

—No te hagas el sofista conmigo, Juliano —continué—. Si estás discutiendo solo por discutir, no pienso tolerarlo. Si deseas afilar tus habilidades retóricas, elige otro tema que no sea la religión o recurre a mi hermano Gregorio. Tema zanjado.

En una ocasión, en un esfuerzo por distraerle de tan desagradables estudios y dirigir su atención a los milagros más terrenales del Dios Único y Verdadero, le invité a presenciar una de mis autopsias clandestinas, invitación que, para mi sorpresa, aceptó con sumo placer. Normalmente obteníamos nuestros objetos de investigación de forma irregular, cuando yo u otros compañeros de escuela nos enterábamos de la muerte de un indigente en algún lugar de la ciudad. Raras veces conseguíamos un cadáver en un estado adecuado para su estudio, pues nuestra búsqueda siempre implicaba una carrera no solo contra las otras escuelas de medicina de la ciudad, cuyo número era considerable, sino contra la Iglesia. Ya hemos hablado antes de ese tema, hermano, de cómo los presbíteros cristianos se escandalizan ante lo que califican de profanación de los muertos por parte de las escuelas de medicina. En mi opinión, no puede existir nada más sagrado que el avance del hombre en la razón y los conocimientos médicos, avance que ha de ser la base de la fe auténtica y duradera para servir mejor a los vivos. Juliano se mostró desconcertado y, a renglón seguido, encantado con el halo de ilegalidad que envolvía la aventura.

Por fortuna, esta vez pude ahorrarle la enloquecida carrera por la ciudad a la que solíamos lanzarnos cuando nos enterábamos de la muerte de un indigente, así como el regreso clandestino por las callejuelas portando el cadáver como mejor podíamos, envuelto en trapos y sábanas, para evitar toparnos con sacerdotes sagaces y otros observadores contrarios a la causa de la ciencia. En aquel

entonces Atenas acababa de salir de una epidemia de cólera y por primera vez, y para mí la única, el pequeño sótano de mi escuela estaba bien abastecido de sujetos que examinar. De hecho, durante los últimos días habían llegado seis o siete, que yacían en cajas de pino construidas apresuradamente. En un esfuerzo poco esmerado de conservarlos en buen estado, tratábamos de mantener una temperatura constante en las cajas llenándolas con virutas de madera y serrín recogidos del suelo de la ebanistería contigua, a cambio de lo cual el carpintero, bromeando, nos hacía prometer que no recogeríamos su cadáver si lo encontrábamos por la calle.

Cuando Juliano y yo, junto con otros, llegamos esa noche a la puerta de la escuela a la hora convenida, le hice jurar que sería discreto y le describí brevemente el procedimiento que se disponía a presenciar para que no se sintiera innecesariamente espeluznado y asqueado. Esa noche debíamos verificar la afirmación, hecha por el médico Apión tres siglos atrás, de que el cuerpo humano posee un delicado nervio que comienza en el dedo anular izquierdo y discurre hasta el corazón. Así pues, según Apión, había que dar prioridad a ese dedo a la hora de colocar la alianza nupcial dada la estrecha relación que guardaba con el órgano principal del cuerpo.

Había más de un compañero, sin embargo, que no estaba seguro de querer que una persona ajena a nuestros intereses presenciara nuestra labor. Farón, un joven pagano alto y delgado de Alejandría que aseguraba descender de un largo linaje de sacerdotes egipcios y era, por tanto, el más hábil conservando muertos, se mostró especialmente en contra. Le expliqué quién era nuestro invitado.

—Farón, no es solo un amigo, es el primo del emperador. Si comprende y aprueba nuestro trabajo, podría sernos de ayuda en el futuro.

El egipcio bajó su larga y aristocrática nariz hacia Juliano, parpadeando con escepticismo.

—Como si es el sol Ra. No conviene que vea el procedimiento.

La descortesía de Farón me irritó, pero Juliano no pareció molestarse en lo más mínimo. Tras apresuradas negociaciones y riñas en plena calle, al final el egipcio cedió a regañadientes.

—De acuerdo —dijo—, pero, si algo pasa, te juegas la cabeza, Cesáreo.

Le aseguré que asumía toda la responsabilidad y abrí la puerta.

Entramos y bajamos por las escaleras a oscuras, apenas ayudados por la tenue luz de la media luna que entraba débilmente por una ventana alta y estrecha. A fin de evitar que nos descubrieran transeúntes curiosos, no encenderíamos ningún candil hasta el último momento, y lo apagaríamos en cuanto hubiésemos finalizado el reconocimiento.

Según las reglas tácitas de nuestro grupo, cuando teníamos la fortuna de contar con más de un cadáver debíamos examinar primero el más viejo, entendiendo por viejo el que llevaba más tiempo guardado en el sótano, para evitar que se echara a perder. Cuando uno de mis compañeros me recordó que eso significaba que, pese a nuestra fructífera cosecha por las calles de la ciudad, estábamos obligados a examinar a un hombre que había muerto ocho días antes, me desanimé. Aunque el sótano era fresco y el cadáver estaba cubierto de serrín, me horrorizaba pensar en su hedor y su estado físico, y advertí a Juliano de lo que se avecinaba.

Al retirar la caja del estante y colocarla sobre la mesa de reconocimiento, un fuerte olor a putrefacción se filtró por las rendijas de las tablas. Seguí adelante, pero cuando encontré dificultades para extraer los clavos de la tapa llamé a Juliano para que sacara la brasa que guardábamos en un recipiente de cerámica y encendiera una vela de sebo. Hubo una pausa mientras trataba de abrir el recipiente en la oscuridad, y de repente Farón gritó «¡Alto!» con voz de pánico y a los demás se nos erizó el vello. Tras acallar las voces para comprobar que no se oían pasos al otro lado de la puerta, me volví irritado hacia Farón.

—¿A qué demonios ha venido eso?

—No enciendas la vela —dijo—. Primero abre la caja y deja que salga el gas.

—¿Gas? —preguntó nervioso Juliano—. Cesáreo, pensé que habías dicho que estaba muerto.

—Gas proveniente de las virutas de madera, bobo —susurró Farón—. La materia orgánica produce un gas cuando se descompone. Hasta un ignorante campesino alamán lo sabe, por eso guardan el grano en graneros ventilados. Olerás el gas cuando abras la caja. El cuerpo, además, produce humores por el mismo proceso.

La combinación de ambos puede ser peligrosa.

Me reí.

—¡Eso es absurdo! Juliano, enciende la vela.

—¡Espera! —susurró de nuevo Farón, esta vez con mayor apremio. El brillo intenso de sus enormes ojos contrastaba de forma inquietante con la oscuridad de su piel y las sombras de la sala—. Yo antes pensaba como tú, Cesáreo, hasta que el año pasado abrí un ataúd y acerqué una vela para ver el cadáver. Se produjo una llamarada y un ruido que semejaba una fuerte ráfaga de viento, y la vela se apagó. Quedé cegado unos instantes, y cuando conseguí encender de nuevo la vela descubrí que el fogonazo había chamuscado el vello del difunto. Eso facilitó la disección pero, desafortunadamente, tuvo el mismo efecto en mi cara. Durante tres semanas la gente me confundió con un eunuco sirio. Creedme, es preferible dejar que el gas se disipe.

Oí risitas ahogadas en torno a la mesa. Permanecí quieto, preguntándome si debía abstenerme de hacer comentarios sobre el atroz relato. Por desgracia, Juliano ya había tenido suficiente. Con los ojos muy abiertos y fulgurantes bajo la tenue luz, me rogó que le dejara volver a la calle. Acepté y se alejó sigilosamente por donde había venido, reprimiendo las náuseas que le provocaba el abrumador hedor. Aunque aquello fue motivo de gran alborozo entre mis colegas durante semanas, también fue, creo, el origen de la gran estima, y probablemente temor, que Juliano sentía por las habilidades y los conocimientos de los médicos.

Ojalá también tú sintieras por mí ese respeto, hermano.



III

Juliano estuvo en Atenas poco menos de un año. Cuando el emperador le requirió inesperadamente, a mediados de verano, en su residencia de Milán para acompañarle, experimentó de todo menos regocijo. El día que se enteró de la noticia, Juliano salió aturdido de su apartamento. Fue tras muchas dificultades que lo encontré horas más tarde tumbado en la penumbra del Partenón, frente a la enorme estatua de Atenea, murmurando palabras ininteligibles.

—Cesáreo —dijo con voz ronca cuando le toqué el hombro, incorporándose sobresaltado y mirando en derredor—. ¿Qué haces aquí?

Estudié su cara buscando síntomas de enfermedad y al no encontrarlos, me relajé.

—Gregorio dijo que saliste de casa como un buey descalabrado. Te he buscado por todas partes, amigo, pero jamás pensé que te encontraría aquí. —Miré suspicazmente a Atenea. Luego sonreí y di a Juliano una palmada de ánimo en el hombro—. ¡Juliano, se trata de Milán! ¡La corte imperial! Si las intenciones de Constancio fueran malas, no habría requerido tu presencia. ¿Qué te tiene tan desanimado?

La cara de Juliano enrojeció de ira.

—¡Está loco! Mató a mi padre y a mi hermano, y todavía me pide que le acompañe en Milán. No permitiré que juegue conmigo, Cesáreo, como si fuera un ratón. ¿Por qué no envía aquí a sus asesinos para que hagan el trabajo limpiamente? ¡Un cobarde y un loco!

Puse los ojos en blanco ante tanto dramatismo, pero lo cierto era que Juliano tenía buenas razones para estar lívido, pues sabía que

una invitación de esa índole había derivado en la tortura y la ejecución de su hermano Galo unos años antes. También temía, sin duda, que sus indiscretas investigaciones sobre el culto de los dioses antiguos hubieran llegado finalmente a oídos del emperador. Coloqué una mano bajo su brazo y lo levanté del suelo a fin de que no agravara sus problemas dejándose ver tumbado frente a la imagen de una deidad pagana. Miró enfurecido alrededor con los pies clavados obstinadamente en el suelo, como si estuviera decidido a permanecer allí y negar a los asesinos la oportunidad de encontrarlo en la calle, decidido a negarles al menos esa satisfacción.

—Juliano —susurré severamente—, llamarás la atención si permaneces delante de Atenea. Ya has sufrido bastante por hoy y seguro que los dioses también han tenido bastante contigo. Vamos, te llevaré a casa. Una copa de vino nos sentará bien.

Continuó inmóvil sobre el mármol, frente a la estatua, contemplando su rostro dorado, hasta que por fin me miró y abarcó con un gesto del brazo el vasto santuario de columnas.

—Solo deseaba un lugar hermoso —dijo con voz ronca—, un lugar monumental, el lugar más representativo de Atenas, para llevarme su recuerdo a Milán por si… por si…

Titubeó y dejé de presionarle. Posé una mano sobre su hombro y señalé la puerta. Juliano enderezó la espalda y, con suma dignidad, salió del templo y descendió por las inclinadas calles hasta su apartamento, donde hizo el equipaje a toda prisa y en silencio.

Dado que para entonces yo prácticamente había finalizado mis estudios y debía regresar a la corte del emperador para dar cuenta de mi nueva formación y aptitudes, me ofrecí a acompañarle en el viaje. Por comodidad, decidimos hacer el primer trecho en barco, donde pasamos muchas horas contándonos nuestras respectivas experiencias, pues casi coincidíamos en edad pero, hasta ese momento, habíamos llevado vidas muy distintas. En una ocasión me sorprendieron sus preguntas.

—Háblame de Constancio —dijo.

—¿Qué quieres saber de él? —pregunté con cautela—. Sus actos como emperador son de dominio público. Además, le viste el año pasado, antes de que te enviara a Atenas.

Juliano meneó sombríamente la cabeza.

—No es cierto. Estuve en su corte, pero solo brevemente, y no llegamos a vernos. Me pasaba el tiempo defendiéndome de los chismorreos envidiosos de sus eunucos, que decían que era desobediente y planeaba conspirar contra el emperador. Sospecho que Constancio, sencillamente, se hartó de que le pidiera audiencias y decidió deshacerse de mí. Por eso permitió que me fuera a Atenas a estudiar.

Le miré atónito.

—¿Me estás diciendo que nunca has visto a tu primo, el emperador?

—No le veo desde que yo era un niño. En aquel entonces me parecía un dios. Después me contaron lo que había hecho a mi familia… —De pronto se mostró cauto en la expresión de sus pensamientos y miró por encima del hombro—. Eres médico, Cesáreo. Le examinas cada mes, y también a su esposa, Eusebia. Seguro que conoces mejor sus puntos fuertes y débiles, tanto físicos como psicológicos, que cualquier otro hombre.

—Yo no me atrevería a hacer conjeturas sobre su psicología —dije con precaución— ni sobre la emperatriz. Ella, de hecho, no me permite que la examine, sino que se limita a hacerme preguntas sobre sus funciones corporales mientras se examina personalmente detrás de una gruesa cortina.

—En ese caso, limítate a la apariencia. ¿Qué aspecto tiene el emperador? Guardo una imagen borrosa de él.

Vacilé, hermano, pues dar una descripción diplomática de Constancio a un familiar cercano no era tarea fácil. Nunca le conociste, pues de haberlo hecho comprenderías mi apuro. Quizá la mejor forma de explicar su aspecto consista en desviarme brevemente para recordar el día que tú y yo, siendo niños, acompañamos a padre y madre en un peregrinaje a Roma para conocer al santo pontífice Silvestre, que debía confirmar la investidura de nuestro padre como obispo. ¿Recuerdas la enorme estatua del emperador Domiciano erigida hace dos siglos en la calle que conduce al Capitolio, en el lado derecho viniendo del Foro? La monstruosa conducta de Domiciano había dejado a los romanos un sabor de boca tan amargo que después de su asesinato el Senado

ordenó que cortaran su cuerpo en pedazos, pero ni siquiera eso calmó la indignación del pueblo. Decretaron una *damnatio memoriae*, orden por la cual el nombre del emperador no debía aparecer en monumento alguno, como tampoco debía sobrevivir ninguna estatua o retrato de él. En toda Roma y, de hecho, en todo el Imperio, se borró su nombre dejando el resto del texto intacto. No existe una sola imagen de él en todo el mundo salvo esa estatua de bronce, que sobrevivió por una razón macabra.

La esposa del emperador, Domicia, era una mujer de buena cuna, muy respetada o, cuando menos, temida. Hay quien dice que nunca hizo mal alguno a ningún hombre ni aprobó las maldades de su marido, mientras que otros sospechan que fue su mano la que dirigió el asesinato de Domiciano, en cuyo caso cometió el más mortal de los pecados, si bien por una causa elevada; que la tierra repose tranquila en su tumba. Sea como fuere, el Senado la tenía en gran estima y, tras la muerte de Domiciano, la invitó a que pidiera lo que quisiera. Solo pidió una cosa: permiso para enterrar el cuerpo de su esposo y erigirle una réplica de bronce. El Senado se lo concedió y la viuda concibió un plan. Reunió los pedazos de carne de su marido, los recompuso con esmero hasta conseguir cierto parecido con el original y, por último, cosió, ligó y reforzó la grotesca figura. Luego la enseñó a los escultores y pidió que hicieran una estatua de bronce de su marido mostrándolo exactamente con el aspecto que tenía en ese momento.

De ahí, hermano, la extraña facha de la estatua, apreciable incluso bajo los años de mugre y corrosión que llevaba acumulados cuando la vimos de niños: la cara deformada y asimétrica, cada ojo mirando en una dirección, un brazo y una pierna más largos que sus respectivas parejas, detalle que atribuí a la falta de formación anatómica de la abnegada viuda, que encajó erróneamente algunas partes cruciales. De ahí, también, mi dificultad para describir a Juliano el aspecto de su primo, pues Constancio siempre me había producido la misma impresión que esa estatua, la de un cuerpo con las partes reunidas deprisa y corriendo de fuentes diferentes: la enorme corpulencia del torso y la diminuta cabeza colocada sobre unos hombros sin cuello aparente, como un guisante encima de una calabaza; los muslos rollizos que se estrechaban inexplicablemente

hasta desembocar en unas canillas blancas como las de una gallina y unos pies casi delicados; los ojillos de cerdo a los que no se les escapaba nada y que, de hecho, nunca estaban quietos, señal de una mente extraordinariamente inteligente e inquisitiva, y las manos suaves y sensibles, que contrastaban con la tremenda fuerza de los brazos y el torso. Como médico, nunca dejaba de sorprenderme semejante conjunto de contrastes cuando le realizaba el reconocimiento mensual.

Mas ¿cómo describirle algo así a Juliano? Decidí ser sincero en mi descripción, si bien menos brutal de lo que he sido contigo.

—Tu primo ya no se halla, ni de lejos, en la flor de la vida —respondí—. Recuerda que ha sobrepasado los cuarenta y ya no es joven. Está obeso y suda y gruñe como un jabalí cuando camina o incluso al levantarse de su asiento. Ansía desesperadamente un heredero que Eusebia no ha podido darle, aunque ella sí se halla en la flor de la vida, pues es poco mayor que nosotros y de una belleza asombrosa.

—¿Es posible que la emperatriz sea estéril? —preguntó Juliano con una mezcla de compasión y curiosidad.

—Puede, pero creo que el problema lo tiene Constancio. Te lo cuento porque confío en tu discreción y porque, si me lo ordenaras, tendría que contártelo de todos modos. El emperador tiene un testículo retenido y el otro hinchado como una naranja númida. Podría ser un bocio o un cáncer, pero se muestra muy defensivo con ese tema. Culpa a Eusebia de su incapacidad para concebir y la emperatriz está cada vez más acongojada, aunque para mí está claro que la concepción, sencillamente, no es posible.

Tras navegar durante una semana sin incidentes, arribamos al viejo puerto augusto de Fano, el punto donde la Vía Emilia de Milán se encuentra con la costa. Allí nos esperaba una pequeña pero lujosa litera con seis porteadores tracios dirigidos por un hosco centurión. La idea de viajar doscientas millas hasta Milán solo en ese claustrofóbico armatoste, probablemente hacia la muerte, era más de lo que Juliano podía tolerar. Despidió al centurión, para disgusto de este, y decidió viajar a caballo, conmigo de acompañante. El mismo día que desembarcamos compró corceles a un comerciante y partimos de inmediato. El centurión, fiel a las

órdenes de Constancio de trasladar a Juliano sano y salvo hasta la ciudad, se empeñó en seguirnos con los porteadores de la litera, de modo que, aprovechando la situación, guardamos todo nuestro equipaje en el compartimiento del pasajero. Eso nos permitió viajar ligeros y hacer numerosas excursiones por los Apeninos y el valle del Po, hasta que por fin llegamos a Milán, en septiembre, cuando ya hacía varias semanas que le aguardaban.

Molesto, al parecer, por el retraso, Constancio se negó a recibir a Juliano cuando este se personó en palacio, limitándose a dar órdenes de que su primo menor se alojara en una vieja casa que el emperador poseía en el campo, a ocho millas de Milán. Ni siquiera tuvo tiempo Juliano de beber algo frío antes de que el centurión recibiera la orden de dar media vuelta y sacarlo de la ciudad. Llegamos justo antes del anochecer y a la tenue luz la vieja residencia poseía cierto encanto. Aunque llevaba años deshabitada, los amplios jardines y huertos cercados por tortuosos muros de piedra aparecían cuidados y ofrecían numerosos rincones y bancos sombreados para leer y estudiar con tranquilidad. La casa, aunque silenciosa y húmeda por años de abandono, se hallaba en buen estado. La única nube en este pequeño horizonte era la incertidumbre con respecto al tiempo que Juliano estaría obligado a vivir aquí antes de que el emperador le permitiera reanudar sus estudios o se deshiciera de él.

Juliano y yo paseamos por las vastas estancias y patios mientras él, alternativamente, se sorprendía del lujo y se burlaba de tanto derroche. Finalmente se detuvo en un pequeño despacho, antecámara de una biblioteca bien abastecida.

—Me quedaré con esta habitación —anunció.

—Muy bien, señor —dijo el mayordomo—. Para estudiar, supongo.

—Para vivir —afirmó Juliano. El mayordomo enarcó una ceja, suspicaz—. El catre contra la pared, por favor, la mesa y la silla en el centro, un orinal en aquel rincón, detrás del biombo. La biblioteca se halla justo detrás de esas puertas. Arrienda el resto de la finca o quémala, me trae sin cuidado. No me verás en ninguna otra estancia. ¿Qué mejor lugar para pasar los últimos días de vida que una biblioteca?

Estupefacto, el mayordomo se marchó meneando la cabeza.

La primera mañana, cuando Aurora iluminó la tierra con la antorcha de Febo y disipó la humedad y la melancolía de la noche… Oh, Gregorio, pese a la distancia, pese al tiempo transcurrido, puedo ver cómo te encoges mientras escribo estas palabras.

—«El sol salió un día más» —me decías cuando yo apenas era un muchacho, al corregir mis ejercicios de redacción—. Escribe: «El sol salió un día más». ¿Por qué siempre disfrazas las palabras con falsos adornos cuando se trata de un simple hecho de la naturaleza? ¡El sol sale y punto! «La antorcha de Febo», hay que ver.

Taché la ofensiva frase y, con rebeldía de adolescente, empecé de nuevo: «Cuando Aurora se levantó del lecho azafranado de Titón y roció la tierra con su brillo, el sol se derramó y en el mundo entero se hizo la luz…».

Volviste a regañarme.

—Te he dicho que escribas «El sol salió un día más». ¿Por qué me desafías con esa majadería recargada?

—Porque es hermoso —respondí irritado—. Es descriptivo. Evoca a Homero y Virgilio.

—Homero y Virgilio. Cualquier cristiano sensato escribiría simplemente «El sol salió un día más» y se dejaría de tonterías paganas.

—¿Por qué? —insistí—. ¿Es que por el hecho de ser cristianos debemos renunciar a la belleza?

Suspiraste, paciente.

—Claro que no, Cesáreo. Al simplificar, al fundamentarte en principios básicos, no renuncias a la belleza, sino que la acentúas. La belleza es verdad y al escribir verdades llevas la belleza al primer plano. Subrayas la Creación de Dios en su forma más pura.

Debí de mostrarme triste cuando contemplé el manuscrito emborronado al que había dedicado tantas horas, porque suavizaste la voz y posaste un brazo sobre mi hombro.

—Al final —proseguiste—, la forma de escribir más sencilla es la más acertada, pues reconoces que nada es tan grande como la obra de Dios que las meras palabras no pueden mejorar la belleza última del mundo. El hombre no puede expresar más regocijo por la

creación, más optimismo por la perfección del Reino que está por venir que escribiendo sencillamente «El sol salió un día más».

En principio, hermano, estaba de acuerdo contigo, pero en aquel entonces, y puede que incluso ahora, el deseo de expresarme con pureza y sencillez se veía en ocasiones superado por el perverso placer de irritarte.

La primera mañana, cuando Aurora iluminó la tierra con la antorcha de Febo y disipó la humedad y la melancolía de la noche, una multitud de sirvientes activados por el estruendoso sonido de un gong sobresaltó a Juliano. Irrumpieron en su habitación con cubos, trapos, escaleras, taburetes para alcanzar los techos, varas con esponjas empapadas, plumeros y escobas. Preguntó tímidamente si estaban restaurando la casa y, cuando el mayordomo le comunicó con orgullo que era el programa de limpieza diario que habían dispuesto para garantizar la higiene de los aposentos de Juliano, el atónito joven expulsó al ejército de criados diciéndoles que no volvieran a menos que él así lo solicitara, algo que nunca pensaba hacer. Juliano pasaba los días encerrado en su cuarto y únicamente salía para asistir a las oraciones diarias en la capilla de la finca, entonadas por un viejo presbítero que iba incluido en la propiedad como parte del mobiliario del mismo modo que el santuario del jardín o el orinal del dormitorio. Tenía, como única compañía, los incontables libros de la casa y solamente nos veía a mí y a la joven criada con velo que Eusebia le había asignado, quien preparaba comidas sencillas y a menudo repugnantes, aunque Juliano raras veces reparaba en ello, y entraba en su cuarto varias veces a la semana para limpiar y poner orden al notorio desorden.

Un día abrasador, Juliano tenía a la muchacha trajinando mientras él, ajeno a su suave tarareo, permanecía absorto en sus estudios y trataba de aplastar distraídamente una mosca que zumbaba ociosa alrededor de su cabeza. De repente, según me narró después, la muchacha le habló con suavidad, un hecho sin precedentes y no del todo grato, pues le sacó de su concentración en un problema filosófico especialmente espinoso.

—¿Amo? Lamento molestarle, señor…

Hubo un largo silencio antes de que él, sin girarse, murmurara:

—¿Mmmm? ¿Qué ocurre?

—¿Coloco los pergaminos de Plotino al lado de Platón o prefiere que los archive separadamente, entre los teúrgos?

—Plotino no es un teúrgo —musitó Juliano distraídamente antes de sumirse en otro largo silencio, que solo interrumpió para aplastar la mosca que se había posado en su nuca. De pronto giró sobre la silla con los ojos muy abiertos—. ¡Tú no eres mi muchacha de la limpieza!

La joven bajó recatadamente la mirada detrás del velo.

—Lo lamento, señor. Lucila está enferma y la he sustituido.

—¿Sabes leer griego?

—¡Por supuesto! —exclamó ella, y soltó una risita nerviosa—. Bueno, solo un poco. Lo bastante para reconocer los títulos.

—¡Pero conoces a Plotino y los teúrgos!

—No, señor —murmuró ella—, es decir, no los conozco bien. Probablemente he oído a los eruditos de palacio hablar de ellos.

Al día siguiente, la silenciosa y analfabeta Lucila había reanudado su vieja costumbre de desordenar por completo el trabajo de Juliano.

Juliano pasaba las semanas inmerso en una mezcla de furia y alivio, a la espera de que Constancio le recibiera y le comunicara sus planes para el futuro. Al principio escribía diariamente a su primo para solicitar una audiencia, pero solo recibía excusas formales de los ministros y eunucos del emperador, que, de forma concisa, le informaban de su apretada agenda, de su indisposición o de un imprevisto que le había obligado a abandonar la ciudad. Juliano no tardó en reducir sus ruegos a una vez por semana y al final dejó por completo de escribir. No obstante, la emperatriz Eusebia, quizá incómoda por la descortesía de su marido, se tomó la molestia de enviar a su primo político gran cantidad de textos, algunos de transcripción reciente, escritos por los más célebres filósofos, retóricos e historiadores contemporáneos, muchos de los cuales todavía vivían. También le enviaba frecuentes misivas donde le expresaba su aprecio, le tranquilizaba sobre la demora y le decía que la soportara pacientemente, que todo iría bien.

Tras la llegada de los apreciados pergaminos y códices, Juliano escribió una carta a la emperatriz para expresar su gratitud y

solicitar una audiencia, si no con su esposo, con ella. Entregó la carta al eunuco que solía traerle las misivas de la emperatriz, quien la sostuvo entre dos dedos con la misma cara de asco que si le hubiera escupido un leproso. La dejó enseguida sobre la mesa de mármol del vestíbulo mientras hacía ver que se ataba una sandalia y allí permaneció hasta que Juliano la descubrió muchos días más tarde, extrañado de que la emperatriz no respondiera a su carta. No fue hasta que le hube explicado que habría supuesto una grave violación del protocolo de palacio mantener correspondencia con la emperatriz sin contar con el permiso del emperador que Juliano comprendió la resistencia del eunuco a entregar semejante documento. Por esa misma razón, una audiencia con Eusebia quedaba, por el momento, descartada. En realidad, hasta los familiares tenían restringida la entrada al gineceo, las dependencias de las mujeres, detalle que yo había olvidado o nunca había asumido dado mi libre acceso a la familia real en calidad de médico oficial.



IV

Llegado a este punto, hermano, debo relatarte un extraordinario incidente que, si bien no involucra directamente a Juliano, contribuye sobremanera a explicar los acontecimientos posteriores que de forma tan profunda nos afectaron a él y a mí.

Me hallaba en palacio, con el resto de los cortesanos, en una de las interminables sesiones estratégicas de Constancio. En tales reuniones el emperador solía convocar, en el vasto salón del trono situado en la planta baja del palacio de Milán, a algunos de sus principales consejeros, a quienes colocaba en hilera, con los subconsejeros y lacayos detrás. Hecho esto, recorría majestuosamente la formación, seguido de su melindrosa pandilla de eunucos y aduladores, interrogando y arengando uno a uno a los consejeros hasta que, a fuerza de pura suerte y conjeturas, todos se veían obligados a llegar a la misma conclusión, conclusión a la que Constancio ya había llegado antes de haberlos reunido. Procedentes del patio de grava oí unos gritos ahogados y el galopar de un caballo. Aburrido y disgustado por los grotescos ejercicios de planificación de Constancio, me asomé a una ventana.

Un mensajero exhausto, cubierto de polvo, había sido arrancado de su caballo a la entrada de palacio y era ahora conducido por la enorme balaustrada de columnas hacia las puertas de hierro. Ni siquiera le habían ofrecido la habitual copa de vino para refrescarle la abrasada garganta ni la ducha de agua fría sobre la cara y el cuello para calmarle la dificultosa respiración. El hombre contemplaba anhelante las fuentes y estanques del patio que iba dejando atrás. Caminaba cojeando a causa del dolor, con la ropa sucia y el morral de cuero destrozado y cruzado sobre el hombro con una correa raída. De su enmarañado pelo caían gotas de sudor

sobre una barba de varias semanas y, de ahí, sobre el mármol de los escalones, dejando una estela resbaladiza y traicionera a su paso.

Aparté la vista de la ventana. El emperador, cuyo rostro se semejaba sobremanera al de Juliano, si bien era más blando y poseía una mirada más astuta o suspicaz, se paseaba iracundo frente a un corrillo de cortesanos que cuchicheaban. Las mollas de la espalda se esforzaban por seguir el ritmo de sus homólogas en la barriga, más firmes y disciplinadas, como si fuera una competición de tejidos, una sórdida batalla visible bajo la tela empapada de la toga ceremonial. Meneé la cabeza con asco ante semejante idea, idea que solo era posible en un médico imperial presa del hastío y la ausencia de trabajo, hasta que la llegada del mensajero interrumpió mi ensimismamiento. El emperador estaba ansioso por recibir noticias directas desde que a Milán llegaran, cuatro días antes, los primeros indicios del desastre, mediante fuegos codificados encendidos en las montañas y torres de vigía a lo largo y ancho del Imperio.

Cuando el hombre irrumpió en la sala flanqueado por dos guardias, Constancio corrió hasta él con un vigor asombroso para alguien de semejantes dimensiones.

—¡Habla ya, hombre! ¿Es cierto? ¿Qué hay de Colonia?

El mensajero se detuvo en seco y se tomó un instante para recuperar el aliento en tanto tropezaba con la mirada iracunda del emperador.

—Ignoro qué te han contado, Alteza —dijo—. Solo sé que hace cinco días Colonia cayó bajo los bárbaros. Han muerto todos y solo por la gracia de Dios logré escapar y llegar a Milán por los caminos de postas. Cnodomar es un demonio.

El hombre se tambaleó y empalideció, y temí que fuera a desplomarse de agotamiento a los pies del emperador.

Constancio le miró ferozmente, como si se dispusiera a azotarle. El mensajero retrocedió con la boca entreabierta, deseoso de decir algo más, pero ¿qué más podía decir? Finalmente, el emperador murmuró:

—No se lo cuentes a nadie.

Y dicho esto, caminó hasta el trono instalado en el centro de la sala, desde donde los cortesanos y ayudantes habían presenciado la

escena en silencio. Rojo de ira, empezó a impartir órdenes entre sus generales y consejeros. Los eunucos se escabulleron en todas direcciones y yo me acerqué con disimulo, pegado a la pared, al desconcertado mensajero, que se hallaba de pie, abandonado y en silencio, con aspecto de querer que las grietas de la sillería se lo tragaran.

—Ven conmigo, soldado —dije tocándole suavemente el hombro.

Echó a andar y me miró con un alivio indecible, probablemente porque eran las primeras palabras amables que escuchaba en meses.

Le conduje por un pasillo secundario hasta mis aposentos, en cuyo diván cayó derrotado, y le ofrecí la carne fría y el pan rancio que me habían sobrado del desayuno. Lo devoró agradecido, aunque presa de unos retortijones en el estómago que atribuyó al hecho de que fuera su primera comida en los últimos tres días. También dijo que era el primer alimento sin gusanos que se llevaba a la boca desde hacía un mes. Hermano, ¿qué clase de médico soy que acepto ciegamente el diagnóstico de mi paciente? Me avergonzaba la descortesía de mi empleador por no haber atendido al soldado a su llegada y, por mi parte, la escasez de viandas que ofrecerle, pues el único otro alimento de que disponía era una manzana magullada, que también devoró en tres bocados, incluido el corazón. Llamé a un esclavo y le ordené que trajera más comida y un poco de vino. Mientras aguardábamos, pedí al emisario que me relatara su historia.

—La guarnición de Colonia —dijo— llevaba varios meses sitiada por los alamanes. Su rey es Cnodomar y le llamamos la Bestia. Dirige a sus hombres personalmente. El comandante de nuestra guarnición, Lucio Vitelio, envió mensajeros al emperador y a las legiones de la Galia para solicitar refuerzos, pero no obtuvo respuesta. Supusimos que los mensajeros habían sido capturados.

No dije nada, pero sabía que tales mensajes habían llegado hasta Constancio. El emperador, que había calificado de intrascendente la situación en la lejana Germania comparada con los problemas más urgentes de las regiones del este del Imperio, se negó a ceder tropas a la agonizante guarnición, pues creía que los comandantes de la Galia y Britania encontrarían los medios para levantar el asedio.

—Finalmente, hace cinco días, nos desmoronamos. Los hombres estaban hambrientos, señor, y los bárbaros habían envenenado las reservas de agua de la ciudad. Quizá hubiéramos podido aguantar unos días más, pero nos vinimos abajo cuando la Bestia empezó a lanzarnos cabezas.

—Soldado —dije—, nunca he estado en una guerra, pero me han contado que entre las tácticas de los sitiadores está la de colocar en las máquinas cabezas e incluso cuerpos de enemigos capturados y arrojados a las fortificaciones para desmoralizar a sus defensores. Por fuerza teníais que esperar algo así.

—Desde luego, señor, pero no hasta ese punto. El caso, señor, es que no eran cabezas romanas lo que lanzaban, sino algo aún peor. Cabezas germanas. Era posible distinguirlas por los largos y rubios bigotes.

Le miré atónito.

—¿Cabezas germanas? ¿Por qué Cnodomar iba a lanzar cabezas germanas?

—Lo mismo nos preguntamos nosotros, señor, hasta que oteamos las colinas. Estaban abarrotadas de germanos. Todas las tribus, desde los panonios hasta los frisones, habían enviado refuerzos, miles, decenas de miles de hombres, y habían cortado hasta el último árbol para fabricar catapultas, arietes, torres, todo lo que se te ocurra, señor, pues con nosotros habían aprendido bien la lección. Pero la Bestia no disponía de cabezas de romanos que lanzar. Supongo que no había capturado los suficientes, de modo que utilizó a sus propios hombres. Y créeme, tenía para dar y regalar. Hizo que sus guardias apresaran a doscientos germanos borrachos, les arrancó la cabeza y nos las arrojó. Entonces comprendimos que estábamos acabados.

Yo le escuchaba estupefacto.

—Y eso no es lo peor, señor —prosiguió el hombre tras hacer una breve pausa para recuperar el aliento—. Lo peor fue cuando Cnodomar en persona cabalgó hasta las puertas de la ciudad gritando a Vitelio que saliera a parlamentar. Señor, seguro que nunca has visto a un hombre como la Bestia.

El mensajero se estremeció y le rogué que continuara.

—Es un gigante, señor. Mide más de siete pies y tiene músculos

de buey. Luce en el casco una pluma encarnada de alguna enorme ave funesta, se cubre únicamente con un taparrabos y lleva el cuerpo pintado de rayas rojas y azules, la peor clase de bárbaro que puedas imaginar. Y así cabalga, prácticamente desnudo, con el pelo y los bigotes ondeando al viento, sobre un inmenso caballo blanco pintado con llamas como el corcel del mismísimo demonio, que se pone de manos y echa espumarajos por la boca, con los ojos en blanco, mientras la Bestia agita su arma, no una lanza como un bárbaro normal, señor, sino un arpón. Yo no había visto un arpón desde los balleneros de Hibernia. Juro que ningún hombre corriente podría levantarlo, pero ahí estaba la Bestia, blandiendo esa mole de hierro en el aire como si fuera una rama de árbol y gritando al comandante de nuestra guarnición que saliera y se rindiera.

»Hay que decir, señor, que el viejo Vitelio no se amedrentaba ante nada, ni siquiera ante ese bárbaro. Ordenó a dos comandantes de cohorte que le acompañaran, y mientras estos temblaban como vírgenes en su noche de bodas, y no miento, Vitelio permanecía frío como un melón español. Y ahí que se fueron los tres, luciendo sus lustrosas armaduras a lomos de caballos descansados y recién cepillados para dar la impresión de que llevábamos tres meses pasándolo divinamente en esa trampa mortal. Se acercaron al bárbaro mientras treinta mil germanos guardaban silencio detrás de él y nosotros observábamos la escena desde lo alto de las murallas.

Me había quedado sin aliento.

—¿Qué le ocurrió a Vitelio?

El hombre se estremeció.

—Fue espantoso, señor. Cnodomar ni siquiera esperó a que se rindiera, sencillamente asintió con la cabeza y sus hombres rodearon a los comandantes y los arrancaron de sus monturas. Manteniéndolos sentados, en la misma postura que cuando cabalgaban, los giraron hacia nosotros. En un abrir y cerrar de ojos, los empalaron con unas largas estacas que habían hundido en el suelo. Directamente por el trasero, señor; eres médico y sabes lo que eso haría a sus tripas. La punta de la estaca les asomó por el cuello mientras vomitaban sangre. Dios Todopoderoso, fue horrible. Los comandantes de cohorte murieron al instante, o quizá se desmayaron y se ahorraron parte del dolor antes de perecer, pero el

viejo Vitelio se resistía a morir. Durante un buen rato se revolvió en su estaca cual un pez en un espetón mientras la Bestia expulsaba carcajadas que habrían despertado a un muerto. Finalmente, harto de los gemidos de Vitelio, se acercó, le agarró la cabeza con las dos manos y, girándola, se la arrancó de los hombros como harías con una gallina si no tuvieras un hacha a mano para rematar el trabajo limpiamente. Estuve a punto de vomitar y todos comprendimos que el juego había terminado. Cnodomar levantó la cabeza de Vitelio, los huesos y los pellejos del cuello todavía colgando, y la arrojó contra el portalón, donde estalló como un huevo podrido. Los bárbaros soltaron un rugido espeluznante y se abalanzaron en masa. Derribaron las puertas con su propio peso, sin aguardar siquiera a que llegaran los arietes. Debieron de morir unos doscientos de ellos aplastados.

»No esperé a que entraran. Me adentré en unos túneles que habíamos descubierto unos días antes y permanecí allí hasta que anocheció, luego me extravié y aparecí en el otro lado de la muralla, donde todavía rondaba una muchedumbre de bárbaros borrachos como muleros. Debieron de pensar, por la barba, que era uno de ellos y que acababa de robar mi armadura a modo de botín, así que pasé inadvertido. Encontré el caballo del pobre Vitelio, todavía amarrado a la estaca de su amo, monté y avancé hasta el camino de postas con toda la indolencia de que fui capaz. Los bárbaros ni siquiera habían apostado centinelas y no me detuvieron ni una sola vez. Luego llegué aquí cabalgando como un poseído, robando caballos por el camino. Creo que soy el único superviviente.

Miré fijamente al hombre, horrorizado por la atroz historia y la frialdad con que la había narrado. ¿Era a eso a lo que nos enfrentábamos en la Galia? En ese momento, llamaron a la puerta y el malhumorado esclavo entró portando una bandeja con carne fría, uvas heladas, melocotones cortados y sendas jarras con vino y agua. Reprendí al bruto por haber tardado tanto y despejé una mesa, la que normalmente utilizo para dejar los libros, pergaminos e informes médicos a medio leer.

El esclavo tardó el doble de lo debido en servir la comida y llevarse la bandeja, y cuando por fin se hubo marchado cerré la

puerta para gozar de intimidad. Entonces me volví hacia mi roñoso y hambriento invitado.

Estaba quieto, con los ojos muy abiertos, fijos en la fuente de comida bellamente dispuesta, y con una expresión en la cara de serena resignación. No obstante, en el suelo, junto al diván, se había formado un pequeño charco de sangre en el que yo no había reparado.

Corrí a socorrerle, resbalando con las gotas de sudor que el hombre había vertido al entrar en la estancia, y le desgarré la túnica desde el cuello hasta la barriga. Tenía las costillas vendadas con una tela mugrienta, rellena de hojas de díctamo empapadas de sangre. Cogí un cortaplumas del escritorio y corté el vendaje, una tarea nada fácil debido al fétido olor que desprendía. La tela se había pegado a la piel, como la cola, por el efecto combinado de la sangre reseca, el sudor y los jugos de las hojas aplastadas. Por debajo del ombligo y ligeramente a un lado, casi a ras de piel, asomaba el asta quebrada de una flecha. La herida estaba tumefacta y morada, y segregaba pus en avanzado estado de infección. La punta de la flecha se hallaba hundida en el hígado. Miré interrogativamente al mensajero, exigiéndole que me contara por qué no me había comunicado antes que estaba herido, al tiempo que me esforzaba por decidir qué medidas debía tomar para extraer la flecha lo más deprisa posible.

Demasiado tarde, hermano. El hombre había muerto.



V

Mas no disponía de tiempo para ocuparme de esos asuntos, pues la caída de Colonia había sumido a Constancio en una actividad frenética. No obstante, como había ordenado que la noticia traída por el soldado permaneciera oculta todo el tiempo posible, el personal de palacio presenciaba con estupefacción los extraños cambios de despliegue militar ordenados por el emperador, la repentina cancelación de los actos sociales y las constantes idas y venidas de discretos oficiales militares y diplomáticos. A lo largo de varios días me esforcé por seguir el ritmo de Constancio, que recorría presuroso los pasillos entre conferencias, sesiones de asesoramiento y negociaciones con emisarios extranjeros. Durante ese período no tuve tiempo de ver a Juliano, ni siquiera para ponerle al corriente de la situación general de palacio, aunque en el pasado solía ir a verle a su residencia varias veces por semana. Era evidente que estas nuevas distracciones iban a retrasar todavía más la decisión del emperador sobre el destino de mi desafortunado amigo.

Pero, curiosamente, no tenía de qué preocuparme, pues cuando más intensa era la agitación en palacio Constancio requirió inopinadamente la presencia de Juliano, que recibió una citación para asistir a una audiencia en menos de una hora. A lomos de un caballo, acompañé a los porteadores de la litera a recogerle y le observé mientras se preparaba con resignación, pues seguía sin tener la menor idea de qué iba a ser de él. Durante los últimos días, yo había oído retazos de conversaciones sobre el futuro de Juliano entre cortesanos y eunucos, discusiones y disensiones, argumentos que defendían su eliminación porque representaba una amenaza para el trono y argumentos igualmente persuasivos que sostenían

que el emperador necesitaba delegar obligaciones a fin de concentrar su atención en las debilitadas fronteras imperiales del este. Nada de eso, sin embargo, narré a Juliano. Seguro que ya lo había oído todo antes, en sus anteriores tratos con los eunucos de palacio.

El viaje a la ciudad era el primero que Juliano hacía desde su llegada, muchas semanas atrás. Asomó la cabeza entre las cortinas, atónito ante la cantidad de gente que abarrotaba las calles. Daba la impresión de que era día de mercado o bien de ejecuciones públicas en el cadalso del patio de palacio. Como respuesta a las preguntas vociferadas a los porteadores, Juliano recibía un silencio pétreo.

A su llegada a la entrada posterior del palacio para evitar el gentío que se agolpaba delante, le esperaba un grupo de eunucos ceñudos y taciturnos que procedieron a examinarle en la calle. Desde donde yo me hallaba observando la escena, en los aledaños del grupo, notaba la agitación y el desprecio de Juliano, que miraba en derredor tratando de ver a través de la multitud de altivos cortesanos. Una vez dentro del palacio, corrieron a desnudarle, bañarle y aceitarle y peinarle el cabello con ese acicalamiento que Juliano había aborrecido desde sus días de colegial. Le entregaron una túnica y una toga limpias, sumamente elegantes, para reemplazar su indumentaria de estudiante, aseada pero raída, que tan buen servicio le había hecho desde su viaje a Atenas meses atrás. Todas sus preguntas, formuladas tanto con educación como con brusquedad, tanto en latín como en griego, tropezaban con un silencio deliberado, como si los presentes tuvieran prohibido dirigirle la palabra o, más probable aún, se negaran a hacerlo pese a tenerlo permitido.

Por fin lo llevaron hasta el salón de visitas, donde ya se había reunido la corte al completo para presenciar la gran escena que Constancio se disponía a representar. Yo, como siempre, me mantenía cerca del emperador por si necesitaba uno de los muchos jarabes y tinturas que guardaba para sus constantes dolencias, reales e imaginarias. Aunque traté de atraer la mirada de Juliano a fin de tranquilizarle con un guiño o una sonrisa, este se acercó con los ojos clavados en el emperador.

Constancio estaba de pie junto a una fuentecilla que borbotaba

sobre un exquisito mosaico que representaba a Tritón, dios del mar, cabalgando sobre dos delfines. Los eunucos condujeron a Juliano a través de los corrillos dispersos de consejeros y cortesanos, que se apartaban en silencio, mirando al encorvado joven y al agitado soberano, dirigente supremo del Imperio Romano, el augusto. Cuando Juliano se detuvo, la sala al completo guardó silencio, salvo el emperador, que prosiguió con el monólogo que dirigía a un general de pocas luces llamado Barbacio, quien años atrás había participado en el traidor secuestro y asesinato de Galo. Constancio no parecía tener prisa por terminar la conversación a fin de atender a su joven primo. Juliano trasladaba el peso de su cuerpo de un pie a otro mientras miraba fijamente la nuca del emperador y tiraba de su desacostumbrada indumentaria. Barbacio le observaba con ojos condescendientes y llenos de malicia, y los eunucos intercambiaban sonrisas afectadas y se mantenían más erguidos que nunca para remarcar el contraste entre su porte distinguido y seguro y el de ese lamentable estudiante que habían arrastrado a la fuerza hasta la presencia del emperador.

Constancio terminó por fin su conversación y se volvió hacia Juliano con fingida sorpresa. Pese a todas esas semanas de frialdad, recibió a su primo calurosa, casi paternalmente, como si este acabara de llegar a la ciudad y tuviera los pies todavía cubiertos del polvo del camino en lugar de haber estado de plantón en una finca abandonada. Juliano estaba atónito. Al ver a Barbacio no pudo evitar preguntarse si el emperador había dado a su hermano Galo el mismo recibimiento cuando lo insistieron con la púrpura, antes de conducirlo a la muerte poco tiempo después. La reacción de Juliano a esa bienvenida fue fría y formal. Tuvo que hacer un esfuerzo consciente para ocultar el asco que le producía ese hombre, el asesino de su familia, y, al mismo tiempo, evitar una actitud excesivamente calurosa que los presentes habrían interpretado como una hipocresía de la peor clase. Sus sentimientos hacia el emperador, aunque no se habían visto de adultos y ninguno había tocado el tema, no podían ser más evidentes, y tampoco el hecho de que el joven estaba sumamente agradecido por seguir vivo. El protocolo y la decencia humana, no obstante, impedían que uno u otro lo expresaran abiertamente.

—Querido muchacho —dijo Constancio—, tienes un aspecto espléndido. Me complace comprobar que mi gente te trata bien en tu nuevo hospedaje.

Juliano le dio las gracias con voz queda, destacó brevemente la hospitalidad de que había sido objeto desde su llegada a Milán y calló. El emperador le miró expectante, y tal vez con cierta irritación, como si esperara que de la boca de su primo saliera algo más. Con un suspiro, se volvió hacia su chambelán, que rondaba cerca de él retorciéndose las manos con impaciencia.

—Señor —dijo el eunuco—, la plataforma está preparada y la multitud reunida. Me temo que se están impacientando.

—Bien. Acompáñame, Juliano. Es mi deseo acortar en lo posible tu malestar y terminar cuanto antes con esta desagradable tarea.

El joven empalideció, aunque sin perder la compostura, y se volvió rápidamente hacia mí. Yo no podía ayudarle en este asunto, de modo que, tras un breve instante, desvié la mirada. Resignado, Juliano enderezó la espalda y, siguiendo los pasos presurosos del emperador, cruzó las puertas que conducían a la espaciosa plataforma de madera armada para la ocasión sobre la escalinata y balaustrada de la entrada. Yo permanecí en la penumbra del palacio, detrás de un grupo de asesores, fuera de la vista de la multitud.

Juliano salió a la cegadora luz del día parpadeando de asombro, y un rugido ensordecedor surgió de la garganta de los miles de hombres y mujeres. La guardia pretoriana y las legiones del emperador se extendían a lo largo de cien hileras perfectamente formadas, con sus lanzas alineadas verticalmente por encima de miles de lustrosos cascos y crines encarnadas, y los banderines de seda multicolor ondeando al viento. Al final de la formación se hallaba el abigarrado gentío que Juliano había visto al entrar en la ciudad, ciudadanos y mercaderes que, dispensados de sus labores, se habían congregado con sus familias frente al palacio. Niños y esposas descansaban sobre los hombros de los varones para gozar de mejor vista al tiempo que grupos de jóvenes trabajadores lanzaban gritos a sus compañeros apostados al otro lado del patio, agitaban calabazas y botas de vino y flirteaban con corros vecinos de ruidosas prostitutas.

Juliano contempló horrorizado la escena, probablemente la multitud más numerosa que había visto en su vida. La voz atronadora del emperador, que estaba a su lado, lo sacó de su ensimismamiento. No obstante, pese a las potentes cuerdas vocales de Constancio y la excelente acústica de la plaza, las proporciones de la multitud habían obligado a aportar heraldos para que, también a gritos, transmitieran las palabras del emperador a la muchedumbre que ocupaba el fondo de la plaza y las calles colindantes, a las que seguía llegando gente para presenciar el extraordinario acontecimiento.

—¡Soldados y ciudadanos! —exclamó el emperador—. Me presento ante vosotros para solicitar vuestra opinión imparcial sobre el paso que me dispongo a dar.

La multitud calló cuando sus palabras rebotaron en los edificios de la plaza y los heraldos las repitieron.

—Como ya sabéis, los bárbaros, quizá para calmar a sus profanos dioses con ofrendas de sangre romana, han perturbado la paz de nuestra frontera del oeste y están causando estragos en la Galia. Al hacerlo, cuentan con mi necesidad de dedicar toda mi atención a los acontecimientos que tienen lugar en el otro extremo del Imperio. Si, ahora que aún estamos a tiempo, su actuación encuentra resistencia mediante acciones que cuenten con vuestro apoyo, acabaremos con la insolencia criminal de esos animales y las fronteras del Imperio seguirán siendo sagradas. A vosotros os toca reforzar mi esperanza en el futuro y aprobar mi decisión.

Hizo una pausa para permitir que los heraldos transmitieran sus palabras. Bajo las viseras de bronce, los soldados de las primeras filas miraban fijamente al emperador y a su joven primo, que permanecía encogido a su lado.

—¡Tenéis ante vosotros a nuestro Juliano! —prosiguió con un bramido—. ¡Mi primo! Hombre de sobresaliente inteligencia al que aprecio tanto por sus cualidades personales como por su linaje. Es a Juliano a quien propongo elevar a césar para que sirva directamente bajo mi mando de augusto, propuesta que vosotros debéis ratificar si os dignáis a conceder vuestra aprobación.

Constancio hizo otra pausa para permitir que los esperados vítores y aplausos se elevaran del gentío. Lo que oímos, no obstante,

fueronmurmullos de sorpresa entre los soldados, interrumpidos únicamente por el eco de los heraldos. Presa del desconcierto, Juliano pareció encogerse aún más. Constancio, que estaba decidido a obtener de la multitud un clamor aunque tuviera que pasarse allí toda la noche, estaba respirando hondo a fin de reanudar su arenga cuando un centurión gritó con entusiasmo que esa era la voluntad de Dios. «¡Ave, césar Juliano!», aulló. Era evidente que la intervención del centurión estaba preparada.

En cualquier caso, los hombres de su compañía siguieron su ejemplo. «¡Ave, césar Juliano!», bramaron otras sesenta o setenta voces sin excesiva animación, grito al que inmediatamente se sumaron otras compañías esparcidas por la plaza y los heraldos del perímetro, que hacían lo posible por avivar el entusiasmo de la gente. Lentamente, casi con desgana, el volumen de los vítores aumentó hasta inundar la plaza y alcanzar a las multitudes agolpadas en las calles adyacentes.

En el rostro rollizo y sudoroso de Constancio se dibujó una amplia sonrisa. Al volverse hacia Juliano mantuvo la sonrisa pero entrecerró los ojos. Elevando la vista por encima del hombro de su primo, asintió ligeramente con la cabeza. Al instante, un gigantesco eunuco, un siciliano que normalmente realizaba tareas humildes en el palacio, dio un paso al frente con las trabajadas pieles y los pantalones de cuadros de un jefe galo, el rostro pintado con unas rayas azules espantosas, una peluca de largas trenzas pelirrojas que le caían por la espalda y unos brazaletes de plata con forma de serpiente en los inmensos bíceps. La gente calló atemorizada cuando el hombre se acercó a Juliano con un bulto que desplegó con gesto teatral. Acto seguido, colocó la pesada capa púrpura sobre los hombros del nuevo césar y se postró a sus pies con gesto de humilde temor.

Mientras Juliano, presa del asombro y la vergüenza, contemplaba al hombre que temblaba a sus pies, la multitud estalló en otra ovación, acompañada esta vez por el estruendo que los soldados empezaron a crear golpeando sus escudos contra las rodillas. Solo más tarde comprendió Juliano, cuando pude explicárselo con detenimiento, que esa señal representaba la plena aprobación de las tropas y era, de hecho, muy preferible al choque

de los escudos contra las lanzas, gesto que indicaba rabia y dolor.

—¡Amado primo! —vociferó Constancio por encima del clamor —. Acabas de obtener, siendo todavía joven, la distinción a la que estabas destinado por tu linaje. Sé, por tanto, mi compañero en el trabajo, mi colega en el peligro. ¡Asume el gobierno de la Galia! ¡Alivia a sus sufridas gentes con un trato generoso! ¡Haz frente al enemigo en la batalla y eleva la distinción de tus legiones! ¡Dirige a estos hombres que te igualan en valor! Haremos la guerra simultáneamente, nos ayudaremos con un afecto constante y mutuo y, si Dios quiere, gobernaremos juntos, colaborando con justicia y humildad, sobre un mundo finalmente en paz.

Los hombres vitorearon estruendosamente y el emperador levantó la mano de Juliano por encima de sus cabezas para agradecer la vasta, y organizada con bastante impericia, muestra de aprobación. Mientras los aplausos proseguían, Constancio condujo a Juliano hasta una silla de manos, labrada y protegida con cortinas, que habían colocado a un lado de la plataforma y portaban ocho esclavos disfrazados de feroces guerreros galos. Una vez que el emperador y su nuevo césar se hubieron sentado, los esclavos levantaron con cuidado las varas y, bambaleándose, caminaron pesadamente por la extensa plaza entre las aclamaciones de la multitud. Un pelotón de cincuenta pretorianos musculosos iba despejando el camino, a veces con la cara de las espadas. Juliano tenía la mirada clavada en la distancia, con una expresión imposible de interpretar. Finalmente, los esclavos devolvieron a la pareja al pie de la plataforma, donde se apearon. Después de despedirse del gentío agitando una mano, regresaron al salón de recepción.

Una vez dentro, Juliano se quitó la capa púrpura y la dejó sobre los brazos del esclavo que tenía más cerca, mientras Constancio le miraba fríamente, mas con un brillo de regocijo en los ojos.

—Podrías haberme avisado —murmuró Juliano con tono acusador, seguro ahora de su indemnidad física, cuando menos por el momento, y poco preocupado por ofender al emperador—. Llevo varias semanas en Milán suplicando una explicación, la que fuera, de por qué me habías traído aquí. ¿Y así me lo comunicas?

Constancio soltó un bufido.

—La vida de un dirigente está llena de sorpresas, joven Juliano.

Tendrás que acostumbrarte. —El emperador hizo una pausa y miró a su joven primo con una sonrisa forzada—. De hecho, debo admitir que estoy casi tan sorprendido como tú. Ayer todavía dudaba entre erigir un cadalso o una plataforma de investidura. Deberías estar de rodillas dando gracias a Dios. Tienes una defensora muy persuasiva en el palacio.

Juliano le miró desconcertado.

—¿Persuasiva? —dijo—. ¿Consideras esto una recompensa? ¿Apartar a un pobre estudiante de sus estudios, hacerle comandante de seis legiones y ordenarle que defienda la Galia? ¡No es otra cosa que una ejecución más lenta que la que habías planeado! «Amortajado con el púrpura oscuro de la muerte por el sino todopoderoso…».

Constancio rio.

—Muy perspicaz, y un uso inteligente de Homero, aunque algo melodramático, diría yo. Pero, por favor, no te halagues pensando que realmente dirigirás a esos hombres. Tú simplemente estarás en medio. Las legiones del oeste permanecerán bajo el control de Ursicino y Marcelo. Barbacio ayudará en algunos temas, como siempre ha hecho. Contigo como césar, la emperatriz Eusebia estará satisfecha, aunque solo Dios sabe por qué. Con Marcelo al mando, mis generales estarán satisfechos. Y tú, mi querido muchacho, disfrutarás del paseo y no te entrometerás.

Barbacio, que estaba detrás del emperador, miraba fríamente al joven por encima del hombro de su patrón. En su rostro se percibía el odio que sentía por ese primo de Constancio al que acababan de nombrar césar simplemente por una débil relación de sangre. Juliano evitó su mirada y se concentró en el emperador y sus sorprendentes palabras.

—¿Me estás diciendo que no tengo obligaciones? —preguntó estupefacto.

El emperador rio.

—Solo una. Puesto que insistes groseramente en que te informe con antelación de los planes que afectan a tu insignificante vida, eso haré. ¿Has conocido a mi hermana Helena, tu prima? No, naturalmente que no, pero pronto la conocerás. Dentro de dos días te casarás con ella.

Y con una inclinación de la cabeza dirigida a sus cortesanos, se alejó del pasmado Juliano para reanudar su anterior conversación con Barbacio, como si todos los acontecimientos de esa mañana hubieran tenido la misma trascendencia que el hecho de pasar revista a sus soldados.



VI

Al día siguiente, cuando entró en el gineceo acompañado por mí, médico de confianza de la familia, inofensivo como un eunuco viejo y cercano como un perro faldero, Juliano fue directo al diván donde la emperatriz, cubierto el rostro con un velo, se hallaba reclinada conversando quedamente con sus damas e hincó una rodilla. Ella le miró, me dedicó un gesto cortés con la cabeza cuando me arrodillé junto a él y se volvió para terminar su conversación. Durante ese rato aproveché para admirarla furtivamente. Aunque soy un profesional, también soy hombre, y, aunque cristiano, no he renunciado a la apreciación de la belleza.

Eusebia era una mujer de gusto exquisito y, teniendo toda la riqueza de Roma y las mercancías del mundo a su disposición, no cicateaba en su aspecto físico. De hecho, siempre me maravillaba que, en lugar de los elegantes hilos y lanas que solían vestir las damas de la corte durante el fresco otoño, ella prefiriera el suave y adherente algodón importado de India y las hermosas sedas antiguas traídas de China cien años atrás, cuando todavía reinaba la paz parta. En ambos tejidos se había envuelto para este encuentro, de forma voluminosa pero delicada, siguiendo la moda del momento. La larga túnica de algodón, de un blanco cegador, se ceñía estrechamente a su cuerpo. Un velo sedoso, casi transparente, le caía con desenfado sobre la cabeza y el rostro y rodaba por los hombros hasta alcanzarle los pies. El velo ocultaba, y al mismo tiempo desvelaba entre sus pliegues, el contorno de la cara, el blanco de los dientes y los ojos y la suavidad aceitunada de unos brazos esbeltos. Un galón púrpura bordado en oro, signo de su rango de emperatriz, remataba la orilla de la túnica, y otro galón a juego le ceñía la delgada cintura realzando la redondez de sus senos

y caderas. Las joyas eran sencillas pero valiosas: una diadema de oro en el cabello con una única perla incrustada, unos aros de perlas diminutos en las orejas y un colgante en el escote. Siempre me complacía observar que la emperatriz no había sucumbido a la moda de los múltiples brazaletes, anillos y tobilleras que imperaba, pues, al igual que los escultores griegos, detesto tales interrupciones en la corriente suave y armoniosa de la silueta femenina, desde el hombro redondeado hasta las curvadas yemas de la mano, desde el blanco y tierno muslo hasta el arqueado dedo gordo del pie, ese contorno ininterrumpido, ligeramente ondulado, que alcanza la perfección en su continuidad y en la que hasta el broche de plata española más finamente labrado supone una violación intolerable de la pureza.

Observé de soslayo a Juliano y advertí que también él, bajo las cejas enarcadas, contemplaba subrepticiamente a la emperatriz. Miré de nuevo al frente y cuando mis ojos subieron por el cuerpo de Eusebia hasta llegar al rostro descubrí con asombro que ella, mientras hablaba con su criada, también estaba contemplando a Juliano, evaluándolo con igual descaro que él a ella. En realidad, advertí con cierto regocijo, la emperatriz estaba observando cómo la observaba Juliano, y de hecho parecía complacida, incluso fascinada. Cuando la conversación tocó a su fin, alcé la cabeza y vi, decepcionado, que el dedo de la emperatriz nos indicaba a sus acompañantes y a mí que la dejáramos a solas con Juliano.

Cerré la puerta suavemente tras de mí, pero Juliano me relató más tarde la extraordinaria conversación que había mantenido con la emperatriz.

—Hacía tiempo que deseaba conocerte, señora —comenzó él—, y expresarte mi gratitud por los libros y las amables palabras que me enviasteis durante mi espera.

Detrás del velo sonó una risita que Juliano encontró extrañamente familiar.

—Me alegra que disfrutaras de ellos —respondió ella con su voz cálida—. ¿Quedó Plotino correctamente archivado?

Atónito, Juliano levantó la vista.

—Tú… tú eres la limpiadora que reemplazó a Lucila… quiero decir… lo lamento, Alteza, pero…

Eusebia le miró divertida y se retiró lentamente el velo, que dobló sobre la cabeza.

—Entonces, ¿no sabías que era yo? Cómo me alegro.

Juliano estaba perplejo.

—Pero, Alteza, ¿por qué? Después de todos mis ruegos por obtener una audiencia, ¿por qué no me desvelaste tu identidad?

—¿Me estás preguntando por qué no fui a verte a tus aposentos sin el consentimiento del emperador? —Eusebia rio burlonamente —. Mi pobre primo político, valoro tanto la posición de mi cabeza sobre mis hombros como no me cabe duda de que tú valoras la tuya. —Siguió riendo. Luego se irguió sobre el diván—. ¿No creerás que iba a proponerte para césar sin haberte echado primero una ojeada? —preguntó pícaramente—. Una mujer puede casarse con su marido sin haberle visto antes la cara, como hice yo, pero no elige a ciegas dos veces en la vida. Después de todo, Juliano, cuando llegaste a Milán tu carrera, de hecho tu vida, solo podía seguir dos caminos. Dado que yo podía influir en el emperador… ayudarle en su decisión, deseaba disponer de toda la información posible.

Juliano no dijo nada. La belleza de Eusebia conseguía perturbarle como la de ninguna otra mujer, pues nunca en su breve y protegida vida había estado ante una hembra tan hermosa y tan poderosa. La combinación era embriagadora, casi asfixiante, y de repente notó que hacía un calor sofocante. Mantuvo la mirada clavada largo rato en el suelo, mientras ella observaba la escena con cierta distancia. Finalmente la emperatriz se levantó y caminó hasta él. Tras colocarle una mano bajo el mentón, le alzó la cara para verle los ojos y le indicó con una sonrisa que se levantara.

Una vez de pie, a Juliano le sorprendió la estatura de Eusebia, pues aunque él era de estatura mediana entre los hombres, ella era extraordinariamente alta para ser mujer, tan alta como él, y solo calzaba las finas chinelas de palacio. La emperatriz no tuvo reparos en acortar la distancia que normalmente mantenía con su personal, y se detuvo apenas a un pie de Juliano. Mantenía la espalda y los hombros rectos, casi en posición militar, pero el brillo burlón de sus ojos y la suave forma de las mejillas borraban todo atisbo de severidad. Lo que más abrumó a Juliano, según me contó más tarde, fue el contorno curvado de sus senos, que se hallaban a solo unas

pulgadas de su pecho, su redondez visible bajo la gruesa seda de la túnica. Juliano, a diferencia de los médicos, había tenido poco contacto o experiencia con la figura femenina, y la extraordinaria belleza de la emperatriz era algo a lo que yo estaba tan acostumbrado que no se me había ocurrido describírsela de antemano. Mientras ella le observaba, él se obligó a no retroceder ni bajar la mirada, reacciones que la emperatriz podría haber interpretado como un insulto o una señal de temor. Se mantuvo firme y quieto, los ojos clavados en un punto por encima de la cabeza de la emperatriz. Un hilo de sudor que le bajaba por el costado, bajo el brazo izquierdo, le empapó el cinturón de la túnica provocándole el deseo de rascarse las costillas.

Eusebia examinó la cara de Juliano con detenimiento.

—Ya has recibido algunas cosas de nosotros —dijo utilizando el plural mayestático—. Y, si Dios quiere, recibirás más. Siempre y cuando, claro está, demuestres que eres leal y honrado con nosotros.

—Sabes que estoy agradecido por todo lo que has hecho, emperatriz. Será un honor para mí serte útil en la medida de lo posible.

Eusebia volvió a examinarle la cara, pero esta vez sus ojos no sonreían.

—¿Debo suponer que Cesáreo, nuestro médico, os ha hablado de… la dolencia del emperador?

Juliano enrojeció y mintió elegantemente.

—Jamás me tomaría la libertad de comentar tales asuntos con alguien ajeno a la familia, señora…

Ella alzó la cabeza con impaciencia.

—Tonterías. Cesáreo es un buen médico y todos los miembros de la familia real confían plenamente en él. Además, el palacio entero lo sabe y comprende la violenta situación en que nos encontramos los dos… todos. Juliano, te he estado observando durante muchos meses, desde mucho antes de que llegaras a Milán, y acepto agradecida tu oferta de serme útil.

—No comprendo, señora…

Con un ligero chasquido del pulgar y el índice la emperatriz abrió el pasador de su túnica y ambos lados de la tela cayeron

revelando el blanco cremoso de sus senos y unos pezones tensos y oscuros. Juliano no osó mirar más allá, si bien me confesó que su mente y su febril imaginación se aceleraron. Alzó rápidamente la vista, mas tampoco encontró sosiego en el rostro de Eusebia, en su mirada penetrante. La emperatriz se balanceó levemente y, aunque no movió los pies, pareció inclinarse de forma imperceptible hacia Juliano. Aunque todavía los separaban una pulgadas, él casi sintió que el calor de sus senos le atravesaba la túnica y, también de forma imperceptible, retrocedió.

—Juliano —dijo Eusebia con voz ronca y mirada suplicante—, no estoy eligiendo a ciegas…

Los ojos de Juliano se abrieron de par en par y los pensamientos se atropellaron en su mente, como a mí cuando oí esta historia de sus labios. Nunca, exceptuando quizá su primer encuentro con el emperador en Milán, había percibido Juliano tanto peligro, o tanta tentación. Cerró los ojos un breve instante y trató de reflexionar. Aceptar orechazar el ofrecimiento de la emperatriz… ¿qué opción le haría ganar o perder más? Necesitaba tiempo, tenía que ganar tiempo. Acongojado, recurrió a los argumentos de la biología humana, los cuales, de hecho, yo mismo le había enseñado el día antes a fin de prepararle para su inminente matrimonio con Helena.

—Alteza, esto es sumamente peligroso. ¿Y si quedaras embarazada?

—Mi ciclo es bastante regular y los cálculos son precisos. Ahora es el momento perfecto.

—¿Para evitar el embarazo?

Ella le miró impasible.

—Todo lo contrario, Juliano. Para asegurarlo.

Juliano hizo memoria. Ahora lo veía todo claro. El emperador no tenía heredero y culpaba a su esposa de sus propias limitaciones físicas. La posición de Eusebia como Madre del Imperio se hallaba, por tanto, amenazada. Había que engendrar un heredero, pero ¿cómo? Solo un miembro de la familia podía producir el parecido físico necesario, solo un cristiano piadoso y asceta realizaría el servicio con discreción, solo un césar gozaría de la categoría política necesaria para garantizar la supervivencia del heredero en el caso de que surgieran dudas sobre su paternidad, solo un hombre

a punto de convertirse en miembro de la familia imperial podría obtener el libre acceso al gineceo para hacer su labor; más importante aún, solo un hombre era lo bastante idiota y poco ambicioso para gozar de la confianza del emperador en esta crítica situación. De repente, todo empezó a tener sentido y Juliano comprendió qué papel le habían asignado. Todo encajaba perfectamente, salvo en el caso de su propia conciencia.

Siguió divagando.

—Alteza, me siento profundamente halagado…

Exasperada, la emperatriz puso los ojos en blanco.

—No tienes por qué, te lo aseguro —le interrumpió—. Aunque eres un hombre bastante atractivo, querido primo político, el palacio está lleno de varones como tú. Hasta los eunucos podrían satisfacer a una mujer, si esa fuera la cuestión. Mas no es una cuestión de satisfacción, Juliano, sino de necesidad, tanto para mí como para el Imperio.

—Pero eres la esposa de mi primo y mañana debo casarme con Helena. Eso convertiría el acto en una doble traición, por no hablar de lo injusto que estaría siendo contigo.

Ella le miró atónita y la expresión de su rostro reflejó desdén.

—¿De modo que la regordeta Helena es para ti lo que Penélope para Odiseo? —espetó—. Entretanto yo, la malvada Calipso, estoy tan hechizada por tu belleza que debo utilizar mis poderes para atraparte y hacerte mío. Vete y lee a tu Homero, estudiante. Hasta Odiseo era lo bastante sabio para comprender que, cuando la diosa dobla un dedo, no hay excusas que valgan.

Dicho esto, se cerró la túnica, giró teatralmente sobre sus talones y abandonó la estancia, dejando que Juliano saliera por su cuenta a la antecámara, donde lo encontré con la cara roja de frustración y humillación, la mente atormentada y la zona baja de la túnica curiosamente ladeada.



VII

No volvió a ver a Eusebia en privado, pues el palacio era lo bastante grande para que ambos pudieran evitarse mientras Constancio planificaba el viaje de Juliano a la Galia y su enlace con Helena. Durante la suntuosa ceremonia nupcial, con la basílica iluminada por diez mil velas cuyo brillo se reflejaba otras diez mil veces en los vidrios de las ventanas y el oro de los cálices y las custodias, Juliano alzó la vista hacia la emperatriz en tanto que entonaba el credo. Tras el fino velo que siempre lucía en público, le pareció ver el resplandor de sus ojos negros, y me confesó que incluso hallándose en el acto de contraer matrimonio se dijo con orgullo que era uno de los pocos hombres de la basílica, de hecho de todo el Imperio, que había visto el rostro de la emperatriz, y algo más que el rostro.

La rolliza y feúcha Helena estaba todo lo presentable que le permitía su vestimenta nupcial dictada por la tradición: una túnica sin ribete, ceñida a la amplia cintura por un cinto de lana con doble nudo, una capa de color azafrán, sandalias a juego y un fino collar metálico en el cuello. Sobre el delicado peinado lucía un *flammeum* o velo de color naranja que le cubría la mitad superior del rostro. Una sencilla corona de arrayán y azahar cortados de los invernaderos de palacio mantenía el velo sujeto a la cabeza, y en las manos portaba una vela blanca. Parecía una versión algo más pesada de las vírgenes vestales. La gruesa melena negra, generalmente ingobernable, aparecía recogida, según era costumbre en la novia, en seis elaboradas trenzas unidas con la tradicional punta de lanza, cuya extremo de hierro había sido doblado. Según su madre, se trataba de la lanza extraída del cadáver de un gladiador mucho tiempo atrás, cuando se creía que tales armas

poseían poderes misteriosos. El rostro de Helena era prácticamente idéntico al de su hermano, si bien le faltaba su chispa de inteligencia malévola.

Una vez que Juliano hubo recitado el solemne juramento y recibido la respuesta de Helena —*Ubi tu Julianus, ego Helena*—, la ceremonia, afortunadamente breve, se dio por terminada y el novio levantó el velo de su nueva esposa. Al principio, dijo Juliano, al mirarle a los ojos sintió indulgencia por ella y compasión por él, como si hubiera hecho un gran sacrificio llevado por su sentido del deber, mas en aquel momento no supo decirme en qué consistía exactamente ese sacrificio. Su principal preocupación, al salir de la basílica y dirigirse con Helena a los aposentos nupciales, era cómo iba a levantarla del suelo para cruzar el umbral.

El palacio pasó los días siguientes al enlace ocupado con los preparativos de la partida de Juliano a la Galia. Para el nuevo césar, este proceso resultó ser tan frustrante y enloquecedor como las semanas que había pasado en la finca a la espera de obtener una audiencia con Constancio. El emperador se mostraba aún más autoritario con su primo que antes, aunque la mayor parte del tiempo se las arreglaba para no prestarle atención alguna. A veces, cuando estaban obligados a verse en actos oficiales y demás, el emperador adoptaba una actitud paternal tan falsa que Juliano y quienes les observábamos teníamos que apretar los dientes para soportarla. Los eunucos seguían su ejemplo; cuando pasaban por delante del césar, daba la impresión de que lo atravesaban, como si no fuera más que una sombra o, como mucho, un mendigo que se había colado por error en palacio y con el que había que tener la cortesía de dejarlo tranquilo hasta que encontrara la salida. La emperatriz Eusebia tampoco proporcionaba a Juliano ninguna ayuda, a diferencia de lo ocurrido en las semanas previas a su investidura, y la culpa la tenía el inesperado rechazo de sus favores. Juliano erraba por los pasillos aturdido, presa de un cautiverio espléndido pero severo, buscando mi compañía cuando le era posible, aunque las frecuentes importunaciones del emperador y la emperatriz me dejaban poco tiempo para ofrecerle consuelo.

Dos acontecimientos, no obstante, consiguieron levantarle considerablemente el ánimo. Uno fue la llegada a Milán de su

médico personal, un sátiro jovial y asmático llamado Oribasio, que se había ocupado de la salud y la dieta de Juliano y su hermano hasta que alcanzaron la edad adulta. Cuando los muchachos emprendieron sus respectivos estudios y carreras, Oribasio alegó un empeoramiento de su asma y optó por una jubilación prematura, que pasaba compilando una enciclopedia médica muy extensa y, en gran parte, plagiada. Constancio había insistido en que un hombre con rango de césar no debía hacer un viaje tan arduo sin la compañía de un médico personal y, ante la mirada atónita de Juliano, había resuelto enviar un pelotón de guardias a casa de Oribasio, situada en las afueras de Constantinopla, y trasladarlo, si era necesario a la fuerza, a Milán. La fuerza, al parecer, fue innecesaria, pues por lo visto Oribasio estaba más que harto de su investigación y recibió con los brazos abiertos este respiro a su rutina diaria de dictar y archivar. Aunque a Juliano le alegró sobremanera la llegada de Oribasio, a mí me perturbó su forma física, pues era un ejemplar especialmente inadecuado para el duro servicio en la Galia. Aproximadamente de la misma edad que Constancio, estaba tan orondo como este y mostraba una marcada cojera en ambas piernas, si algo así es posible, porque sufría a la vez de artritis y gota. Yo temía que el médico hiciera más de paciente que de sanador durante el agotador viaje.

El otro motivo de alegría del césar, para gran sorpresa de todos, fue su nueva esposa. Durante los ociosos días previos a su partida a la Galia, y también durante el viaje, Juliano se tomó sus nuevas responsabilidades de marido y amante muy en serio para alguien que nunca había estado, que yo supiera, con una mujer, e hizo un esfuerzo considerable por conocer la mente de su esposa. Helena era cuatro años mayor que él y una compañera ciertamente extraña, sobre todo para un césar. Aunque pesaba cerca de doscientas libras más que él aun cuando su estatura se hallaba por debajo de la media, poseía un carácter tan dulce como malvado era el de su hermano. Todavía era virgen pese a su edad y, que yo supiera, nunca había tenido pretendientes. Su hermano los había ahuyentado con su perversidad y volubilidad, incluso a aquellos dispuestos a vencer la aversión natural que les provocaba la fealdad de la muchacha a cambio de la oportunidad de convertirse en césar

y, finalmente, en emperador. Juliano, por el contrario, se había encontrado involuntariamente con todo el paquete, pero estaba decidido a tomarse sus votos en serio y sacar todo lo bueno de la abrumadora situación.

En cuanto a los preparativos de su partida, había que actuar con rapidez porque los informes públicos sobre el desastre en Germania empezaban a filtrarse y resultaría imposible ocultar por mucho más tiempo las noticias sobre la situación. Era preciso, se dijo Constancio, que Juliano se hallara camino de su destino antes de que tuviera la oportunidad de oír los feos rumores o presagios y decidiera escapar a la costa en la primera caravana de mulas. El propio emperador había optado por acompañar a la expedición durante unos días para fortalecer las agallas de su nuevo segundo en el mando.

Cuando al fin llegó el momento de la partida, un día tormentoso de noviembre, el joven césar subió a su silla para efectuar la salida ceremonial de la ciudad junto a la silla de su nueva esposa, que había decidido acompañarle. Los porteadores de Helena caminaban trabajosamente bajo la descomunal carga y murmuraban oraciones a la ya mencionada santa Lucía, a quien, cuando los agentes de Diocleciano fueron a recogerla para llevarla a su martirio, resultó imposible mover a causa de su enorme peso. Constancio y su extenso séquito, incluido yo, iban acompañados de un destacamento compuesto por lo que él denominaba soldados de primera, escogidos con esmero para formar la guardia personal del nuevo césar. En mi opinión, hermano, esos soldados integraban la pandilla de reclutas peor adiestrados y alimentados con la que he tenido el disgusto de viajar. El propio Juliano se percató de que los hombres no sabían hacer otra cosa que rezar, lo cual, curiosamente, y algo inquietantemente, hacían a todas horas del día y de la noche, tanto solos como en grupo, y quizá fuera eso lo que más tarde nos permitió atravesar los Alpes en pleno mes de diciembre sin perder un solo hombre. Si su eficacia residía en sus oraciones, y estoy seguro, hermano, de que serías reacio a que yo considerara siquiera lo contrario, probablemente se trataba del destacamento de soldados más eficaz que el emperador hubiera podido asignarnos.

No fue hasta llegar al lugar de separación acordado, un punto

entre Laumello y Pavía marcado por dos columnas, cuando el emperador informó a Juliano de la caída de Colonia. En aquel momento, yo me hallaba en la tienda tratando a Constancio de una de sus inagotables dolencias y bocios. Cuando reveló a Juliano la situación de Colonia, este le miró atónito y le maldijo con tal insolencia y espontaneidad que Helena, también presente, rompió a llorar. Constancio, sin embargo, no se molestó lo más mínimo ni perdió la sonrisa afectada que apenas le había abandonado desde la investidura de Juliano.

—Caramba, primito —dijo—, ¿es esa la elocuencia que te enseñan en la elogiada Academia de Atenas? Menos mal que te sacamos de allí y te pusimos con los soldados de infantería que es donde te corresponde estar.

Juliano le miraba furibundo.

—Me has metido en esto deliberadamente, Constancio, has maquinado todo esto para que fracase. No entiendo por qué no elegiste una forma más sencilla de acabar conmigo.

—¡Porque eres de la familia, Juliano! Y probablemente el único hombre de todo el Imperio que se queja de lo mucho que ha recibido. Ahora escúchame bien, ingrato: a partir de ahora viajarás fuera de mi control. Se acabaron las reuniones con hechiceros y el estudio de la naturaleza de los dioses paganos. Lo creas o no, estoy enterado de tus jugueteos con los eleusinos de Atenas. Desde este momento nos representarás a mí y a la Iglesia, a nadie y a nada más. Si lo olvidas, muchacho, tendrás que enfrentarte a las consecuencias.

De repente comprendí la importancia de los ignorantes ascetas que Constancio había vestido con la toga de soldado y enviado a modo de protección. Juliano caminó indignado hasta la silla que le esperaba, subió y cerró con furia las cortinas.

Llevado por el calor de momento, preocupado por la seguridad del joven césar en el viaje, me acerqué poco después al emperador, cuando los porteadores se disponían a levantar su silla para devolverlo a Milán.

—Señor —comencé—, como ya sabes, el césar ha sido como un hermano para mí desde que nos conocimos en Atenas. Te ruego que me permitas acompañarle hasta la Galia. Hay muchos médicos

competentes en Milán que podrán atenderte entretanto, mientras que tu primo solo dispone de Oribasio, quien, pese a su sabiduría, no está capacitado para cuidar del césar durante semejante trayecto.

El emperador me miró con arrogancia, contento de haber terminado con Juliano e impaciente por regresar al urgente asunto de la frontera del este. Parecía irritado por mi petición, no tanto por la idea de perderme como por haberle recordado un problema que había dado por eliminado hacía apenas unos momentos.

—De acuerdo, de acuerdo… —dijo distraídamente mientras leía un despacho que acababa de entregarle un general—. Regresa en cuanto lleguéis a Vienne, ¿entendido?

En ningún momento se detuvo a pensar cómo iba yo a volver a Milán por las montañas en pleno invierno. La emperatriz, al oír mi petición, me miró alarmada y abrió la boca, como si se dispusiera a decir al emperador que no era aconsejable que yo les abandonara, pero Constancio se hallaba para entonces enfrascado en una conversación sobre la cuestión del este y no habría permitido que le interrumpieran. Me di la vuelta antes de que la emperatriz intentara detenerme, regresé presuroso a la tienda, arrojé mi equipaje sobre mi caballo y galopé en pos de la caravana de Juliano, que acababa de partir.

Cabalgué hasta su silla y le anuncié, corto de resuello, que tendría a otro hombre de compañero de viaje si me aceptaba como tal. Juliano seguía con el rostro rojo de ira, pero se volvió y me miró sorprendido. Tardó unos instantes en asimilar mis palabras, mas cuando lo hizo su semblante se suavizó, alargó una mano con una amplia sonrisa y me dio una palmada en el brazo.

—Entonces, ¿viajas conmigo? ¿Nada más y nada menos que hasta la Galia? Te he visto acercarte con tu caballo, pero pensé que simplemente querías, como un buen amigo, acompañarme hasta la calle en lugar de limitarte a dejarme en la puerta.

Sonreí a mi vez.

—Mejor amigo de lo que esperabas —repuse—. He pedido una excedencia a Constancio, una especie de permiso sabático. Solo hasta que te vea instalado sano y salvo en una de esas cabañas de troncos que habitan los comandantes durante las campañas.

Helena recibió con alegría la noticia, pues yo había sido su médico en la corte y era tan hipocondríaca como su hermano. Juliano, sin embargo, seguía mirándome con los ojos como platos, el semblante cada vez más pálido a medida que comprendía la gravedad de su situación.

—Cesáreo —dijo—, había puesto muchas esperanzas en este viaje, de hecho en toda esta nueva etapa de mi vida, pero la caída de Colonia constituye un terrible presagio, ¿no crees?

Guardé silencio, pues no sabía si confesarle que estaba al corriente de la situación desde hacía tiempo.

—Seguro que no es nada que una mano firme contra los bárbaros no pueda resolver antes de que finalice el próximo año.

Juliano reflexionó unos instantes.

—No hay duda de que tienes razón. En cualquier caso, tampoco importa. Cesáreo, durante los últimos días he dispuesto de mucho tiempo para meditar sobre la clase de césar que debo ser o, mejor dicho, que no estoy dispuesto a ser. No seré una figura decorativa. ¡No seré el títere del emperador! Está por debajo de la dignidad de un filósofo y un erudito rebajarse ante un hombre que le supera no en intelecto, sino únicamente en edad y tendencias asesinas.

Debió de advertir el horror en mi cara por sus traidoras palabras, porque enseguida suavizó el semblante y me dio otra palmada en el brazo.

—Lamento agobiarte con mi resentimiento, amigo —prosiguió—. Me complace enormemente que nos acompañes en este viaje. Me temo que solo puedo ofrecerte el cargo de médico auxiliar, dado que el lisiado Oribasio ha recibido el puesto principal. Con todo, agradezco tu compañía, pues no dispongo de muchas oportunidades de conversación entre esta pandilla de ermitaños. Temo, sin embargo…

—¿Qué, Juliano? —pregunté—. Eres el césar, el segundo hombre más poderoso del Imperio. ¿Qué tienes que temer?

—Solo soy césar de nombre —afirmó—. Temo que mi ascenso solo me haya granjeado una muerte en circunstancias aún más penosas que si no fuera césar.

—Me cuesta creer que seas tan pesimista.

Juliano sonrió.

—No, la verdad es que no lo soy, sobre todo desde que decidí tomar el control de esta desdichada situación. Y ahora que sé que seguirás con nosotros, amigo, estoy mucho más animado.

—Me alegra oír eso.

Juliano sonrió con ironía.

—Al menos ahora ya no moriré solo.



LIBRO SEGUNDO

LA GALIA

Los dioses son difíciles de tratar cuando se les aprecia en toda su gloria.

HOMERO



I

Gallia est omnis divisa in partes tres. Así comienza el famoso tratado del príncipe de las crónicas militares, el divinizado Julio, sobre su conquista de la Galia, que me dispuse a releer en nuestro viaje, presa de un interés y una necesidad que no había experimentado durante el estudio de ese mismo texto en el colegio, cuando se me obligaba a concentrarme más en el rigor y la elegancia de la prosa en latín del general que en los aspectos de su estrategia militar.

«La Galia está dividida en tres partes». Ahora, puesto que Virgilio dijo que, «cuanto más grande es el tema que aparece ante mí, mayor es la tarea que emprendo», me parece un buen momento para hacer un inciso a fin de examinar brevemente la región a la que nos había llevado el destino. Muchas cosas han cambiado desde que Julio César y sus legiones arrasaran el interior de la Galia cuatrocientos años atrás, llevando el fuego y la desolación a cientos de aldeas y pueblos bárbaros, matando y esclavizando a un millón de hombres y borrando por entero de la historia y la existencia incontables tribus y sus peculiares características. Las tres divisiones tribales originales, los belgas, los aquitanios y los celtas, han quedado eliminadas en todas sus dimensiones, salvo en la administrativa y en la ocasional rivalidad atlética entre legiones. Apenas queda rastro de las orgullosas naciones cuyos nombres aterrorizaban a los primeros pobladores romanos de la región: los tréveros, los más próximos al río Rin; los remos y otros belgas; los santones y los pintados vénetos; los misteriosos morinos y menapios, que habitaban las vastas y brumosas extensiones de la Selva Negra y los pantanos; los fuertes nervios y los parisios de Lutecia; los aulercos branovicos y sus naciones hermanas, los aulercos eburovicos y los aulercos cenomanos; los lemovicos y las

demás tribus cuyos territorios lindaban con el océano; los guerreros belovacos, los desnudos atrebates y todos los ocupantes de las tierras de la remota península celta, llamados, en su dialecto, los armoricanos. Todas han desaparecido.

Las extensas llanuras de la Galia, sus bosques y costas escabrosas, han sido domesticadas e integradas por entero en los confines culturales y económicos del Imperio Romano. Ya los hombres altos y de piel clara, con la mirada feroz y el violento temperamento que utilizaban para aterrorizar a los forasteros, no son causa de maravilla. Las mujeres galas de antaño, tremendas guerreras de las que se cuenta que, con el cuello hinchado y haciendo rechinar los dientes, columpiaban sus enormes brazos pálidos y repartían puñetazos y patadas mortales tanto a enemigos como a maridos, se han endulzado y cultivado hasta convertirse en doncellas ingeniosas e inteligentes cuya presencia embellecería hasta el palacio de un emperador romano. Donde en otros tiempos toscas empalizadas de madera protegían las chozas con cubierta de paja de la invasión de lobos, osos y tribus normandas, ahora prosperan ricas ciudades romanas, desde Marsella, en la costa mediterránea, hasta París, en el norte. Los galos se han convertido en ciudadanos romanos y sirven en las más altas esferas de la administración y el ejército del Imperio. Las legiones galas son conocidas y temidas en todo el mundo por su magnífica estatura, feroz coraje e inquebrantable fidelidad al emperador. Sofisticadas bibliotecas, monumentos e iglesias salpican ahora el paisaje. Ireneo, el gran teólogo cristiano adversario de los gnósticos, es originario de la ciudad de Lyon, y hasta las aldeas más pequeñas, desde las montañas remotas de Benasque, en el sur, hasta Bourc’h Baz, en las vastas marismas de salicor de la península celta del extremo noroeste, están protegidas por gruesos muros de piedra y guarniciones que conforman una extensión del poder de la propia Roma.

La Galia ha devenido romana; de hecho, ha devenido Roma. Y la invasión germánica de la Galia era, por tanto, un golpe al corazón de la propia Roma.



II

El día después de dejar el campamento del emperador, Juliano lo pasó encerrado en su litera, rumiando.

Yo espoleaba mi montura entre los ascetas rezagados que se esforzaban por mantener el ritmo de los infatigables porteadores. Exhaustos, los reclutas, muy bajos de forma, miraban con anhelo mi caballo para luego proseguir su andar tambaleante. Estaban ridículos en su papel de soldados romanos, mas ellos no veían nada cómico en su situación, y tampoco yo teniendo en cuenta que en menos de dos semanas estaríamos atravesando un territorio que había sido objeto, no hacía mucho, de sangrientos ataques de bandas ambulantes de guerreros alamanes. «Dios Todopoderoso —recé—, te doy gracias por el sostén espiritual que nos has brindado en la persona de estos monjes; unos cuantos arqueros, no obstante, habrían sido aún más de agradecer».

Me acerqué a la litera de Juliano, saludé calurosamente y él descorrió abstraído la cortina. Helena, que le seguía en otra litera, mantuvo el rostro cubierto por el velo. Los soldados ermitaños que nos seguían procedieron a entonar un himno, desafinado pero entusiasta, para levantar la moral.

—César… —comencé, pero él agitó una mano con gesto cansado.

—No te burles de mí, Cesáreo. Yo siempre he sido Juliano para ti y el hecho de que me hayan investido con un título ficticio no me convierte en realeza. Mi nombre es perfectamente adecuado.

Sonrió con tristeza mientras cerraba los ojos un instante, como si estuviera agotado.

—Anoche no dormí bien —añadió tras una pausa—. La presión de tener el mando, supongo, si es que se le puede llamar así. Qué

ironía. Aquí estoy, siguiendo los pasos de mi predecesor, Julio César, para reconquistar lo que él capturó brutal y gloriosamente cuatrocientos años atrás. ¿Es el destino del hombre repetir constantemente sus errores, ganar Roma para luego perderla?

—No es su destino, sino su voluntad. ¿Puedo hablarte con franqueza?

—No aceptaría lo contrario.

—Ahora estás solo, y lo estarás hasta Vienne. Eso es peligroso. Por primera vez en muchos meses, quizá en toda tu vida, eres tu propio dueño y señor. Eso es una ventaja. Dispones de trescientos sesenta monjes, los cuales a estas alturas son más una fuente de divertimento que de protección. Quiero decir potencialmente… eso dependerá de nosotros. También dispones de una extensa caravana de avituallamiento, aunque nadie sabe qué contiene exactamente, pues al parecer el emperador ha olvidado asignarte un oficial de intendencia. Y dispones de cuatro oficiales del ejército romano para asesorarte, algunos de los cuales son, me temo, algo bribones.

Al oír esto Juliano salió de su letargo y me miró con genuino interés.

—¿No te parece —proseguí vacilante— que este sería un buen momento para hablar de las características de tus «consejeros»? ¿Al menos lo que sé de ellos?

—¿Y qué sabes de ellos?

—Confieso que lo que sé es más por observación que por una relación directa. Pero soy médico, Juliano, y tengo talento para diagnosticar a los hombres, tanto de cuerpo como de carácter. He vivido en la corte, he oído susurrar a los eunucos y cortesanos, he visto en quién confía el emperador, a quién desprecia…

—¡Basta! —me interrumpió Juliano con una risa nerviosa—. No tienes que exponerme todas tus credenciales, me has convencido. Adelante, háblame de mis «consejeros».

Miré intrigado a los porteadores de la litera, cuyas miradas gachas no indicaban interés por nuestra conversación, pero que podían oírnos.

—Tal vez deberíamos hablar en griego —propuse, y Juliano asintió con alivio—. Tus dos consejeros principales —continué— son Pentadio y Gaudencio. Si no supiera que Constancio carece de

sentido del humor, pensaría que te ha asignado esos asnos para gastarte una broma. Son unos completos inútiles como oficiales, aunque en algunas ocasiones han mostrado gran talento como alcahuetes de los generales a los que servían. No puedo creer que el emperador pensara que podían serte de utilidad, así que solo puedo concluir que te los envió para quitarse de encima el peso de tener que mantenerlos en Milán. En cualquier caso, ahora son tuyos hasta que decidas la mejor manera de ahuyentarlos.

Juliano suspiró.

—Otro gran augurio para comenzar nuestro viaje. ¿A quién más tenemos?

Hice una pausa

—El tercer hombre es Pablo, quien, de hecho, no es un oficial, sino un sicofanta y un espía de Constancio.

—¿Te refieres al español, al que llaman el Cadena? Tiene aspecto de inocente, aunque es cierto que siempre anda susurrando en la oreja del emperador.

—El mismo —asentí—, para tu desgracia.

—¡Oh! ¿Por qué le llaman el Cadena?

—Se ganó el apodo años atrás, cuando el emperador lo envió a Britania para que trajera de vuelta a ciertos oficiales acusados de conspiración. Sobrepasó las instrucciones recibidas y descendió como un torbellino sobre toda la provincia, incautándose de bienes e incluso propiedades en nombre de Constancio. Esposó a gran cantidad de hombres y ciudadanos libres y elaboró una red de acusaciones falsas. Finalmente regresó al palacio del emperador cubierto de sangre y seguido de una cadena de prisioneros escuálidos. A su llegada, asesoró al verdugo sobre qué tipo de garfios e instrumentos de tortura resultaban más eficaces con cada prisionero para hacerle confesar sus crímenes imaginarios. Desde entonces se le conoce como Pablo el Cadena.

Juliano me miró fijamente.

—¿Y mi primo me ha enviado a ese hombre para que me acompañe? Increíble.

Asentí con la cabeza.

—¿Y qué se supone que debo hacer con él?

Me encogí de hombros.

—Mantenerlo tan alejado de ti como sea posible, supongo.

Miró al frente con la estupefacción dibujada en la cara.

—De modo que tenemos dos alcahuetes y un espía. ¿Quién es el cuarto hombre, Cesáreo?

—No lo conozco. Se sumó a nosotros anoche. Un noble, a juzgar por su porte. Cuando viajamos se mantiene alejado de los otros tres. Tal vez sea una buena señal.

—Desde luego. —Juliano apretó los labios y meditó—. Hazle venir, por favor. Me gustaría tener unas palabras con él.

Partí en busca del desconocido, que cabalgaba en la cola atizando con su espada a los rezagados que intentaban sentarse en los bordes del camino. Era un hombre alto y enjuto, casi macilento, de ojos azules y penetrantes y nariz alargada de prominente caballete que delataba un linaje no romano. Tenía la piel oscura y curtida, como la de un campesino que ha pasado toda su vida a la intemperie, mas su porte era elegante y sus ropas, aunque sencillas, de un corte y una calidad muy por encima de los medios de un mero oficial. Era un hombre callado que prefería la costumbre aristocrática romana de comunicar órdenes mediante un simple gesto del dedo o una simple mirada. Cuando se volvió hacia mí, advertí que tensaba el cuerpo como hace un perro de caza al oler su presa. Hablaba latín con soltura y un melodioso acento extranjero apenas perceptible y, para mí, imposible de ubicar. Se trataba de uno de esos extranjeros tan bien instruidos que hablan latín mejor incluso que un romano y, justamente por eso, delatan sus orígenes foráneos. Me escuchó y luego espoleó su caballo, creo que de mala gana, para seguirme hasta donde estaba el césar.

Cuando llegó a la litera, frenó el caballo y saludó con elegancia.

—¿Me has llamado, césar?

Juliano le miró.

—¿Eres el hombre que se sumó ayer a nuestra caravana justo antes de separarnos del emperador? Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Salustio —dijo—. Segundo Saturnino Salustio.

—Salustio —repitió Juliano pensativamente—. Un nombre poco común. ¿Eres romano?

—Lo soy. Mi padre era un galo romanizado, ciudadano y noble, y he estado toda mi carrera al servicio del emperador.

—¿Te criaste en la Galia?

—Sí, césar. La finca de mi padre estaba a las afueras de Marsella.

—Eres diferente de los demás hombres que me ha asignado mi primo. ¿Qué horrible crimen has cometido para recibir el placer de tan floja compañía?

El hombre esbozó una sonrisa sarcástica.

—Me ofrecí voluntariamente.

Juliano se quedó pasmado.

—¿Te ofreciste? Santo Dios, ¿por qué?

El hombre le miró cauteloso por un instante. Luego dirigió la vista hacia el lejano horizonte, su orientación habitual, y se encogió de hombros.

—Porque creo —respondió pasando sin esfuerzo al griego, para sorpresa de Juliano— que hace falta sangre nueva entre los mandos romanos de la Galia. Creo que hace falta un hombre que no pertenezca a la escuela del pillaje y el abuso para dominar la provincia. Si se trata del joven e inexperto primo del emperador que habla griego, tanto mejor.

Juliano le miró fijamente.

—Sabes que ese no es el papel que me ha asignado el emperador.

Salustio no se inmutó.

—También creo que el destino no pretende que seas una mera figura decorativa. Más aún, creo que tú mismo no pretendes serlo.

—De modo que crees que esta locura puede tener una finalidad.

Salustio volvió a encogerse de hombros.

—Ignoro si tiene o no una finalidad, pero la situación no me parece desesperada, al menos todavía. Por lo demás, no puedo expresar opinión alguna.

—Salustio, supón que te hallaras en mi pellejo. ¿Qué harías ahora?

El hombre habló como si hubiera estado esperando esta pregunta precisamente.

—Eres el césar. Has sido legítimamente investido como tal. Al margen de tu experiencia, o falta de ella, has recibido el mando de una provincia. Debes reconocer tus oportunidades, asumir tu

autoridad y desempeñar tu papel, el papel de césar.

Juliano le miraba pasmado y en silencio.

—Es la primera vez que alguien me dice sinceramente, con tantas palabras, lo que llevo sintiendo desde que me dieron este maldito cargo.

—Porque es verdad. Tu supervivencia depende de ello. Más aún, también la de Roma.

Juliano respiró hondo y se enderezó. Comprendí que el desconocido empezaba a agradarle y, más importante aún, a inspirarle confianza. Un atisbo de sonrisa asomó a sus labios.

—Puesto que no pareces tener reparo en hablar con franqueza, Salustio, repetiré la pregunta y quizá esta vez seas más explícito. Si estuvieras en mi lugar, ¿qué harías?

Salustio le sostuvo la mirada y habló con calma.

—En primer lugar, haría que esta gente marchara como una legión romana o de lo contrario seremos pasto de los lobos bárbaros cuando descendamos por los Alpes.

—¿Puedes hacerlo?

Salustio reflexionó un instante.

—No soy militar de profesión, pero sí, he hecho mis turnos de servicio. Tendremos que sacar tiempo para el adiestramiento. Necesitaré tres semanas.

Juliano bufó.

—Diciembre está al caer. La nieve cerrará los pasos en cuestión de días. Te doy una semana.

—De acuerdo.

—¿Y en qué me convertirás a mí? ¿También en soldado?

—Eso, césar, depende de ti. Si me lo ordenas, así será.

—Te lo ordeno. Un buen soldado romano. ¿Qué debo hacer?

—Quizá no te guste oírlo.

—Soy filósofo. Acepto lo que la vida me trae.

El hombre respiró profundamente y se volvió hacia Juliano.

—Muy bien. En primer lugar, levanta el culo del asiento.

Juliano le miró estupefacto y una sonrisa irónica asomó a la comisura de sus labios. Volviendo al latín, ordenó a sus porteadores que se detuvieran y le dejaran en el suelo.

Con un suspiro de alivio colectivo, la comitiva al completo se

detuvo de inmediato y los ascetas cayeron molidos al suelo sin dejar de rezar a Dios. Juliano bajó de la litera. Advertí que las cortinas de Helena se separaban y su rostro cubierto asomaba presa de la curiosidad.

Salustio bajó del caballo y se colocó frente a Juliano, al que sacaba la cabeza.

—En segundo lugar, quítate la toga.

Al oír eso, Juliano dejó escapar un suspiro de alivio y se desprendió de la engorrosa prenda con la que siempre andaba peleándose para mantenerla derecha sobre los hombros. Llamó a un porteador, que rebuscó en la bolsa de lona de la litera hasta dar con una túnica de estudiante raída y una capa de lana, que Juliano se puso para protegerse del frío aire.

Salustio examinó con ojo crítico el cuerpo del césar, reparando en la delgadez del torso y las piernas y en la incipiente panza.

—¿Estás en forma? —preguntó con cierto escepticismo.

—Viajo con mi médico —respondió Juliano señalándome con la cabeza.

Salustio me miró brevemente y bufó.

—No te he preguntado eso —dijo—. Necesito conocer tu fuerza. Un cuerpo débil es una carga para la mente. El arte de la medicina ha causado más daño en el mundo que todas las dolencias que asegura sanar. Ignoro qué males pueden curar los médicos, aparte de vendar heridas de guerra, algo que hasta yo puedo hacer, pero sí sé qué enfermedades pueden provocar: pereza, credulidad y miedo a la muerte. Me trae sin cuidado que puedan hacer caminar a un cadáver. Lo que tu cuadrilla necesita es hombres, y tu médico no puede dárnoslos.

Juliano escuchó boquiabierto la diatriba. Me miró con aire indeciso, pero, dada la feroz mirada de Salustio, parecía incapaz de llevarle la contraria. Finalmente recuperó la voz.

—Homero dijo que un buen médico equivale a muchos hombres.

—En ese caso, deja que Homero dirija tus tropas.

Juliano suspiró con resignación.

—¿Qué más? —refunfuñó.

—Nada de sandalias cortesanas.

Juliano se miró sorprendido los pies. Había llevado ese calzado

de suela fina y correas holgadas toda su vida y jamás se le había ocurrido que pudiera necesitar otro.

—No puedo ir descalzo.

Salustio contempló la caravana y escudriñó uno de los carros de avituallamiento. Cabalgó hasta él y cruzó unas palabras con el esclavo que dirigía las mulas, el cual levantó una lona y empezó a hurgar en los cajones hasta dar con lo que Salustio buscaba. El consejero regresó junto al césar, que esperaba dócilmente bajo la mirada de los ascetas y su esposa, y le entregó unas sandalias del ejército romano.

Juliano silbó audiblemente al sostenerlas en las manos: media pulgada de cuero de buey rígido como una tabla de madera y docenas de clavos que sobresalían de la suela para una mejor sujeción. Unos refuerzos de latón protegían la punta de los dedos y gruesas correas de piel flexible envolvían el tobillo y la pierna casi hasta la rodilla. Se ató las correas y dio algunos pasos rígidos.

—Parecen barcos. Barcos pesados. —Esbozó una lenta sonrisa—. Barcos romanos.

—Me has preguntado qué debías hacer.

—Así es. ¿Y ahora qué?

—Ahora, camina.



III

Y así comenzó el pausado ascenso de Juliano a soldado. Probablemente no había existido un comienzo tan desfavorable para la carrera de un guerrero desde Telémaco, a quien se le negó la firme dirección de su real padre, Odiseo, hasta el día en que inopinadamente se vio lanzado a la batalla contra los ciento treinta y tres pretendientes de Penélope.

Iniciado el adiestramiento con Salustio, el arduo programa del maestro solo se veía superado por la terquedad del estudiante. El césar no había experimentado en toda su vida sufrimiento físico alguno. Hasta ese momento, toda su formación había sido intelectual: cursos de filosofía, retórica y composición, obras literarias de autores griegos de renombre. Quizá hayas oído decir en alguna ocasión que los niños de humilde cuna no deben recibir educación porque sus únicas posibilidades de prosperar están en el ejército. Como reza el viejo dicho: «Un erudito creado es un soldado traicionado». Quienes así hablan se refieren a las naciones bárbaras más temidas, los francos y los hunos, cuyos dirigentes son soldados de formación y tradición que consideran el aprendizaje de libros indigno de sus habilidades. Sin embargo, que yo sepa, los dirigentes militares verdaderamente prósperos poseen, en la mayoría de los casos, cierto grado de educación o se avergüenzan de su ignorancia e intentan ponerle remedio.

La educación de Juliano, naturalmente, no había pasado por alto los clásicos militares, como la guerra de los veintisiete años entre Esparta y Atenas narrada por Tucídides o el embellecimiento descarado que hacía Temistógenes de la campaña persa de Jenofonte. Tampoco desconocía la devastación del pueblo romano a lo largo de los siglos a manos de las tribus germanas: la pérdida de

cinco ejércitos completos, todos dirigidos por cónsules; la destrucción del general supremo Varo y tres legiones; cómo, aunque los germanos habían sido varias veces derrotados, por Cayo y Mario en Italia, por Julio en la Galia y por Tiberio y Germánico en sus propios territorios, había sido con suma dificultad y gran pérdida de vidas romanas. Juliano estaba versado en teoría estratégica, en los usos y beneficios de la política y la coerción diplomáticas para facilitar los objetivos militares y en otros grandes temas ampliamente tratados por los clásicos. Pero, cuando toda la fuerza militar en territorio hostil se compone de trescientos sesenta ascetas de pies doloridos y la propia supervivencia está en juego, tales lecciones de teoría política internacional y alianzas militares estratégicas tienen poco valor. Lo que Salustio intentaría impartirle ahora y en los años venideros sería lo que yo acabaría denominando artes militares menores: instrucción y tácticas básicas, protocolo militar, manejo del arco, la lanza y la espada, y equitación. Y lo primero con lo que Salustio empezó fue con la marcha.

Dios misericordioso, Salustio nos instruía sin descanso, y no de forma ociosa en un campo de Marte bien atendido, pues era menester que cada día avanzáramos un buen trecho en dirección a Vienne. Durante una semana entera practicamos el paso pírrico y sus correspondientes maniobras al ritmo enloquecedoramente monótono de un tambor que el propio Salustio aporreaba y el pitido de una flauta tocada por un ermitaño que, de niño, siendo pastor, había aprendido una única melodía que ahora repetía sin cesar. La única concesión de Salustio a las exigencias del viaje fue el permitirnos todos los días detener el avance por los Alpes una hora antes de lo habitual, tras lo cual nos instruía durante otras tres horas bajo cielos plomizos hasta que los más débiles cedían a sus rodillas temblorosas, susurrando oraciones o blasfemias entre dientes, y la cara de Juliano se ponía macilenta. Tras el primer o segundo día, el médico Oribasio se negó incluso a mirar, agitando sus regordetas manos y meneando su rala cabeza con inquietud. Yo acompañaba a los soldados en cada paso y cada instrucción, aunque solo fuera para cumplir mejor con mi deber de controlar la salud de Juliano. La situación era fuente de hilaridad para Pentadio y Gaudencio, que procuraban contribuir lo menos posible a los

esfuerzos de Salustio. Pablo el Cadena permanecía la mayor parte del tiempo recluido en su tienda, privándonos de su compañía, que pocos parecían extrañar.

Felizmente, tras dos semanas de instrucciones crepusculares, la caótica turba había empezado a adquirir cierto parecido con un destacamento militar romano, al menos en lo referente al orden y la disciplina de la marcha, aspecto que, naturalmente, había ocupado el primer puesto en la lista de prioridades de Salustio. Hasta ese momento, su principal temor había sido que los exploradores alamanes que nos espiaban desde lo alto de las montañas hubieran visto una caravana caótica de civiles cubiertos de barro cruzando las colinas, pues no habrían dudado en atacarnos. El peligro ya no existía y, como suele ocurrir cuando se impone la disciplina, la moral había subido. De hecho, casi me atrevería a decir que este fue el período más feliz de la vida de Juliano, pues ¿qué joven no se sentiría dichoso después de haber sido liberado de un cautiverio en una ciudad que detestaba, impuesto por un hombre al que odiaba, para recorrer nuevos territorios con una esposa y luciendo nada menos que el anillo de césar?

Cuando, transcurrido un mes, por fin llegamos a la ciudad romana de Vienne, capital de la Galia Viennensie, situada a orillas del Ródano, a cien millas de su desembocadura en el Mediterráneo, lo hicimos acompañados de los gritos de júbilo de nuestros soldados, gritos tan sentidos como los lanzados por los hombres de Jenofonte cuando vieron por primera vez el mar. Y para sorpresa y delicia de todos, su alegría encontró parangón en los habitantes de la elegante ciudad, que dieron la bienvenida a Juliano como si fuera la respuesta a sus plegarias. Llegados de varias millas a la redonda, abarrotaron las calles como las multitudes de Jerusalén aquel fatídico día tres siglos atrás, triplicando la población de la ciudad. La gente desfilaba ante él cantando las alabanzas del joven comandante que iba a liberarles de los bárbaros y devolverles la prosperidad. Veían con aprobación la pompa real porque Juliano era un príncipe investido de forma legítima, y se emocionaron cuando los soldados entonaron un himno de gloria y alabanzas en latín eclesiástico, perfectamente afinado, en lugar de las canciones obscenas de los campamentos a las que los ejércitos los tenían

acostumbrados.

Esa tarde, los monjes guerreros de Juliano celebraron un oficio solemne en la iglesia de San Esteban para dar gracias por haber llegado sanos y salvos, y Salustio, por primera vez en un mes, nos libró de su adiestramiento nocturno con la severa advertencia de que lo reanudaría al día siguiente. A renglón seguido, participamos en un banquete ofrecido a toda la ciudad por cortesía de algunos patricios locales, que consistió en quinientos corderos lechales asados, la primera carne fresca que comíamos desde que dejáramos Milán. La ocasión fue ciertamente histórica, pues hasta Salustio sonrió.

Más tarde, mucho después de que el último soldado hubiera dicho sus oraciones y se hubiera retirado, Helena envió a un mensajero a los barracones, donde yo compartía alojamiento con Oribasio, para llevarme al palacio del obispo, donde se hospedaban ella y su marido. Cabalgué velozmente a lomos del caballo que el mensajero me había traído, temiendo que Juliano estuviera herido o indispuesto debido al desacostumbrado atracón de esa noche. En lugar de Juliano era Helena quien se sentía enferma, presa de síntomas que normalmente no habrían resultado alarmantes pero que a ella la preocupaban, pues siendo una muchacha excepcionalmente robusta y sana, con un gran apetito natural, jamás en la vida había experimentado el menor síntoma de indigestión.

Le hice un reconocimiento superficial, conociendo como conocía su historia familiar, y abandoné la residencia del obispo antes de lo que esperaba, con una sonrisa de alivio y con una Helena profundamente ruborizada por los resultados de mis palpamientos y preguntas.

La esposa del césar estaba encinta.



IV

Las noticias viajan deprisa en el Imperio, y los chismes todavía más. Se hubiera dicho que el rumor del embarazo de Helena se había transmitido mediante señales de fuego de torre en torre hasta llegar a Milán, pues todavía no habían transcurrido dos semanas desde mi reconocimiento cuando Juliano recibió una nota de la emperatriz Eusebia, el primer contacto personal que tenía con ella desde su desafortunada entrevista en el palacio. En apenas tres párrafos, la emperatriz declaraba que debía asistir a un acto público y debía escribir a todo correr porque el correo militar se disponía a partir, pero que había oído la maravillosa noticia del embarazo de Helena y deseaba ser la primera de la corte imperial en felicitar a la dichosa pareja por su buena fortuna. La carta estaba firmada con trazos amplios y floridos. Tras recuperarse de su asombro inicial, Juliano corrió a enseñar la misiva a su esposa.

Helena, como es lógico, estaba orgullosa y encantada, y le arrebató el pergamino para guardarlo cuidadosamente en un misal encuadernado en marfil que le acompañaba en todos sus viajes. Disipados sus temores de que Eusebia le guardara rencor, Juliano le contestó en un tono igualmente efusivo, elogiando su maduro asesoramiento en la corte y ensalzando su sabiduría y su influencia en las decisiones del emperador. Su preocupación por las intrigas políticas de la corte de Milán habían terminado, se dijo, y con la mente despejada se vio capaz de desviar su atención al asunto que le ocupaba: establecer su posición estratégica en la Galia.

Pese a los estragos causados por los bárbaros en el campo, Vienne era un centro muy adecuado para continuar con su educación militar y política a cargo de Salustio. Aunque solo era una capital de provincia, Juliano encontró aquí una corte y un

centro administrativo bastante sofisticados. Era la ciudad más importante de la provincia y por ella pasaba todo el comercio que surcaba el Ródano. Contaba con una calzada militar bien conservada que pasaba por Lyon, en el norte, y se ramificaba para llegar a Reims y París por el noroeste y Estrasburgo, Mainz y Colonia por el noreste. El ejército romano de la Galia se hallaba ahora en los cuarteles de invierno de Reims bajo el mando del general Marcelo, oficial de caballería a quien Salustio despreciaba secretamente, y el viejo Ursicino, predecesor de Marcelo como comandante del ejército, cuya merecida jubilación Constancio había retrasado a fin de que hiciera de consejero y observador de su sucesor. Por el momento, Juliano únicamente tenía bajo su mando directo en Vienne a los monjes guerreros que le habían acompañado desde Milán, así como las guarniciones de Vienne y otras ciudades vecinas, fuerzas que, si las unía y sacaba de sus tareas actuales, podrían sumar dos mil cabezas. Juliano no se engañaba en cuanto a la opinión que los comandantes veteranos de Reims tenían del nuevo césar que el emperador había asignado para dirigirlos. La expresión «figura decorativa» salía esos días de muchos labios para describir su situación.

Si, como un día dijo Sócrates, es sabio el hombre que se da cuenta de lo poco que sabe, entonces Juliano era el más sabio de todos, pues no tardó en llegar a la conclusión de que era tan ignorante en temas de administración civil como lo había sido en marchar al ritmo de una cadencia; por fortuna, el taciturno Salustio era igual de competente en ese campo como en el militar. Aunque de origen galo, era un ciudadano enteramente romano en gusto y educación. Era culto, honrado hasta la exageración, leal a su sentido del deber y, gracias a sus anteriores cargos de oficial y gobernador de distrito bajo el predecesor de Constancio, un experto en asuntos administrativos. Más aún, tenía al joven césar por un alumno entusiasta, un alumno cuya supervivencia, de hecho la supervivencia de la presencia de Roma en la Galia, dependía de las habilidades que fuera capaz de inculcarle.

Lo primero que Juliano debía hacer, en opinión de Salustio, era familiarizarse con las fuentes de ingresos de la provincia, consistentes, básicamente, en tres tipos de tributo que diferían en

cuanto a efectividad pero coincidían en crueldad. El primero era la requisa directa, medida que obligaba a los pequeños agricultores, o sea, la vasta mayoría de los habitantes de la provincia, a alimentar al ejército romano mediante la aportación de víveres. El volumen de la contribución no se calculaba con vistas a satisfacer las necesidades del momento, sino de acuerdo con los caprichos de los recaudadores, que apenas se molestaban en determinar si el campesino realmente tenía las provisiones demandadas. Cuando un granjero se quedaba corto, o sea, la mayoría de las veces, el pobre diablo tenía que buscar en otro lado los alimentos y forrajes que le eran exigidos, y muchas veces se veía obligado a adquirirlos a precios desorbitados en localidades remotas y trasladarlos en carreta al lugar donde se hallara en ese momento el ejército. El efecto último de semejante requisa bajo el mandato de Constancio había sido la ruina de muchos granjeros, la cual tenía el resultado adverso de forzarles a abandonar sus tierras, con lo que el ejército conseguía todavía menos víveres que antes.

El segundo método tributario era el «impuesto» y afectaba a las desafortunadas almas que se hallaban al borde de la inanición debido a la anterior requisa o que ya la estaban sufriendo. Era un impuesto que caía inesperadamente sobre los labradores a modo de sanción por las tierras que habían desatendido o dejado de cultivar, y las personas interesadas en comprar la tierra y ponerla a producir también estaban obligadas a pagarlo.

El tercer gravamen eran las «exacciones especiales», que podrían describirse en pocas palabras. Afectaban a los propietarios que vivían en las ciudades y se imponían de forma aparentemente aleatoria en cuanto a momento y cantidad. Como si este tributo ya no fuera de por sí lo bastante malintencionado, unos años antes, cuando la peste arrasó las ciudades de la región dejando a su paso una estela de muerte y casas abandonadas, Constancio no tuvo piedad con los propietarios arruinados. Incluso entonces exigió el pago del tributo, y no solo la cantidad que se había calculado para cada individuo, sino también la que debían sus vecinos fallecidos. Eso se sumaba a las demás exigencias que recaían en los residentes de las ciudades amuralladas, como tener que desocupar las mejores habitaciones de sus casas para alojar a los soldados y servirles como

esclavos mientras ellos dormían en los cobertizos e invernaderos.

Como Juliano no tardaría en averiguar, la provincia se hallaba prácticamente en la ruina, pues los ingresos tributarios habían caído en picado y las medidas tomadas por los despiadados recaudadores de Constancio se hallaban en punto muerto. Ello era una consecuencia, a su vez, de la situación de seguridad: la caída de Colonia había sido, en realidad, sintomática de problemas mucho más profundos. Durante los últimos dos años, los germanos habían saqueado y, en muchos casos, reducido a cenizas cuarenta y cinco ciudades prósperas —Colonia, Tréveris, Worms, Spira, además de incontables pueblos y aldeas—, cifra que no incluía ciudadelas ni pequeñas fortificaciones. Los bárbaros se habían hecho con el control del territorio en la margen romana del Rin, desde su nacimiento en el lago Constanza hasta el océano, y habían establecido colonias y granjas en un radio de treinta y cinco millas a ambos lados del río. Para ello habían expulsado a los pobladores romanos de una superficie que triplicaba dicha zona, en cuyo interior los ciudadanos no podían siquiera apacentar su ganado.

Probablemente la única compensación, si es que puede llamarse así, era la peculiar estrategia territorial de los bárbaros. Pues cuando invadían una región civilizada jamás ocupaban la ciudad, optando por destruir los muros y dejarla vacía o habitada por algunos campesinos aterrorizados. Los alamanes preferían acampar en los aledaños o, a ser posible, en los bosques y campos de los alrededores. Ello se debía a que la mayoría de los bárbaros eran seres salvajes que estaban acostumbrados a vivir a cielo descubierto o en bosques frondosos y veían las ciudades con una mezcla de temor y rechazo. Como Juliano averiguaría más tarde, un general inteligente podía utilizar ventajosamente esta costumbre a la hora de reconquistar una región, pues significaba que los enemigos, pese a ser destructivos y peligrosos, estaban poco protegidos. Vivían en trigales en barbecho en lugar de hacerlo parapetados tras unas murallas o atrincherados en silos.

Pero ya basta de historia y geografía, hermano. Tengo la impresión de que empiezo a hablar como un viejo maestro de escuela. Quizá se deba, en parte, a que no me resulta fácil iniciar la siguiente fase de mi relato. Señalaré, con todo, que si Constancio había esperado

que su primo fuera un subordinado flexible y modesto, alguien a quien poder destinar a un puesto vacío y olvidarse de él, Juliano rechazó en redondo esos planes y se negó a que se transmitiera esa idea de él a los administradores galos y romanos de los que era jefe titular. Nada más llegar a Vienne, con el apoyo manifiesto de Salustio, solicitó las dependencias, el material y los sirvientes necesarios para crear un cuartel digno de un nuevo césar en campaña. Carecía de lujos, pues la ostentación y el fausto eran rasgos que Juliano evitaba y despreciaba en otros hombres, pero bastaba para proyectar la imagen de poder y autoridad que creía justa.

Sus días eran agotadores, mas no aflojaba con las exigencias que se imponía incluso de noche. Tras una cena breve y sencilla con Helena, se retiraba a su despacho para pasar el resto de la noche, a veces hasta el amanecer, dictando cartas a un equipo de secretarios que trabajaban por turnos. Alternaba dicha actividad con largas lecturas filosóficas, en especial de Platón y su querido Marco Aurelio. Juliano era el único hombre que yo conocía para quien las revoluciones del sol y la luna carecían de importancia; dormía varias veces al día, cuando sentía la necesidad, y casi nunca más de dos o tres horas seguidas. Ya había mostrado este extraño hábito cuando le conocí, y en una ocasión hasta le vi dar una cabezada poco antes de enviar a sus generales a combatir con veinte mil hombres. La ventaja era, naturalmente, que el enemigo no podía pillarle desprevenido en ningún momento, pues trabajaba y meditaba hasta en las horas más abandonadas de la noche. El inconveniente era que, cuando necesitaba hablar con un consejero o un amigo, se convocaba a dicha persona en el acto, se encontrara durmiendo o no.

Y así fue como en la hora más oscura previa al amanecer, en la hora en que las únicas almas en pie eran los centinelas y algunos hombres determinados por el deber, la inclinación o el sufrimiento; en la hora en que el hombre se siente más abandonado que nunca a la soledad de la noche y las fuerzas del mal y la tentación; en esa aterradora e interminable hora previa al crepúsculo en que Dios mismo parece haber desaparecido; justo antes de que Aurora, vestida de azafrán, brote de las corrientes de Océano para traer luz

tanto a mortales como inmortales; en esa hora llamaron a mi puerta.

Para un médico, el hecho de que llamen a su puerta en plena noche no es algo que deba tomar a la ligera, sobre todo si sus únicos pacientes son el césar y su esposa, aun cuando fueran pacientes a medias, pues Juliano todavía no tenía clara la eficacia de las viejas técnicas curativas asclepianas de Oribasio en comparación con la de mi enfoque hipocrático, más científico. Aunque me espantaba ser arrancado de mi cálido lecho a semejante hora, me alegraba que Juliano hubiera optado por confiar en mis métodos y no en las estúpidas supersticiones de mi simpático rival. Me vestí aprisa y corriendo y seguí al mensajero por las calles desiertas, dejé atrás a los adormecidos guardias de palacio con una inclinación de la cabeza y el susurro de una contraseña y crucé los pasillos oscuros y silenciosos hasta la pequeña estancia que Juliano había escogido como despacho.

El lugar casi brillaba con la claridad del día gracias a treinta o cuarenta velas y candiles que, distribuidos por todos los estantes y anaqueles disponibles, formaban, como en una cueva, largas estalactitas a causa de los goteos de los últimos meses. En un rincón, derrumbado en un taburete, descansaba un escriba, pálido y sin afeitar, con la pluma en el suelo y la cabeza caída sobre el pecho para revelar una calva rosada en medio de una maraña de pelo negro. Juliano se paseaba de un lado a otro murmurando entre dientes, como si estuviera componiendo una carta, ajeno al escriba que roncaba en el rincón.

—Buenos días, Juliano —le saludé, sin saber si debía preguntar por su salud o por la de Helena.

Aflojó sus pasos y me miró. También él tenía el rostro ojeroso y pálido, el pelo revuelto, como si acabara de despertar de una de sus tres siestas diarias. Sin una palabra de bienvenida, se detuvo ante mí.

—Cesáreo, ¿crees en espíritus?

La pregunta era tan extraña que no pude evitar una carcajada. Irritado, Juliano reanudó su andar inquieto. Serené la expresión y me senté pesadamente en un banco, frente al escriba, mientras repasaba en mi mente los cuentos que había oído de niño.

—¿Espíritus, Juliano? —pregunté sofocando la risa—. ¿Fantasmas, vampiros y hombres lobo que rondan los caminos de noche? Me voy a la cama.

—Sí, sí —musitó algo turbado—. No; no me refiero exactamente a eso. —Calló y me miró fijamente. No sabiendo qué decir, guardé silencio ¿Para eso me había despertado?—. He tenido una visión —añadió, y volvió a callar.

—¿Crees posible que tus irregulares hábitos de sueño te estén perturbando? —pregunté, asombrado.

—No, no. Te he llamado, Cesáreo, porque esta noche he tenido un sueño del que acabo de despertar. Una hermosa mujer se me acercaba con una sonrisa en los labios y la mirada rebosante de amor. Lucía un vestido diáfano que arrastraba por detrás e iba peinada de una forma que solo he visto en las esculturas de las esposas de los antiguos fundadores de Roma. Se aproximó a mí portando en los brazos un bulto que supuse era un niño.

Ahogué un bostezo, pues el alba empezaba a teñir el cielo de rojo.

—No es más que una anticipación de tu futura paternidad, Juliano —dije con tono tranquilizador—. No hay nada de qué preocuparse.

Meneó la cabeza con exasperación.

—No, Cesáreo, no me has dejado acabar. La mujer se acercó y, con una sonrisa, me tendió el bulto. Al tomarlo en mis manos, advertí que pesaba mucho y descubrí que era una cornucopia, un cuerno repleto de fruta madura, higos y melones, trigo y maíz, con los huecos llenos de monedas de oro, pescado seco, hierbas aromáticas, especias de todos los confines de la tierra, todo lo necesario para sustentar una vida.

Le miré, todavía atónito pero cada vez más preocupado.

—Juliano —repuse con calma—, tales sueños son impíos, indignos de tu atención. Todos los hombres los tienen, pero solo los ingenuos paganos y los videntes les darían algún valor. Si lees las Escrituras antes de irte a dormir, soñarás con las obras de Cristo. Si lees fábulas, soñarás con fantasmas.

Me miró con extrañeza y, pensé, cierto desdén. Sus ojos se detuvieron un instante en mí antes de continuar su historia como si

no le hubiera interrumpido.

—La miré detenidamente y ella me sonrió con dulzura. Dentro de mí sabía que era el *genius publicus*, la deidad guardiana de la propia Roma en forma de diosa. Cesáreo, la vi tan claramente que podría describirte cada detalle, cada hebra de pelo, cada pestaña, hasta darte la sensación de que está aquí con nosotros. No fue un sueño, te lo aseguro. Fue realmente una visión. Y después de depositar en mis brazos todas las riquezas del Imperio, se volvió lentamente y desapareció.

Para entonces mi modorra también se había desvanecido y miré a Juliano con desaprobación.

—Tonterías. Me estás pidiendo que interprete un sueño que, en mi opinión, no es más que producto de una imaginación recalentada y un estómago dispéptico. No soy adivino, Juliano. Soy médico. Somos cristianos, no adoradores de antiguas deidades. Come carne, fortalece tus músculos y evita leer esas necias historias antes de acostarte. —Comprendí que mi sermón estaba sirviendo de poco, pues él seguía mirándome con la misma palidez que cuando llegué—. ¿De qué puedes tener miedo? —proseguí—. En el peor de los casos, no era más que un sueño.

Apesadumbrado, se volvió y reanudó su andar silencioso mientras la incipiente luz que se colaba por la ventana ojival teñía de rosa las paredes blancas de la estancia. Una cruz diminuta que parecía colocada en la pared con el objetivo concreto de captar los primeros rayos del sol brilló desde una piedra lustrosa montada en el centro. La conjunción de la luz y el frescor de la habitación contrastaba con la expresión de sufrimiento de Juliano y los círculos oscuros que se estaban formando bajo sus ojos.

—No tengo miedo —dijo con calma al tiempo que agitaba una mano para despedirme—. Solo deseaba contarte mi visión. Ya veo que ha sido una pérdida de tiempo.



V

—Dios santo —gimió Juliano.

—No utilices el nombre del Señor en vano.

—No lo hago, Cesáreo, estoy rezando.

Puse los ojos en blanco y seguí frotando con aceite de menta el creciente chichón que tenía en la parte posterior de la cabeza y que ya había afeitado y cosido con tripa de gato.

—Rezando. Eso es toda una novedad viniendo de ti, ¿no te parece?

Se volvió para mirarme enarcando una ceja.

—Y esa es una manera bastante impertinente de hablar a tu césar.

Soltó una risita y trató de volver aún más la cabeza, pero hizo una mueca de dolor.

Guardé silencio para concentrarme en retirar el aceite y empecé a recoger mi instrumental.

—¿Dónde más estás herido?

Juliano suspiró lastimosamente.

—En cada músculo del cuerpo, Cesáreo. Estas últimas semanas he pasado más tiempo mirando desde el suelo el vergajo del caballo que cabalgando.

En eso, al menos, llevaba razón, pues Salustio había embarcado a Juliano en un adiestramiento intensivo de equitación en una remota granja situada fuera de la ciudad que nos protegía de los curiosos interesados por los progresos del césar. Pero lo cierto era que apenas progresaba. Peor aún. Yo, que entrenaba a su lado, me estaba convirtiendo en un alumno talentoso, lo cual ponía aún más de manifiesto su ineptitud. Hermano, la costumbre de cabalgar a pelo en el prado del vecino cuando éramos niños estaba dando su

fruto. El problema de Juliano era que nunca había montado un caballo de batalla. Como es lógico, había viajado sobre animales de transporte, pero casi siempre vigilado por un mozo o un amigo, e incluso entonces no iba más allá del trote. Pero ¿un verdadero caballo de batalla en situación de combate? Nunca, y a su edad, la anciana edad de los veinticuatro, en que la fuerza física declina, era como intentar aprender una lengua nueva después de alcanzar la pubertad, o sea, una tarea casi imposible.

El simple hecho de subirse a la bestia era algo que le estaba costando dominar, y la confianza que hubiera podido tener antes de embarcarse en esta aventura se tambaleaba ahora gravemente. De pie, solo su cabeza asomaba por encima de la cruz de los corceles francos que los oficiales romanos montan en la Galia, y la técnica persa de utilizar un esclavo como *strator* para elevar al jinete hasta el lomo del caballo no se ajustaba a las reglas de Salustio. Probablemente hayas observado a los soldados en los campos, hermano. El truco está en acercarse al animal por el costado izquierdo y sujetar las riendas holgadamente junto con un buen puñado de las crines próximas a las orejas. Luego, con la mano derecha afianzada en medio del lomo, te impulsas hacia arriba lo bastante para caer sobre la barriga y pasar la pierna por encima del animal hasta quedar sentado. La tarea puede resultar desalentadora incluso para un jinete habilidoso, pero mi estatura me facilitaba las cosas. Aunque Juliano practicaba con los rocines más dóciles, siempre calculaba mal el salto o propinaba sin querer un rodillazo en las costillas del animal, de modo que este se asustaba, o bien se le resbalaban las riendas y acababa tirando de las crines del jaco con los resultados imaginables. Salustio meneaba disgustado la cabeza y le obligaba a subir de nuevo, y se negaba a ayudarle a levantarse y a retirarle el polvo cada vez que caía bajo las patas del animal.

—En la batalla no tendrás a nadie que te eche una mano —declaraba sin más.

Juliano tardó varios días en dominar la técnica, bien que practicando desde ambos lados del caballo. Después Salustio le introdujo en otra.

—¡Ahora corriendo! —gritó—. ¡Venga!

Juliano le miró boquiabierto.

—¿Quieres que suba al caballo mientras corre? —preguntó.

Salustio no dijo nada, como si fuera incapaz de entender dónde estaba la dificultad. Finalmente habló con lentitud, como si se dirigiera a un niño duro de mollera.

—El caballo no —dijo—. Tú. Imagina que tienes a Cnodomar allí, delante de ti. Te ha pillado desmontado, pero tú a él también. Será tuyo si subes a tu animal lo bastante deprisa. ¡Ahora corre y salta sobre ese caballo!

Valientemente, Juliano lo intentó de todas las maneras posibles —saltando a la grupa del caballo por detrás como una rana, impulsándose de lado como si salvara una valla—, pero debo confesar que durante muchos días los resultados fueron lamentables. El caso es que Juliano, hermano, no poseía ni fuerza ni rapidez para compensar su baja estatura y siempre acababa dándose de bruces contra el trasero o el costado del caballo y trepando a zarpazos en él, para entonces, agitado animal. Salustio se encogía solo de verle, como yo, que en tales ocasiones me concentraba con más ardor que nunca en mi propio animal. Solo Pablo el Cadena, que a veces salía furtivamente de sus aposentos para ver las sesiones de adiestramiento, seguía observando con atención la escena y chasqueaba la lengua después de cada caída hasta que Salustio, exasperado, le ordenó que se fuera de allí. Tras varios días sufriendo la incapacidad de Juliano para subir al caballo, Salustio aceptó la derrota, cuando menos por el momento.

—Volveremos a ello más adelante —refunfuñó para infinito alivio de Juliano—. Entretanto, nos concentraremos en montar. En lo que a subir al caballo se refiere, por ahora serás persa. —Y llamó a un corpulento esclavo galo, que dobló la espalda para que Juliano le pusiera el pie encima y se aupara con elegancia al animal.

Cuando se combate a caballo, Hermano, es de vital importancia mantener una postura correcta de la cabeza a los pies. He visto luchar a jinetes inexpertos sujetando los costados del caballo no solo con los muslos, como debería ser, sino también con las pantorrillas y los tobillos, y manteniendo los pies rígidos contra las costillas del animal en lugar de dejar que las piernas cuelguen relajadamente desde la rodilla. Si la pierna está rígida y golpea algo

duro, ya sea un tocón, una roca o incluso la rodilla acorazada de un enemigo que pase cabalgando por su lado, se romperá como una rama a la altura de la articulación. Se trata de una lesión que, pese a todos los milagros de que es capaz la ciencia médica moderna, raras veces cura debidamente y suele dejar a la víctima con una cojera. Pero si la pierna cuelga relajada de rodilla para abajo, al recibir el golpe cederá sin alterar la posición del muslo ni del jinete.

También existe una manera correcta de portar las armas, manejar el escudo e incluso cubrirse los hombros con la capa y cerrar la visera a fin de reducir al mínimo el esfuerzo y, al mismo tiempo, aumentar al máximo la amenaza contra el enemigo. Juliano se entrenó durante semanas en el lanzamiento de la jabalina a lomos de un caballo. Llevaba dos en la mano izquierda, detrás del escudo, mientras Salustio, que galopaba a su lado, gritaba instrucciones y le entregaba armas de repuesto.

—Hombro izquierdo hacia delante, derecho hacia atrás… ¡Bien! Mira tu objetivo… ¡Mira tu objetivo, maldita sea, césar, no tu caballo! Ahora, aprieta los muslos y levántate para darte impulso… No, no tanto… ¡No!

Gracias a Dios, hermano, que durante los entrenamientos Juliano llevaba casco y espaldar acolchado, pues recibía unos golpes tremendos al intentar permanecer erguido sobre los muslos y lanzar la jabalina sin que el caballo se le escurriera entre las piernas. Al final perdí la cuenta de los arañazos y magulladuras que sufrió, aunque había convertido un rincón del establo en enfermería, donde pasaba mucho tiempo atendiéndole después de cada accidente.

A medida que Juliano progresaba lentamente, Salustio pasaba a técnicas más peligrosas, como cargar y disparar un arco al galope según el estilo de los hunos de tez morena, levantar las patas delanteras del caballo para golpear al enemigo con los afilados cascos y blandir a la manera persa una cimitarra curvada, arma mucho más eficaz para un jinete que una espada recta. Juliano practicó con esta arma contra una estaca de roble del tamaño de un hombre que Salustio había colocado en medio de la arena y vestido con ropa y armadura germanas, utilizando un melón como cabeza. El manejo de la cimitarra a caballo era demasiado peligroso para

ejercitarse en él con rivales de carne y hueso, pues no existe una forma práctica de evitar los golpes. Mas no es el caso de la lanza. Si se coloca una pelota de barro seco en la punta, el arma resulta menos mortal para el contrincante, aunque no menos dolorosa cuando hace contacto con el cuerpo.

El mismo Salustio cargaba reiteradamente con la lanza despuntada contra su alumno mientras este trataba de defenderse con el escudo y atacar a su vez con su propia lanza. El experto instructor golpeaba sin descanso la coraza acolchada de Juliano, si bien era lo bastante hábil para desviar la lanza en el último momento hacia el costado de Juliano sin derribarle del caballo ni provocarle heridas salvo alguna magulladura o la fisura de una costilla. Un día, sin embargo, después de buscarme con la mirada para ver si me hallaba cerca, Salustio cabalgó a toda velocidad en dirección a Juliano con la punta de la lanza dibujando círculos enloquecedores en el aire mientras hacía fintas al escudo tembloroso de Juliano. Acto seguido, fue derecho al pecho del césar, lo aupó del caballo y lo lanzó al suelo de espaldas. Juliano se quedó tumbado mientras su caballo huía hasta el fondo del prado, como si quisiera eludir toda responsabilidad.

Corrí desde donde me hallaba preparándome para mi sesión de entrenamiento con Salustio y me arrodillé junto a Juliano. Para mi alivio, pronto empezó a farfullar y a tratar de respirar. Se había quedado sin aire y temblaba visiblemente, pero no estaba herido. Con todo, todavía se sentía mareado y le costaba articular las palabras cuando Salustio se acercó tranquilamente a lomos de su caballo. El hombre ni se molestó en desmontar y le dirigí una mirada acusadora.

—¡Mírale! ¿Es que acaso querías matarle?

Salustio contempló impasible a Juliano.

—Sí —dijo.

Me estremecí.

—Más vale que estés bromeando.

—¿Me ves sonreír?

—Tú nunca sonríes.

—Y nunca bromeo —añadió.

Juliano se sentó con gran esfuerzo.

—Podría… podría hacer que te arrestaran por esto… —jadeó.

Salustio le miró con burlona estupefacción.

—¿Por no bromear?

Juliano enrojeció de rabia mientras el aire volvía a sus pulmones.

—¡Por intentar matarme!

—Pues arréstame.

Ahora era Juliano quien le miraba estupefacto.

—Deberías agradecerme que haya intentado matarte —prosiguió fríamente Salustio—, pues si no intento hacerlo ahora, y fallo, seguro que otro lo intentará en el futuro y con éxito. ¿Me criticas por eso?

—Vete al diablo, Salustio —murmuró Juliano poniéndose en pie —. ¿Dónde está mi caballo?

En privado, Salustio solía menear la cabeza con admiración cuando el joven césar hacía cada mañana el largo trayecto hasta la granja para seguir con sus entrenamientos, sin quejarse jamás de sus doloridos músculos ni de los chichones en la cabeza. Para gran satisfacción de Salustio, una vez que Juliano hubo adquirido cierto grado de fuerza y destreza, sus aptitudes militares mejoraron sorprendentemente, y su falta de habilidad física quedaba compensada con creces por su astucia e ingenio. Su gran frustración, con todo, seguía siendo subir al caballo; su destreza en este campo era vergonzosamente escasa y estaba empezando a minar su confianza en las demás áreas de la equitación y el manejo de las armas. Transcurridas algunas semanas llegó el herrero jefe del campamento portando una lanza de caballería con un curioso complemento: un gancho de hierro sujeto al asta con una gruesa abrazadera, a cuatro pies de la base.

—Esto —dijo Salustio— será tu *strator*.

Al día siguiente, cuando Juliano se preparaba para ir a la granja a fin de proseguir con sus lecciones, me pidió con una sonrisa forzada que dejara de acompañarle por un tiempo. Aunque sorprendido, supuse que su intención era ahorrarse la vergüenza de aprender otra técnica imposible, de modo que acepté sin protestar. Sin embargo su inusual alegría cuando llegaba cada día de la granja me tenía intrigado, y cuando, semanas más tarde, me permitió que

le acompañara, no di crédito a lo que vieron mis ojos. Juliano apareció ante mí sereno y ataviado con el uniforme completo de caballería: túnica de malla hasta las caderas, blindajes en los muslos, rodilleras y grebas de malla y un casco de bronce que dejaba la cara descubierta, todo lo cual pesaba casi sesenta libras. Contaba asimismo con un escudo dorado, una cimitarra ornamentada y una lanza de oficial de doce pies de largo con la madera esmaltada en color marfil. Las armas descansaban ordenadamente contra una valla, como se hacía en el campamento, exceptuando la cimitarra, que llevaba colgada de una vaina contra la pierna izquierda. El caballo, entretanto, pateaba el suelo al final de la explanada.

Cuando me apoyé en la cerca para mirar, el esclavo del establo hizo una señal y procedió a medir el tiempo dando golpes en un tambor. Juliano corrió hasta su equipo mientras se encajaba la armadura, y con un solo gesto que me asombró por su elegancia se llevó el pesado escudo al hombro izquierdo y recogió la lanza. Luego corrió en dirección a su caballo, que aparecía igualmente protegido, incluso con testera y anteojeras para que solo pudiera mirar al frente.

Cargado con su pesada armadura, lento al principio, Juliano fue ganando velocidad e impulso mientras el escudo le rebotaba furiosamente en la espalda. Fue entonces cuando reparé en un extraño detalle: la lanza, que portaba en la mano derecha y llevaba incorporado el extraño gancho, estaba al revés, con la punta hacia atrás. Suspiré y me resigné a otro intento vergonzoso de Juliano de exhibir su domino con las armas.

Mas cuando se halló cerca del animal, que había empezado a piafar al oír que se aproximaba su jinete, Juliano plantó la base de la lanza en el suelo, a cuatro pies del costado izquierdo del caballo, e impulsó su cuerpo hacia el asta. La lanza, ligeramente flexionada, se elevó hasta ponerse vertical y Juliano dio un salto en el aire con ambas manos sujetas al asta. Plantó el pie izquierdo en el gancho, como si fuera el peldaño de una escalera de mano, levantó la pierna derecha y cayó ágilmente sobre el enorme lomo del caballo, que se puso de manos y pateó el aire mientras él agarraba tranquilamente las riendas con la mano derecha y, con la izquierda, dirigía la lanza

hacia el frente. A renglón seguido, balanceando hábilmente la punta de la lanza, aseguró el asta sobre la cabeza del caballo, entre la orejas, y cabalgó como una flecha.

Yo no daba crédito a mis ojos.

—Nada como cuatro horas de práctica al día para aprender a subir a un caballo —dijo una voz a mi lado.

Era Salustio, que se había acercado sigilosamente.

—Muy ingenioso lo del gancho —comenté—. Lamento haber dudado de ti.

—Lo inventaron los espartanos —explicó desoyendo mi disculpa mientras veíamos a Juliano cabalgar, seguro de sí mismo, por la arena—. He encargado uno para cada soldado de caballería de Vienne.

Fue Juliano, naturalmente, el primero que mostró la técnica del salto con lanza a la guarnición y las reservas de la ciudad en una ceremonia celebrada en la arena esa primavera para iniciar la temporada de campañas. Los campeones de espada de la guarnición ofrecieron una exhibición impresionante de las técnicas de defensa y ataque que habían practicado durante todo el invierno y que ahora debían enseñar a sus camaradas. Luego hubo boxeo y lucha libre, seguida de demostraciones de fuerza entre las compañías de infantería. Por último, el pelotón de caballería, luciendo su pesada armadura ceremonial, se dividió en dos equipos de veinte jinetes diferenciados entre sí por unas máscaras de teatro esmaltadas que representaban amazonas y dioses olímpicos. Al oír la señal, ambos bandos profirieron un alarido, cruzaron la arena a un galope atronador, se abalanzaron sobre el adversario con las armas despuntadas, levantando una nube cegadora de polvo, y lucharon con vehemencia para derribar de la montura al contrincante. La ferocidad de los ataques resultaba abrumadora, y en aquel entonces, hermano, me costó creer que el combate contra los alamanes pudiera ser aún más brutal. Las puntas de las lanzas se partían y volaban hacia las tribunas, los escudos se quebraban por el impacto y los hombres que no asían fuertemente su caballo con los muslos caían al suelo, donde se apresuraban a rodar para huir de los cascos. Los que caían eran descalificados y no tenían más opción que dirigirse a trompicones hasta el borde de la arena, donde

atendían sus heridas y arañazos mientras aguardaban el resultado del combate. Algunos se quedaban donde habían sido derribados, retorciéndose de dolor, y tenían que ser rescatados por los ayudantes.

Salustio se hallaba a lomos de su caballo en el borde de la palestra, en calidad de árbitro, pero equipado con lanza y escudo para protegerse de los jinetes que apenas podían ver a causa de la máscara. A veces se veía obligado a intervenir en el combate gritando y separando a los hombres porque los ánimos se caldeaban y los equipos se resistían a retroceder después de un asalto. Tras una docena de vehementes ataques ovacionados por un millar de veteranos enloquecidos y medio borrachos, Salustio concedió la corona de laureles a los dos jinetes que todavía permanecían sobre sus monturas, ambos del equipo olímpico. El deteriorado estado de sus lanzas y escudos daba fe de su fuerza y valor.

Salustio permaneció en su puesto mientras los mozos barrían presurosamente la arena y montaban la pista de obstáculos para el número final, la demostración de equitación en la que Juliano debía participar en último lugar. La intención de Salustio, naturalmente, era seguir la actuación de Juliano de cerca y gritarle las instrucciones que pudiera necesitar, si bien su ayuda iba a ser del todo innecesaria. Cuando le llegó el turno, Juliano entró en la palestra luciendo una armadura dorada, aún más pesada que la que yo le había visto antes, y una máscara esmaltada que representaba a una deidad griega con una sonrisa siniestra y dos orificios diminutos para los ojos.

Pese a tales inconvenientes, su actuación enseguida silenció a los soldados escépticos que, debido a los rumores y las observaciones pasadas, esperaban una demostración torpe y simple. En primer lugar, Juliano exhibió con destreza su forma innovadora de subir al caballo por ambos lados, y con cada salto que realizaba sobre el lomo del nervioso semental yo casi podía oír las mandíbulas que caían a mi alrededor. Luego ofreció una asombrosa demostración de equitación y manejo de la espada, sorteando las estacas de roble dispuestas en fila entre fosos, muros de fuego y otros obstáculos. Los soldados, entusiasmados ahora con la destreza de su césar, empezaron a patear el suelo hasta ahogar los murmullos. Juliano,

dirigiendo impecablemente al animal, saltaba cercas y esquivaba estacas, elementos que pretendían emular las condiciones en la batalla lo más fielmente posible. Blandiendo su cimitarra de un lado a otro, cercenaba y derribaba las cabezas enemigas mientras los cerebros de pulpa de melón le salpicaban las piernas y los costados del caballo.

Los soldados rugían satisfechos, pero Juliano todavía contaba con algunos escépticos. Justo delante de mí, un centurión aplaudía con educación mientras su mirada recorría distraídamente la pista de obstáculos.

—¿Por qué corta fruta? —murmuró a un colega cuando el clamor amainó—. ¿No han podido encontrarle un soldado de caballería con quien luchar?

Su amigo le acalló con un razonamiento impecable.

—¡Es el césar! ¿Quién querría combatir con el césar en la arena? Si ganas, pierdes. Si pierdes, pierdes. Mejor que derribe melones.

La actuación de Juliano, pese a todo, fue espléndida, sobre todo si se tenía en cuenta su torpeza de unos meses antes, y el aplauso de los soldados fue sincero cuando la carrera tocó a su fin y el césar cabalgó por la arena agradeciendo los vítores. Para dar más espectáculo, detuvo el caballo en seco e hizo que se pusiera de manos al tiempo que agitaba la espada, como la clásica imagen del general romano victorioso. Salustio meneó la cabeza con desaprobación y se alejó lentamente hacia los establos. Su trabajo, por el momento, había terminado.

En ese instante, justo cuando el clamor empezaba a amainar, Juliano inclinó el torso, se ajustó la máscara y propinó un rodillazo a su animal. El caballo, excitado, puso los ojos en blanco y los soldados callaron de nuevo, a la espera de otra exhibición. Juliano aceleró el trote mientras bajaba la lanza, que había tenido sujeta contra la cadera, hasta la posición horizontal de ataque. Al oír el ruido sordo de los cascos, Salustio detuvo su caballo y se volvió para ver qué otra locura se disponía a intentar Juliano. Por lo que a él se refería, la demostración había terminado, pero el brillo de los ojos de Juliano tras la blanca máscara le indicó que no se trataba de ninguna demostración, que su alumno iba en serio.

Con la soltura del soldado experto y una leve sonrisa, Salustio

desató su escudo y equilibró su lanza, también despuntada, al tiempo que espoleaba su caballo. Juliano cabalgó derecho a él con el escudo apoyado contra el muslo, meciéndose adelante y atrás para hacer frente a la bamboleante lanza de Salustio, al tiempo que fintaba con su propia arma. Plenamente concentrado, buscaba la más mínima abertura que le permitiera deslizar la bola de barro por el escudo de su rival hasta la cara o el pecho.

Era tal el silencio entre los soldados que pude oír los gruñidos y la respiración rítmica de Juliano mientras cada caballo corría hacia el otro. Generando un torbellino de polvo y un crujido espantoso, las armas rebotaron en el escudo contrario y un fragmento de lanza de tres pies voló por los aires y aterrizó sobre la multitud. A consecuencia del brutal impacto ambos jinetes cayeron al suelo. Los caballos, sin riendas ni rodillas que los guiaran, continuaron su feroz avance hasta chocar y desplomarse formando un amasijo de cascos que se agitaban y golpeteo de dientes. Tras incorporarse trabajosamente, se alejaron hacia el borde de la arena, mientras los jinetes continuaban tumbados donde habían caído. Me abrí paso entre los soldados con intención de atender las heridas que estaba seguro iba a encontrar, mas fue innecesario porque en ese momento Juliano, seguido de Salustio, se sentó y, a continuación, se puso en pie, mareado y tambaleante bajo el rígido peso de la armadura.

Los soldados enseguida se levantaron y prorrumpieron en exclamaciones. Juliano alzó su máscara y agradeció los vítores sonriendo y agitando una mano. De la nariz le brotaba sangre que descendía por el mentón y goteaba en la arena. También Salustio, con su habitual impasibilidad, asintió y aceptó los aplausos de los soldados. Juliano se inclinó para recoger su lanza, cuya punta se había partido limpiamente al chocar con el escudo de Salustio. Tras examinarla con pesar, la sostuvo en alto con la mano derecha, a modo de saludo, lo que provocó otro clamor entre los espectadores. Finalmente se volvió hacia Salustio y caminó hacia él con los brazos extendidos, como si fuera a abrazarle en reconocimiento de su coraje y destreza.

No llegó muy lejos, si bien los jueces consideraron que el golpe fue totalmente válido, y las posteriores carcajadas de los hombres confirmaron la decisión. Pues cuando Salustio, embutido en su

rígida armadura, se inclinó con torpeza para recoger su arma, Juliano le apuntó con su lanza quebrada y, con un contundente impulso, le devolvió ignominiosamente al polvo.



VI

Esa primavera del año calculado comúnmente como el 356 desde el nacimiento de Nuestro Señor y el 1091 desde la fundación de la ciudad de Roma, Salustio, Juliano y yo pasamos los días en los cuarteles, rodeados de gran cantidad de mapas, pergaminos y documentos de consulta, planeando la campaña del año entrante. Muchas horas transcurrían conversando con los tribunos y jefes de cohortes de las legiones, concibiendo estrategias y barajando despliegues de tropas, organizando la distribución de provisiones y repasando los interrogatorios de los prisioneros. Fue durante una de esas sesiones cuando el viejo eunuco Euterio entró sin llamar, lo que provocó la irritación de Juliano.

Esta violación del protocolo, tan intrascendente que apenas merecería mencionarse en esta crónica, era, sin embargo, tan impropia del excelente Euterio que valdría la pena dedicarle un breve paréntesis.

Como le sucedía con su tutor Mardonio o con su médico Oribasio, el joven césar no recordaba un solo momento de su vida en que no hubiera tenido cerca a este anciano eunuco, iniciado ya en su novena década. Euterio había servido a Constantino, tío de Juliano, como jefe chambelán cuarenta años atrás, y luego a Constante, hijo de Constantino. Quizá parezca increíble lo que voy a decir pero, aunque se trataba de un eunuco, probablemente era el hombre más honrado, amable y digno de confianza que yo había conocido en mi vida. Mucho tiempo atrás, Jenofonte observó que, si bien la castración podía amansar a los animales, no reducía su fuerza ni su espíritu, y sostenía que los hombres que, por vía de la castración, eran separados del resto de la humanidad se tornaban aún más leales a su benefactor. Mi experiencia personal con los

eunucos, esa raza dañina y entrometida, desmiente tal afirmación. De hecho, alguien dijo que si el gran Sócrates hablara bien de un eunuco incluso a él le acusarían de mentiroso. El viejo Euterio, sin embargo, era una joya que vivía alejada de la clase melosa, burlona y confabuladora que formaban los eunucos, un verdadero ejemplo de que las rosas pueden crecer hasta en medio de un enjambre de espinas.

Quizá su elevada calidad humana se debiera a que no había crecido como un eunuco, sino como un hijo libre nacido de unos padres libres que unos piratas habían capturado cuando era joven, castrado por pura maldad y luego vendido como esclavo. Euterio, en lugar de caer en la desesperación por tan desafortunado sino, decidió sacar el máximo provecho de su nueva situación, y su inteligencia, su rectitud y su naturaleza estudiosa fueron rasgos enseguida reconocidos y comunicados al emperador. Se descubrió que poseía una memoria prodigiosa y el juicio de un sabio, y como consejero y mentor quizá fuera el bien más valioso que Juliano heredara de Constante tras su asesinato. Unos años atrás, Euterio había recibido permiso para gozar de una agradable jubilación, pero Juliano, al convertirse en césar, le hizo venir a la Galia para que le recordara su pasado y le ayudara a basar sus decisiones en un juicio adecuado. El hombre era leal hasta la médula, tanto que le habían confiado los asuntos financieros del césar y Juliano gustosamente habría apostado su vida por él.

En cualquier caso, ese día Euterio entró en la estancia sin llamar y se aclaró la garganta sin miramientos. Juliano levantó la vista.

—Señor —dijo—, perdona que te importune, pero acabamos de recibir una misiva urgente de la guarnición de Autun. Los bárbaros han sitiado la ciudad.

Salustio y Juliano se levantaron bruscamente, derribando sus taburetes en el proceso. El asunto era grave. Autun, ciudad noble e industriosa, era un importante centro comercial en el interior de la provincia. Era una fortaleza, si bien las murallas estaban debilitadas por siglos de deterioro y Constancio y sus generales no se habían tomado la molestia de reconstruirlas. Costaba creer que los alamanes hubieran avanzado tanto desde los bosques del Ródano, pues Autun se hallaba a unas buenas cien millas de las lindes de sus

invasiones anteriores. De hecho, eso los ponía a un tiro de piedra de ciudades romanas aún más importantes, como Auxerre, Sens y París por el norte, y Lyon e incluso Vienne por el sur, lo cual bloquearía todo el río Ródano. El cuerpo principal del ejército romano dirigido por Marcelo todavía se hallaba en los cuarteles de invierno del norte, en Reims, y no podíamos tener la certeza de que hubieran recibido la noticia del ataque. Sea como fuere, Autun y los bárbaros sitiadores se interponían ahora entre nosotros y Marcelo, de modo que, con nuestra línea directa de comunicación con el ejército principal cortada, sería imposible coordinarse eficazmente con él, aun cuando Marcelo recibiera la noticia a tiempo para poder actuar. Juliano empezó a rebuscar en la pila de mapas militares que cubrían la mesa. Salustio le miró con calma.

—Despacio, despacio —le advirtió—. Las batallas y las mujeres no se ganan con prisas. Invita a tu respetable chambelán a sentarse con nosotros y explicar lo que ha oído y luego elaboraremos un plan.

A pesar de que Salustio se conducía con serenidad, instando al análisis pausado de la situación, Juliano actuó instintivamente y dio órdenes a las tropas de movilizarse de inmediato. Además de los ascetas guerreros heredados de Milán, que a fuerza de una formación constante y exhaustiva se habían convertido en un cuerpo de combate formidable, aunque algo reacio, y a los que llamaba sus acólitos, Juliano disponía de unos dos mil soldados más repartidos por varias guarniciones a dos días de marcha desde Vienne, así como otros tantos veteranos del ejército romano, ya retirados, que se habían casado con mujeres galas y asentado en la región. Salustio y Euterio trabajaron día y noche, durante tres revoluciones solares, para movilizar y equipar una fuerza de combatientes. Juliano trataba en persona con los prefectos y administradores provinciales, a los que prometía futuros pagos y honores a fin de obtener el material, el personal y el apoyo civil necesarios para acompañar a un ejército romano en marcha. Para mi gran sorpresa y satisfacción, aunque Juliano todavía poseía poca experiencia directa con la administración, dio muestras de ser un maestro de la improvisación. Al cuarto día pasó revista a las tropas, probablemente el cuerpo de soldados más numeroso que veía

Vienne desde que Julio César pasara por la ciudad siglos atrás.

Helena sollozaba.

—Todavía eres un chiquillo —dijo con inconsciente condescendencia—. Envía a Salustio a dirigir las tropas y quédate conmigo. Quédate con tu hijo.

Juliano vacilaba, pues sabía que el deber y el objetivo que se había impuesto estaban con el ejército pero ignoraba cómo consolar a su esposa. Di un paso al frente y coloqué mi mano sobre el hombro de Helena.

—Tu esposa estará bien —le tranquilicé—. No puedes hacer nada por ella hasta que llegue el momento. Entretanto, seguiré controlando su estado. Está teniendo un embarazo ejemplar.

Juliano me miró con cierto regocijo.

—Me alegro de que a mi esposa le vaya tan bien —dijo— y que tú te muestres tan dispuesto a sacrificarte. Pero no es necesario. Oribasio cuidará de Helena durante mi ausencia.

Debí de poner cara de asombro pues, aunque Oribasio estaba considerado uno de los mejores en su profesión, yo todavía desconfiaba de sus técnicas. Para mí, olían demasiado a brujería y clarividencia, más que a la ciencia sólida que yo esperaba divulgar entre la familia y el ejército de Juliano.

Antes de que pudiera protestar, se explicó.

—No me censures, Cesáreo. Necesito a mis mejores hombres a mi lado durante la campaña, no controlando náuseas matutinas, aunque sean de la esposa del césar. Oribasio no está en condiciones de acompañarme y, en cualquier caso, no tiene experiencia con heridas de guerra.

—¿Y yo tengo experiencia con heridas de guerra?

Restó importancia a mi comentario con una sonrisa.

—He visto cómo te enfrascabas en esas autopsias. Tú mismo alardeas de tus amplios conocimientos de anatomía. No eres como esos carniceros que Constancio ya ha asignado al ejército como médicos y que no dudarían en cortarme una pierna para curarme una mordedura de araña. No confiaré mi cuerpo a nadie más, Cesáreo.

El 24 de junio, tras cuatro días de marcha forzada, llegamos a Autun. Los bárbaros, habiendo espiado nuestra llegada desde los

campos que rodeaban las murallas de la ciudad, abandonaron rápidamente la zona, antes incluso de que la guarnición nos atisbara. Juliano había ganado su primera batalla, con un ejército improvisado y sin haber disparado una sola flecha.

No obstante, para mi sorpresa, le decepcionó terriblemente no haber tropezado con el enemigo, pues durante la marcha había puesto especial cuidado en interrogar a Salustio y a veteranos familiarizados con el terreno de Autun. Había concebido un complejo plan de ataque basado en fintas y contrafintas y estaba impaciente por poner a prueba sus nuevas dotes militares. Tras señalar esta victoria como el comienzo de la campaña, decidió poner rumbo a Reims para unir su pequeño destacamento al cuerpo central del ejército. Así pues, incorporó a sus tropas a todos los hombres de la guarnición local que Autun podía permitirse ceder: una compañía de *cataphracti*, soldados de caballería fuertemente escudados, y un pelotón de *ballistarii*, soldados a cargo de las grandes máquinas para lanzar piedras. También decidió no tomar la ruta más segura, sino la más corta, un camino que le llevaba hasta Auxerre y Troyes atravesando algunos de los territorios más peligrosos de la provincia, en los que sus soldados se verían constantemente expuestos a emboscadas de los alamanes.

Como en el caso de Autun, la mera aparición de una legión romana en Auxerre bastó para ahuyentar a los bárbaros, mucho menos numerosos, sin contratiempos. Desde los muros medio derruidos de la ciudad, Juliano observó cómo el ejército de bárbaros se batía en retirada controlada por los campos circundantes, a lomos de sus veloces caballos, profiriendo insultos a los romanos antes de perderse en los bosques. Juliano puso entonces rumbo a Troyes. Esta vez, no obstante, los soldados se enfrentaron por el camino a un asalto en masa del ejército alamán. Pero los bárbaros hubieran debido atacar antes, pues la fuerza militar de Juliano sumaba ahora casi cinco mil soldados gracias a las tropas reclutadas en Autun y Auxerre. Con la disciplina de los veteranos endurecidos por la batalla y algunas maniobras tácticas que concibió personalmente, para queda admiración de Salustio, Juliano fue capaz de repeler dos violentos ataques de los bárbaros e incluso hacerse con gran cantidad de bienes y caballos.

Arribó a Troyes tres días antes de lo que la guarnición sitiada consideraba plausible, tan pronto, de hecho, que al principio esta se negó a reconocer a su nuevo dirigente, pues creía que se trataba de un ardid de los alamanes. Hizo falta mucho trabajo, y la mejor retórica de Juliano vociferada a través de un cuerno de toro, para convencer a la guarnición de Troyes de que nos abriera voluntariamente los portalones. Tras un breve descanso de los soldados, que se mostraban cada vez más entusiastas, Juliano reclutó otros dos mil hombres y veteranos de las ciudades y los campos vecinos y puso rumbo a Reims para reunirse con sus generales, acompañado de una impresionante colección de destacamentos algo disonantes que, tres semanas antes, apenas habían existido como cuerpo militar, salvo en la imaginación de Juliano.

Cuando llegó a la ciudad después de tres días de marcha, fue recibido por una guardia de honor romana que lo condujo, junto con sus siete mil soldados, por las abarrotadas calles de la ciudad bajo la mirada vigilante de los curiosos habitantes. Sobre la escalinata del palacio donde Marcelo y Ursicino residían con su personal, se hallaban los dos generales para recibir a su césar, nominalmente su superior directo. La palabra «recibir», sin embargo, no describe acertadamente la actitud de los generales, pues el término implica una forma de bienvenida y también debería implicar, cuando se trata de un representante directo del propio augusto, cierto grado de humildad. Sin embargo, no había el menor atisbo de humildad en el semblante y el porte de los dos generales.

Los soldados se detuvieron y permanecieron firmes, formados por compañías, en el enorme patio situado frente al imponente palacio, que, en realidad eran los muros exteriores de una antigua fortaleza militar que la ciudad, debido a su constante crecimiento, había rebasado y cercado. Los muros y las almenas, dispensados de la tarea defensiva para la que habían sido erigidos siglos atrás, estaban restaurados y bellamente enlucidos, como correspondía a la sede administrativa de una importante y sofisticada ciudad regional, pero todavía conservaban su imponente altura y grosor.

El círculo de «oficiales superiores» de Juliano, veinte o treinta centuriones entrecanos, arrancados de la jubilación de la que

habían estado disfrutando en sus granjas de los alrededores de Vienne para servir al césar con promesas de ascensos y salarios dobles, le acompañaron a caballo hasta el pie de la escalinata y allí, por indicación de Juliano, se detuvieron. El césar, seguido de Salustio, desmontó, y juntos subieron por el largo tramo de escalones hasta el pórtico, donde los generales se hallaban en posición firme, observándoles fríamente.

Aunque he visto los ojos de muchos hombres muertos, estos no eran nada comparados con la mirada fría e inerte de Marcelo. Hombre maduro, bajo y fornido, con una barba oscura que le asomaba por debajo del casco ceremonial, mantenía el mentón alzado, los hombros firmes y el cuerpo muy quieto, con excepción de sus oscuros ojillos, que viajaban imparables entre Salustio y Juliano y resultaban aún más brillantes y perturbadores con el reflejo del casco.

Ursicino, el excomandante que Constancio había mantenido en el cargo de asesor de Marcelo, era más fácil de interpretar. Mayor que su colega en edad y estatura, también era moreno y poseía un cuerpo igualmente fornido, si bien su peso no era fruto de una musculatura fuerte sino del ablandamiento de la edad, el peso de alguien que había servido demasiado tiempo en regiones que exigían a las guarniciones locales poco esfuerzo físico. Su rostro era más claro y regordete que el de Marcelo y, aunque sus ojos también viajaban sin cesar de Juliano a Salustio, se percibía cierto regocijo en ellos, y tenía las comisuras de los labios un tanto curvadas hacia arriba.

—¡Salve, césar! —dijo Marcelo cuando Juliano y Salustio llegaron a lo alto de la escalinata. Noté, sin embargo, que el general miraba a Salustio y Juliano, incluso se hacía ligeramente a un lado, quizá por divertimiento—. Como general del ejército romano de la Galia, te doy la bienvenida a la fortaleza de Reims, a la que los bárbaros no osan acercarse y donde la gente vive segura y en paz bajo la protección de veinticinco mil soldados servidores del poderoso emperador Constancio. Bienvenido seas, césar.

Marcelo inclinó la cabeza, se hizo a un lado e indicó a Salustio que pasara al gran salón.

Comprendí, estupefacto, que el general Marcelo había

confundido a los dos hombres, aunque debo reconocer que no es tan sorprendente como podría parecer. Salustio había pasado la mayor parte de su carrera en el teatro de operaciones del este y Marcelo no le conocía, y Juliano jamás había frecuentado los círculos militares antes de su llegada a Vienne. Probablemente el general se había enterado de la investidura de Juliano como nuevo césar a través de un conciso despacho militar que no describía su aspecto físico. Creyéndolo una mera figura decorativa, Marcelo no había tenido razones para preocuparse por la posibilidad de conocer a Juliano en persona. Y cuando la ocasión se presentó, simplemente dio por sentado que el hombre de aspecto más regio —Salustio— era el césar.

Salustio observó a Marcelo mientras decidía la mejor forma de sacarle de su error. Luego miró con disimulo a Juliano, que le hizo un guiño casi imperceptible.

Salustio saludó a los dos generales con un gesto de la cabeza y entró solemnemente en el gran salón. Juliano se dispuso a seguirle pero Marcelo y Ursicino le cortaron rápidamente el paso y se colocaron detrás de Salustio, de modo que lo dejaron en la cola. Antes de desaparecer tras las enormes puertas revestidas de bronce que protegían la entrada al palacio, Juliano lanzó una rauda mirada a sus soldados con cierto regocijo en la cara. Entre los soldados de las primeras filas, que habían visto y escuchado la breve ceremonia de bienvenida, se oyeron risas ahogadas. Los guardias de palacio se apostaron de nuevo frente a las puertas, mirando con arrogancia a los hombres sucios por los combates formados al pie de la escalinata. Los soldados rompieron filas y se sentaron allí mismo, en medio del patio, donde se dedicaron a intercambiar sonoras ocurrencias con la impoluta guarnición, que permanecía firme alrededor de ellos. Las lustrosas armaduras, las afeitadas mandíbulas y los impecables uniformes contrastaban con la mugre y el sudor de los veteranos que habían acompañado a Juliano durante la derrota de los bárbaros en tres ciudades.

Lamento, hermano, no haber sido una mosca en la primera reunión de Juliano con sus dos máximos generales, aunque más tarde me hice una idea de lo sucedido por comentarios de Salustio. Mientras que Ursicino, en su papel de observador, tuvo la sensatez

de guardar silencio durante la mayor parte de la conversación, Marcelo, al parecer, siguió poniéndose en ridículo. Impidiendo toda intervención ajena, habló sin descanso, unas veces para adular a Salustio como el supuesto césar y otras para tratarle como el primo del emperador ignorante en temas militares que aprendería de su persona, el auténtico estratega militar.

La verdad salió a la luz cuando Juliano, aprovechando que Marcelo hacía una pausa a fin de coger aire y prepararse para despedir a su superior y al joven lacayo que le acompañaba, dio un paso al frente.

—Te agradezco, general, la calurosa bienvenida de que hemos sido objeto yo y mi consejero Salustio —dijo, y Salustio hizo una inclinación ante la mirada atónita de Marcelo—. Aprecio enormemente tu preparación militar, aunque me habría impresionado aún más que hubieras utilizado a tus veinticinco mil soldados para limpiar tu territorio de bárbaros, algo que yo he sido capaz de hacer en cuatro semanas con un puñado de veteranos retirados.

Marcelo movió los labios formando mudas protestas, como un pez boqueando por falta de agua, y a partir de ahí la reunión solo hizo que degenerar. Al cabo de una hora, oí algunos gritos y los soldados que me rodeaban corrieron a recoger sus armas e incorporarse. Cuando levanté la mirada vi que los cuatro jefes habían salido, esta vez, no obstante, en un orden muy diferente. Juliano fue el primero en cruzar las puertas de bronce, observando orgulloso a sus soldados, con un aspecto más joven y la mirada radiante. Detrás, y algo a la derecha, apareció Salustio, impasible como siempre, mirando con calma a los hombres reunidos en el patio sin que sus ojos oscuros desvelaran la menor emoción.

Detrás de ellos caminaba Marcelo, con los hombros encorvados y esa cara macilenta de quien come demasiada grasa y poca fruta. Evitando la mirada de los desconcertados guardias que rodeaban el foro, se concentró con rabia contenida en el alegre rostro de Juliano, que había alzado los brazos para silenciar a las tropas. Ursicino, de pie junto a Marcelo, parecía algo perplejo.

—¡Soldados! —exclamó Juliano, y los gritos de los hombres descendieron gradualmente hasta un leve susurro—. ¡Soldados! Me

dirijo a vosotros no como «caballeros», como hacía Jenofonte cuando exhortaba a sus tropas, no como «compatriotas», como hace el emperador, sino con el título más digno que un romano puede ostentar: «¡soldados!».

Los hombres le ovacionaron con ardor. Juliano buscó mis ojos entre la multitud y esbozó una leve sonrisa. Su porte y sus gestos eran algo torpes y artificiales, como los de un estudiante debatiendo un tema de sofistería ante una multitud de académicos. No obstante, cuando alzó las manos para acallar a los soldados advertí que imitaba los amplios movimientos de brazos y la elevación autoritaria del mentón que tan buen servicio habían hecho a Constancio, experto orador. Las bazas de Juliano eran la juventud, la confianza en sí mismo y la abierta sinceridad con sus hombres. Con un poco de práctica y asesoramiento, me dije, el joven césar no tardaría en superar incluso al emperador.

—Lleváis demasiado tiempo —prosiguió mientras los hombres iban callando— sirviendo dentro de vuestros muros, lleváis demasiado tiempo a la defensiva, lleváis demasiado tiempo comiendo las raciones que os proporciona el oficial de intendencia, sacando brillo a vuestra armadura, manteniendo la forma lidiando entre vosotros, incapaces de demostrar vuestra superioridad frente a los bárbaros al otro lado de los portalones. Soldados, los alamanes llevan demasiado tiempo sin experimentar la furia y el poder del ejército romano. Han sobrepasado con impunidad sus fronteras, han devastado campos y ocupado tierras, tierras romanas, pues esto es la Galia, territorio que vuestros antepasados conquistaron hace cuatrocientos años bajo el mando de Julio César, un territorio tan romano como Sicilia. ¡Y seguirá siendo romano!

El clamor aumentó y se mezcló con un golpeteo disperso de algunos escudos contra las rodillas de los soldados. Yo, sin embargo, experimenté una profunda inquietud. Juliano había sobrepasado el papel que Constancio le había asignado. Atribuía sus acciones a una causa mayor, a la tarea de salvar la debilitada Galia romana de los ataques de unos salvajes y de la incompetencia de sus propios dirigentes militares. No hay duda de que el patriotismo es una causa difícil de reprochar pero, cuando uno pasa por encima de esos dirigentes militares sin una orden previa, tal como él estaba

haciendo, ¿en qué momento el patriotismo se convierte en traición?

—Mañana, camaradas, mañana, ¡soldados!, por la gracia de Dios Todopoderoso, saldremos de nuestros muros combatiendo y no nos detendremos hasta que hayamos alcanzado el Rin y aniquilado la infernal presencia bárbara, desde su nacimiento en los Alpes hasta su desembocadura en el mar del Norte. Hemos marchado desde Vienne hasta Autun, desde Auxerre hasta Troyes, expulsando a los alamanes y reclamando la Galia para Roma y el emperador. Continuaremos nuestra marcha de muerte y salvación. Mañana, por la gracia de Dios, nuestras fuerzas se habrán unido bajo mi mando y el del general Marcelo para desdicha de los bárbaros, que nunca han visto un fuego y un acero como el que daremos a sus estómagos, que nunca han visto unos músculos como los que flexionaremos, que han olvidado el poder de Roma, de sus gobernadores y señores, pero que pronto recordarán el castigo que han de pagar por su insolencia. ¡Mañana será el comienzo!

El patio prorrumpió en vítores y aplausos, pues los disciplinados soldados de Marcelo se sumaron a los veteranos de Juliano. El césar permaneció erguido e inmóvil antes de acercarse a la primera fila de sus hombres y tomar una lanza de caballería con el gancho de montar incorporado. Escudriñando su caballo, que un mozo había adelantado en un gesto que parecía planeado, echó el arma hacia atrás, corrió algunos pasos y saltó impecablemente sobre el lomo del semental. Los soldados gritaron enloquecidos. Nunca habían tenido un dirigente, y aún menos un césar, tan semejante a ellos. Juliano, embriagado con los vítores, alzó triunfalmente la lanza e hizo que su montura se pusiera de manos, mientras Marcelo observaba enfurecido al hombre que tanto le había humillado.

Esa noche el olor a carne chamuscada impregnó el aire, pues los soldados de Juliano devotos de Mitra celebraban su victoria sobre los alamanes sacrificando tres bueyes. Los cadáveres ardían sobre un altar cuyas llamas se divisaban desde varias millas a la redonda, símbolo del severo rechazo a los ataques de los bárbaros. También representaba, pensé, un rechazo al triunfo de Cristo sobre estos sacrificios paganos, obsoletos y satánicos, así que fui en busca de Juliano para pedirle que los detuviera. Lo encontré en las proximidades de un altar por cuyos improvisados canalones todavía

corría la sangre, que formaba charcos a los pies de los sacerdotes que atendían las rugientes llamas. Rodeado por algunos de sus hombres, engullía ávidamente la carne chamuscada que le ofrecían de las brasas y reía a carcajadas de los chistes y las cancioncillas con que los soldados le atosigaban, llevados por el buen humor de la borrachera. Incapaz de abrirme paso a través de la multitud para atraer su atención, me marché con un humor de perros.

Aquel verano fue digno de recordar, un verano de terror y victoria. Aunque Salustio seguía ofreciendo valiosos consejos gracias a sus largos años de experiencia, ya no dominaba las sesiones de estrategia nocturnas. Juliano había adquirido gran seguridad en sí mismo y el alumno superaba ahora al maestro en sagacidad y destreza. Tras reunir a todo su ejército, el césar puso rumbo al este, al Rin, dejando atrás al resentido Marcelo para que consolidara las conquistas de aquella primavera. Pese a los esfuerzos de los bárbaros, pese a su astucia y habilidad para aparecer inesperadamente entre los nuestros o fundirse con los bosques, Juliano parecía tenerlos bloqueados. Con abrumadora precisión y rapidez, dividía sus fuerzas para atraer a los alamanes a posiciones indefendibles en el valle, donde luego eran rodeados. Arrasaba sus campamentos, destruía sus fortalezas y capturaba a sus exploradores para impedir que desvelaran la presencia y las intenciones de su ejército. Daba la sensación de que Juliano se encontraba en todas partes y, sin embargo, nunca donde los bárbaros lo esperaban.

Furibundos, huyeron hasta el Rin, donde decidieron reorganizarse. Mas el astuto Juliano había enviado a través de los montes Vosgos varias divisiones de soldados para que los interceptaran antes de alcanzar el río, a fin de impedir que consolidaran sus fuerzas en una cabeza de playa. Los bárbaros huyeron desordenadamente en las embarcaciones disponibles, a veces subidos a meros troncos que impulsaban para que la corriente se los llevara a donde fuera con tal de que los alejara de la furia del césar. Después de cada victoria, grande o pequeña, antes incluso de enterrar a las víctimas romanas, Juliano ordenaba la inspección y el recuento inmediatos de las bajas enemigas y siempre formulaba a Salustio la misma pregunta:

—¿Qué hay de Cnodomar, la Bestia? ¿Le han capturado? ¿Está muerto?

Salustio procedía entonces a revisar los libros preparados por los destacamentos con la información detallada sobre las bajas enemigas, en busca de cualquier descripción que hablara de un tamaño físico excepcional, una armadura o un cuerpo más adornado que el del típico soldado bárbaro —incluso pruebas de que se habían requisado armas especialmente grandes—, pero siempre daba la misma respuesta.

—No, césar. Me temo que no estaba presente en la batalla.

Lo que Salustio no desvelaba era que ya había llegado a esa conclusión antes de que se hubiera efectuado el recuento de muertos, pues la ausencia de Cnodomar era deducible por el simple hecho de que los bárbaros se hubieran batido en retirada. El descomunal rey parecía haberse desvanecido, cual espíritu efímero, en los negros bosques del otro lado del Rin. Aunque los alamanes perdían batallas, Cnodomar seguía conteniéndose, alimentando nuestra confianza, sosegándonos, puede que a la espera de poder organizar a sus manadas para el ataque aplastante que sin duda planeaba en su oscura fortaleza de los bosques.

El otoño se hallaba cerca, momento de regresar a los cuarteles de invierno, y sabíamos que los bárbaros respirarían aliviados. Con todo, Juliano no aminoró la lucha. Tras alcanzar la orilla izquierda del Rin, con la corriente salpicada de bárbaros que huían en sus embarcaciones improvisadas, se detuvo apenas un día, justo el tiempo suficiente para que sus soldados saborearan la victoria. Luego puso rumbo al norte, a las grandes ciudades romanas perdidas durante la última década que había decidido recuperar para Roma. No encontró resistencia en la destrozada Coblenza, ciudad conocida, desde la antigüedad, como Confluencia por encontrarse en la convergencia de los ríos Mosela y Rin. Decenas de miles de soldados y campesinos bárbaros retrocedieron aterrorizados y entregaron la ciudad a una docena de exploradores de Juliano enviados antes de que los destacamentos se hallaran a menos de veinte millas de los muros de la ciudad.

Después de llegar sin esfuerzo a Colonia, la ciudad que apenas hacía un año, tras enterarse de su caída ante los bárbaros, había

sido para él fuente de pesadillas y temores, Juliano se reunió en la única torre que quedaba en pie con los representantes de las tribus bárbaras. Les dictó las condiciones de paz y sometimiento durante el invierno, después del cual, dejó bien claro, reanudaría su campaña hasta haber devuelto todo el antiguo territorio romano de la Galia a los dominios del emperador.

Tras dejar guarniciones que controlaran las ciudades y pueblos reconquistados, Juliano regresó a Reims con un ejército formado, en gran medida, por sus acólitos como guardia personal. Relató sus acciones a Ursicino y el arisco Marcelo, y se retiró a sus cuarteles de invierno en Sens, ciudad que había elegido, principalmente, por la vasta biblioteca del gobernador y las cualidades curativas de los baños sulfúricos, los cuales, pensó, serían beneficiosos para Helena después del parto. La biblioteca no le decepcionó; en cambio, su información sobre los baños era, al parecer, obsoleta, sacada de un comentario de Julio César en su relato de las guerras galas. Los manantiales, al parecer, hacía tres siglos que estaban secos.



LIBRO TERCERO

VIDA Y MUERTE

Nescia mens hominum fati sortisque futurae et servare modum rebus sublata secundis!
Qué ignorante es la mente humana de la fortuna y de su destino; qué reacia a ser comedida cuando el éxito la encumbra.

VIRGILIO



I

Dios, hermano, no se encuentra en los templos de Atenas, en las estatuas de bronce de Zeus y Apolo, algo en lo que tú, por supuesto, serías el primero en estar de acuerdo. Tampoco se aloja en las alturas del Olimpo ni en un palacio en las profundidades del vinoso mar, ni oculto en una cueva rodeado de espectros sin voz, todo lo cual tú, una vez más, dirías entre risas que no merece la más mínima consideración. Tampoco se encuentra, sin embargo, en el icono manchado de lágrimas que adorna la celda del anacoreta, ni en los fragmentos y astillas de la Vera Cruz con que reverentemente comercian peregrinos acaudalados y Padres del Desierto en tales cantidades que podrían reconstruir el arca de Noé. Solo entre quienes abrigan una fe profunda en el Misterio de los Misterios, en el pedazo de pan y la gota de vino de la Eucaristía, puede encontrarse a Dios. Para la vasta mayoría de los simples mortales, la fe en la existencia de Dios fluctúa, sube y baja como la marea, según las circunstancias de nuestra vida y nuestra fortuna. Lo digo no para denigrar a los más favorecidos, como tú, que fuiste agraciado con la fe incondicional, sino para tener presente la realidad a la que se enfrenta el resto de la humanidad, que lucha diariamente por encontrar a Dios y dar sentido a su vida.

A riesgo de caer en el *bathos* que los trágicos griegos se esforzaban por evitar, Dios se encuentra no en lugares exóticos y misteriosos como la cumbre de una montaña o el dedo de un mártir conservado durante siglos. Al contrario, Dios se encuentra aquí, entre nosotros, en el día a día, en el nacimiento de un niño, en esa capacidad constante del hombre de redimir los errores de su existencia y crearse a sí mismo de nuevo, en una regeneración perfecta, sin tacha ni pecado, sin lujuria, ambición ni mala

intención, una confirmación de la imagen a la que fue creado y de su rectitud última ante Dios. Hermano, castígame, si quieres, por mi herejía pero, cuando vi a Juliano aquella noche a la luz del fuego sosteniendo y mirando extasiado al hijo que aseguraba su inmortalidad, supe que Dios había descendido entre nosotros como hiciera en Belén tres siglos y medio atrás, como hace de forma breve y misteriosa en la Sagrada Hostia que constituye el sustento de nuestra fe.

«¡Qué era tan feliz te trajo a la vida! ¡Qué dignos tus padres por haber engendrado esta criatura!».

Sin dejar de murmurar suavemente los versos de Virgilio, Juliano devolvió su hijo de apenas unos minutos de edad a Flaminia, la comadrona de Helena, célebre partera gala que la había atendido y acompañado desde Vienne. La comadrona se llevó al recién nacido a un rincón, le cambió los pañales y lo trasladó al dormitorio de Helena. Oribasio, que por regla general detestaba los partos, había huido a sus aposentos en cuanto el niño nació, dejando que Flaminia se encargara de la limpieza y los cuidados de posparto junto con su hija, que le hacía de ayudante. Yo aguardaba en la antesala, sentado a la luz de las velas, oyendo la voz dulce de Juliano, que hablaba a su adormecida y satisfecha esposa, y los arrullos de la comadrona al dejar al joven príncipe sobre el pecho blando de Helena. Matilda, la hija, estaba conmigo, esperando a que su madre saliera para poder regresar a casa. Era una muchacha frágil, asustadiza, apenas una adolescente que, a diferencia de su competente madre, era incapaz de estarse quieta, se toqueteaba constantemente las manos y la cara y se pellizcaba las mordisqueadas cutículas. La observé con calma, pensando que con esa naturaleza difícilmente llegaría a ser una buena comadrona como pretendía su madre. Mis esfuerzos por entablar una conversación fueron infructuosos. Le costaba concentrarse en un tema, su latín era entrecortado y hablaba galo con fluidez pero con un fuerte acento. Su padre, al parecer, era un inmigrante germano y en casa la muchacha hablaba su dialecto.

Desistí de mi intento de tranquilizarla y me asomé furtivamente a la habitación donde Flaminia estaba acomodando a la madre y el niño. Al rato salió de puntillas y me dio las buenas noches con una

sonrisa cansada, tras lo cual ella y Matilda recogieron sus cosas y se marcharon a sus aposentos temporales, situados al final del pasillo. Finalmente Juliano salió también del cuarto y cerró la puerta con suavidad. Se sentó delante de mí y, pese a tener los ojos enrojecidos por la fatiga, se puso a rebuscar en el estuche de mapas que se había hecho traer de su despacho y vi, sin sorprenderme, que iniciaba la siguiente fase de su jornada laboral.

Le pregunté si le molestaba que me quedara, pues estaba demasiado alterado para pensar siquiera en dormir, y sonrió contento.

—Por supuesto que no, viejo amigo —respondió—. Serás un cambio agradable comparado con los tediosos escribas que suelen acompañarme durante las noches. Me temo que no estoy muy hablador pero, si puedes soportar mi silencio, te ruego que te quedes.

Era cuanto deseaba y, como había olvidado traerme material de lectura, me contenté con contemplar las brasas del fuego.

Debían de ser las dos de la noche cuando desperté de un sueño ligero que ignoraba haber conciliado. Enderecé bruscamente la cabeza y miré a Juliano. Supuse que me había despertado el llanto del recién nacido y me maravilló lo mucho que este había dormido entre una toma y otra. Juliano me miró expectante y comprendí que el ruido en cuestión era un golpeteo en la puerta y que el césar, hallándose rodeado de mapas y pergaminos y con la pluma goteando tinta, esperaba que yo me levantara y la abriera. Meneé mi adormilada cabeza y me desperecé antes de dar los tres pasos que me separaban de la puerta.

Al abrirla aparecieron dos centinelas y, en medio, una mujer maniatada que se revolvía bajo la capa de lana que le cubría la cabeza y los hombros. La tenue luz de la antorcha me impedía identificarla.

—Lo siento, señor —dijo el centinela de la izquierda—. Estamos buscando al césar.

Oí a Juliano levantarse del taburete y acercarse a la puerta, donde miró interrogativamente al extraño trío.

—¿Qué ocurre? —preguntó con cordialidad.

Los hombres, cohibidos, movieron los pies.

—Si te hemos importunado, señor, es únicamente porque sabemos que te acuestas tarde —dijo el primero—. Acabábamos de terminar nuestro turno en el puesto que hay a cinco millas de la ciudad por el camino del sur, cuando encontramos a esta mujer cabalgando como un rayo sobre un caballo de tus establos sin otro equipaje que un botiquín y una bolsa de monedas nuevas. Nos pareció extraño, dada la hora, y decidimos traerla y confirmar que estaba autorizada a tomar ese caballo. La acompañaba otra mujer, señor, pero consiguió zafarse en la oscuridad.

Desconcertado, Juliano parpadeó y se hizo a un lado.

—Bien hecho —dijo—. Pasad, pero con sigilo, os lo ruego.

Los centinelas entraron empujando a la mujer, que tropezó al cruzar el umbral y blasfemó entre dientes. Juliano la condujo hasta la luz de las velas que iluminaban su mesa y le ordenó que se retirara la capa para verle la cara.

La mujer echó la cabeza hacia atrás con gesto de desafío, dejando que la capa cayera, y quedamos petrificados. Era Flaminia, la comadrona, cuyo semblante amable y paciente había sido sustituido por una expresión de mal genio y exasperación.

—César, estos hombres me han acusado injustamente y han perturbado tu descanso —comenzó con un tono elevado pese a saber, tan bien como los demás, por qué era preciso hablar en voz baja—. Recibí el mensaje de que me necesitaban urgentemente para un parto en un pueblo próximo y tomé prestado el caballo más rápido para llegar cuanto antes.

Ante el desconsiderado tono de Flaminia, suspiré y caminé hasta la habitación de Helena con intención de tranquilizarla, pues seguro que el alboroto la había sacado de su sueño, y también al bebé. Desoyendo las protestas roncas de la comadrona de que iba a despertarla, entré. Cuando la luz de la antesala inundó la cama, Helena abrió sus ojos adormilados y levantó la cabeza con una ligera mueca de dolor.

Comprobé, aliviado, que el pequeño descansaba en la curva de su brazo, exactamente donde la comadrona lo había dejado, y me acerqué hasta Helena para disculparme por molestarla a esas horas. Ella sonrió satisfecha y alargué distraídamente un brazo para acariciar la cabecita de su hijo y tomarle el pulso en el punto

blando de la coronilla, donde el cráneo todavía no se había soldado.

No tenía pulso. La cabeza del recién nacido estaba helada. No sé, hermano, cómo describir la horrible escena que vino a continuación pues, imagines lo que imagines, fue diez veces peor. Pensando que había cometido un error, que había perdido sensibilidad en los dedos, coloqué ambas manos sobre la cabeza del recién nacido y la palpé frenéticamente. Luego se lo arrebaté a Helena de los brazos y lo acerqué a la luz para examinarlo con detenimiento. Tenía la piel blanca, los ojos hundidos, las articulaciones rígidas. Tales síntomas ya resultan aterradores en un hombre que ha caído en batalla, quizá inconsciente y boca abajo sobre un charco de su propia sangre, pero en un recién nacido, en una diminuta vasija del Dios Todopoderoso, los efectos son perversos, la mismísima imagen del mal. Se me escapó un grito y Helena se incorporó tendiendo los brazos hacia su hijo al tiempo que Juliano irrumpía en la estancia y veía cómo yo, horrorizado, me aferraba a la criatura. Me la arrebató y la trasladó a la luz de la antesala, donde cayó de rodillas sosteniéndola contra el pecho.

—¿Có… cómo es posible? —balbuceó mirando a Flaminia, sus ojos reflejaban su confusión. Helena bajó de la cama y se apoyó contra el marco de la puerta mientras yo la sostenía por el otro costado—. Ayuda a mi hijo —suplicó a la comadrona—, no respira.

Flaminia le miró compasivamente.

—Tu esposa debió de rodar sobre él cuando dormía y lo asfixió, césar —dijo—. Les ocurre con frecuencia a las madres primerizas. Nunca debí marcharme dejándolo en sus brazos. Dios mío, pensaba volver y comprobar que estaban bien, pero recibí un mensaje urgente. Solo el Señor sabe qué ha sido de la otra criatura que me pidieron que ayudara a nacer esta noche.

Juliano la miró desconcertado y luego se volvió hacia Helena, quien, con los ojos desorbitados a causa de la estupefacción, se había enderezado y, presa del dolor, se apretaba el estómago balanceándose sobre los talones de sus pies descalzos. Las lágrimas cayeron por sus mejillas al comprender el significado de lo que la comadrona acababa de decir.

—Te lo ruego, señor, pronto amanecerá —dijo la comadrona—. Hace dos horas que salí del palacio. Tengo un deber urgente que

cumplir.

—Un deber urgente… —murmuró Juliano, y la miró enfurecido —. ¡Vete, pues! No seré yo la causa de otra…

Flaminia sonrió triunfalmente a los centinelas, que enseguida se acercaron a desatarla. Mi mente no dejaba de dar vueltas a lo sucedido mientras las ataduras de la comadrona caían al suelo. La mujer se encaminó presurosa hacia la puerta, frotándose las entumecidas manos, que estaban blancas allí donde los nudos le habían cortado la circulación… la circulación…

—¡Un momento! —grité, y todos los presentes dieron un brinco.

Flaminia se alejó y oí cómo sus pasos avanzaban cada vez más raudos por el pasillo. Solté a Helena, que apenas consiguió sostenerse sola contra el marco de la puerta, y eché a correr. Resbalé sobre el lustroso mármol al doblar la esquina y vi a Flaminia correr atropelladamente hacia la escalinata. Los dos centinelas, tras recuperarse del sobresalto, me siguieron.

—¡Detened a esa mujer! ¡Detened a la comadrona! —vociferé, y no hubo lucha pues, aunque estaba cansado, todavía era joven y no me suponía demasiado esfuerzo atrapar a una mujer veinte años mayor que yo.

Mas no fui amable con ella, y me abalancé sobre su cintura como hacen los niños cuando juegan a pillar. Caímos pesadamente sobre el suelo de mármol, contra el que ella se dio un fuerte golpe en la mandíbula, y a punto estuvimos de ser arrollados por los centinelas que venían pisándonos los talones.

—¿Qué diantre ocurre aquí? —exclamó Juliano mientras corría hasta nosotros—. ¿Qué estás haciendo, Cesáreo? ¿Te has vuelto loco? ¿Quieres provocar la muerte de otro recién nacido?

—Señor —dije entre jadeos—, es preciso que retengas a esta mujer hasta que pueda examinar al recién nacido. Te aseguro… —Tragué saliva mientras recordaba la piel cenicienta y las rígidas articulaciones del pequeño—. Te aseguro que Helena no ha matado a tu hijo.

Juliano me miró fijamente, con los ojos desbordados, y se volvió colérico hacia Flaminia. Para entonces medio palacio se había puesto en pie. Los criados se precipitaron en camisa de dormir hasta el pasillo mientras tres perros de la casa aullaban entre las piernas

de la gente y saltaban sobre los soldados que trataban de aupar a la comadrona para maniatarla. Flaminia sangraba por el mentón y los dientes partidos.

—Llevadla al sótano y que Dios la maldiga —gritó Juliano a los guardias mientras Flaminia escupía y trataba de arañarle—. ¡Quiero una confesión completa!

Su voz era ahogada y le costaba respirar. Miró a la mujer con la misma expresión demente que le había visto a Constancio durante uno de sus ataques de ira.

—Juliano —comencé, tratando de mantener la calma—. Juliano, primero debo examinar a la criatura. No podemos saber qué ha ocurrido hasta…

—¡Una confesión completa, maldita sea! —vociferó a los guardias mientras se llevaban a la prisionera. Luego se volvió hacia mí—. ¡Cesáreo! —ladró.

Pese al alboroto y el eco de los gritos de Flaminia, mientras la conducían por el pasillo, me sobresalté. Por un instante temí que Juliano me ordenara que fuera yo quien le extrajera la confesión, pues a veces se utilizaban los conocimientos de los médicos sobre los centros de dolor con ese fin. Pero mis temores se esfumaron cuando vi que Juliano, sin dejar de mirarme, guardaba silencio, todavía temblando de ira. Su semblante se suavizó ligeramente mientras trataba de recuperar el control de sus emociones. Se volvió despacio, todavía estremecido.

—Tengo una tarea para Pablo el Cadena —murmuró a nadie en particular antes de sortear el tumulto de criados histéricos y regresar junto a su afligida esposa.

Minutos después, Oribasio y yo procedimos a examinar el cuerpo de la criatura, para gran disgusto de mi colega, que no soportaba las autopsias y aún menos la de un recién nacido.

—Probablemente la comadrona tenía razón —comentó antes de que comenzáramos—. Helena rodó sobre el bebé mientras dormía. Es una chica corpulenta, Cesáreo. Ocurre a menudo.

Yo no estaba de acuerdo.

—La vi con mis propios ojos, Oribasio —repuse—. Helena duerme profundamente, sin moverse en toda la noche. Siendo como soy su médico, he presenciado su forma de dormir en numerosas

ocasiones. Cuando entré en la habitación, ella y la criatura estaban exactamente en la misma postura en que las había dejado la comadrona. Además, el bebé estaba blanco, no azul como ocurre en los casos de asfixia.

Oribasio se encogió de hombros.

—Adelante, pues —dijo—. Observaré tu trabajo, pero no me pidas que participe.

La autopsia resultó innecesaria. Cuando retiramos los pañales, en lugar de las dos vueltas habituales nos sorprendió encontrar cinco, de tal modo que las capas más externas ocultaban las más internas, que se hallaban empapadas de sangre.

—El cordón umbilical no está atado —observé—. La criatura se desangró hasta morir.

Oribasio contempló atónito el cuerpecito ensangrentado.

—¡Pero yo vi cómo la comadrona lo ataba! —exclamó—. Yosostuve el cordón entre mis dedos mientras ella le hacía un nudo. ¡Todavía latía!

Contemplamos al bebé en silencio.

—Después… —comencé pausadamente—, después te marchaste y Flaminia entregó el niño a Juliano. —Me esforcé por recordar hasta el último detalle de esa noche—. Al rato, la mujer lo cogió de nuevo y con la ayuda de su hija le cambió los pañales en un rincón del cuarto antes de llevárselo a Helena.

—¿Le cambiaron los pañales? ¿Tan pronto? —preguntó Oribasio, desconcertado.

—Para matarlo. Flaminia cortó el cordón por encima del nudo y envolvió al pequeño con varios pañales a fin de ocultar la hemorragia. Dios mío, en un recién nacido la pérdida de una taza pequeña de sangre ya resulta mortal.

El niño había fallecido mientras dormía en brazos de su madre, perdiendo sangre con tanta rapidez que no fue capaz de mantener su cuerpecito con vida más de un par de horas, ni llorar para alertar a Helena. Sin embargo, ese tiempo bastó para que la culpable escapara.

Siguiendo las órdenes de Juliano, encerraron a Flaminia en los sótanos del palacio, donde, en otros tiempos, los nobles que eran secuestrados en batalla aguardaban en condiciones relativamente

agradables a que sus familias pagaran el rescate. No obstante, hacía más de dos siglos que esas celdas no se usaban y ahora resultaban mucho menos acogedoras. Mientras Pablo aplicaba sus instrumentos y técnicas de interrogatorio, los gritos y aullidos de la comadrona, similares a los de un perro enloquecido, nos atacaron los nervios durante toda la noche. El sonido se colaba por los conductos de humos y cenizas de la cocina y por dondequiera que hubiera un respiradero o tubería que comunicara con los sótanos, y horas después, cuando capturaron al marido de Flaminia y otros inmigrantes mientras intentaban huir disfrazados de mendigos, el volumen se triplicó. Sus gritos incesantes casi nos volvían locos a todos, y a sus llantos se sumaban periódicamente los de Helena, que a veces abandonaba su estado de locura y dolor para recuperar temporalmente la lucidez. Pero lo peor fue el repentino silencio que se hizo en el sótano poco después del amanecer, casi en la cúspide de uno de los gritos de Flaminia. A partir de ese momento ya solo se oyeron los aullidos de los hombres, que también fueron cesando bruscamente, uno a uno.

Oribasio me miró y suspiró, consciente, como yo, de lo que eso significaba. Acabábamos de terminar nuestra investigación y nos dirigiríamos pausadamente al despacho de Juliano, la misma antesala donde lo había dejado la noche previa. Lo encontramos sentado con la ropa del día anterior, despeinado y sin asear. Todavía ardían algunas velas, la mayoría disueltas en una masa de sebo maloliente. El suelo estaba cubierto de papeles y libros que Juliano había arrojado de la mesa presa del dolor y la ira. De la habitación contigua llegaban sollozos ahogados, mezclados con la voz dulce de la enfermera gala que intentaba consolar a Helena. De pie, en medio del caos, se encontraba Pablo el Cadena, limpio, recién afeitado, con un leve olor a perfume y una ligera sonrisa condescendiente en los labios, examinando con calma nuestras ropas arrugadas y nuestros rostros ojerosos. Pentadio y Gaudencio, menos acicalados, le flanqueaban.

—Los médicos de la corte han llegado, majestad —dijo Pablo con tono zalamero, pero Juliano apenas desvió la vista de la pared. Luego, lanzándonos una mirada de disculpa, prosiguió—: Me disponía a informar de los resultados de mi investigación sobre el…

—Hemos confirmado nuestras sospechas, césar —le interrumpí rápidamente para evitar oír los detalles de su informe—. La comadrona asesinó al bebé. Si quieres que te explique todos los detalles, lo haré.

Siguió un largo silencio, quebrado únicamente por los incesantes sollozos que atravesaban la puerta de roble del cuarto contiguo.

—No —dijo al fin Juliano de manera casi inaudible, sin moverse —. Me basta con saber que esa perra asesina ha sido capturada. Ahora nos falta atrapar a los demás implicados en la conspiración.

Como si le hubieran dado la entrada, Pablo dio un paso al frente.

—El caso, césar, es que ya los tenemos.

Juliano volvió despacio la cabeza, pero sin llegar a mirarnos, pues, habiendo sufrido una pérdida tan dolorosa, no era capaz aún de mirar a otro hombre directamente a la cara. No dijo nada y Pablo prosiguió.

—El marido de la comadrona era germano y, aunque inmigrante asentado en estas tierras, buscaba vengarse de tu victoria sobre su pueblo. Contó con la ayuda de varios parientes también germanos que contagiaron a Flaminia su odio a Roma. Es obvio que recibieron dinero de agentes de Cnodomar. El oro que portaba la mujer se ha enviado al erario imperial, y ella, su marido y los colaboradores han sido… despachados. Todavía estamos buscando a la hija.

Pentadio y Gaudencio, mudos cual sanguijuelas, asentían enérgicamente con la cabeza.

Juliano no se movió. Yo jamás había visto a un hombre tan desdichado y presa de la angustia. En una noche había envejecido veinte años. Al fin se levantó despacio, se volvió hacia nosotros y enderezó trabajosamente la espalda.

—Cnodomar morirá por esto, lenta y dolorosamente. Lo convertiré no solo en mi objetivo personal, sino en la misión de todo el Imperio de Occidente. Doy mi palabra de que Cnodomar morirá.

A Matilda, la hija, la capturaron semanas después, por pura casualidad, cuando un empleado de palacio la vio mendigar en la ciudad y la reconoció. Había regresado después de su huida, pues no disponía de un lugar seguro donde ocultarse. Como para

entonces Pablo había sido reclamado en Milán y Juliano no quería saber nada del asunto, Salustio ordenó que la ejecutaran discretamente. Mas cuando le dije que la pobre muchacha era muy joven y probablemente inocente de los crímenes cometidos por sus padres, se encogió de hombros y ordenó entonces que la encarcelaran fuera de los muros de la ciudad, lejos de nuestra vista. Así se hizo y enseguida cayó en el olvido.



II

Durante el invierno, la estación en que los oficiales, por lo general, obtienen permisos para atender sus asuntos privados en casa o en Roma y los soldados rasos se dedican a descansar y reponer fuerzas para la rigurosa campaña de primavera, Juliano se entrenó brutalmente. Pasaba las mañanas en el campamento de la guarnición de Sens, sin más abrigo que un taparrabos, ejercitándose con sus hombres. No le avergonzaba que su fuerza y su destreza en la milicia apenas fueran comparables a las de los soldados de menor rango, y se granjeó la admiración de sus tropas por su inquebrantable determinación. Por las mañanas, la fina capa de soldado raso, que vestía incluso cuando soplaba el viento glacial de los bosques del norte, y su cabello despeinado eran una imagen familiar y bienvenida en el campamento. Tras un duro entrenamiento en el manejo de la espada y la lanza y una sesión de preparación física con un entrenador de boxeo, era corriente verlo dirigirse cojeando hasta una hoguera y echarse una manta sobre los hombros para dedicar unos minutos a saborear un cuenco de sopa y galletas, como cualquier recluta, y escuchar las quejas y los chistes de sus hombres.

Por las tardes pasaba muchas horas encerrado con Salustio en su desabrigado y frío despacho. Uno a uno, convocó a los comandantes de todas las guarniciones de la Galia y la región transalpina para reunirse personalmente con ellos durante varios días. En esas reuniones privadas, Juliano y Salustio los sometían a interrogatorios despiadados. ¿Cuál es la actitud de los soldados bárbaros en tu zona? ¿Cuántos son? ¿Armas? ¿Disciplina y hábitos de entrenamiento? ¿En qué forma física se hallan tus soldados? ¿La capacidad de tu guarnición de aguantar un asedio enemigo

prolongado? ¿La capacidad para sitiar al enemigo? ¿Cuál es el grado de cooperación entre tu guarnición y las guarniciones vecinas? ¿La frecuencia de las comunicaciones? ¿Motivos de rivalidad? ¿Casos de incompetencia? Cada entrevista terminaba con la pregunta más importante: ¿qué hay de Cnodomar?, ¿qué hay de la Bestia? Pero el rey bárbaro, con su arma y su físico inconfundibles, parecía haberse desvanecido.

Juliano enseguida captaba los síntomas de debilidad o indecisión, los cuales calificaba de indignos del magnífico ejército romano que estaba construyendo. Estudiaba constantemente la fuerza relativa de las tropas y ese invierno fue incorporando miles de hombres, desde España hasta Britania y la Galia, a medida que él y sus consejeros identificaban lagunas defensivas que había que llenar, oficiales que había que jubilar, despachar o ascender, y guarniciones desaprovechadas que había que integrar en los planes de rotación. Ese invierno, las calzadas heladas presenciaron el paso constante de divisiones, oficiales vociferantes y hombres de infantería que marchaban vestidos con su túnica y su capa militares para todas las estaciones, tiritando de frío y expulsando vaho por la boca. Tras juzgar la indumentaria de poco práctica para una fuerza de combate romana, Juliano ordenó la confección de pantalones de lana gruesa, jubones de cuero y botas de piel de buey a fin de que sus hombres estuvieran tan preparados para el invierno como los bárbaros.

Un manto de humo bajo flotaba sobre los campos mientras las guarniciones y los campamentos de los territorios del Rin se llenaban de soldados llegados de las ciudades reconquistadas. El foro trepidaba con los vítores de los hombres en respuesta a las arengas patrióticas de Juliano, y los talleres vibraban con el sonido de los yunques de los armeros que herraban a los caballos de batalla, largo tiempo descuidados, y abastecían a los oficiales de intendencia con jabalinas, espadas, escudos y cascos. Las herrerías fabricaban extensiones interminables de robustas cadenas que colocábamos en los caminos y riachuelos para impedir el paso de toda persona que no contara con la autorización del comandante de cada guarnición local.

Aunque Juliano pasaba los días inmerso en una actividad

constante, por las noches apenas se concedía un respiro, pues después del anochecer, cuando la ciudad y el campamento descansaban, agotados a causa de sus exigencias, él se paseaba de un lado a otro, vigilante preparándose para el gélido frío de su sesión de entrenamiento sin camisa con sus hombres, para la que faltaban apenas unas horas. Ya nunca utilizaba su cama, y tampoco un catre, pues prefería echar cabezadas de una hora como máximo inclinado sobre la mesa de su despacho, con la cabeza en los brazos, o sentado en un taburete con la espalda apoyada contra la dura piedra de la pared. Temiendo por su salud, yo intentaba obligarle a reposar.

—¿Reposar? —preguntaba asombrado—. Ni hablar. Las manos ociosas son instrumentos del diablo. Ya conoces ese dicho, Cesáreo.

—¿Y qué quieres decir con eso? La fatiga y la enfermedad también hacen las delicias del diablo. Te exiges demasiado.

Juliano se encogió de hombros.

—Si construir un ejército significa perder algo de sueño, perderé algo de sueño. No podría perdonarme que se violaran las fronteras de Roma porque el césar estaba durmiendo. Cuando todo esté a punto, entonces bajaré el ritmo.

Dedicaba las noches a sus amados filósofos, en especial Platón y Marco Aurelio, y se pasaba horas departiendo conmigo sobre las sutilezas de pensadores como Plotino y Jámblico. Le encantaba mi capacidad para captar los razonamientos de los neoplatónicos, pero se burlaba de mí cuando opinaba que tales filósofos eran indignos de un césar ilustrado en la nueva era cristiana. Dios estaba muy abajo en su lista de prioridades, pues asistía a las comuniones únicamente si existían razones de Estado y casi nunca leía las Escrituras. Era como si, en lugar de buscar consuelo en Cristo en los momentos de tormento, lo evitara por sentirse traicionado. Yo solía acompañarle durante sus largas horas en la oscura biblioteca, preocupado por el hecho de que el códice del Evangelio con incrustaciones preciosas que Eusebia le había regalado ese invierno hubiera quedado relegado a un estante remoto. En varias ocasiones lo dejé abierto en algún pasaje que consideraba adecuado para el estado de ánimo de Juliano de ese día, pero él fingía no captar o rechazaba la indirecta y devolvía impacientemente el pesado tomo

a su lugar.

En febrero, después de casi seis meses de actividad frenética con los ejércitos romanos de la Galia y Occidente, Juliano y Salustio por fin se mostraron satisfechos con la organización y preparación de sus hombres para la campaña de primavera. Los bárbaros habían empezado a poner a prueba la determinación y la fuerza de los romanos con incursiones depredadoras en la Galia oriental, pero en cada ocasión las guarniciones habían conseguido repelerlos, lo que reafirmaba a Juliano en su convicción de que había previsto eficazmente los puntos fuertes y débiles tanto de sus tropas como de las enemigas.

Entonces llegó el desastre.

Estúpida, ciegamente, Juliano había estado tan concentrado en construir baluartes eficaces contra los alamanes congregados al otro lado del Rin que había descuidado su propia base de operaciones. El comandante de Sens, a diferencia de los demás comandantes de la provincia, no había pasado por las agotadoras semanas de interrogatorios y debates. Algunos tramos de las murallas de la ciudad se estaban desmoronando y el resto empezaba a ceder. Pero lo peor era que, a fuerza de cesiones, la guarnición local había quedado seriamente reducida, de modo que Juliano se veía incluso privado de los servicios de los *scutarii* y los *gentiles* en su guardia personal, soldados de infantería y lanceros montados que generalmente se asignaban a los romanos de alto rango cuando visitaban la Galia. En la ciudad únicamente quedaban sus acólitos y una guarnición muy restringida.

Y la Bestia se percató.

Llegó en una de esas noches interminables que acabo de describirte, Hermano, justo antes de que Aurora alargara sus dedos rosados para iluminar la cara de los cielos, la parte más fría de la noche, cuando hasta los centinelas comienzan a ceder a la modorra. Una flecha atravesó con sigilo el gélido aire en medio de una nube de proyectiles igualmente feroces y aterrizó en la cara de un vigía, un excelente luchador de Frigia, de enormes proporciones, apodado Hélix el Reptil. La flecha le atravesó el pómulo y lo derribó del muro, pero el hombre, sorprendentemente, sobrevivió a la caída de veinte pies sin perder el conocimiento y, haciendo honor a su

apodo, reptó hasta el siguiente puesto de vigilancia, arrastrando una pierna rota y con la flecha hundida en el rostro, para dar la alarma.

Los acólitos se levantaron al instante, y también los doscientos hombres de la guarnición, y Juliano, que ya estaba, como de costumbre, despierto a esa hora, ordenó al magistrado de la ciudad que convocara a la milicia local. Sin más demora, el anciano reunió a los mil mercaderes, comerciantes y agricultores alojados intramuros para el mercado semanal del día siguiente, a fin de que ayudaran a defender la ciudad. Fue con gran dificultad, y la pérdida de unos cuarenta acólitos y soldados de la guarnición, que conseguimos repeler el feroz ataque bárbaro de esa noche. Confieso que nuestra victoria se debió no tanto a nuestra destreza como al sorprendente golpe de mala fortuna que sufrieron los bárbaros: mientras realizaban un astuto amago en la puerta principal, enviaron a un grupo de soldados de asalto a la parte trasera del fuerte, donde los muros estaban tan desmoronados que los golfillos de la ciudad trepaban por los escombros para robar la fruta de los huertos del otro lado. Un niño se encontraba haciendo eso mismo justo en el momento en que el pelotón de bárbaros se congregaba para atacar por detrás. El valiente muchacho retrocedió y dio la voz de la alarma justo a tiempo para que Juliano pudiera desviar sus tropas a ese sector y, así, salvar la ciudad.

La luz del día hizo patente nuestro precario estado. Sens se hallaba en una situación idónea para que los bárbaros realizaran un ataque relámpago y capturaran al césar y a todo su personal de un solo barrido. La misericordia de Dios lo había impedido por el momento pero, cuando esa mañana me asomé al muro, divisé a diez mil alamanes congregados justo donde terminaba el alcance de nuestras flechas. Los oficiales recorrían a caballo las hileras de hombres. En el centro había un enorme germano descamisado blandiendo un arpón, exactamente como me lo había descrito aquel hombre en el palacio de Milán. Se me heló la sangre. Solo pude pensar en el destino de Lucio Vitelio y sus hombres en Colonia, y fui en pos de Juliano para informarle de que sus oraciones habían sido escuchadas: estaba a punto de enfrentarse a la Bestia.

Juliano, con todo, no dejó que mis pesimistas advertencias le

demoraran; el hombre se había convertido en un tornado. Pese a no haber dormido en toda la noche, él y un Salustio ceñudo parecían estar en todas partes. Las puertas de la ciudad fue en lo primero que se había fijado mientras se producía el ataque y se levantaron barricadas justo a tiempo. Los tramos de muralla que amenazaban con ceder se repararon al instante, si bien a costa de perder un número considerable de hombres por heridas de flecha, ya que estaban obligados a ocupar posiciones bajas y poco protegidas para colocar las piedras nuevas. Durante dos días con sus noches Juliano recorrió las murallas sin descanso, instando a trabajar a todos los hombres y mujeres de la ciudad mayores de doce años. A los más jóvenes y menos habilidosos asignaba tareas sencillas, como cargar mortero o recoger de las calles flechas bárbaras. Los ancianos tenían que preparar alimentos en sus cocinas para los soldados y obreros a fin de que estos no tuvieran que perder el tiempo cocinando. En dos días se habían realizado obras defensivas que, en circunstancias normales, habrían requerido dos semanas, y Juliano, ante mi insistencia, se permitió una siesta, que tuvo una duración impensable en él, cinco horas, a cuyo término se levantó recuperado y reanudó su inquieto ir y venir.

Paseaba día y noche por las murallas y almenas, rechinando los dientes de rabia por haber cometido la estupidez de quedarse con tan pocos soldados, hecho que le impedía romper el sitio. A los pies de la muralla Cnodomar echaba humo, igualmente furioso por el fracaso del golpe sorpresa planeado contra el césar y por el hecho de tener que limitarse a sitiar una gran ciudad amurallada con unos hombres escasos tanto en número como en paciencia para salir airosos. Cada noche, durante horas, le oíamos injuriar a Juliano con su vozarrón y su latín macarrónico, utilizando palabras punzantes:

—¡Baja, griego enano, y lucha como un hombre! ¡Vamos, enséñame de qué están hechos los griegos, perro de polla diminuta! ¡Tengo una estaca para darte placer, gran césar, tan grande como la mía, la misma estaca de la que disfrutó Lucio…!

Su parloteo obsceno me enfurecía, pero Juliano se limitaba a mirar desde lo alto de la muralla. En sus ojos brillaban el odio y el deseo de matar, y en su semblante se reflejaba la frustración de tener al asesino de su hijo tan cerca como para verle la cara y oír su

voz y, sin embargo, no poder salir de sus hostigadas defensas. Se obligaba a estudiar las maniobras de los agresores y a veces comentaba con Salustio la disciplina y la disposición de las fuerzas alamanas. Tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para impedir que los insultos de la Bestia le sacaran de sus casillas.

Más tarde me contó que había llegado a la conclusión de que el bárbaro, con sus bravatas, no pretendía tanto enfurecernos como mantener la cohesión de sus inquietos soldados. Cnodomar era el jefe de una extensa colección de clanes y familias, pero los lazos fraternales entre los bárbaros tenían un límite, y en eso, hermano, hay que reconocer que no son muy diferentes de nosotros, hombres civilizados, pues teniendo en cuenta que los hijos del emperador Constantino se mataron entre sí, el amor verdadero entre hermanos es un fenómeno que escasea. Si eso se debe a los pecados de Adán o, lo que es más probable, a los efectos de la primogenitura y las leyes hereditarias, lo ignoro. El poderío de la Bestia nos parecía formidable, pero su posición dentro de sus clanes quizá fuera precaria.

Por fortuna, Sens estaba bien abastecida gracias a la entrada de productos frescos para el mercado que hubiera debido celebrarse el día del ataque, y el agua abundaba gracias a las numerosas fuentes y manantiales que poseía la ciudad dentro de sus muros. También contaba con armas defensivas, pues Sens era un centro regional de distribución de material militar. Además de la dotación de flechas, arcos, jabalinas y lanzas de que disponía cada soldado, las murallas estaban equipadas con poderosos artefactos cuyo funcionamiento solía precisar la cooperación de varios hombres: el «lobo», una suerte de grúa instalada sobre los portalones y provista de correas para detener la cabeza de un ariete y de una manivela para desviarla; el «escorpión», artilugio portátil diseñado para lanzar piedras mediante el retorcimiento y la liberación brusca de una cuerda hecha de cáñamo o pelo humano, y el «asno salvaje», arma más grande que el escorpión y menos manejable.

La catapulta era especialmente tremenda en cuanto al daño que infligía a humanos y animales. Se trata de un gigantesco arco mecánico dotado de unas ranuras que llevan encajadas unas saetas con plumas de madera que se disparan con una potencia asesina. Se

maneja con la ayuda de tres hombres, uno de los cuales es el «observador», que divisa el objetivo y coloca la saeta en la ranura mientras los otros dos giran la manivela. El observador libera entonces el pestillo y dispara la saeta con un efecto sorprendente; su velocidad es tal que no es necesario tener en cuenta la inclinación de la flecha a lo largo del recorrido. En una ocasión vi cómo un oficial de la caballería bárbara era elegido como blanco. El observador apuntó con cuidado, disparó y la saeta cruzó invisible el campo, aterrizó en el muslo del oficial, horadó su gruesa armadura y se hundió en las costillas del caballo. El impacto fue tal que levantó al animal por la grupa antes de que cayera al suelo, con una pierna del hombre clavada al costado por la saeta y la otra aplastada bajo su cuerpo. Al ver eso, di gracias a Dios por no ser el médico del campamento bárbaro.

La guarnición podía aguantar varias semanas bien abastecida, el doble de tiempo si se racionaban los víveres, quizá indefinidamente si los civiles eran expulsados de la ciudad y abandonados a su suerte. Solo había que esperar a que Marcelo llegara de Reims con refuerzos. No obstante, dado que los días pasaban sin indicios de que el comandante viniera a rescatarnos, y con los bárbaros cada vez más audaces, la confianza de Juliano en la capacidad de Marcelo para levantar el sitio empezó a flaquear. El día del primer ataque había enviado varias palomas con idénticos mensajes para ordenar a Marcelo que mandara refuerzos. No hubo respuesta. A renglón seguido, envió a varios mensajeros, una medida arriesgada dadas las probabilidades de que los atraparan y torturaran nada más salir de la ciudad. Con todo, al menos dos de ellos consiguieron sobrepasar las líneas enemigas, pues así nos lo comunicaron los dos fuegos que encendieron esa noche en lo alto de una loma, justo en el límite norte de nuestro campo de visión. Pero daba la sensación de que los mensajes se los llevaran los vientos del cielo sin ser escuchados ni leídos. Marcelo no llegaba y Juliano hervía de ira por la demora, sospechando lo peor del comandante.

Pronto comprendimos, gracias a nuestra posición ventajosa en lo alto de las murallas y las imprudentes voces bárbaras que viajaban por el sereno aire de la noche, que Cnodomar no iba a ser capaz de mantener inactivos a sus hombres por mucho más tiempo. Cuando

nos percatamos de que estaban preparando un ataque masivo, Juliano ordenó a los herreros, tanto militares como civiles, que trabajaran día y noche en la fabricación de unos artilugios primitivos y ya olvidados que recordaba de sus lecturas de Plutarco: los abrojos, unas esferas de hierro provistas de cuatro pinchos de un pie de largo equidistantes entre sí. Los abrojos pueden colocarse sobre el terreno o arrojarse desde lo alto de una muralla pero, independientemente de cómo aterricen, siempre descansarán sobre un trípode de pinchos con el cuarto apuntando hacia arriba. Los soldados los llamaban los erizos del diablo. Los herreros fabricaron cientos de ellos y al llegar la noche los soldados los esparcieron por el terreno situado al otro lado de los muros, alrededor de los portalones y sobre el puente de piedra que conducía a la entrada, por donde Juliano había juzgado que llegaría el ataque enemigo.

La medida no fue prematura, pues esa misma noche el enemigo emprendió un asalto en masa. Comenzó con el amago de un pequeño destacamento que Cnodomar había dirigido astutamente hacia un punto débil de las murallas situado en el lado contrario a las puertas principales, desviando de ese modo a un gran número de nuestros soldados hacia esa zona. Mas justo cuando habíamos conseguido repelerlos, de la entrada nos llegaron los gritos de los centinelas y regresamos temiéndonos lo peor.

Y lo peor había ocurrido. Mientras los acólitos y la guarnición defendían la parte posterior de la ciudad, media docena de traidores de intramuros había alcanzado una de las torres de los portalones. Derribaron a los soldados que controlaban las barras de roble y tiraron de la manivela. Una de las barras se elevó permitiendo la abertura de una de las puertas. Con gran estruendo de cascos, un pelotón de caballería alamán se abalanzó hacia la puerta seguido de una multitud de soldados de infantería con el cuerpo desnudo y pintado con vetas de color fuego, como su jefe. Echamos a correr por lo alto de las murallas, todavía a varias torres de distancia de los baluartes de las puertas, mientras observábamos con desesperación el avance bárbaro. El tamaño aterrador de los germanos y su palidez cadavérica —no he visto imagen más infernal en mi vida— nos llenaron de pavor. Como bien sabían los antiguos, en todas las batallas lo primero que se conquista son los ojos, y si el

resultado de este encuentro hubiera dependido de lo que veíamos, ahora mismo estaríamos trabajando en alguna mina de hierro del gélido norte con cadenas prendidas al prepucio.

Cuando los jinetes germanos irrumpieron en el estrecho puente de piedra, incapaces de ver con claridad por el resplandor de sus antorchas pero confiando en que el camino estuviera despejado, los pinchos de los abrojos esparcidos por los adoquines se clavaron en los cascos de sus caballos. Aullando de dolor, los animales tropezaban y caían, empalándose y empalando a sus jinetes, arrancando gritos de rabia a los soldados que venían detrás y chocaban contra ellos. Todavía no habíamos disparado un solo proyectil, de modo que los bárbaros que seguían a los agonizantes caballos debieron de pensar que la colisión se debía a la incompetencia de los jinetes para hacer que semejante cantidad de animales cruzara simultáneamente el angosto puente. Increpando a los jinetes y caballos que les bloqueaban el paso hasta la entrada situada a poca distancia, los soldados pasaron por encima de ellos para aterrizar en el otro lado y se clavaron en pies e ingles las esferas de pinchos que les esperaban como pacientes arañas voraces.

Es característica del abrojo, por desgracia, que únicamente puede penetrar a un hombre, tras lo cual queda inutilizado. Así pues, los bárbaros, que eran muy numerosos, subieron por un lado embistiendo ciegamente los montones de heridos y muertos, que no paraban de aumentar, bajaron por el otro y fueron acercándose lenta pero eficazmente a la entrada. No obstante, los abrojos nos habían concedido el tiempo que necesitábamos. Los traidores que controlaban la manivela de la entrada, al ver que los soldados de Juliano corrían hacia ellos, perdieron su aplomo y huyeron por la puerta para reunirse con sus compañeros. Allí, también ellos fueron atravesados, dolorosa y fatalmente, en pies y nalgas por los abrojos. Los soldados romanos cerraron rápidamente la puerta y, tras ocupar posiciones en lo alto del muro, empezaron a disparar proyectiles y piedras sobre los bárbaros, rematando a quienes habían tenido la desgracia de ser empalados y seguir con vida. El enemigo se batió en retirada y la noche se llenó de sus aullidos de dolor y sus recriminaciones mutuas, así como los gritos de frustración de la

Bestia, los más potentes de todos. Cnodomar lanzaba al césar sus exigencias, adornadas de obscenidades, de que saliera en persona para entregar la ciudad. Por la mañana, no obstante, los bárbaros se habían dispersado por las colinas y dejado un millar de hogueras agonizantes como única muestra de su presencia.
¿Y qué fue del pobre Hélix?, quizá te estés preguntando, Hermano. El caso es que no está en el cielo, y no porque se aloje en el infierno. Tras el caos del primer asalto consiguió llegar hasta mí con la ayuda de un camarada, pues la guarnición andaba tan escasa de personal que ni siquiera contaba con un médico de campaña. Horrorizado al ver su espantoso aspecto, la flecha todavía clavada en la cara, de donde asomaba a una distancia de dos pies, me resigné a su muerte inminente y opté, sencillamente, por hacer que sus últimas horas fueran lo menos dolorosas posibles. Su principal fuente de sufrimiento era, curiosamente, la pierna fracturada y, siendo también la herida más fácil de curar, ordené al camarada y a un esclavo que sujetaran a Hélix mientras se la entablillaba. El hombre lo soportó sin una sola mueca de dolor, distraído, sin duda, por la extraña imagen de la flecha que le seguía allí adonde miraba. A renglón seguido, a modo de ejercicio académico, examiné la flecha con más detenimiento.

Lanzada, aparentemente, desde una distancia considerable, había aterrizado en su cara en ángulo descendente y apuntaba hacia la nuca. Me coloqué detrás de él, que estaba sentado en un taburete, y al hacer presión en el cuello palpé un bulto duro, ante lo cual Hélix hizo un gesto de dolor. Pedí prestada a un herrero una cizalla y corté el asta de la flecha a la altura de la nariz. Después de practicarle una incisión en la nuca, localicé la punta de la flecha, la sujeté con unos alicates quirúrgicos y tiré de ellos hasta extraer la saeta entera. Hélix se desmayó del dolor y su compañero tuvo que sostenerlo. Al principio pensé que había fallecido, pues apenas brotaba sangre de los orificios, pero un par de horas más tarde, por sorprendente que parezca, recobró el conocimiento, se sentó sobre el catre y pidió agua con voz débil. Cuando le tendí la taza temí que el agua fuera a salirle por la nuca, mas no lo hizo, y después de limpiarle y coserle las heridas se levantó y salió de la habitación por su propio pie, cojeando y ayudándose de una muleta. Aunque con la

pierna frágil durante muchos meses, finalmente se recuperó por completo y sobrevivió para seguir llorando batallas por Juliano. Que yo sepa, Hélix sigue reptando.
La primera medida que tomó Juliano fue ordenar el arresto de Marcelo. Cuando Salustio se enteró, se puso furioso pese a la innegable traición del general. Irrumpió en la biblioteca de Juliano, donde nos hallábamos evaluando el informe del procurador sobre los daños sufridos por la ciudad, y cerró bruscamente la puerta.

—¡Por todos los dioses, Juliano! —protestó agitando frente a nuestras caras una copia de la orden de arresto de Marcelo—. ¡Fue nombrado por el emperador! Puede que sobre el papel le superes en rango, pero estás desafiando al emperador en persona al arrestar a su general. ¡No es tu cometido!

Con el rostro enrojecido y echando fuego por los ojos, Juliano se levantó lentamente y arrebató el documento a su mentor.

—¡Al diablo con el emperador! —exclamó pausadamente con una rabia ahogada pero innegable.

Se hizo el silencio. Al rato, Salustio suspiró.

—Te aconsejo que frenes tu lengua —dijo con calma, mirando duramente a Juliano—. El rango de césar nunca ha impedido a Constancio eliminar al rival que le desafíe.

Juliano le sostuvo la mirada al tiempo que abría y cerraba los puños con una emoción contenida.

—Hace un año que me conoces, Salustio —repuso, controlando a duras penas la voz—. Ytú, Cesáreo, desde hace más tiempo. Con vuestra ayuda he fortalecido los ejércitos de la Galia. He luchado desde el Atlántico hasta el Rin. He resistido hasta el último asalto germano y hemos reconquistado territorios que los bárbaros habían dominado durante años. He reformado el sistema tributario, las arcas del Estado están a rebosar y la administración pública nunca ha sido tan eficiente.

—Eso ya lo sabemos —le interrumpí—. ¿Por qué nos lo dices?

Sus ojos permanecieron clavados en Salustio.

—Dime —prosiguió—. ¿Cuál era mi cometido?

Salustio le miró en silencio.

—¿Cuál era mi cometido? —bramó Juliano.

Continuamos callados, pero Salustio bajó la mirada.

—¡Por Dios, mi cometido era no hacer *nada*! Dejar que la Galia siguiera pudriéndose, verla caer lentamente en manos de los bárbaros mientras los incompetentes generales del emperador se escondían detrás de sus muros. ¡Mi cometido era el de figura decorativa!

Juliano rodeó el extremo de la mesa hasta llegar a Salustio y le puso pesadamente una mano sobre el hombro. Apenas unas pulgadas separaban sus rostros.

—¡*Tú* me adiestraste, Salustio! —gritó con voz ronca, los ojos llenos de emoción—. ¡*Tú* me hiciste marchar por los Alpes hasta Vienne! ¡*Tú* has visto cada paso que he dado desde que llegué a esta maldita provincia! ¿A quién crees que debo lealtad? ¿A un emperador que me haría matar antes que verme tomar alguna iniciativa que fuera más allá de los banquetes y el protocolo? ¡Mi gobernador es Roma! ¡Roma! Cuanto he conseguido, cuanto *hemos* conseguido, Salustio, ha sido por la gloria de Roma. Los césares son decapitados y los emperadores mueren, pero Roma vivirá eternamente. ¡Y *no* será perjudicada por un mezquino general de Reims que se niega a ofrecer ayuda a una guarnición sitiada!

Salustio contempló pensativamente el suelo, asintió con expresión serena y se marchó sin decir una palabra. Una vez en el pasillo, le oí ladrar a un centurión de la policía militar que enviara inmediatamente un pelotón a Reims para arrestar al general Marcelo. Juliano se derrumbó exhausto en su asiento con las manos sobre la cara. Tras observarle en silencio durante un rato, me levanté para irme. Justo cuando me acercaba a la puerta, me detuvo.

—Cesáreo —murmuró, y me volví hacia él—. Estamos haciendo lo que debemos, ¿verdad?

Reflexioné antes de contestar.

—¿Acaso tienes dudas? —pregunté—. Ten fe en Dios y en ti mismo. —Tomé el pesado códice del Evangelio y lo dejé sobre la mesa, frente a él—. Confía en esto —proseguí—. Yconfía en mí.

Bajó las manos. Su cara parecía envejecida por el cansancio y la tensión. Sin mirar siquiera el libro, alzó la vista y me sonrió con afecto sincero.

—A veces —dijo—, las batallas más duras se lidian en el

campamento.

Cuando, días después, la policía militar llegó a Reims para cumplir con su deber, descubrieron que el comandante del ejército romano de la Galia se les había adelantado y había huido a Roma. Salustio, calmada ya su ira, entró en la estancia de Juliano para comunicarle la desafortunada noticia.

—Marcelo ha huido a Roma, Juliano —anunció impasible—. Eso significa que el emperador escuchará su versión de los hechos, no la tuya. La primera regla de la política de la corte es controlar la información, y a ese respecto hemos fracasado.

—No hemos fracasado, Salustio —repuso Juliano levantando la vista del pergamino que estaba leyendo—. Tenemos el poder de la justicia y lo bueno de Roma de nuestro lado, y ahora que Marcelo se ha ido tenemos todo el ejército de la Galia a nuestra disposición. Con tales riquezas, ¿deben preocuparnos Marcelo y el emperador?

Salustio meneó la cabeza en un gesto de frustración y no volvió a sacar el tema. Los bárbaros seguían agrupándose en el este, Cnodomar seguía en libertad y nuestra labor no había hecho más que empezar.



III

En cuanto a Helena, era como si los treinta días de asedio en Sens no hubieran tenido lugar, pues no salía de su habitación ni agradecía las visitas diarias de Juliano. Desde la muerte del niño ocupaba sus propios aposentos. Encerrada en su muda desdicha, con una esclava gala ya anciana como única compañía, prácticamente se había convertido en una desconocida para su marido. Al principio Juliano intentó consolarla insistiendo en que tuvieran otro hijo, en que había sido culpa de la malvada comadrona, en que hasta las familias de la élite romana se veían a veces obligadas a tener ocho o diez hijos para asegurar que al menos uno llegara a adulto. El propio emperador y la emperatriz, señaló, no podían concebir. Pero Helena era inconsolable. La pérdida de la amada criatura que había llevado en su vientre durante nueve meses la había vuelto medio loca. Recordaba sin cesar la mirada acusadora que le había clavado Juliano cuando Flaminia la culpó de haber asfixiado al fruto de su propia sangre.

Oribasio estaba a cargo del cuidado de Helena, pero se sentía impotente ante su indiferencia por la vida. Revoloteaba alrededor de la princesa, presa de la frustración, ofreciéndole diversas pócimas y extractos de hierbas y quemando incienso al dios sanador Asclepio. Al final, cuando Helena empezó a rechazar la comida, desesperado me pidió consejo.

—Cesáreo, ¿crees que tus métodos podrían tener algún efecto allí donde los míos han fracasado? Estoy perdiendo a mi paciente.

Me encogí de hombros.

—Lo que aflige a la princesa es una enfermedad del alma. Ante eso puedo hacer tan poco como tú. ¿Has traído a un sacerdote para que hable con ella?

Oribasio se encogió a su vez de hombros.

—Fue lo primero que hice. La confesó (extraña costumbre la que tenéis los cristianos) y eso pareció reconfortarla durante un par de días, pero después recayó. Desde entonces ha tratado al sacerdote con la misma indiferencia que a los demás.

Medité sobre el asunto. En Milán, el remedio recetado para casos graves de melancolía es un viaje a un clima más saludable, lejos de la calurosa y polvorienta ciudad. Irónicamente, el destino preferido suele ser la Galia por sus manantiales minerales y el aire fresco de sus montañas. Y aquí estaba Helena, en el mencionado entorno, a pesar de lo cual padecía la misma clase de aflicción que había visto en las mujeres acomodadas de la corte de Milán. Quizá el problema nada tenía que ver con el lugar, sino con las personas.

—Hace más de un año que la princesa no ha visto a su hermano y sus amigos —señalé—. Está en una tierra extraña, rodeada de guerras, con un marido ausente en campaña la mitad del año y obsesionado con entrenar también cuando está en casa. Acaban de asesinar a su primer hijo. Hasta los oficiales de bajo rango tienen derecho a una excedencia una vez al año. Quizá a la princesa le sentaría bien pasar un tiempo con su familia.

Oribasio aplaudió la idea, aunque solo fuera, me dije, porque lo exculpaba en el caso de que su negra paciente falleciera estando bajo sus cuidados. Planteé el asunto a Juliano la misma noche que le informaron de la huida de Marcelo.

Reflexionó con detenimiento.

—Qué coincidencia que saques el tema, Cesáreo —dijo—, porque Euterio está preparando un viaje.

Le miré sin comprender, pues Juliano dependía sobremanera del viejo eunuco para que mantuviera sus asuntos domésticos en orden y lo supervisara todo, desde la calidad de la comida hasta la legibilidad de los números de los contables. Juliano no le dejaría marchar así como así.

—Marcelo se dirige a Roma, donde Constancio y la emperatriz están pasando el invierno. No hay duda de que lanzará acusaciones contra mí, dirá que he usurpado indebidamente sus poderes como comandante del ejército. Su versión de los acontecimientos no debe ser la única que llegue a los oídos del emperador. No hay nadie en

mi círculo más elocuente que Euterio, nadie en quien el emperador confíe más, de modo que le he pedido que vaya a Roma y explique la conducta de Marcelo. No solo será conveniente que se lleve a Helena, sino que las declaraciones de la princesa reforzarán sus argumentos ante el emperador. También ella presenció el asedio.

Aunque dudaba que la muda y afligida Helena fuera de alguna ayuda, apoyé ardorosamente la idea de permitir que acompañara a Euterio en su misión. En dos días ya habían preparado una caravana en condiciones, hecho el equipaje de la princesa y aupado su cuerpo, notablemente reducido, a una litera, tras lo cual Juliano le dio su bendición. Helena no parecía saber, o no parecía interesarle, adónde la llevaban. La caravana escoltaba por cien soldados de caballería y seiscientos de infantería, suficientes para disuadir a los bárbaros de atacar.

La ausencia de Helena significaba que Juliano ya no estaba atado a cuestiones domésticas, de modo que se entregó a sus obligaciones militares con un entusiasmo que sorprendió incluso a sus oficiales. En menos de una semana desde la partida de su esposa había reunido a quince mil soldados procedentes de los cuarteles de invierno de las guarniciones, incluidas las tropas de Reims abandonadas por Marcelo, y puesto rumbo a los montes Vosgos. Allí, las recientes incursiones de los alamanes en granjas y pueblos presagiaban un avance de Cnodomar de mayor envergadura y mejor planificado en un futuro próximo. Por otro lado, el emperador comunicó por carta a Juliano que estaba preparando una nueva estrategia que aplastaría a los bárbaros de una vez por todas. Enviaría a la Galia, desde el sudeste, un nuevo ejército de veinticinco mil hombres para que se reuniera con nuestras fuerzas en el Rin. Acorralarían a las tribus bárbaras como una enorme red y las destruirían o empujarían hacia el norte, el remoto interior, donde los hunos se encargarían de ellas, y dejarían para siempre de ser una amenaza para la Galia.

Así fue como el general Barbacio apareció de nuevo en nuestras vidas, él, que había sido comandante de la guardia real bajo el mandato del hermano de Juliano y el oficial responsable del arresto y asesinato de Galo. Obedeciendo órdenes del emperador, Barbacio atravesó con sus legiones los Alpes hasta Augst pero, en lugar de

cruzar el Rin, como estaba previsto, y avanzar hacia el norte para reunirse con nuestros soldados en los alrededores de Estrasburgo, se instaló en la otra orilla del río para esperar. Lo hizo, según él, debido a una resistencia inesperada por parte de los bárbaros que le impedía cruzar el río, o quizá, como Salustio sostenía, debido a una negligencia perversa.

En cualquier caso, la información que poseía Juliano sobre las intenciones de los bárbaros en los Vosgos era errónea, pues los ataques aislados en la zona no eran otra cosa que maniobras de distracción planeadas por la Bestia. En cuanto Cnodomar vio que el césar se dirigía a Estrasburgo y Barbacio se había establecido en Augst, emergió de la Selva Negra con un aluvión de bárbaros que condujo directamente entre los dos ejércitos romanos, con lo que rompió la vía de conexión entre ambos. Con la fuerza de un corrimiento de tierras, los bárbaros avanzaron por las llanuras centrales de la Galia hasta las murallas de Lyon y cortaron así toda comunicación con la costa. No obstante, la ciudad atrancó justo a tiempo sus puertas y Cnodomar, viendo una vez más frustrados sus planes de sorprender a una ciudad grande, ordenó a sus hombres que se dispersaran por la región a fin de saquearla.

Cuando Juliano se enteró del desastre, reaccionó con rapidez y envió tres pelotones de caballería al sur para ahuyentar a los saqueadores. Los bárbaros retrocedieron hacia bosques y campos, dejando por el camino algunos muertos y gran parte del botín. Los daños causados, empero, fueron cuantiosos. Los exploradores de Barbacio habían observado la operación desde cerca y el general envió inmediatamente un informe al emperador para quejarse de la facilidad con que los laeti habían salido de la Selva Negra y se habían infiltrado en nuestras líneas, y del error cometido por Juliano al dividir su caballería para perseguirlos. Un pelotón de Juliano que siguió avanzando hacia el sur en su persecución tropezó con un contingente mayor de la caballería de Barbacio, quien aseguró que el césar no estaba autorizado a actuar en el territorio asignado al general. Los bárbaros consiguieron penetrar en las líneas de Barbacio y huir impunes hasta el Rin. El general comunicó entonces a Constancio que el verdadero objetivo de nuestros cobardes oficiales era corromper a sus soldados.

Juliano decidió proseguir con la operación por su cuenta. Los bárbaros, sin embargo, nos dificultaban la caza por los aventurados caminos de montaña mediante una técnica ingeniosa. Lo primero que hacían era cortar una hilera de árboles grandes a lo largo de nuestra ruta de tal forma que quedaran derechos y sujetos únicamente por una delgadísima capa de corteza sin serrar. Luego se adentraban en el bosque unos cien pies y repetían el procedimiento con otra fila de árboles dirigiendo el ángulo de caída hacia la primera. Por último, se ocultaban en silencio en las profundidades de la floresta hasta que nuestros soldados pasaban a través de la trampa y en ese momento tiraban de unas cuerdas astutamente atadas a la segunda hilera de árboles, los cuales se precipitaban sobre los que bordeaban el camino y estos, a su vez, caían sobre nuestros horrorizados soldados. Perdimos muchos hombres y desperdiciamos un número incalculable de días despejando los senderos tras sufrir varios ataques de esta índole antes de que por fin alcanzáramos el Rin.

Los bárbaros, no obstante, habían trasladado sus bandas de asalto a los bancos de arena del centro del río. Para llegar a ellos necesitábamos embarcaciones que no teníamos. Barbacio, en cambio, disponía de muchas en su campamento situado corriente arriba. Juliano envió un mensajero para pedirle siete naves y Barbacio respondió quemando todas las que tenía, para regocijo de los espectadores bárbaros. Cnodomar incluso decidió ayudarnos mandándonos el casco medio carbonizado de una gabarra de grano romana, capturada cuando flotaba corriente abajo, adornada con los cadáveres mutilados de sus tripulantes y pintada por fuera con obscenos epítetos escritos en latín con enormes letras rojas, para que todos los vieran.

Juliano pasó por alto el insulto. Cuando hubo anochecido, envió al explorador Bainobaudes con un pelotón auxiliar para tratar de acceder a las islas de los bárbaros utilizando todo aquello que flotara. La primera tanda de soldados, empleando balsas y botes construidos apresuradamente con los maderos de la embarcación obsequio de Cnodomar, llegó a la isla más próxima y sorprendió a los bárbaros, a quienes liquidaron mientras dormían. Descubrieron las canoas de que se servían para desplazarse, se incautaron de ellas

y durante varias noches prosiguieron con sus incursiones en las demás islas. Transcurrida una semana, Bainobaudes regresó de su expedición cargado de tesoros romanos recuperados de los bárbaros, en medio de la ovación de los preocupados soldados que le aguardaban en la orilla. Los bárbaros que quedaban en los alrededores, conscientes de que ya no estaban a salvo en las islas, recularon con sus pertenencias hasta la margen derecha del Rin.

Barbacio, sin embargo, continuó con su táctica de obstrucción y hostigamiento. Requisaba las provisiones que las columnas de abastecimiento portaban para Juliano, quemaba cosechas destinadas a forraje para nuestros animales y hacía oídos sordos a toda petición de cooperación. Los soldados de ambas partes, así como los propios bárbaros, observaban la rivalidad de los dos comandantes con sumo interés, si bien desconocían los motivos. Dicha ignorancia, con todo, no les impidió sacar sus propias conclusiones, no carentes de lógica. Según ellos, Juliano, un novato en asuntos militares pero una amenaza cada vez mayor para el mandato del emperador, en realidad no había sido enviado para reconquistar la Galia, sino para encontrar la muerte en el campo de batalla. Aunque dicha deducción era errónea, no hizo sino consolidar aún más la lealtad de los hombres de Juliano a la causa.

Pero ni siquiera Barbacio podía constituir un impedimento eterno y finalmente recibió órdenes explícitas de Roma de cruzar el Rin, establecerse en la orilla izquierda y unirse al ejército de la Galia. Nuestros mensajeros nos informaron de que en el campamento de Barbacio había aumentado la actividad con vistas a una acción importante, y un recado que recibimos de Euterio por esos días explicaba que el emperador y sus asesores aguardaban impacientes la noticia de que Barbacio había vencido a los bárbaros sin ayuda alguna. Juliano opinaba que la táctica era absurda y que una estrategia eficaz exigía la fuerza conjunta de ambos ejércitos. Una tarde, sin embargo, cuando regresábamos de pasar revista a las tropas, me confesó su frustración por no conseguir la colaboración de Barbacio.

—Lo peor de todo —concluyó— es que me estoy quedando sin embajadores. He mandado a mi propio administrador a Roma y Barbacio ha insultado y expulsado de su campamento a todos los

mensajeros que le he enviado. Por ello, Cesáreo, me veo obligado a pedirte un favor personal, especialmente porque Barbacio y tú sois viejos conocidos.

Le escuché en silencio y no sin cierta consternación. Como bien sabes, hermano, desde que éramos niños tú siempre has sido el orador público de la familia. Yo jamás he podido unir dos palabras coherentemente delante de desconocidos, y es una suerte que sintieras la vocación de sacerdote y polemista, pues yo me siento mucho más cómodo examinando en silencio a los muertos que interrogando en voz alta a los vivos. Llegamos a la tienda de Juliano, donde Salustio nos esperaba impaciente revisando una pila de informes elaborados por los exploradores.

—Explica a Cesáreo la misión que vamos a encomendarle —ordenó Juliano.

Salustio apenas levantó la vista.

—Es sencillo —dijo—. Convence a Barbacio de que deje de apropiarse de nuestras provisiones y de interferir en nuestros asuntos, y que se concentre en derrotar a los bárbaros que las tropas del césar empujen en su dirección. Únicamente tiene que cruzar el Rin y mantener los ojos bien abiertos y las legiones preparadas mientras nosotros desconcertamos a Cnodomar y sus hombres. Barbacio se llevará el placer de la matanza y el honor de la victoria, y podrá regresar felizmente a Roma dejando la provincia libre de alamanes. No te preocupes por tu equipaje, médico. Ya está preparado.

Respiré hondo y miré a Juliano, que esbozó una sonrisa tranquilizadora y me dio una palmada en el hombro mientras me deseaba un buen viaje. En menos tiempo del que se tarda en rezar un *paternoster* me hallaba sobre un caballo de correo militar con una guardia de seis jinetes, galopando en dirección a Augst.



LIBRO CUARTO

EL CRUCE

La muerte de la tierra es devenir agua, y la muerte del agua es devenir aire, y la muerte del aire es devenir fuego.

HERÁCLITO EL OSCURO



I

Llegamos al cabo de varias jornadas, poco después del mediodía, tras dejar atrás los puestos de vigilancia de Barbacio y cruzar la corriente en un desvencijado transbordador de avituallamiento. Pese a la proximidad del nacimiento del Rin y al descenso de las aguas propio del verano, el río discurría ancho y perezoso. Cabalgando hacia el norte por los trillados caminos, advertimos indicios del campamento de Barbacio unas millas antes de alcanzarlo. El terreno que flanqueaba el sendero, en una franja de varios codos de ancho, aparecía desnudo. Los hombres habían cortado los abetos y pinos centenarios y dejado únicamente los árboles más delgados. Luego habían amontonado y prendido fuego a las ramas y la maleza. En todas direcciones, arrastraderos de madera y roderas de carros atravesaban el terreno, donde boyeros galos aún seguían cargando y arrastrando los enormes troncos utilizando manadas de bueyes, veinticuatro, a veces treinta y seis e incluso más, suficiente musculatura y materia prima para construir una ciudad entera.

Al doblar la última curva que conducía al campamento de Barbacio detuve mi caballo, presa del desconcierto. Ante mis ojos no aparecían la pequeña factoría y los embarcaderos provisionales que se me había hecho creer constituirían el campamento romano, sino una auténtica fortaleza hecha enteramente de madera. El ejército de Barbacio llevaba meses asentado ahí y el general no había escatimado esfuerzos ni gastos en garantizar el bienestar y la seguridad de sus soldados. Los embarcaderos se adentraban un buen trecho en el río sostenidos por firmes pilares construidos con los troncos que había visto arrastrar en carros desde los bosques situados río arriba. Se estaban erigiendo amplios almacenes

directamente sobre los muelles, y otros en la margen del río a lo largo de trescientos pies, con tablones serrados que clavaban a sólidas vigas y postes, así como alojamiento para los soldados, cientos de cabañas de troncos idénticas, de tejado plano, dispuestas ordenadamente sobre cuadrantes calculados con precisión, cada una con capacidad para ocho o diez soldados. Las cabañas se extendían por la pendiente a lo largo de un cuarto de milla. Los aposentos de los oficiales se hallaban más próximos al río y eran algo más amplios y lujosos. El complejo estaba rodeado de una alta empalizada de troncos con las puntas melladas y unas puertas precedidas por una zanja ancha y profunda.

En ese momento no se esperaba un ataque y los puestos de vigilancia eran los mínimos. Los pocos hombres que se encontraban dentro de la fortaleza realizaban tranquilamente sus tareas cotidianas mientras los enfermos y heridos se recuperaban en sus camillas, dispuestas en la calle, bajo el cálido sol. Se diría que el grueso de la población, entre legionarios y jornaleros, se hallaba concentrado en los embarcaderos y muelles, pues allí era donde se encontraba la estructura más sorprendente de todas.

A esta altura de su recorrido el río medía unas quinientas yardas de ancho y a primera vista parecía tranquilo. No obstante, bajo la mansa superficie discurría una corriente capaz de arrastrar el navío más pesado a la velocidad de carrera de un hombre. De hecho, cuanto más pesada la embarcación, más veloz. Un calado profundo alcanzaba corrientes que otorgaban al barco una velocidad muy superior a la de las balsas y botes que surcaban la superficie. Aquí Barbacio estaba construyendo su puente, un puente capaz de resistir el paso de cinco legiones romanas con sus carretas de avituallamiento, así como su posterior regreso cargados con botines arrebatados a los bárbaros.

Los obreros habían clavado en el río, a lo ancho de toda la extensión de agua, parejas de enormes pilotes separadas por intervalos de cien pies, y tendido entre los huecos sogas de cáñamo fuertemente sujetas a fin de crear el sólido fundamento de lo que venía a continuación. Desde la orilla derecha, formando una fila ligeramente curvada, se extendía una hilera de barcazas y balsas, y no me refiero a embarcaciones de ancho o largo uniforme, sino a un

surtido variopinto que incluía barcazas de grano arrebatadas a los alamanes y toscos pontones armados por los soldados. La hilera llegaba hasta el otro lado del río y cada embarcación estaba sujeta por la proa a la popa de la precedente, formando así una columna que pasaba entre las parejas de pilotes. Las sogas extendidas entre estos impedían el movimiento lateral que habría hecho que toda la hilera se deslizara río abajo por el empuje de la corriente.

El puente estaba terminado salvo por un corto hueco en el centro capaz de albergar dos o tres embarcaciones que los obreros estaban arrastrando por los tramos del puente ya existentes para su inserción. Centenares de soldados carpinteros trabajaban como hormigas en el puente acarreando los tablones que equipos de soldados desnudos, dispuestos por parejas a lo largo de la orilla, serraban al bies. Los tablones también se colocaban en fila y se clavaban firmemente a fin de dotar de rigidez a toda la estructura en los puntos de unión de las embarcaciones, formando dos vías paralelas del ancho exacto de las ruedas de los carros. Eso proporcionaría una superficie uniforme sobre la que los soldados podrían marchar al día siguiente y, más importante aún, estabilidad para los cientos de carretas de avituallamiento que les seguirían, tiradas por caballos y bueyes asustadizos que se rebelarían si la embarcación bajo sus pies se balanceaba más de lo necesario.

Permanecí una hora sobre la suave colina que dominaba el campamento, observando la lenta pero incesante labor, uno de los más grandes ejemplos de la ingeniería romana que habían visto mis ojos. Finalmente, sintiendo la fatiga del viaje, dirigí mi caballo con trote pausado por la calle que conducía al cuartel general, un edificio de dos plantas con banderines de la legión ondeando en la puerta.

Cuando el centinela averiguó que venía de parte de Juliano, me negó la entrada y llamó enseguida a su comandante de cohorte.

—El general Barbacio está ocupado con los últimos preparativos para cruzar el río mañana —explicó el hombre en tono pragmático —. Ahora no puede verte.

—¿Podría al menos solicitar una cita para más tarde? —pregunté cansinamente.

El oficial me miró con detenimiento.

—¿Eres oficial del ejército? —preguntó con suspicacia.

—No, señor. Soy el médico personal del césar y su enviado. Tengo una importante petición que hacer a tu comandante. Necesito que me dedique unos momentos.

El hombre se acarició la barba con gesto pensativo.

—Ven esta noche —dijo—. Veré qué puedo hacer. Entretanto, puedes descansar en los barracones de los oficiales, detrás del edificio. Hay varios catres vacíos. Puedes comer con nosotros en la sala de oficiales mientras estés aquí.

Incliné la cabeza en señal de gratitud, dejé mi caballo y caminé hasta los barracones notando al fin el peso del cansancio como una manta de plomo. Viendo que el primer catre, situado junto a la puerta, no tenía equipaje ni aspecto de haber sido utilizado, me derrumbé en él y me rendí al sueño.

Desperté sobresaltado. La cabaña donde yacía seguía vacía, pero por la oscuridad supuse que había dormido varias horas y ya era noche cerrada. Salí corriendo a la calle y, consternado, calculé por la elevación de la luna que debía de ser cerca de medianoche. No obstante, el ruido de las sierras y los martillos seguía al mismo ritmo del mediodía. Sorteando a los soldados que cargaban tablones, esta vez a la luz de antorchas, fui directo al cuartel general, donde encontré al comandante de cohorte charlando con el centinela.

Me observó con una sonrisa irónica.

—Y los muertos resucitaron.

Le miré con expresión hosca.

—Podrías haberme despertado para que no faltara a mi entrevista con el general.

—No habría servido de nada. El general lleva ausente toda la noche. Ahora mismo está inspeccionando el puente y conversando con sus ingenieros. Has hecho bien en seguir durmiendo.

Me encogí de hombros.

—Caminaré hasta el puente. Quizá pueda acorralarle allí.

Regresé a la calle y siguiendo aquellos sonidos que revelaban la actividad más intensa llegué a la base del puente, una enorme barcaza de trigo de cincuenta pies de ancho y doscientos de largo. Un soldado me contó que los alamanes la habían abandonado en un

pantano cercano y Barbacio había ordenado que la repararan. Atada firmemente por la proa y la popa a dos pares de pilotes gigantescos, formaba la base, sólida como una roca, del tramo del puente de la margen derecha, con espacio de sobras para almacenes y cobertizos de herramientas a lo largo de sus lados, que protegían el angosto camino de tablones construido en el centro. En la orilla izquierda habían instalado una embarcación de iguales dimensiones.

Los obreros, advertí a la luz de la luna, habían terminado el puente mientras dormía. Las embarcaciones, que formaban una hilera ininterrumpida a lo largo de todo el ancho del río, se mecían ligeramente en suaves arcos entre cada par de pilotes, como cintas adornando una arcada. En el centro, los carpinteros estaban rematando el camino de tablones y asegurando las junturas de la última embarcación insertada.

La luna, que se elevaba por el sur del puente, brillaba llena y serena proyectando hermosas sombras y destellos con una luz pálida y líquida que se reflejaba casi efervescente en el río, cuyo curso iluminaba a lo largo de varias millas en ambas direcciones.

Fue mientras contemplaba el reflejo de la luna y su larga estela jugueteando sobre la superficie del agua cuando los vi.

A lo lejos, corriente arriba, semejaban casi olas o sombras, quizá meras desviaciones de la corriente causadas por bancos de arena o los restos de un grupo de tocones. Las contemplé distraído durante un rato hasta que advertí que se acercaban lentamente. ¿Una flotilla de barcos? No, pues sobresalían muy poco. Crucé la barcaza de grano hasta la siguiente embarcación, que no estaba flanqueada de almacenes que me impidieran ver qué había río arriba. Al llegar al final de la nave, volví a mirar.

Estaban más cerca, como a media milla de distancia. De mayor tamaño que unas ondas, pero menores que unos barcos, se precipitaban hacia el puente con la velocidad imparable de la corriente. Miré inquieto alrededor y agarré del brazo a un centurión que tenía al lado. Este me miró irritado, pero me limité a señalar el centro del río. Siguió la dirección de mi dedo y su expresión pasó de la irritación a la interrogación, y de ahí a la comprensión y el miedo. Se volvió bruscamente y echó a correr por los tablones hacia el centro del puente.

—¡Troncos! —gritó. No obtuvo respuesta, pues la fortaleza y el puente estaban rodeados de troncos—. ¡Están bajando por el río! ¡Abandonad el puente! ¡Abandonad el puente!

Miré río arriba. Troncos enormes, de siete, ocho y hasta nueve pies de ancho, descendían amenazadores como grandes criaturas marinas hacia el mismísimo centro del puente con toda la rapidez que les brindaba la incontenible corriente. Treinta, no, cincuenta, cien bancos formando un frente de unos cien codos, perfectamente alineados y apuntando cual flechas hacia el corazón de la estructura de Barbacio. El griterío fue en aumento ahora que los hombres divisaban los proyectiles y comprendían las consecuencias de hallarse en el puente en el momento del impacto. Los soldados y carpinteros, tras dejar caer sus herramientas y arrojar los tablones al agua, corrían hacia delante o hacia atrás. Algunos que se hallaban en el extremo, trastornados, regresaban a la orilla para no verse atrapados en la margen opuesta al campamento romano. Los hombres se empujaban y pisoteaban y se apretujaban junto a las secciones inacabadas del entablado. Todos los ojos estaban clavados en el río, en las silenciosas sombras que avanzaban hacia ellos.

El primer impacto provocó un crujido sobrecogedor y un temblor recorrió la estructura del puente desde el centro hacia los extremos, como una cuerda tirante al partirse. Los maderos gemían a medida que los troncos se estrellaban pesadamente contra los pilotes y los arrancaban del suelo como si fueran las varas de una tienda de campaña. Con cada impacto, la fuerza de la corriente hacía girar los troncos, que golpeaban las delgadas ligaduras con todo su peso y longitud.

Mas eso fue todo. Tras el temblor y los crujidos, el silencio. El puente había resistido pese a balancearse peligrosamente allí donde los pilotes estaban arrancados. ¡Pero seguía en pie! Los hombres prorrumpieron en gritos de alivio que resonaron en el silencioso río, mas su regocijo duró poco.

Al principio pensé que debía de tratarse de simples sombras, la ilusión que crea la luz de la luna en los ojos demasiado excitados. Sin embargo, cuando me adentré entre la multitud de hombres y llegué casi al centro de la línea de frente me di cuenta enseguida de que estaba equivocado.

—¡Bárbaros! —gritó alguien—. ¡Son los alamanes!

Aquello fue el caos. Permanecí clavado en mi sitio mientras los hombres inermes corrían de nuevo hacia ambos extremos del puente para ponerse a salvo. Primero docenas, luego centenares de oscuras siluetas con el cuerpo desnudo cubierto de grasa negra, treparon a los troncos bajo los que habían permanecido ocultas, algunas todavía con los juncos por los que habían estado respirando mientras dirigían los proyectiles hacia el puente. Con suma rapidez y agilidad, desenvainaron sus dagas y espadas y procedieron a cortar las cuerdas de soporte de los pilotes y las ligaduras que unían las embarcaciones, y, mediante palos y palancas, a levantar los tablones encajados con tanto esmero.

El centro del puente se quebró en cuestión de un abrir y cerrar de ojos y la primera embarcación empezó a deslizarse corriente abajo. Liberada la tensión estructural, los dos extremos mellados del centro se combaron, y cuando el río empezó a correr por la brecha también los troncos empezaron a ejercer una presión implacable sobre la misma.

Otro clamor se elevó entre los hombres de Barbacio, esta vez de rabia al ver su labor destruida a manos de un puñado de monos grasientos. Con un rugido secundado por los compañeros de la orilla izquierda, los hombres agarraron las herramientas que encontraban a su paso —hachas y azuelas, palancas, tablas y hasta alguna espada— y se precipitaron en masa hacia el centro del puente, que ahora se columpiaba peligrosamente a medida que los extremos se curvaban.

—¡Que no escapen! —oí gritar a alguien, y al levantar la mirada vi a un oficial con armadura y una capa colorada, el general Barbacio—. ¡Atrapad a esos criminales!

Pero los alamanes nos habían visto venir. Con una sonrisa siniestra y rutilante a la luz de la luna en los negros rostros, siguieron arrancando tablones y cortando cuerdas hasta poco antes de que los carpinteros, armados con sus herramientas, les dieran alcance. Demorándose lo justo para agarrar cada uno un tablón, saltaron de nuevo al agua —esta vez río abajo— y, tendidos de bruces sobre las tablas, se alejaron tranquilamente con la corriente. La luna se reflejó en sus espaldas durante largo rato mientras los

romanos soltaban, desde el puente destruido, bramidos de impotencia.
Por lo general, quien recibe una segunda oportunidad en la vida se crece ante ella. El primer fracaso, sin embargo, sigue doliendo.

Aunque no hubo muertos ni heridos, el puente había quedado destrozado salvo por algunas embarcaciones de aspecto lamentable que aguantaban en ambos extremos. Los tablones que debían unir sus proas a los botes que tenían delante sobresalían ahora como las lenguas tumefactas de los muertos, y tanto soldados como ingenieros se turnaban en los extremos para contemplar con pesar el río allí donde el tramo central del puente había desaparecido. En la orilla opuesta, al otro lado de la inmensa distancia que quedaba otra vez por salvar, se había congregado un número similar de soldados. Barbacio estaba furioso. Tendría que aplazar varias semanas los planes de cruzar el río, pues los maderos necesarios para construir las balsas y los tablones tenían que ser arrastrados desde lugares remotos a través de las peladas laderas que rodeaban el campamento.

El ejército finalmente tragó saliva e hizo lo que los ejércitos romanos mejor saben hacer: ceñirse el cinturón, sacar músculo y arrimar el hombro para ir a por más.

Barbacio estaba decidido a impedir que un puñado de leñadores y nadadores suicidas alamanes acabara con sus legiones, y a ese respecto se había vuelto mucho más sabio: antes de ordenar la reconstrucción del puente, destinó destacamentos de soldados a lo largo de cinco millas río arriba provistos de balsas y botes. Su misión era interceptar los troncos que enviaran los bárbaros. El instinto de Barbacio fue acertado, pues en tres ocasiones, siempre en plena noche, nos despertaron mensajeros jadeantes con la noticia de que habían atisbado flotillas de troncos y los interceptores romanos se hallaban en ese momento remando contra corriente con sus picas y cuerdas para desviar dichos troncos hacia la orilla antes de que pudieran causar más daño.

En esas tres ocasiones envió Barbacio balsas con soldados de refuerzo para que desviaran los troncos que hubieran podido esquivar a sus compañeros. Hasta el último momento se dejó en el centro del nuevo puente un hueco del ancho de dos o tres

embarcaciones a fin de que pasaran por él sin dañar la estructura, los troncos que hubieran escapado. Los hombres destinados río arriba, no obstante, hicieron un buen trabajo, de hecho, un trabajo excelente. Ni un solo tronco logró llegar hasta el puente.

Mas, por extraño que pareciera, no atraparon un solo bárbaro embadurnado de grasa respirando por un junco. A diferencia de la primera descarga de troncos, las tres que siguieron no iban tripuladas, como si los alamanes hubieran supuesto que íbamos a responder a sus ataques. Yo abrigaba mis sospechas en cuanto a los verdaderos motivos pero, dada la euforia que reinaba en el campamento después de cada asalto repelido con éxito, me abstuve de expresarlas. ¿Por qué aguarles la fiesta? Además, Barbacio se había negado a recibirme, aunque no tenía inconveniente en que me alojara en los barracones y comiera con sus oficiales. Decidí permanecer en el campamento para presenciar el cruce del río antes de regresar junto a Juliano.

Dos semanas más tarde el puente volvía a estar terminado, con excepción del tramo central, el hueco de seguridad. Las tres embarcaciones que debían ocupar esa posición ya habían sido entabladas y sus respectivas longitudes cuidadosamente calculadas a fin de poder colocarlas con presteza cuando llegara el momento, de modo que el puente estuviera listo para su utilización dos horas después de haber dado la orden.

El tramo central debía cubrirse al amanecer, y los primeros carros de avituallamiento ya habían recorrido el puente hasta el boquete y aguardaban la última señal para cruzar. El ejército al completo permaneció despierto esa noche sin luna, a la luz de diez mil antorchas, levantando el campamento y preparando las provisiones guardadas en los almacenes erigidos al pie del puente de la orilla derecha del río, a fin de cargarlas en los carros y trasladarlas al lado oeste en cuanto asomaran los primeros rayos de sol.

Durante la segunda guardia, un mensajero apostado río arriba irrumpió estrepitosamente en el cuartel general, donde Barbacio y sus oficiales se encontraban comiendo y comprobando las instrucciones de última hora para el cruce del día siguiente. Dejé mi plato y me acerqué a escuchar.

—¡Señor! —dijo entre jadeos el mensajero—. ¡Los bárbaros han atacado de nuevo!

Los oficiales reunidos en la estancia se alarmaron, pero Barbacio esbozó una simple sonrisa confiada.

—¿Otra descarga de troncos, soldado? —preguntó con calma Barbacio—. Puesto que no estás pidiendo ayuda, imagino que la han interceptado.

—Esta vez no son troncos, señor —respondió el hombre tras recuperar el aliento—, sino un brulote.

Barbacio se levantó lentamente mientras la cólera le oscurecía el rostro. Era una táctica con la que no había contado. Se sabía que los griegos de la antigüedad empleaban a veces brulotes a modo de recurso desesperado para romper bloqueos navales o destruir flotas de transporte. Utilizaban embarcaciones viejas, ya carcomidas y listas para ser barrenadas, que empapaban con una sustancia inflamable, incendiaban y lanzaban hacia su objetivo. Con suerte, chocaban con los navíos enemigos, a los que prendían fuego, o por lo menos los hacían huir en una desbandada caótica. Pero los bárbaros nunca habían utilizado esa táctica.

El mensajero prosiguió.

—Nuestro destacamento situado cinco millas corriente arriba estaba patrullando más allá de nuestra posición por temor a que los alamanes planearan alguna treta. A tres millas de nuestro campamento divisamos una chalana de transporte, de gran tamaño, señor, que bajaba por el río sin luces, una de esas embarcaciones con mucho fondo que los alamanes emplean para el comercio de hielo.

Los hombres se miraron sin comprender, hasta que uno de los veteranos de Barbacio procedentes del norte habló.

—Señor, los bárbaros obtienen bloques de hielo de los belgas del norte durante los meses de invierno, los envuelven en serrín y los trasladan río arriba durante el verano, cuando las aguas están bajas. Debe de ser uno de los barcos que utilizan con ese fin.

El mensajero asintió.

—Los hombres atraparon la nave, señor, y subieron sin incidentes mientras los bárbaros se tiraban al agua por el otro lado. Navega alto, no parece que haya hielo en la bodega. Las cubiertas

estaban abarrotadas de cubas de trementina y brea, pero capturamos el barco antes de que los alamanes tuvieran tiempo de volcarlas.

Barbacio se frotó el mentón con aire pensativo y comenzó a relajarse.

—¿En buen estado? ¿Y dices que vacío?

—Así es, señor, prácticamente nuevo. Los bárbaros deben de estar muy desesperados para prender fuego a embarcaciones tan costosas. Ahora mismo los hombres la están dirigiendo hacia aquí.

Esbozando una amplia sonrisa, Barbacio juntó las manos e hizo crujir los nudillos.

—Excelente, excelente. Un golpe de suerte, ¿no os parece, caballeros? Una embarcación como esa podría acelerar el cruce del río. El peso de las carretas de bueyes hace que no podamos mantener sobre el puente más de seis u ocho vehículos al mismo tiempo. No obstante, si trasladáramos nuestras provisiones a bordo de ese navío, podríamos enviar las carretas y los carros vacíos, uno detrás de otro. Eso aceleraría el paso a la otra orilla. Cuando el navío llegue, amarradlo frente al almacén y abrid la bodega. Podemos cargar el grano y las provisiones desde allí. Guardad la trementina y la brea. Tal vez podamos ofrecer a nuestro amigo Cnodomar un cálido obsequio como agradecimiento a su hospitalidad.

Los hombres se rieron a carcajadas del burdo chiste y se dispersaron para atender sus respectivas tareas. Yo caminé hasta el muelle principal para presenciar la llegada del barco.

La espera no fue larga, pues incluso en la oscuridad de la noche sin luna se adivinaba la silueta remota del barco sobre el plácido río. El victorioso pelotón romano que lo capturara había engalanado el mástil y las vergas con antorchas y velas. Cuando se arrimó al muelle, los hombres en tierra prorrumpieron en vítores, no solo por la buena fortuna de haber evitado otro desastre, sino por haber conseguido un medio de transporte tan valioso. Docenas de manos se alargaron para agarrar las amarras y atarlas al muelle, mientras otras procedían a abrir un amplio boquete en la pared del almacén que daba al agua, bajo el cual podrían colocar las compuertas del barco a fin de facilitar el traslado del grano. Otra docena de manos

ayudaba a la sonriente tripulación a subir al muelle mientras se entonaban canciones militares para celebrar la buena fortuna.

Me asomé al barco. Efectivamente, la cubierta estaba repleta de cubas y cajas de yesca, trementina, brea y nafta, todo el material inflamable del que los bárbaros habían podido echar mano. Si el destacamento romano hubiera llegado unos momentos más tarde, cuando el barco ya ardía, habría sido imposible desviar —de hecho, nadie habría podido acercarse a menos de cien pies y el navío habría viajado libremente hasta el puente— el terrible, y esta vez fatal, desastre.

Herreros cargados con mazos, cinceles y sierras subieron a cubierta y procedieron a cortar las sólidas barras de las compuertas. Como en todos los barcos de esa clase, las tres compuertas de roble estaban perfectamente ajustadas para resistir las dilataciones y contracciones, con lo que mantenían un cierre hermético que protegía el hielo almacenado debajo. Los trabajadores, preparándose para trasladar el grano a la bodega, se aproximaron mientras las sierras de los herreros atravesaban el hierro de los cerrojos.

—Todos atrás —gritó un fornido oficial de una de las divisiones auxiliares germanas. Barbacio solía destinar a sus aliados germanos a las cuadrillas de obreros encargadas de la construcción de edificios y caminos, bien lejos de las primeras líneas de combate, porque sospechaba de su lealtad en la batalla. El tipo, alto y autoritario, cruzó la cubierta por encima de las cubas vociferando en un latín de acento fuerte y tosco—. ¡Dejadles espacio para trabajar! Tomad esa antorcha. Vaciad la bodega, aseguraos de que está seca y empezad a trasladar el grano. Vosotros, llevaos esas cubas.

Los herreros retiraron los enormes cerrojos, no sin esfuerzo, y agarraron los tiradores de madera. Una vez abiertas las compuertas, el oficial se acercó con su antorcha a la del centro para examinar el interior. De repente, me asaltó una imagen. Recordé mis días en Atenas, los cadáveres protegidos con serrín, el olor a huevos podridos, las virutas fermentadas, humeantes por el calor, incluso calientes al tacto. Me detuve un momento a reflexionar, a olisquear el aire que salía de las compuertas, y entonces…

—¡No! —grité, y retrocedí media docena de pasos.

Cien hombres callaron al instante y todas las miradas se volvieron hacia mí con asombro y curiosidad, como quien observa a un epiléptico.

—¡No! —repetí—. ¡Dentro está el serrín del hielo! ¡Retroceded! ¡Apagad las antorchas!

Los cien pares de ojos reflejaron desconcierto. El herrero se puso de cuclillas y permaneció inmóvil, como paralizado, con la compuerta abierta mientras los demás hombres se apartaban lentamente sin comprender mis palabras pero intuyendo que algo terrible me ocurría. También yo me giré y eché a andar presuroso por la cubierta hacia la base del puente, sin apartar no obstante los ojos de la bodega, y en ese momento presencié el acto más valeroso y quizá más atroz de mi vida.

El auxiliar germano, como el resto, se había detenido en seco con la antorcha en alto mientras su mirada viajaba de mis ojos al oscuro hueco de la compuerta. Su rostro, y solo el suyo, permanecía sereno y exento de temor; de hecho, su expresión era de absoluta determinación. Miró al herrero, que seguía acuclillado junto a la compuerta, y al grito de «¡Viva Cnodomar!» blandió su antorcha, dio un paso al frente y se arrojó a la oscuridad de la bodega.

El tiempo pareció detenerse por unos instantes. Me volví hacia la orilla y eché a correr. Los hombres me miraban con miedo y desconcierto, no sabiendo si huir o acercarse a la compuerta para conocer la causa de mis temores. Yo intentaba gritarles que corrieran, pero las palabras se negaban a salir de mi boca. Notaba las piernas pesadas e inertes, y al final, con el cuerpo inclinado para avanzar más deprisa, tropecé. Mis manos rozaron los tablones de madera y los nudillos iban recogiendo astillas mientras mis pies abandonaban la cubierta. Me abalancé sobre una multitud de carpinteros que en ese momento subían para sumarse a la agitación y mi hombro aterrizó en la cara de uno de ellos, ahogando la blasfemia que había empezado a vociferar ante mi patosa huida.

Al aterrizar noté que la tierra, la tierra firme, temblaba silenciosa bajo mis pies. Acto seguido, una ráfaga de aire caliente me azotó la espalda y casi quedé cegado por una enorme bola de fuego que emergió de la bodega de la embarcación alimentada por

el serrín impregnado de nafta. El fuego devoró el barco de hielo y se extendió para engullir cuanto encontraba a su paso en un radio de cien pies, ciento cincuenta pies, más. Me incorporé y eché a correr abriéndome paso entre el gentío que contemplaba paralizado cómo la bola de fuego se hinchaba, crecía y subía. Entonces el calor nos golpeó como si acabáramos de abrir la puerta de un alto horno, un calor que cegaba y derribaba hombres que las llamas ni siquiera habían rozado.

Seguí corriendo hasta alcanzar la calle, me detuve tras la pared de un largo edificio y me descubrí suplicando a Dios la protección de los aleros. Una lluvia de tablones y astillas en llamas, vigas de apoyo y clavos fundidos, inundó el aire hasta volverlo tan denso que parecía hecho de acero y fuego. A estos siguieron objetos más desagradables: brazos, pies, cabezas con la boca abierta y el pelo en llamas como Gorgonas vociferantes, torsos y cuerpos enteros. Poco después el aire volvió a inundarse de bolas de fuego y gotas de brea incendiadas, una lluvia feroz, infernal, que se pegaba a la piel y abrasaba como el hierro candente, una lluvia imposible de sacudir sin que se aferrara a la yema de los dedos provocando un dolor insoportable que solo era posible aliviar frotando tierra sobre las gotas de brea para apagar la llama. Por último, un sonido parecido al del granizo, pues del cielo, hacia donde habían volado durante la explosión del almacén, empezaron a llover las provisiones de grano de seis meses para cinco legiones romanas.

Doblé la esquina donde me había refugiado para observar el estado del puente y me encontré con una imagen indescriptible. El almacén había quedado destruido, así como una cuarta parte del puente desde la orilla. El tramo siguiente, al que todavía no se había conectado la sección central, se había soltado de los amarres y navegaba río abajo, girando perezosamente con la corriente como un trozo de madera lanzado a un arroyo por un niño ocioso. Había cuerpos achicharrados esparcidos entre maderos y carros volcados en llamas. Las casas y los barracones del hospital próximos a la base del puente se habían desmoronado con la explosión y ahora ardían ferozmente, y los hombres enfermos se arrastraban por los escombros gimiendo de dolor, algunos con la ropa y el pelo en llamas. Hasta mi instinto de médico me había abandonado

momentáneamente mientras contemplaba la escena paralizado.

De la margen izquierda del río, donde el puente permanecía intacto, llegaban gritos apagados. Temiendo el impacto de otro barco incendiario, trepé hasta lo alto de una pila de escombros humeantes para ver mejor la negra superficie del agua. También en ese lado del río había conflagraciones, pero no explosiones ni barcos. Los gritos, no obstante, se intensificaron, y cuando las llamas crecieron advertí que habían engullido la base del puente y que los hombres se lanzaban a las oscuras aguas para escapar. ¿Cómo era posible que las llamas producidas por la explosión hubieran llegado tan lejos? Enseguida comprendí el motivo.

En ese extremo del puente, del que nos separaban cuatrocientos cincuenta codos, se había erigido un campamento hermano para alimentar y alojar a los soldados que construían la estructura por ese lado. Allí advertí la aparición de nuevas llamas y, frente a ellas, la silueta de caballos y jinetes, al principio solo unos pocos, luego docenas y después centenares, que alzaban sus lanzas y proferían gritos triunfales. A lomos de sus caballos, golpeaban y derribaban a los hombres desarmados, que intentaban correr hacia la oscuridad o saltar al agua, hasta que los gritos se fueron apagando. Iluminado por los barracones en llamas, un enorme corcel entró lentamente en el agua montado por un hombre cuyos amplísimos hombros y una melena hasta la cintura mecida por la brisa se veían incluso desde donde yo estaba. El jinete alzó su gigantesco arpón y lo hundió en la espuma, donde se clavó, con la empuñadura temblorosa, como una flecha que ha dado con su blanco sangriento. Por encima del lamento de los moribundos llegó su aullido penetrante y burlón: «¡Muerte a los romanos! ¡Muerte a Roma!».

El río, entretanto, proseguía su lento e implacable viaje hacia el mar limpiando sus orillas ensangrentadas, arrastrando los restos de la vanidad humana, impasible en su inmortal discurrir a las acciones de los endebles seres que ocupaban sus márgenes.



II

Llegados a este punto, Su Santidad, me parece oportuno introducir una breve observación, pues el aislamiento en la Galia mantenía a mi hermano bastante ajeno a los acontecimientos que tenían lugar más allá de su círculo inmediato. Dado que en aquellos tiempos yo tenía cierto contacto con la corte de Constancio, quizá me resulte más fácil a mí informar de la suerte del general Barbacio. Del mismo modo que los ejércitos romanos no se dejan desanimar por la derrota, también sus generales conservan intacta su percepción de su propia grandeza. Barbacio, obedeciendo a sus instintos, tanto por conveniencia como por ceguera ante la situación, declaró una gran victoria y retiró su ejército a los cuarteles de invierno para luego anunciar su jubilación gloriosa.

Poco tiempo después, con tanta desventura como la que le había acompañado al construir sus puentes sobre el Rin, tuvo una muerte en consonancia. Al parecer, antes de emprender su campaña en el Rin, un enorme enjambre de abejas había visitado su casa, hecho que le produjo un gran desasosiego. Consultó a expertos en la interpretación de augurios, que le advirtieron que el enjambre presagiaba un gran peligro en la guerra. El desafortunado suceso —y su insensata interpretación— hizo que la esposa de Barbacio, Asiria, cuya ambición solo era superada por su estupidez, perdiera el juicio. Después de que su marido partiera en campaña, alimentó la ilusión de que Constancio tenía la muerte cerca y su esposo estaba destinado a sucederle como emperador, pero le preocupaba que la repudiara para casarse

con la bella emperatriz Eusebia. Tal era su temor que escribió una carta sumamente imprudente a su marido para rogarle que no obrara de ese modo cuando subiera al poder.

El caso es que Dios hace que todas las cosas sean como deben ser, mas no ha de sorprendernos que los hombres, cuya mente a veces creemos cercana a la Divinidad, distorsionen Su propósito. El hombre altera y confunde el lugar, el tiempo y la naturaleza. Todo lo destruye y desfigura, y ama todo lo deformado y monstruoso. No acepta nada según lo ha creado Dios y se empeña en moldear el mundo y su propio destino a su gusto. A este respecto, Asiria habría hecho mucho mejor en confiar en la benevolencia de Dios y guardar silencio. Por lo visto, espías de Constancio interceptaron la lacrimosa carta y la entregaron al emperador, quien, como castigo, ordenó la decapitación de Barbacio y su esposa.

Qué se le va a hacer.

Pasando a otro asunto, Su Santidad, desearía disculparme por el estilo recargado de mi hermano. En el pasado intenté inculcarle un gusto por la pureza de la creación de Dios y una esperanza optimista en el futuro a través de una verborrea más sencilla. ¿Cuán difícil puede resultarle renunciar a sus ampulosas descripciones de amaneceres, por ejemplo, y simplemente apuntar que «el sol salió un día más»? Quizá fracasé en mi empresa; si se debió a un defecto en su fe o a la insistente rebelión contra la autoridad del hermano mayor, lo dejo a tu superior juicio.

Volvamos a Cesáreo.



LIBRO QUINTO

ESTRASBURGO

Ubi solitudinem faciunt pacem appellant.
Cuando traen desolación, lo llaman paz.

TÁCITO



I

Era el día más bochornoso de la canícula, tan sofocante que árboles y hombres languidecían por igual, los primeros por el esfuerzo de soportar sin sombra el calor y la cegadora luz del sol, hasta que la noche llegaba para traerles algo de alivio, y los hombres, ay, Señor, los hombres… Tenía que repetirme constantemente la razón por la que estábamos marchando en medio de ese calor y ese polvo, para colmo voluntaria y obedientemente, con lentitud y precaución, algunos de nosotros incluso con determinación, por un paisaje extrañamente vacío y silencioso.

El camino serpenteaba sumergido entre dos suaves lomas, como si siglos de travesía de incontables legionarios romanos, invasores bárbaros, buhoneros y príncipes hubieran hundido la senda varios pies del mismo modo que el curso apacible de un arroyo abre profundas grietas en la roca. Los campos circundantes rebosaban de trigo maduro, y aquí y allí se veían gruesos setos con varios siglos a las espaldas y cercas bajas construidas de piedras recogidas de los campos por los agricultores, sus abuelos y sus bisabuelos en tiempos de Trajano o incluso antes. La calma y el silencio hablaban de permanencia, de invariable perseverancia, de la obstinada certeza de que el paso de trece mil hombres en un mismo día, en ese año concreto de entre cientos o miles de años, no afectaría a la tierra en lo más mínimo.

No se divisaba a ningún campesino. Las casas estaban vacías, cerradas con tablones, algunas quemadas y todavía humeantes. La paja cortada yacía desatendida en los campos. Los pastos, normalmente atestados de ganado absorto y obediente, estaban desiertos. La sensación de abandono era sobrecogedora.

La vergonzosa retirada de Barbacio de la semana anterior apenas

había hecho mella en Juliano por fuera —se negaba a mostrar su decepción y enojo por la actuación de su colega en presencia de sus hombres, pues ello solo habría alimentado los rumores que corrían de que existía una clara hostilidad entre los dos generales—, pero en privado hervía de cólera. La pérdida de veinticinco mil soldados de Barbacio representaba un serio revés para el objetivo de Juliano de limpiar la Galia de bárbaros, y las noticias traídas unos días antes por los mensajeros de las guarniciones fronterizas eran desoladoras.

Los jefes de siete poderosos clanes alamanes, encabezados por Cnodomar, se habían reunido en Estrasburgo, a orillas del Rin. Más inquietantes aún que en este encuentro eran los treinta y cinco mil hombres armados, procedentes de varias tribus, que los acompañaban, unos a cambio de una paga, otros por alianzas familiares, y todos impacientes por saquear y acabar con los romanos. Sin Barbacio, las probabilidades que tenía Juliano de vencer a las fuerzas enemigas parecían escasas, y unos días antes había reunido a Salustio y a sus generales y capitanes para abordar el asunto.

—Tenemos menos de la mitad de soldados que ellos —señaló impasible Salustio—. Lucharemos en terreno desconocido con una larga línea de avituallamiento que defender. Tiene mal aspecto.

Bainobaudes, el tribuno carnuto que semanas antes había vencido a los invasores alamanes en el río, soltó un bufido. Juliano lo había admitido en el consejo interno tras su admirable victoria, y sus modales francos, que el largo servicio como auxiliar romano no había logrado borrar, todavía eran bastos y poco deferentes.

—¡Son bárbaros! —gruñó—. Son fuertes, pero carecen de disciplina. Cada hombre va a la suya. Nuestras legiones poseen tácticas y formación. Personalmente, yo no dudaría ni en lanzar incluso a nuestras tropas auxiliares contra los hombres de la Bestia.

Otros generales dieron su opinión a favor o en contra de provocar una batalla en esas circunstancias. Juliano escuchó en silencio, analizando detenidamente las palabras de cada hombre, antes de despedirnos a todos. Como siempre, la luz del candil iluminó las paredes de lona de su tienda hasta bien entrada la noche. También yo permanecía despierto, de modo que no me

sobresalté cuando un guardia se asomó a mi tienda horas antes de que amaneciera para pedirme que me personara en las dependencias de Juliano.

Lo encontré hojeando un códice ajado de Marco Aurelio y haciendo algunas anotaciones con su letra apretada y diminuta. Me disponía a saludarle, pero me lanzó una rápida mirada para indicarme que aguardara, como si estuviera en medio de algo sumamente importante. Estaba maravillado por su aparente falta de preocupación por el tema de si enviar o no a su ejército a combatir cuando de repente dejó la caña de escribir y me miró con una media sonrisa en los labios.

—Solo un amigo como tú, Cesáreo, modificaría sus horas de vigilia para que coincidieran con las mías —dijo.

—Tonterías —repuse con una sonrisa, rechazando el cumplido —. Además, ya tenía pensado pasar por aquí. Antes de que nos fuéramos Oribasio me entregó un paquete de faisán ahumado. Deberíamos disfrutarlo antes de que se estropee. —Extraje el paquete de debajo de mi túnica.

Juliano lo miró con indiferencia, se levantó y se puso a caminar. Después de observarle durante unos instantes me encogí de hombros, abrí el paquete y tomé una lonja de la aromática y deliciosa carne.

Juliano detuvo sus pasos y me miró fijamente.

—He estado pensando que la formación de un filósofo es precisamente lo que el ejército necesita —dijo.

Le miré desconcertado. A continuación se sentó y regresó a su libro, como si hubiera olvidado de qué estaba hablando. Finalmente, levantó la vista y volvió a mirarme.

—¿Quién merece mayor admiración, Cesáreo: Sócrates o Alejandro Magno?

Tardé en contestar, pues no sabía qué respuesta esperaba de mí.

—Teniendo en cuenta que Alejandro Magno crucificó a su médico —dije con cautela—, creo que debería inclinarme por Sócrates.

Juliano me observó brevemente y prosiguió como un maestro ante un estudiante de pocas luces.

—Correcto. De Sócrates procede la sabiduría de Platón, el valor

de Jenofonte, la audacia de Antístenes, *Fedón* y la *República*, el Liceo, las escuelas estoicas y todas las academias. ¡Sócrates cambió el mundo! De Alejandro procede… absolutamente nada. ¿Quién ha encontrado salvación o consuelo con las victorias de Alejandro? ¿Qué ciudad fue mejor gobernada gracias a ellas, qué persona vio mejorada su vida? Es cierto que muchos hombres se enriquecieron con sus conquistas o con las carnicerías posteriores, pero ninguno se tornó más sabio o moderado. Si acaso, se volvieron aún más insolentes y arrogantes. Todos los hombres que se han salvado por medio de la filosofía, todos los países que gozan de mejor gobierno gracias a ella, deben su salvación a Sócrates.

Me encogí de hombros.

—¿Significa eso… que es tu intención enseñar filosofía a los soldados?

Levantó la vista, sorprendido, y sonrió brevemente.

—No, claro que no. Solo pretendía demostrar que la filosofía ha de fundamentar nuestros actos. Mis estrategas y consejeros me asesoran sobre cuestiones concretas, como cálculos relativos de soldados, despliegues, configuración del terreno, estado de las adquisiciones. Tú mismo lo has visto esta noche. Al final, casi es preferible pasar por alto esas cuestiones a la hora de tomar una decisión y dejar que la información sobre el estado de los caminos y demás tenga peso únicamente después de haber decidido si combatir o huir.

Le miré estupefacto.

—¿En qué criterios piensas basarte para escoger una u otra opción? —pregunté.

Levantó de nuevo la vista, sorprendido.

—Hay que basarse en los principios fundamentales —respondió—. Yel principio por antonomasia es que somos romanos. No tenemos elección.

—¿Elección? No te entiendo.

—Como romanos, no podemos abstenernos de atacar. Si huimos, no solo los alamanes congregados a lo largo del Rin invadirán la Galia, sino que todas las tribus medianas que se extienden desde los Alpes hasta el mar del Norte y desde el Rin hasta la Selva Negra saldrán de sus recónditos valles y cuevas e irrumpirán en nuestras

ciudades como un río desbordado. Eso, Cesáreo, es un hecho. Si atacamos y perdemos, ocurrirá otro tanto. No obstante, si atacamos existe cuando menos la posibilidad de que ganemos. Nuestras probabilidades, lógicamente, son escasas, pero si huimos serán nulas. Si huimos, el Imperio de Occidente dejará de ser tal y el destino de Roma peligrará. He hecho de mí un comandante y, por tanto, debo tener en cuenta las variables militares, pero ante todo, y sobre todo, soy romano. No escucharé más explicaciones sobre cálculos relativos.

Reflexioné.

—Eso plantea otra cuestión —señalé—. Constancio, como emperador, jamás aparece con sus soldados en primera línea, no lucha contra los bárbaros con su espada. Su vida es demasiado valiosa para eso y no hay un solo hombre en su ejército que opine lo contrario. ¿No crees que corres un riesgo innecesario con ese hábito tuyo de intervenir en la batalla y luchar como un soldado corriente? Incluso aunque tus habilidades físicas fueran formidables. Además, seamos francos, Juliano, ¿cuál puede ser tu contribución comparada con la pérdida que la Galia sufriría si cayeras en combate?

Esta vez fue él quien midió cuidadosamente sus palabras.

—Cesáreo —dijo—, si Dios te dijera que vas a morir mañana o, como mucho, pasado mañana, ¿te importaría que eso ocurriera el segundo o el tercer día?

Sonreí.

—No, a menos que fuera tan malvado que necesitara un día más para terminar mi confesión.

Juliano asintió.

—Exacto —dijo—. Y entre un día y el siguiente, ¿qué más da? Tarde o temprano moriré. Para mí poco importa si muero mañana o dentro de veinte o cincuenta años.

No dije nada, pero medité sobre su extraño fatalismo. Para Juliano un día o dos carecían de importancia, pero para los trece mil legionarios que marchaban bajo su mando existía una gran diferencia entre que su jefe saliera de la batalla vivo o muerto.

—Las Parcas —añadió— se me llevarán cuando tengan que hacerlo.

Así fue como ese día de finales de agosto nos encontramos avanzando por las silenciosas llanuras en dirección al baluarte bárbaro de Estrasburgo, a veintiuna millas del lugar del que habíamos partido esa mañana. La infantería caminaba con paso regular y los ingenieros y boyeros marchaban a la vanguardia para retirar los troncos y demás obstáculos que los bárbaros habían empleado para dificultar nuestro avance. Nuestros flancos estaban protegidos por escuadrones itinerantes de *sagitarii*, arqueros de primera que solían desaparecer entre los cereales, que les superaban en altura. Los *cataphracti*, jinetes fuertemente escudados, dirigidos por un excelente oficial de caballería llamado Severo, cabalgaban a la vanguardia y en los flancos para ocupar posiciones destacadas a lo largo del camino y capturar a los exploradores alamanes que encontraran a su paso. Yo tenía la buena fortuna de montar un corcel del cuerpo de caballería y no alcanzaba a comprender cómo los soldados de infantería lograban mantener el ánimo alto bajo ese calor mortal, cargando con ochenta libras de peso entre equipo y armas y alimentándose, en las últimas dos semanas, básicamente de galletas duras que masticaban durante la marcha o ablandaban en grasa caliente cuando acampábamos. La moral, por sorprendente que pareciera, permanecía alta, como si la retirada de Barbacio, en lugar de suponer una carga, nos hubiera quitado un peso de encima.

Al coronar una colina baja, tres exploradores enemigos emergieron de detrás de un seto y huyeron hacia el este a lomos de ponis hunos a los que nuestra caballería no consiguió dar alcance. Sí capturó, no obstante, a un enemigo que, lisiado su caballo, se hallaba encogido detrás del seto, abandonado por sus compañeros. En el interrogatorio nos informó de que los alamanes llevaban tres días con sus noches pasando a nuestro lado del río, señal de que la fuerza enemiga era más numerosa de lo que nos temíamos. Juliano ordenó un alto al llegar a un arroyo cuya corriente había quedado reducida a un pequeño reguero salobre, convocó a los exploradores y tiradores y reunió a los soldados en la exigua sombra que ofrecía un bosquecillo de castaños poco frondosos.

Tras trepar hasta una roca sobresaliente que formaba una plataforma natural, se irguió bajo el sol y se quitó el casco de combate y la cofia de lana que le cubría la cabeza para protegerla

de las juntas internas y el roce de aquel. Escurrió ostentosamente la lana delante de los hombres, sonriendo en tanto que el chorro de sudor mojaba la roca echando humo. Muchos soldados le imitaron. Acto seguido, su expresión se tornó grave y, en lugar de la arenga formal que acostumbraba pronunciar antes de la batalla, adoptó un tono coloquial tan quedo que los hombres dejaron de arrastrar los pies y estrecharon el círculo para oír mejor sus palabras.

—Hombres, escuchadme bien. Lo que os voy a decir es por el bien de vuestra seguridad y bienestar, pues no dudo de vuestro coraje. En calidad de césar, os ofrezco el consejo que un padre bondadoso daría a un hijo: elegid la prudencia antes que la temeridad. El guerrero debe ser intrépido cuando la ocasión lo exige, y vosotros habéis demostrado vuestro valor. Mas cuando corre peligro, debe ser obediente y cauto.

»Os daré mi opinión. Escuchad con atención. Ahora es mediodía. Hemos recorrido diez millas con toda la panoplia bajo un sol abrasador y estamos cansados y hambrientos. A partir de ahora, el camino hasta el río será más accidentado aún de lo que lo ha sido hasta el momento, y si la noche nos pilla todavía en marcha no tendremos nada que alumbre nuestra senda, pues la luna está menguante. El calor ha abrasado el terreno que se extiende ante nosotros y nuestros exploradores aseguran que no hay agua en varias millas. Una vez superadas esas dificultades, al final del camino nos enfrentaremos a un enemigo tres veces más numeroso, descansado y repuesto, acampado junto a un enorme río de agua fresca y dulce, y advertido de nuestro avance por los exploradores enemigos que escaparon de nuestras manos. ¿Qué fuerza tendremos para hacer frente a Cnodomar y sus gigantes, desgastados como estamos por el hambre, la sed y la marcha? Propongo que establezcamos una guardia y pasemos la noche aquí, donde gozamos de una extensa panorámica de las llanuras circundantes y de la protección de este foso seco, así como de un flanco de árboles bajos que nos harán de escudo. En cuanto amanezca, después de un buen sueño y un desayuno caliente, si Dios lo quiere, avanzaremos con nuestros estandartes hacia la victoria…

Su voz quedó ahogada por el griterío y el golpe feroz de las lanzas contra los escudos. Los hombres le estaban abucheando,

descargando su impaciencia e incluso ira, rugiendo su determinación de continuar la marcha y atacar sin más demora. Juliano los observó con semblante inexpresivo, luego alzó los brazos para pedir silencio y el vocerío amainó lentamente.

—¡Hombres —exclamó—, unos brazos fuertes no son nada sin el apoyo de un estómago lleno y unas piernas firmes! Solo busco asegurar al máximo nuestra victoria mediante…

Más gritos. Mario, el centurión más longevo y uno de los instructores de Juliano en el manejo de la espada, subió a un pequeño montículo situado en medio del lecho del arroyo y alzó las manos para pedir silencio. El veterano, de tez morena y aspecto severo, exhibía cada uno de sus treinta y tantos años al servicio de Roma en la piel curtida y las arrugas del rostro y los brazos.

—¡César, te preocupa nuestra seguridad, pero al retenernos estás protegiendo a los bárbaros! El aviso que reciban de nuestro avance les dará la oportunidad de escapar. Si aguardamos a mañana, tendrán tiempo de huir y nos habrás privado de una victoria segura. ¡Y eso, César, no lo permitiremos!

Los hombres que le rodeaban prorrumpieron en vítores y los soldados se arrimaron en masa a Juliano, que permanecía impávido sobre su roca, vuelto hacia Mario con la mirada serena. Entonces hicieron sonar de nuevo sus escudos y lanzas, esta vez al grito de «¡Vic-to-ria! ¡Vic-to-ria!», implorando a su césar que los condujera hasta los invasores alamanes.

Juliano levantó un brazo.

—¡Hombres! Cuántas veces he oído exclamar a los más valerosos de vosotros: «¿Cuándo nos enfrentaremos al enemigo? ¿Cuándo lucharemos?». Pues bien, aquí lo tenéis, expulsado de sus guaridas. El campo está despejado, tal como esperabais. Si ganáis, os aguarda un camino fácil pero, escuchad esto, ¡escuchad esto! Si perdéis, la lucha será terrible. Las millas de dura marcha que habéis dejado atrás, los bosques que habéis conquistado, los ríos y pantanos que habéis cruzado serán testigos de vuestro coraje y determinación, ¡pero solo si ganáis! Si os batís en retirada, se convertirán en obstáculos mortales. ¡Pereceréis!

»Carecemos de los conocimientos que tiene el enemigo sobre la región, así como de sus abundantes víveres. No obstante, nuestras

manos son fuertes y las espadas que sostienen son de acero romano, y el poder de Roma nos respalda. ¡Yo desafío a cualquier enemigo a vencernos con Dios de nuestro lado! Ningún ejército, ningún general, puede volver la espalda al enemigo sin peligro, ¡tampoco nosotros! Si estáis decididos a continuar la marcha, lo haremos para alcanzar la victoria o la muerte. Cedo ante vuestra obstinación, ¡cedo ante vuestro valor! Formad filas y marchad. ¡Que Dios nos conceda la victoria este día y el demonio se lleve a la Bestia!

Los hombres rugieron y, como hormigas saliendo de su hormiguero, abandonaron precipitadamente el lecho del río y volvieron al sendero con sus afiladas lanzas en alto emitiendo destellos bajo el sol cegador. Pese al calor, emprendieron el camino en perfecta formación, no a ritmo de marcha, sino a paso ligero, entonando un viejo y obsceno himno de victoria sobre la derrota de la Galia, y hasta los auxiliares galos se sumaron con una sonrisa, eufóricos ante la perspectiva de vencer a los alamanes. Juliano, a lomos de su caballo al borde del camino, saludaba a los soldados con el brazo derecho extendido, les miraba directamente a los ojos cuando pasaban, dedicaba una leve inclinación de la cabeza a los que conocía. Cuando la última compañía de auxiliares pasó, Juliano miró de soslayo a Salustio, que estaba a su lado sobre su montura.

—Caramba, ha funcionado —dijo.

Al cabo de tres horas llegamos a lo alto de una suave colina que ofrecía una amplia vista del horizonte que se extendía a nuestros pies, con el Rin a no más de dos millas de distancia y la gran ciudad amurallada de Estrasburgo delante.

El pequeño río Ill atravesaba los muros y el centro de la ciudad para emerger por el otro lado, una corriente lánguida y pausada que se deslizaba como un chorrillo lento de aceite de oliva. Delante del río, en una vasta exhibición de fuerza y colorido, se alzaba una imagen sobrecogedora. Con una precisión y un orden desconocidos en nuestros meses de combate con los alamanes, Cnodomar y los jefes de las tribus habían distribuido a sus soldados, treinta y cinco mil cabezas, en seis unidades dispuestas en forma de cuña, hasta formar un sólido bloque de hombres a lo largo de media milla; de espaldas al río, tenía el rostro, expectante y mudo, vuelto hacia nosotros, en tanto que nuestra columna marchaba sobre la

elevación y descendía por la ladera.

Centenares de banderines, todos pintados y bordados con las insignias de sus familias y clanes, unos más toscos que otros, flameaban en las lanzas del cuerpo de caballería. Los hombres, mostrando distintos grados de protección y desnudez, y con el cuerpo, el rostro y el escudo monstruosamente pintados, permanecían inmóviles y perfectamente formados. La amplitud de sus espaldas y torsos infundía respeto incluso desde esa distancia, y los cabellos, castaños o rubios, sueltos o trenzados, ondeaban como descendientes de los banderines que bailaban sobre sus cabezas. Varios pasos por delante de las tropas bárbaras, muy quieto sobre un enorme corcel con feroces llamas naranjas y doradas pintadas en el cuello y el amplio pecho, estaba la Bestia, su descomunal arma apoyada despreocupadamente sobre el hombro, el rostro vuelto igualmente al sol del oeste, hacia la cresta de la colina por donde asomaba nuestro ejército. Lejos de haberlos sorprendido, los bárbaros llevaban tiempo esperándonos, pues la precisión de su despliegue indicaba una larga preparación.

Los hombres de Juliano guardaban silencio. La columna se extendió por la cumbre sin aflojar el ritmo de la marcha un solo momento. En los flancos, la caballería se abría en abanico por los campos de grano maduro, aumentando ligeramente la distancia entre los caballos para dar la sensación de ser más numerosos, mientras que los soldados de infantería estrechaban involuntariamente sus propias filas buscando consuelo en la proximidad del escudo del compañero de la derecha.

Acompañado por Salustio, Severo y su guardia de caballería, Juliano galopó hacia delante con resolución y el mentón alto, sin mirar a derecha ni a izquierda, mientras ríos de sudor surcaban sus mejillas y caían en forma de gotas calientes sobre la armadura de los hombros y el pecho. Al otro lado de la colina que acabábamos de coronar se extendía un valle poco profundo, de una media milla, que acababa con otra colina, mucho menor que la primera pero lo bastante elevada para impedir que el enemigo nos viera, y viceversa, si permanecíamos en el valle.

Tras enviar un pelotón de exploradores hasta lo alto de la segunda elevación a fin de comprobar la altura y vigilar a los

alamanes, Juliano aprovechó que el enemigo no nos veía para formar sus propias filas. Disponiendo de apenas un tercio de los hombres de Cnodomar, era preciso crear un frente tan ancho como el bárbaro para que la caballería de los taimados germanos no lo rodearan por los flancos. Eso significaba sacrificar las ventajas de la profundidad. Ninguna compañía podría ocultarse detrás de otra. Todos los escuadrones estarían en primera línea de combate.

Juliano dividió su ejército en cuatro unidades parejas y destinó una de ellas, integrada principalmente por auxiliares de infantería de diversas tribus galas, a la retaguardia como reserva. De las tres unidades restantes, asumió personalmente el mando de las del centro y la derecha, la infantería pesada y la caballería acorazada, mientras que la unidad de la izquierda, compuesta por soldados de infantería, exploradores y arqueros, quedó bajo el mando de Severo. La formación se había planeado cuidadosamente de antemano para confundir al enemigo, que esperaría que Severo dirigiera la caballería. Cuando la columna hubo alcanzado el fondo del valle y estuvo fuera de la vista de los bárbaros, un toque de corneta indicó a los soldados que se colocaran en orden de batalla y en cuestión de minutos se creó la nueva formación.

Con un segundo toque de corneta, el ejército subió por la ladera de la colina de menor altura con Juliano, Salustio y Severo ahora en la retaguardia. Mientras ascendíamos nos descubrimos dentro del alcance de tiro de los bárbaros, y aún no habíamos alcanzado la cima cuando el aire silbó una canción diabólica y una nube de flechas descendió sobre nosotros como una sombra venenosa.

Obedeciendo a las órdenes de los centuriones, los soldados, todos a una, clavaron la rodilla derecha en el suelo. La primera fila de cada unidad adelantó sus escudos para formar un muro, a fin de protegerse la cara y el torso, al tiempo que los soldados que tenían detrás colocaban los suyos horizontalmente por encima de sus cabezas para resguardarse tanto a sí mismos como a los hombres de delante. Mil flechas, cinco mil, cayeron sobre los escudos con el mismo estruendo que produce una tormenta de granizo sobre un tejado. La mayoría se hacía trizas o rebotaba sin producir daños, pero algunas, al precipitarse desde una gran altura siguiendo el ángulo marcado por los arqueros bárbaros, ganaban velocidad en el

descenso y horadaban los escudos, hechos de madera y cuero de buey, o se abrían paso por las ranuras abiertas entre un compañero y otro acompañadas de aullidos de dolor. Cada vez que un soldado caía se producía un hueco que se apresuraba a llenar el que se hallaba a su lado o a su espalda.

Juliano gritó a Severo que avanzara con sus arqueros por el flanco izquierdo para reducir la presión de las flechas enemigas sobre la unidad del centro, y eso hicieron, descargando su propia nube mortal de proyectiles sobre los bárbaros. Los alamanes, pese a su admirable formación, carecían del adiestramiento o la disciplina de enlazar los escudos para protegerse, tal como habían hecho los romanos. En una sola descarga cien bárbaros se desplomaron gritando de dolor; sus filas se tambalearon y asomaron huecos. A las estridentes órdenes de Severo, los arqueros romanos avanzaron metódicamente al tiempo que disparaban una lluvia de flechas que obligaron a los germanos a agazaparse desordenadamente bajo sus escudos, y así se detuvo la tormenta asesina que había estado acosando a nuestro centro. Nuestra infantería pesada se incorporó de nuevo y reanudó la marcha balanceando los escudos de un lado a otro, hipnóticamente, con un paso implacable y rítmico, de palpitante cadencia, destinada a engendrar el miedo en el enemigo.

Juliano galopaba de un lado a otro del frente, acompañado de los doscientos coraceros que integraban su escolta personal, gritando a los soldados que mantuvieran el orden, avanzaran uniformemente y no perdieran el paso. Yo, como siempre, me hallaba todo lo cerca de Juliano que me era posible, listo para atenderle en todo lo preciso, incluso defenderle con mi propio escudo y espada. Mas no me necesitaba. El hombre era intocable, las flechas silbaban alrededor de él y aterrizaban con un golpe seco en los escudos de sus vecinos, a veces después de rozarle la piel, pero jamás le alcanzaban directamente.

Los soldados, protegidos por la descarga fulminante de los arqueros del flanco izquierdo, se encontraban ahora a solo unos pasos de la primera línea enemiga. Siguieron avanzando en tanto que los gritos de guerra de los bárbaros alcanzaban una estridencia aterradora, y con un último rugido las filas enemigas chocaron. Tensando los músculos, romanos y bárbaros blandían sus espadas,

se escabullían y volvían a atacar buscando un hueco entre la muralla de escudos que les permitiera hundir la hoja en la carne y el hueso hasta alcanzar un órgano blando.

Los germanos luchaban cual animales. Sus largas melenas ondeaban empapadas de sudor y sangre mientras blandían furiosos sus enormes sables profiriendo gritos que helaban la sangre. Nuestras espadas, de poca longitud, eran ligeras y mortales a corto alcance, fáciles de manejar y de hundir con precisión entre dos escudos y debajo de la mandíbula de un hombre desprotegido, pero avanzar hasta un bárbaro para asestar dicho golpe constituía una empresa aterradora. Los germanos agitaban y hacían girar sus hojas de cinco pies como si fueran tornos, con tal ímpetu que podían levantar a un hombre del suelo aunque le hubieran golpeado en el escudo, y con fuerza suficiente para rebanar limpiamente una armadura, romper media docena de costillas de una sola estocada y aplastar un casco con el cráneo de un hombre dentro.

La fuerza y la furia de los bárbaros eran sobrecogedoras. Nuestra única defensa consistía en aumentar la precisión y la disciplina. Nuestros soldados se protegían la cabeza alzando los escudos, formaban una barrera impenetrable que impedía a los bárbaros ver más allá, empujaban inexorablemente contra el frente enemigo negando a los gigantes el espacio de maniobra necesario para usar sus terribles armas. Se apretaban contra los germanos, escudo contra escudo, hasta que estos ya no podían blandir sus sables y hachas y ya solo contaba el de cada bárbaro contra el peso de su adversario romano, más bajo y menos corpulento. Pero el romano no estaba solo. Detrás de él se hallaban sus compañeros empujando también, y detrás otros, hasta que el encolerizado bárbaro resbalaba o se torcía un tobillo, o hasta que, en una fracción de segundo, se volvía para, en vano, pedir ayuda a su vecino con la mirada y una espada romana rodeaba como un rayo su escudo y le penetraba el cuello o el hombro; el bárbaro caía y era pisoteado despiadadamente por las suelas tachonadas de la legión romana, mientras otro bárbaro en cueros, con los bigotes empapados de sudor y sangre, ocupaba su lugar.

Desde mi posición al final de las líneas, donde cabalgaba de un flanco a otro con Juliano y su guardia, el conflicto parecía

transcurrir con fluidez, si bien la visibilidad empeoraba por momentos. Una gigantesca nube de polvo se elevaba sobre la zona donde la lucha era más intensa y se cernía malévolamente sobre los combatientes. Reacia a diluirse en el denso aire, se extendía lentamente, como una enfermedad, engullendo a legionarios y bárbaros por igual. El sol, a nuestra espalda, casi había alcanzado el horizonte y las sombras de la colina avanzaban inexorablemente hacia la refriega —como habían hecho un millar o un millón de veces en el pasado sobre los campos tranquilos y el lánguido Ill—, deslizándose como el manto de Morfeo por encima de los aullidos de los vencedores y los lamentos de los heridos. Al día siguiente, independientemente del resultado de esa noche, al día siguiente las sombras volverían a avanzar sobre campos tranquilos y silenciosos.

Los arqueros de Severo proseguían con su lluvia mortal de proyectiles sobre el centro de la nube, adivinando la ubicación de la línea enemiga por los banderines que atravesaban el polvo. Implacable como la marea, la infantería romana seguía presionando a los enfurecidos bárbaros, haciéndoles retroceder lentamente mediante la fuerza bruta y la disciplina. La unidad de caballería del flanco derecho, no obstante, privada de la mano firme de Severo y viendo a uno de sus capitanes desplomarse sobre su caballo después de que una flecha le horadara el cuello, se amilanó y empezó a retroceder a la desbandada. La caballería bárbara, formada frente a ellos, no perdió el tiempo. Tras organizar apresuradamente un ataque ordenado por Cnodomar, se abalanzó sobre las filas de nuestros jinetes con aterradores gritos que ahogaban los gemidos de los heridos aplastados bajo los cascos a su paso. Presa del pánico, nuestra caballería se dio la vuelta y echó a galopar hacia el pie de la colina, amenazando con derribar a la infantería del centro, que les bloqueaba el paso, o, peor aún, dejarla a merced de la caballería alamana y sus pesados corceles germanos. Nuestra ala derecha estaba a punto de ser aniquilada.

Al percatarse del pánico que reinaba en su cuerpo de caballería, Juliano enseguida reaccionó. Agarró el estandarte de su escolta personal, un dragón púrpura sobre un campo dorado que coronaba la punta de una lanza. Seguido de sus guardias, espoleó su caballo y atravesó la columna del centro para interceptar a la caballería justo

cuando esta comenzaba a abrirse paso desde el frente.

Los hombres enseguida reconocieron el estandarte, que ondeaba en el aire como el pellejo de una serpiente, y el tribuno romano que dirigía la retirada del escuadrón frenó en seco. Estaba muy pálido y los labios le temblaban. Nos miró con ojos suplicantes, y al volverme hacia Juliano advertí que tenía el rostro rojo de ira y la expresión de un animal enloquecido. Envueltos por el fragor de la batalla, permaneció quieto en medio de su unidad de infantería, cuyas primeras líneas, con las caras ennegrecidas por el polvo caliente pegado a la piel bañada en sudor, ya se estaban formando para hacer frente a los caballos germanos. Colérico, observó durante largo rato la caballería romana detenida frente a él. Luego la luz de la razón asomó paulatinamente en sus ojos.

—¿Adónde vais, romanos? —vociferó con una dureza inusual en él. La boca del tribuno se movió sin emitir sonido alguno—. Antes de que sigáis retrocediendo tendréis que derribarme, ¡y os desafío a hacerlo! ¡Maldita sea, daos la vuelta y mirad! Vuestros compañeros de infantería están haciendo el trabajo de un cuerpo de caballería, están deteniendo los corceles bárbaros con sus escudos y lanzas, sacrificando sus propios cuerpos bajo los cascos enemigos para proteger a su césar, ¡y a vosotros! Si deseáis siquiera una porción de su gloria… ja… si no queréis ser ahorcados como traidores, regresaréis y demostraréis que sois romanos, no unas viejas a lomos de asnos. ¡Y me seguiréis!

Los jinetes romanos se miraron desconcertados y avergonzados pero, puesto que los salvajes bárbaros estaban cada vez más cerca, seguían vacilando. Juliano los observó con el rostro encendido de rabia hasta que ya no pudo más.

—Soldados —bramó—, cuando vuestros nietos os pregunten dónde abandonasteis a vuestro césar, ¡decidles que fue en Estrasburgo!

Y Juliano, el joven que dos años antes no era más que un tranquilo estudiante de filosofía en Atenas, clavó el estandarte del dragón en el suelo y espoleó a su caballo en dirección al combate blandiendo ferozmente su cimitarra, hasta que su escolta consiguió rodearlo y dirigirlo hacia un lugar más seguro mientras él despotricaba contra la actuación de su caballería.

Puesto que sus alas derecha e izquierda no lograban avanzar, Cnodomar dirigió toda su atención a la infantería del centro, donde tenía lugar una carnicería espantosa. Los huecos en la asfixiante nube de polvo revelaban cuerpos que, apiñados cual troncos de leña, se retorcían como un nido de serpientes. Los brazos y las piernas de los soldados derribados pero todavía con vida se agitaban en vano para liberarse del peso de los que les caían encima. La masa de cuerpos, con todo, se hallaba *detrás* del frente romano, pues nuestros soldados avanzaban paulatinamente hacia la línea asesina dejando una estela de muerte a su paso.

El ímpetu descendió, no obstante, cuando Cnodomar dirigió a todos sus hombres al centro para formar una cuña y dividir nuestra delgada línea en dos. Los escudos enlazados de los legionarios romanos empezaban a flaquear, los huecos eran cada vez más numerosos, en ocasiones de dos o tres escudos, cuando los hombres caían de rodillas, no a causa de una herida sino de puro agotamiento. Ya no podían hacer presión contra la furia y el físico imponente de sus contrincantes, pues ahora no tenían soldados detrás que avanzaran para llenar los huecos. Convocados por los gritos frenéticos de Cnodomar, seguían llegando bárbaros desde los flancos paralizados. Lentamente, la línea empezó a avanzar hacia nosotros, por encima de los cuerpos mutilados, y otra capa de soldados romanos comenzó a formarse bajo los pies de los bárbaros.

Entonces Juliano reaccionó.

En el transcurso de la batalla, sus auxiliares galos, los carnutos y los bracchiati, habían aguardado en inquieta formación detrás de la cresta de la pequeña colina, fuera de la vista de los bárbaros. Cuando dio la señal, tres mil auxiliares prorrumpieron en una aterradora imitación del grito de guerra germano. El sonido nos llegó al principio como un zumbido distante que luego, cuando los soldados se precipitaron colina abajo con sus armaduras y el rostro encendido, se convirtió en un rugido enloquecido que ahogó todos los demás ruidos, como grandes olas al romper contra un acantilado. Las líneas bárbaras se tambalearon visiblemente cuando el bramido los envolvió, y al ver que se aproximaban refuerzos los exhaustos romanos se enderezaron y recuperaron el ánimo.

Los auxiliares se lanzaron contra los agotados bárbaros como un

ejército de elefantes, con el estruendo de mil carros chocando. Los chillidos de los caballos alanceados se elevaban al cielo seguidos de los gemidos más débiles de los guerreros heridos, todavía sobrecogidos por el grito estremecedor de los auxiliares romanos. Los bárbaros resistieron unos momentos, pero para ellos la batalla estaba perdida. Esos germanos parecían titanes, tenían brazos como mástiles y piernas como troncos, sus armas eran colosales y su valor no tenía parangón. Ahora, no obstante, esos reacios brazos estaban agotados, las rodillas les temblaban, ante sus ojos flotaban manchas —oh, conozco bien los síntomas de la fatiga, los he estudiado a fondo y he visto a Juliano combatirlos durante sus entrenamientos— y la violencia de los nuevos soldados, de brazos ligeros y paso presto, era más de lo que podían soportar. Sin apenas fuerzas para levantar el hacha, caían al suelo o huían a trompicones perseguidos por los auxiliares, quienes reemplazaban sus espadas combadas y jabalinas con las armas abandonadas por los germanos y las clavaban en el cuello del enemigo antes de derribarlo.

La derrota fue aplastante. Cuarenta mil hombres o más asomaron de repente por el fondo de la enorme nube de polvo corriendo hacia el río, algunos a la caza pero la mayoría huyendo despavoridos. Cuando los primeros bárbaros llegaron al agua, los pocos que sabían nadar se arrojaron a ella y la vadearon frenéticamente hasta que les alcanzó el muslo; entonces se pusieron a chapotear con torpeza, impedidos por el peso de la armadura y las sandalias. El resto se detuvo en la margen del río, con el agua hasta las rodillas, aullando de rabia al descubrirse atrapados entre la negra corriente, con todas las criaturas desconocidas que contenía, y los auxiliares romanos que corrían hacia ellos con las hachas ensangrentadas que habían arrojado al suelo al emprender la huida.

Los alamanes que iban llegando, una falange aturdida que no corría hacia el enemigo, sino que se alejaba de él, empujaban a los que se habían detenido en la orilla hacia aguas cada vez más negras y profundas. Los más desesperados por evitar que la corriente los arrastrara se peleaban inútilmente con sus compatriotas para regresar a tierra firme, empleando dagas y cascos, incluso puños y dientes. Los romanos aflojaron ligeramente el paso al acercarse al río cuando los bárbaros, presas del pánico, se apretaron formando

una masa compacta que les impedía avanzar más deprisa. Con todo, a pesar de que los romanos todavía no habían alcanzado el agua, una mancha roja empezó a extenderse entre los bárbaros forzados a entrar en el río. Estos luchaban salvajemente entre sí para escapar de la aterradora corriente y de los romanos que los seguían.

A lomos de su corcel, Juliano atravesó el campo de batalla, ahora en silencio salvo por los débiles gemidos de los moribundos y un millar de gargantas que suplicaban agua, hombres que sufrían terriblemente bajo el calor, todavía asfixiante, y la nube de polvo, que empezaba a asentarse. Dispersos aquí y allá, los romanos, exhaustos, con una rodilla hincada en el suelo, el mentón pegado al pecho, los hombros y la espalda palpitantes por los jadeos, concentraban toda su energía en el mero acto de recuperar el aliento y las fuerzas necesarias para levantarse. Algunos, advertí, sollozaban, ya fuera por el agotamiento y el alivio emocional de la victoria o por la pérdida de un compañero. Empleando la mano izquierda y los dientes, un soldado se estaba atando la correa de una sandalia en la muñeca derecha para restañar la sangre que brotaba de su miembro cercenado. Deseé apearme de mi caballo para socorrerle, pues al ritmo que sangraba no tardaría en perecer. Mi deber, sin embargo, estaba junto a Juliano y, en contra de mi instinto, seguí galopando espada en ristre. Al pasar por delante, el hombre herido me miró y en sus ojos vi la aceptación serena de su sino, fuera el que fuese. Su vida entera dependía de su habilidad para hacer un simple nudo con los dientes y los dedos entumecidos de la mano izquierda. Inclinó la cabeza, casi imperceptiblemente, como se hace al pasar por la calle junto a un conocido, gesto que parecía dirigido a calmar mi tormento, y por extraño que parezca me sentí aliviado, casi justificado en mi decisión, y seguí adelante.

Juliano se acercó cuanto pudo a la retaguardia de sus auxiliares antes de ver bloqueado su avance por los hombres que tenía delante, los romanos que con los escudos en alto empujaban a los compañeros que les precedían. Era como golpear una pared de piedra. Imposible de atravesar, habría sido más fácil trepar por ella y caminar hasta el río por encima de los hombros y las cabezas. Presa de la frustración, hizo girar a su caballo levantando una nube de polvo y sangre en busca de un hueco por el que pasar.

Finalmente desistió. Tiró de las riendas de su montura y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Alto, romanos! ¡No entréis en el agua! ¡Alto! ¡Alto!

Sus oficiales oyeron la orden y al instante cincuenta voces repetían al unísono «¡Alto! ¡Alto!». Un corneta se nos sumó en medio del caos y tocó la señal de alto. Cuando los soldados se percataron de la temeridad de perseguir a un enemigo desesperado hasta las profundidades del río con el peso de las armaduras y las armas, entre la primera línea de romanos y la cola de los bárbaros huidos se fue abriendo un pasillo, imperceptiblemente al principio, paralelo a la orilla. Mejor dejar que la ancha corriente hiciera el trabajo por ellos.

Y así fue. Los bárbaros, incluso los que no sabían nadar, eligieron entre el destino sangriento que los esperaba a sus espaldas y la muerte fría y líquida que los aguardaba delante, y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Tras arrojarse al río lleno de cadáveres, se ponían a chapotear al tiempo que se arrancaban la armadura y las pesadas sandalias que tiraban de ellos hacia el fondo mientras, a menos de veinte pies de distancia, los ensangrentados romanos les observaban y provocaban. Algunos alamanes que habían conservado el escudo de madera lo utilizaban como flotador, pero al instante otros cinco o diez compañeros desesperados se acercaban y en el consiguiente intercambio de puñetazos por asirse a él todos zozobraban. El agua se había teñido de carmín y manchaba los pies de los romanos. Pedazos de carne y de cuero de armadura flotaban en la superficie, arrancados de sus propietarios bárbaros ya fuera en tierra por los soldados romanos o en el agua por sus propios compañeros.

Tras examinar la carnicería, Juliano se volvió con la victoria plena en sus manos. Desmontó y se abrió paso entre las líneas, entre sus alborozados soldados y capitanes, hasta lo alto de la pequeña loma desde donde las tropas auxiliares habían realizado su ataque triunfal. Allí encontró una roca plana, donde tomó asiento, mas no en dirección este, hacia el río, el enclave de su victoria, donde a lo largo de cien codos a lo ancho y una milla corriente abajo se divisaban los cuerpos de los soldados bárbaros flotando muy quietos o chapoteando débilmente hacia la orilla opuesta del Rin, sino hacia

el oeste, donde el rosado Apolo hundía sus exhaustos caballos en el mar Ibérico, hacia los últimos rayos de un sol que se ponía sobre un glorioso cielo morado y naranja. Angostas listas de luz menguante atravesaban la nube de polvo que se había elevado de la tierra torturada, portando el frío de la noche. Hundidos los hombros por el agotamiento, Juliano enterró el rostro en las manos.



II

Esa noche, las brigadas médicas y fúnebres informaron de doscientos cuarenta y tres soldados y cuatro oficiales romanos fallecidos en combate, entre ellos el valeroso tribuno Bainobaudes. Era difícil, sin embargo, encontrar los cadáveres, mezclados como estaban con los cuerpos desgarrados de los seis mil muertos bárbaros anónimos que cubrían extensas superficies de tierra con la espesura de una alfombra legamosa. Era imposible calcular el número de ahogados que había provocado la desbandada, pero no había duda de que el río había arrastrado a miles.

Con cada nuevo informe de los exploradores y las partidas fúnebres Juliano, insomne incluso después de un día de semejante tensión, solo tenía una pregunta: ¿qué hay de la Bestia? ¿Dónde está la Bestia? Nadie conocía la respuesta.

Horas después de que anocheciera, una brigada fúnebre irrumpió en el cuartel general para explicar que se estaban aproximando a un montón de cadáveres cuando un hombre salió repentinamente de debajo de un cuerpo y echó a correr hacia un bosquecillo próximo al río. El suceso en sí no tenía nada de extraño, pues era una táctica habitual entre los desertores y cobardes hacerse el muerto hasta que pasaba el calor de la batalla. Este hombre, sin embargo, había llamado la atención de los romanos por sus dimensiones, las cuales, incluso teniendo en cuenta el engaño óptico de las antorchas y las sombras, eran descomunales. El hecho de que llevara un trapo sucio liado a la cara, como para evitar que lo reconocieran, también les había parecido sospechoso. Con la mirada encendida, Juliano corrió hasta su caballo mientras llamaba a sus acólitos y su guardia personal.

Cabalgaron hasta la arboleda unos doscientos hombres armados,

que una vez allí desmontaron y formaron una hilera de varios centenares de pasos. Al oír la orden, penetraron lentamente en la espesura del bosque.

No habíamos dado ni media docena de pasos cuando se oyó un grito. De repente, treinta o cuarenta hombres salieron de entre los árboles y se abalanzaron sobre nosotros derribando y pisoteando a nuestros soldados, tan sorprendidos por el repentino ataque en plena oscuridad que ni siquiera habían tenido tiempo de alzar sus armas. Aullando su grito de guerra, los bárbaros corrieron hacia los caballos que habíamos dejado a cargo de un puñado de escuderos desarmados, que huyeron como una manada de monos aterrorizados. Los gigantes, cubiertos de sangre y encabezados por Cnodomar, subieron a las monturas y las espolearon por la pronunciada pendiente hacia el oscuro y vacío bosque.

Juliano y sus hombres regresaron hasta los caballos que quedaban y cabalgaron en pos de los bárbaros, decididos a no perderles la pista. Mas los dioses bárbaros, como son falsos, volvieron la espalda a sus seguidores. La Bestia no había recorrido ni media milla cuando su caballo, asustado por no conocer al jinete y poco habituado a una carga tan pesada, resbaló en una zona de grava y lo arrojó al suelo. La Bestia se hallaba tumbada boca arriba, haciendo muecas de dolor, cuando Juliano y los demás llegaron, desmontaron y le apuntaron con sus lanzas al cuello. Sus compañeros, hay que decir en su haber, pese a sus muchas probabilidades de escapar, frenaron, se apearon de sus monturas y se acercaron para entregarse sin protestar.

La Bestia, cuya arrogancia y audacia habían atemorizado el corazón de los comandantes romanos durante una década, se levantó trabajosamente, presa del dolor por la dura caída. Enderezando la espalda miró alrededor y reconoció a Juliano, cuya estatura no sobrepasaba el pecho velloso y desnudo del bárbaro. Tres guardias romanos avanzaron para maniatarle, pero Juliano les conminó con la mirada a retroceder, lo que hicieron con recelo. Rodeado de lanzas romanas, Cnodomar echó a andar hacia el césar, que permanecía quieto con la cabeza ligeramente ladeada, observándole casi con curiosidad, como si viera por primera vez una nueva criatura traída de las regiones salvajes de África. La

Bestia avanzaba lentamente, inexpresivo, pero detrás del pelo apelmazado de mugre sus ojos iban de un lado a otro. Tras detenerse frente a Juliano, cayó sobre sus rodillas, descansó la frente en el suelo y, sin pronunciar palabra, alargó lentamente un brazo para tomar la hoja de la espada de Juliano y dirigir la punta hasta su nuca. Los demás bárbaros enseguida le imitaron. Se arrodillaron a los pies del romano que tenían más cerca e indicaron con el mismo gesto que se les ejecutara.

Nos quedamos quietos durante un largo instante, mudos de asombro, incapaces de reaccionar. Si nos hubieran atacado, les habríamos aniquilado de inmediato. Si hubieran huido, les habríamos perseguido como los perros que eran. Ante esto, sin embargo, no sabíamos cómo actuar.

Únicamente Juliano parecía preparado. Con el bárbaro postrado en el suelo ante él, separó los pies y colocó las manos en la empuñadura de la espada. Luego dirigió la punta de la hoja al cuello del asesino de su hijo y dividió hábilmente en dos la masa de pelo que le cubría la blanca piel del cogote. Todos los ojos, tanto bárbaros como romanos, se hallaban clavados en su acero, todos los labios sellados. Posó la punta en la el hoyo de la nuca, justo en la base del cráneo, y se detuvo.

—César —susurré. Juliano no se movió. Su mirada seguía fija en la punta de la espada—. César —repetí con voz ronca, elevando ligeramente el tono, y advertí que los tendones del brazo le temblaban—. No te manches las manos con esta sangre, césar. Envíalo al emperador. Será un mérito para ti y una carga para Constancio. El destino de la Bestia está decidido en ambos casos.

Juliano miró a sus hombres y luego a mí. Sus ojos proyectaban una luz extraña, de una emoción intensa pero descontrolada, un brillo quizá de locura.

—Este hombre es una plaga —dijo con voz áspera, moviendo los dedos para apretar aún más la empuñadura—. Con una sola estocada vengaré a miles de inocentes romanos asesinados, con un solo golpe impediré que otros miles sean asesinados en el futuro. ¿Qué valor tiene la vida de este despreciable… *asesino*, comparada con las almas de todos los que ha aniquilado, comparada con la vida de mi hijo? —Escupió las palabras como un sollozo ahogado y

Cnodomar quedó paralizado, pues aunque no las comprendía captó sin duda su significado, y aguardó la rápida estocada que pondría fin a su vida.

Me acerqué un poco más clavando mis ojos en la mirada enloquecida de Juliano, y hablé con voz serena.

—Tu aplicación de la justicia exige que impere la ley, incluso en tiempos de guerra. Eso es lo que te diferencia de él. Está desarmado e impotente. No está bien ejecutar a un hombre de ese modo. El alma de tu hijo no será vengada. Dios no lo vería como un acto justo sino como un asesinato a sangre fría, tan execrable como los crímenes de los bárbaros. En nombre de Dios, deja que se levante.

Juliano me miró con el rostro convertido en una máscara carente de expresión. Un amago de sonrisa asomó a sus labios mientras se inclinaba ligeramente sobre Cnodomar y volvía a mover los dedos sobre la empuñadura. Comprendí que iba a hacerlo, que lo haría si yo no lo impedía, si no ponía algo en juego.

—Juliano —le conminé una vez más, utilizando su nombre de pila pese a hallarnos en presencia de sus hombres—. Juliano, como un favor a mí, en nombre de nuestra *amistad*, deja que se levante.

Juliano mantuvo la mirada clavada en mis ojos durante largo rato mientras sopesaba mis palabras, la carga que le había traspasado, y durante ese rato sentí que dirigía su odio a mí. A continuación desvió la vista y se enderezó despacio, levantó la espada y la enfundó. El brillo siniestro desapareció de sus ojos, que recobraron su habitual profundidad e inteligencia, aunque todavía contenían un destello de rabia, ya fuera por las acciones de Cnodomar o por el terrible peaje que yo había impuesto a nuestra amistad. Con una mueca en los labios, se volvió impasible y caminó hasta su caballo.

Salustio estableció entonces la pauta. Inexpresivo y frío como siempre, se inclinó hacia el bárbaro que se había postrado a sus pies, un tipo grande que le igualaba en estatura, y agarrándolo por el pelo lo levantó con un gesto rápido. A continuación, cortó las riendas de su caballo y maniató al hombre por detrás, apretando el nudo hasta que este hizo una mueca de dolor.

Los demás le imitamos, hasta que el único bárbaro que quedó sin atar fue Cnodomar, que seguía inmóvil en el lugar donde lo

había dejado Juliano. Mientras observábamos la escena sin mover un solo músculo, el césar se acercó a lomos de su caballo y contempló el gigantesco cuerpo. Con un conciso «¡Levántate!», ordenó a Cnodomar que se pusiera de pie y le siguiera. Para sorpresa y admiración de todos, la Bestia obedeció, y el escuadrón al completo echó a andar lentamente hacia el campamento. La procesión iba encabezada por Juliano, que, con expresión grave, montaba sosegadamente su caballo delante del rey alamán, cuyos largos bigotes y melena ondeaban al viento, con el pecho todavía pintado con llamas de guerra y destrucción y las mejillas rojas de frustración y vergüenza.

Durante una segunda incursión en el bosque, otros doscientos bárbaros, muchos de ellos escoltas personales de Cnodomar, fueron reducidos y trasladados al campamento. Entre los prisioneros se hallaban tres de sus aliados más cercanos, uno de los cuales era Serapión, su propio hijo. Tras varios días de deliberaciones, se decidió enviarlos con vida al emperador como trofeo último de esta guerra: la Bestia, que había atormentado a Constancio durante tantos años, con un pelotón de sus más feroces guerreros.

Una vez más, Su Santidad, me permito añadir información suplementaria al relato de mi hermano. Cnodomar, aunque tratado con piedad por su contrincante Juliano, tuvo un trágico final. En Roma, la gente veía a la llamada «Bestia» con temor y respeto, no solo por su enorme tamaño sino por la devastación que había sembrado entre los ejércitos romanos durante años, y por deferencia a sus aptitudes militares se le trató como una suerte de prisionero de honor, encarcelado en el *castra peregrinorum*, entre las colinas Celio y Palatino. Según la tradición, fue aquí donde san Pablo permaneció retenido trescientos años atrás, cuando lo enviaron encadenado a Roma, aunque nada más lejos de mi intención que establecer una comparación entre ambos. Desde las ventanas de su confinamiento el rey bárbaro probablemente disfrutaba de grandes vistas al Coliseo y el arco de Constantino, y seguro que el último contacto que tuvo con sus seguidores se produjo cuando, en calidad de

prisioneros de guerra, los condujeron encadenados por debajo del arco, rodeados de mujeres que les abucheaban y lanzaban fruta podrida. Estos bárbaros fueron luego lanzados a las bestias para entretenimiento de las multitudes o enfrentados a los *murmillones* y los *retiarii*, osea, los espadachines y rederos, en los sangrientos combates de gladiadores.

Allí, en la oscuridad de su húmeda celda de piedra, lejos de los fragantes pinos de los bosques germanos y perdido en la negrura de su alma, el miserable Cnodomar murió de tisis, tosiendo hasta echar los pulmones. Que Nuestro Padre Misericordioso le perdone al fin sus malvados actos.



LIBRO SEXTO

PARÍS

Todo lo que ocurre es tan común y conocido como la rosa en primavera y la manzana en verano, pues así son la enfermedad y la muerte, la calumnia y la traición y cuanto deleita o aflige a los necios.

MARCO AURELIO



I

Ese invierno fue el primero de los varios que Juliano pasó en su nuevo cuartel militar de París. La ciudad, antes de Julio César, había sido un pueblecito de pescadores propenso a las inundaciones, enraizado en una isla pantanosa en medio del Sena y habitado por la tribu, ya desaparecida, de los parisios. En los siglos que siguieron se convirtió en un centro administrativo y cultural de gran importancia, como bien sabes, hermano, dados tus contactos con tus colegas obispos de esa urbe cristiana. Habiéndose extendido más allá de los confines de la miserable isla fluvial, los muros se ampliaron en varias ocasiones en la orilla izquierda para acoger un magnífico foro, una enorme arena con asientos para dieciséis mil personas que ofrecía espectáculos de gladiadores y cómicas batallas navales, y lo que constituía el mayor placer de Juliano como correspondía a esas tendencias sibaritas que aún permanecían en su alma después de que la mayoría fueran expulsadas por su cristianismo y su filosofía estoica: una magnífica colección de baños.

Eran unos edificios de elevados arcos construidos con ladrillos rojizos e iluminados mediante amplios ventanales y tragaluces de vidrio. Habían sido completamente restaurados unas décadas atrás por los mejores arquitectos romanos, después de los estragos de un asalto bárbaro a la ciudad. Las amplias *frigidaria* y *tepidaria*, así como las piscinas, ingeniosamente caldeadas a través del suelo, y todas las cascadas y fuentes interiores contaban con un generoso suministro de agua procedente no del pantanoso Sena, que corría perezoso treinta pies por debajo del nivel de los baños, sino de un inmenso acueducto de diez millas de largo —construido con piedra caliza obtenida de las canteras subterráneas del Montparnasse e

impermeabilizada mediante una argamasa hecha con leche de higo, sebo de cerdo y arena— que trasladaba vastas cantidades de agua fresca y cristalina provenientes de las profundidades de los bosques circundantes.

Juliano pasaba aquí sus horas matinales, entregado a la gimnasia y el manejo de la espada, en el que ya poseía un gran dominio. También aquí se retiraba al anochecer, tras el cierre de los baños y cuando sus obligaciones públicas se lo permitían, a fin de reposar la mente. He perdido la cuenta de las veces que le acompañé en plena noche por las calles adoquinadas de la ciudad hasta la casa del portero, situada junto a los baños. Este buen hombre, tras recibir una generosa propina de uno o dos *solidi* de oro, abría el edificio por intempestiva que fuera la hora y alimentaba los hornos subterráneos para que el césar pudiera pasar un rato a solas con sus musas y demonios.

Los demonios eran tanto de índole doméstica como oficial. Desde la muerte de su hijo, su esposa se había convertido para él en fuente de tormento y desconcierto a causa de su absoluto desinterés por las cosas de este mundo. Helena había llegado a París, tras una larga estancia en Roma con el emperador y su esposa. Mas solo había regresado en cuerpo, pues la mente hacía tiempo que había huido de sus confines físicos. Su figura había recuperado la gordura, mas el feúcho rostro había perdido la dulzura que, como yo recordaba con claridad, lo adornaba cuando llegó a la Galia cuatro años antes. También había recuperado su porte solemne, de modo que había dejado de ser la esposa sonriente de Juliano para recobrar la condición de hermana inabordable del emperador, matrona fría y distante incluso con su marido, para el cual se había convertido en esposa únicamente de nombre.

No era despectiva ni arrogante, eso que quede bien claro, hermano, pues estoy seguro de que no hacía un esfuerzo consciente por humillar o desconcertar a Juliano. Se diría, sencillamente, que le faltaba un pedazo, como si hubiera sepultado una parte indefinible de su alma con el recién nacido, esa parte de su ser que antes la había hecho capaz de amar. Sin ella podía conducirse aceptablemente, no con normalidad, como un niño perturbado que se encoge ante la idea del contacto humano, incluso del de su

propia madre. Así era el vacilante paso de Helena por la vida, con la llama interior devorando sus órganos vitales, con la herida sangrando en su pecho. Hacía caso omiso y hasta se diría que huía de toda relación con su marido u otras personas.

De Juliano jamás oí una palabra de queja por la situación; de hecho casi nunca mencionaba el asunto. Tampoco su cabeza se volvió jamás hacia otro rostro o figura femenina a pesar de que el palacio y los edificios oficiales estaban llenos de encantadoras galas, tanto esclavas como nobles, que habrían ofrecido gustosamente sus favores al no mal parecido y joven césar. Tan manifiesta era su castidad que ni siquiera los criados más cercanos, ni aquellos a quienes había despedido no sin motivo, le acusaron jamás de la más mínima lujuria. Se diría que había renunciado a todo deseo de comercio con la raza femenina y con sus propias pasiones físicas, e incluso gustaba de citar la descripción, más bien desagradable, de Marco Aurelio del acto amatorio como mero «frotamiento interno de las entrañas de una mujer y secreción de mucosidad con una suerte de espasmo». Así pues, camuflaba sus pasiones con una entrega aún más enérgica a sus sesiones de entrenamiento matutinas y sus noches maratonianas de estudio y filosofía. Con todo, si la conversación abordaba temas domésticos, su semblante adquiría una tristeza que dejaba al descubierto los verdaderos sentimientos por la esposa que, sin duda, todavía amaba.

Pese a la derrota de Cnodomar del verano anterior, los bárbaros seguían sin rendirse y Juliano todavía tenía mucho trabajo por delante para poder consolidar por entero sus victorias. Como resultado de sus campañas de los últimos años, los cursos alto y medio del Rin, desde su nacimiento en los Alpes hasta las proximidades de Colonia, estaban enteramente en manos de los romanos o sus aliados. Con todo, las regiones bajas del Rin hasta la desembocadura en el mar del Norte todavía se hallaban en poder de varias tribus bárbaras. Estas regiones eran de sumo interés para Juliano, pues su dominio no solo proporcionaría una mayor defensa contra las incursiones periódicas de los bárbaros del este, sino que abriría otra vía de abastecimiento desde Britania a través del mar y río arriba. Para beneficiarse de esa ruta, no obstante, debía cumplir dos condiciones: en primer lugar, disponer de una flota adecuada, y,

en segundo lugar, gozar de paso libre a lo largo de todo el curso del Rin hasta el mar. No cumplía ni una ni otra, y a esos objetivos dedicó Juliano gran parte de su tiempo ese invierno, junto con Salustio y sus demás asesores militares. De hecho, muchas de sus reuniones se celebraban en los humeantes baños mientras la nieve caía plácida sobre la ciudad durmiente y los vengativos bárbaros tramaban sus ataques en sus chozas, a muchos kilómetros de distancia, en las orillas del Rin.

Logró cumplir el primer requisito mediante una mezcla de audacia absoluta y labor brutal. En cuestión de meses reunió una flota de seiscientos barcos que inició con la incautación coordinada y rauda de doscientos navíos a lo largo de las costas de Britania y los tramos navegables del alto Rin. Sus propietarios eran una combinación de comerciantes extranjeros poco cuidadosos a la hora de salvaguardar sus bienes y ciudadanos romanos que no pagaban sus impuestos. Juliano había decidido que estos últimos tenían el deber patriótico de contribuir a la causa romana con sus barcos, en lugar de saldar con dinero las deudas contraídas. Tras inspeccionar el botín, no obstante, se llegó a la conclusión de que las embarcaciones se hallaban sumamente deterioradas, y la mayoría eran barcazas de grano y barcos pesqueros con algún que otro casco podrido, empleados hasta entonces por las flotas germanas y británicas. Así pues, Juliano movilizó a todos los soldados que ese invierno no se hallaban en activo, los trasladó al Rin y emprendió una descomunal campaña de construcción naval que dio como resultado cuatrocientos navíos más para el siguiente verano; pese a no tratarse de obras maestras, bastaban para transportar grandes cantidades de hombres, caballos y grano a lo largo del río y a través del canal.

El segundo requisito prometía ser, al principio, algo más difícil de cumplir, pero al final se convirtió en una tarea más sencilla de lo esperado cuando Juliano, a causa del prefecto romano Florencio, un adulador del emperador Constancio al que el césar despreciaba, se vio obligado a actuar. El hombre, en calidad de administrador civil de la provincia, había emprendido por su cuenta negociaciones secretas con los bárbaros del bajo Rin y obtenido su consentimiento para permitir el paso de barcos romanos a cambio de dos mil libras

de plata. Informado del acuerdo, el emperador lo ratificó y ordenó a Juliano que pagara la suma. Yo me hallaba con él en los baños una noche helada de finales de noviembre, leyéndole en voz alta la correspondencia oficial mientras él se remojaba en la piscina caliente con aspecto adormilado. Cuando llegué a la orden de pago de Constancio, enterrada en una texto inocuo de palabrería burocrática, se incorporó de un salto tragando agua en el proceso.

—¡Cesáreo, vuelve a leerlo! —farfulló—. ¿Una *tonelada* de plata a esos bárbaros inmundos por permitirnos navegar en un río que nos pertenece por derecho?

Regresé al ofensivo pasaje y volví a leerlo en voz alta.

—«… a cambio del pago de dos mil libras de plata…». Eso dice, Juliano.

—¿Es así como me informa el emperador de los tratos de Florencio? ¿Ordenándome que pague dos mil libras de plata por un acuerdo en el que yo no he intervenido?

Juliano estaba furioso. Salió de la piscina y se paseó de un lado a otro desnudo y chorreando agua, en medio de un aire gélido, con una expresión colérica en la cara mal disimulada por la luz tenue de las antorchas. Todavía era de constitución menuda, pero ya no andaba encorvado como en su época de estudiante, sino que se movía con una vitalidad saltarina, casi nerviosa, y caminaba muy erguido, con porte marcial. Su cuerpo, además, había adquirido una musculatura fuerte y definida, así como varias cicatrices, resultado de su adiestramiento diario y su intensa vida en campaña. El joven césar tenía ahora una capa de vello en el pecho y una actitud mucho más impaciente y exigente que cuando le conocí. De hecho, pensé, muy poco quedaba del Juliano que viera por primera vez en Atenas. Repasé la carta.

—Es posible —dije— que el emperador previera tu enfado por informarte de este modo sobre el acuerdo de Florencio, pues en la siguiente línea suaviza su orden añadiendo la frase «a menos que hacer tal cosa te resulte del todo deshonroso…».

—¿Deshonroso? ¡Es un ultraje! Me niego a someterme a la tiranía de Florencio, que se aprovecha de que Constancio ignora la situación aquí. ¿Tan poco informado está el emperador de mis objetivos? ¿De veras cree que es así como devolvemos la

prosperidad a la Galia? ¿Que así es como recuperamos la gloria perdida de Roma a los ojos de los bárbaros? ¡Es un escándalo, un ultraje…! —Y pasó un buen rato farfullando enfurecido, hasta que finalmente se percató de lo desagradable de pasearse en esa temperatura y regresó al agua.

Ni siquiera le pregunté en aquel momento por qué motivo encontraba tan deshonroso el pago, si por el elevado precio o por la forma en que se lo habían comunicado. Sospecho, no obstante, que aunque el desembolso hubiera sido de una libra de bacalao seco y un zapato viejo, a Juliano le habría enojado igualmente que Florencio hubiera hecho un trato a sus espaldas.

—¿Y cuál crees que será la reacción del emperador si te niegas a pagar la cifra acordada? —pregunté con calma cuando se hubo tranquilizado.

Juliano me miró maliciosamente antes de sumergirse en el agua hasta la coronilla, y así permaneció un buen rato. Solo el hilillo de burbujas que se elevaban hasta la superficie me indicaba que seguía vivo. Finalmente emergió despacio, esta vez con una sonrisita en el rostro mientras se retiraba el agua de los ojos con el dorso de la mano.

—Te ndrá la misma reacción que cuando dejé atrás al general Marcelo, cuando reconquisté Colonia, cuando derroté a los alamanes sin ayuda de Barbacio, cuando *sobrepasé mis competencias*, o sea, ninguna.

No me convenció.

—Juliano —repuse—, llevas cuatro años caminando por la cuerda floja en lo referente a Constancio. En la corte te ven como una amenaza a su mandato único. Ha matado a muchos rivales por razones de mucho menos peso.

Juliano salió bufando de la piscina y procedió a secarse.

—De todas las cosas que debería temer, esa es la última —dijo.

—¿De veras?

—Piensa, Cesáreo. Puede que sus eunucos me vean como una amenaza, pero Constancio, que es más listo, sabe que no tiene por qué. Por primera vez en décadas el erario de la provincia rebosa y los tributos llenan las arcas del emperador. Los alamanes están huyendo, lo cual deja libres a las legiones para los persas. Y su

joven y fastidioso primo está visiblemente contento en sus pequeñas ciudades de la Galia, lejos de Roma y el emperador. A Constancio podría irle mucho, muchísimo peor si no me mantuviera vivo y satisfecho en mi posición, ¿no crees?

Así pues, como respuesta a la misiva del emperador, la primera orden de Juliano fue para los panaderos de la ciudad: dado que aún faltaba mucho para que las nieves se derritieran en los puertos de montaña y sus raciones para la campaña de primavera llegaran de Aquitania, ordenó que movilizaran todas las reservas de grano del ejército almacenadas en los depósitos e hicieran funcionar los hornos día y noche hasta haber cocido suficientes *buccellatum*, o galletas, a fin de repartirlas entre los soldados en raciones suficientes para veinte días. Con las mochilas repletas de mendrugos, Juliano sacó al ejército de los cuarteles de invierno dos meses antes del inicio de la tradicional campaña de primavera. Tal como había previsto, sorprendió a los bárbaros todavía repantigados en sus catres. En pocas semanas llevó a cabo suficientes asaltos relámpago para conseguir que los reyes bárbaros que no se habían rendido después de Estrasburgo, entre ellos Hortario, Suomario el Imberbe, los hermanos Macriano y Hariobaudes, el legendario Vadomario, Urio Labio Leporino e incluso Ursicino y Vestralpo, reyes de tierras lejanas, le suplicaran de rodillas que aceptara rehenes y dejara que su gente retrocediera hasta el otro lado del Rin.

Juliano no aceptó esa oferta siquiera, pues para él no era suficiente que el Rin hiciera de mera frontera entre el Imperio Romano y las tierras bárbaras: el río debía, a partir de ese momento, permitir el libre paso de todos los barcos y mercancías romanos, y para ello exigió no solo que los bárbaros se trasladaran al otro lado del río, sino tierra adentro, dejando un espacio intermedio entre sus territorios y la orilla. Cuando Urio Labio Leporino se quejó de tan duro trato, que negaba a su gente el acceso a dominios ancestrales, y se negó a abandonar sus pueblos y granjas, Juliano no se dignó siquiera a responder a los emisarios del rey bárbaro. En lugar de eso, envió sus legiones por el nuevo puente de pontones que había construido, prendió fuego a las casas de Urio y mandó el botín y los prisioneros directamente a Roma. Después de

eso, los alamanes no volvieron a desafiar a la autoridad romana.

Durante los años de campaña contra los germanos, Juliano había cruzado el Rin con sus ejércitos tres veces mientras estaba siendo atacado; rescató y devolvió a sus tierras a veinte mil ciudadanos romanos y personas a su cargo que permanecían cautivos al otro lado del río, y en dos batallas y un sitio capturó a diez mil alamanes, no solo de edades inhábiles, sino hombres en la flor de su vida militar, mientras que el número de ancianos, mujeres y niños probablemente triplicaba esa cifra. Envió a Constancio cuatro extensas levas de excelente infantería gala y germana, otras tres no tan buenas y dos escuadrones de caballería completos y en magnífica forma, osea, un rendimiento más que atractivo sobre la inversión inicial que el emperador había hecho en Juliano, la cual, como bien recordarás, hermano, consistió en un puñado de ascetas cantores. Más importante aún, a su llegada cuatro años atrás, Juliano recuperó todos los pueblos y ciudades que los alamanes controlaban en la Galia, reforzó las fortalezas contra futuros ataques y repobló sus calles y granjas abandonadas.

Juliano tenía razón: la Galia vivía ahora en paz y al emperador podría irle mucho peor si no lo mantenía vivo y satisfecho.



II

Tal como Juliano había dicho, su objetivo no era únicamente fomentar una existencia pacífica en la Galia, sino devolver a la provincia la prosperidad de que había gozado como joya del Imperio Occidental de Roma. Ya he mencionado que a su llegada encontró una burocracia estatal desastrosa, abotagada por el nepotismo y la incompetencia, y fragmentada por los ataques de los invasores bárbaros. Recién nombrado césar, lógicamente, carecía de experiencia tanto en asuntos civiles como militares pero, una vez que hubo consolidado las victorias de su ejército y se hubo otorgado cierto espacio para respirar, Juliano estaba destinado a convertirse en un administrador tan competente como lo había sido en su cargo de general. En realidad, «competente» no es el término que mejor describe su actuación. Bajo la tutela inicial de Salustio, y más tarde con su ingenio y determinación natos, pronto se convertiría en el gobernador más brillante que la Galia veía desde hacía generaciones.

Del mismo modo que cuatro años antes había pasado el invierno entrevistando a cada uno de los comandantes de las guarniciones de la Galia bajo su mando y elaborando con ellos estrategias, Juliano convocó a los prefectos y supervisores tributarios de todas las ciudades y procedió a reorganizar de arriba abajo el sistema de recaudación y gasto, así como a detener la evaporación fiscal que se producía a lo largo de las numerosas vías por las que viajaban los ingresos hasta las arcas del Estado. Muchos recaudadores veteranos dimitieron de su puesto como protesta contra las autoritarias medidas, y Juliano los sustituyó enseguida por otros, nombrados no de acuerdo con lazos de sangre o sobornos, sino con su competencia administrativa y su lealtad al césar y a Roma. Con ayuda de Salustio

y otros oficiales de confianza, emprendió una revisión de las finanzas de la provincia, tarea a la que dedicó dos inviernos completos examinando cuentas y tasaciones durante noches interminables. La equidad y aptitud que demostró en temas fiscales, hermano, es algo que han resaltado autoridades de todas partes, tanto seculares como religiosas, algo que tú también has señalado y que hasta el santo Ambrosio de Milán, pese a su prolongado odio al césar, ha reconocido a regañadientes. Pues era en beneficio del Estado romano y del pueblo llano que tales temas fiscales debían regularse. Diligentemente, Juliano se aseguró de que nadie fuera gravado con más impuestos de los que le correspondían, de que los ricos no se incautaran de las propiedades de los pobres, de que nadie se hallara en un puesto de autoridad que le permitiera aprovecharse de los desastres públicos y de que ningún funcionario pudiera infringir la ley con impunidad.

Lo más importante de todo fue la eliminación de dos prácticas sumamente nocivas mediante las cuales Florencio, el prefecto, había conseguido, con su negligencia, llevar al borde del desastre a la provincia de la Galia. La primera era la concesión arbitraria de «indulgencias», o sea, la anulación de impuestos atrasados, la cual, a ojos de todo hombre justo, podría parecer beneficiosa. Mas no era ese el caso bajo el mandato de Florencio, pues dicha práctica únicamente beneficiaba a los ricos, que mediante métodos como obsequios, sobornos y amenazas eran capaces de convencer a los recaudadores de que renunciaran a las cantidades debidas por sus propiedades e ingresos, al menos hasta que se concediera una nueva indulgencia. En cambio los pobres, como suele ocurrir, debían pagar todos los impuestos que debían, sin excepciones ni aplazamientos, en cuanto llegaba el recaudador. Huelga decir que esa práctica generaba tremendas pérdidas para el erario y perjudicaba el bienestar del pueblo.

La otra técnica de Florencio, en cierto modo el anverso de la indulgencia, era el *augmentum*, un impuesto suplementario que un decreto de Constancio firmado años atrás había permitido que el prefecto aplicara a discreción. Este elevado e irregular impuesto estipulaba que las cantidades debidas por aquellos contribuyentes que no podían o se negaban a pagar debían recaer en quienes ya

habían abonado sus propios impuestos. Cuando Juliano se enteró de semejante desvergüenza, sus ojos se encendieron de ira y murmuró «¡Tiranía!» antes de declarar que, mientras él gobernara en la Galia, ningún impuesto de esa índole sería permitido en su provincia. Solo tuvo que nombrar las regiones donde se habían aplicado los *augmenta* en el pasado —Iliria, por ejemplo— para demostrar que la población se había visto reducida a la miseria a causa de ellos. Solo los ricos, naturalmente, eran lo bastante influyentes para poder declararse «insolventes». Por consiguiente, el gravamen volvía a recaer en los pobres.

Furioso por los desafíos que le arrojaba Juliano, a quien tenía por un aficionado en temas de administración civil, Florencio se pasó el invierno yendo y viniendo entre el palacio del césar y sus opulentas dependencias portando números, cuadernos y registros fiscales. Juliano no se dignó siquiera a hojearlos, y en una ocasión, estando yo presente, incluso los arrojó al suelo y ordenó a Florencio que desapareciera de su vista. El prefecto descargó en Constancio coléricas misivas para quejarse de la impertinencia e ignorancia de su joven pupilo, pero el emperador, reacio a hacer del asunto una batalla, se limitó a intentar reconciliarlos, implorando en privado a Juliano que fuera más confiado y flexible con su prefecto.

Al final, la obstinación de Juliano se impuso y Florencio se vio obligado a ceder, para gran beneficio de la provincia, pues al eliminar exenciones y exigir estrictamente el pago de todas las cantidades debidas Juliano fue capaz de inflar las arcas del Estado hasta un nivel sin precedentes en todo el reinado de Constancio. Efectivamente, durante su administración, consiguió incluso reducir la *capitatio*, la carga fiscal por cabeza, de veinticinco *aurei* a solo siete, cantidad que, después de las medidas de eficiencia aplicadas, seguía ofreciendo un amplio presupuesto para el funcionamiento del Estado. La clave consistía no solo en gravar a los contribuyentes, sino en asegurar los pagos, quizá por primera vez en siglos. Tales medidas eran casi desconocidas no solo en la Galia sino en todo el Imperio, y los métodos de Juliano empezaron a ser célebres en la capital.

Igual de importantes, quizá, fueron sus reformas jurídicas, que contrastaban sobremanera con las prácticas aceptadas hasta el

momento. Harto de buscar jueces y gobernadores locales con aptitudes que estuvieran a la altura de la educación y la equidad que exigía Juliano, al final decidió impartir él mismo justicia. Eso, sin embargo, comenzó a suponer una carga, pues en los meses de invierno el tiempo se le iba cada vez más en la resolución de pequeñas disputas sobre bienes y reclamaciones de dotes. Hacia la primavera, cuando se sabía que no tardaría en partir en una campaña contra los bárbaros, individuos que buscaban desagravio se apelotonaban en el palacio para suplicarle que atendiera su caso antes de marchar, fenómeno que creaba largas colas en los pasillos y la escalinata de entrada. No le daban respiro ni de noche, cuando demandantes especialmente insolentes o desesperados se apostaban cerca de las ventanas de Juliano y vociferaban o cantaban su alegato y defensa en cuidados versos para atraer su atención.

Como era evidente que no disponía de tiempo para investigar personalmente cada asunto, muchas veces remitía los casos a los prefectos y gobernadores provinciales, y a su vuelta revisaba el resultado de los pleitos. No mejoró el respeto a su intimidad cuando se supo que muchas veces suavizaba las sanciones impuestas por aquellos.

Finalmente, deseoso de recuperar una parte de su tiempo e intimidad, se limitaba a atender los casos de extrema importancia y, dado que estos eran los más seguidos, la reputación que tenía de dictar sentencias personalizadas se propagó aún más. Recuerdo en concreto el caso de Numerio, nuevo gobernador de la Galia Narbonense en el litoral sur. Sus enemigos le habían acusado de malversación de fondos y Juliano decidió llevar personalmente el caso, que permitió que transcurriera a puertas abiertas. A fin de dar ejemplo, dirigió las audiencias y testimonios con inusual severidad, muchas veces interrogando él mismo a los testigos. Numerio, sin embargo, preparó una defensa irrecusable y finalmente quedó absuelto, para gran alegría de sus partidarios. El sagaz fiscal Delfidio, que había hecho el largo trayecto desde Roma para tener la oportunidad de participar en un caso tan famoso, se exasperó ante la falta de pruebas a su favor y en un momento del juicio se dirigió al estrado con una ácida pregunta. «Poderoso césar —dijo—, ¿qué posibilidades hay de declarar culpable a alguien si a este le

basta con negar las acusaciones?». Un murmullo recorrió la atestada sala cuando Juliano enrojeció de indignación por la impertinencia del hombre. Se levantó y miró autoritariamente a Delfidio, que al principio se mantuvo firme pero poco a poco empezó a encogerse contra la pared que tenía detrás. «¿Y qué posibilidades hay —bramó Juliano— de absolver a alguien si una simple acusación basta para condenarlo?».

Fue en torno a esta época, cuando su participación en los tribunales se hallaba en pleno apogeo, que el viejo Euterio, el eunuco, hizo una observación que, probablemente como ninguna otra, contribuyó al desarrollo de los acontecimientos posteriores. Había regresado de Italia, después de haber pasado mucho tiempo asimilando en silencio los rumores e intrigas de la corte de Constancio, y recuperado su puesto como máximo ayudante de Juliano.

—Señor —dijo despreocupadamente, como si acabara de tener una idea, y puede que así fuera—, perdona que salga ahora con esto, pero existe un desagradable asunto que todavía no has zanjado.

Juliano alzó la vista al techo, atónito al principio, aunque parecía haber regocijo en sus ojos.

—Euterio, viejo perro, ¿de qué estás hablando?

El eunuco mantuvo su acostumbrada gravedad.

—Perdona de nuevo mi atrevimiento, señor, pero Flaminia… la… ejem… la comadrona, tenía una hija que todavía vive. Lleva cuatro años consumiéndose en una celda solitaria sin haber tenido un juicio. Has degradado a otros gobernadores y jueces por tratar a sus presos con igual severidad. Cuentan que está medio loca, pero quizá deberías zanjar este caso de una vez por todas. Lenguas hostiles han estado rumoreando sobre su encarcelamiento, en particular la de Florencio. Y tales rumores pueden crear dudas sobre la imparcialidad de tus reformas jurídicas.

Juliano, que apenas recordaba la existencia de la muchacha, observó desconcertado al anciano y, a renglón seguido, miró interrogativamente a Salustio, que se puso a revolver los papeles que descansaban sobre la mesa para evitar su mirada.

—He intentado en varias ocasiones asignar el caso a un juez

adecuado —explicó con voz queda Salustio—, pero todos lo han recusado. Temen tu ira si la declaran inocente y temen que les acuses de cobardes y lisonjeros si la declaran culpable. Pero, ante todo, temen tener que llamaros a ti y a doña Helena para declarar. Es una situación sumamente incómoda y yo te aconsejaría que resolvieras el asunto en privado, quizá enviando a un centurión de confianza a su celda con una cuchilla afilada.

Juliano saltó.

—¡Un centurión de confianza! ¿Y qué iba a impedir que ese centurión de confianza comentara el asunto a otro centurión de confianza y luego a otro? ¿He estudiado filosofía todos estos años para huir de mis propias responsabilidades? ¿Tan difícil es ofrecer a la muchacha un juicio justo y buscar la verdad? Desde luego que no. Yo mismo dirigiré el juicio como la prueba máxima a mi objetividad y autocontrol. Procedamos, pues.

Santo Dios, qué asunto tan espantoso. Todavía tiemblo al recordarlo. Juliano tuvo la precaución de enviarme en secreto a Sens, acompañado únicamente de un guardia, para visitar a Matilda en su celda, determinar si estaba en condiciones de viajar a París para el juicio y, de ser así, hacer los arreglos necesarios para su traslado. Antes de mi partida, en una reunión apresurada conmigo y con Salustio, Euterio señaló el escándalo que estallaría si Juliano presidía, en calidad de máximo juez, el juicio público de la muchacha. El daño que supondría para su reputación de hombre imparcial el hecho de que el césar juzgara a un acusado haciendo simultáneamente de magistrado y demandante sería incalculable. Por no mencionar que la aparición de la hija de la terrible comadrona ante Helena probablemente haría tambalear aún más el frágil estado anímico de la princesa. Así pues, acordamos que yo intentaría demorar todo lo razonablemente posible el traslado de Matilda a París, a fin de darles tiempo para convencer a Juliano de que la idea de un juicio público era una locura y que se trataba de un asunto que había que resolver en privado.

Los esfuerzos de Euterio y Salustio fueron en vano, mas no por la razón que imaginas. Siguiendo sus instrucciones, tardé cinco días en llegar a Sens —trayecto que a un ritmo brioso se hace en dos días— fingiendo primero malestar físico, introduciendo luego un

pellizco de arsénico en el pienso de mi caballo para producirle un cólico y, por último, deteniéndome en uno de los pueblos por los que pasábamos para, subrepticiamente, preguntar si alguien necesitaba atención médica. Acepté tratar de urgencia a una familia necesitada que, al final, resultó ser un simple caso infantil de sarna y conjuntivitis. Fui incapaz de alargar el tratamiento más de dos horas, pero para entonces ya era demasiado tarde para reanudar el viaje. Así pues, mi guardia y yo nos vimos obligados a pasar la noche en la casa del niño enfermo, donde al final el guardia, fortuitamente, logró contraer conjuntivitis, lo que retrasó nuestra llegada un día más. Qué se le va a hacer.

Cuando por fin llegamos a Sens, fui directo a la remota prisión de los aledaños donde estaba retenida la muchacha, reacio a demorarme en la ciudad por las muchas personas que me conocían y podían hacerme preguntas incómodas. Al llegar a la celda, una choza de piedra sin ventanas muy próxima a los muros de la ciudad y el vertedero municipal, me sorprendió que, pese a tener el cerrojo echado, no gozara de vigilancia alguna.

Miré entre los dos barrotes de hierro que casi cubrían por completo la estrecha ranura de aire situada en un lado de la pared y no vi nada, pero cuando hablé creí oír un leve ruido, como de ratas. Furioso con los centinelas no solo por el abandono de su deber sino por el penoso trato dado a una presa, envié a mi guardia personal a la guarnición de la ciudad para que hiciera indagaciones mientras yo me apostaba junto a la celda a esperar.

No había transcurrido ni media hora cuando un soldado de aspecto enfermizo, un viejo auxiliar galo pálido y sin afeitar, salió de las proximidades del vertedero arrastrando los pies y tambaleándose como un marinero que acaba de tocar tierra después de tres semanas de travesía. Me miró con los ojos ligeramente desenfocados y, en un latín chapurreado, me preguntó qué quería.

Le miré altivamente.

—¿Que qué quiero, mono borracho? Soy un médico enviado por las autoridades para comprobar el estado de tu prisionera. ¿Es así como haces tu guardia?

El hombre me miró insolentemente, evaluando si en verdad podía yo tener alguna autoridad sobre él; luego apartó la vista y se

encogió de hombros con resignación.

—Si solo fuera el alcohol, señor. Es el cólera, que se ha extendido por las zonas fétidas como este vertedero y seguro que pronto llegará a la ciudad. Vengo de la letrina, señor, de vomitar y cagar hasta echar las tripas. Si lo deseas, será un placer para mí darte una muestra de los resultados, pues hay mucho más allí de donde vengo. Te conviene guardar tu tratamiento para gente como yo, no para la zorra de esa celda, pues si no ha muerto ya de cólera lo hará dentro de un par de días. —Acto seguido se apoyó débilmente contra la pared y consiguió sacar un hilillo de bilis por la comisura de la boca y esbozar una sonrisa burlona.

Le miré horrorizado. Durante los últimos días de viaje no había oído nada sobre una epidemia y no sabía si creer al hombre. En todo caso si lo que decía era cierto, que Matilda estaba agonizando, quedaba poco tiempo. Me aparté de él mientras me observaba con curiosidad, sin dejar de sonreír, y le arrojé una moneda de oro que aterrizó en el suelo, a sus pies.

—Déjame entrar para ver a la presa. Tengo órdenes.

El carcelero no apartó la vista de mí, ni siquiera para mirar la moneda.

—Yo también tengo órdenes, las de no dejar que nadie la vea, y durante cuatro años así ha sido. Solo sé que sigue viva porque cada día el pan desaparece y la mierda es arrojada por ese ventanuco que hay sobre tu cabeza.

Miré cauteloso la rendija de aire y me aparté unos pasos. Le lancé otra moneda.

—El tratamiento del cólera es caro, señor —dijo el hombre con voz queda, casi amenazadora.

Exasperado, le arrojé la bolsita de monedas que llevaba atada al cinturón. Cayó a sus pies con un golpe gratamente contundente. El hombre asintió en silencio y, sin dignarse a recogerla, pasó bruscamente por mi lado mientras extraía una llave oxidada de una anilla que le colgaba del cinturón. Tanteó la cerradura hasta que la llave encajó y la puerta se abrió hacia dentro sobre unas bisagras herrumbrosas, largo tiempo en desuso. Entré y oí el chirrido metálico de la puerta al cerrarse tras de mí.

Permanecí quieto mientras mis ojos se acostumbraban a una

oscuridad únicamente quebrada por el angosto rayo de luz perpendicular que entraba por la rendija cubierta de telarañas. Miles de motitas de polvo flotaban perezosamente en el haz de luz, como si no supieran si quedarse en el entorno conocido de la celda o subir hacia la ranura y la libertad, los únicos seres aquí que tenían permitida esa opción. En la pared del fondo, donde aterrizaba el estrecho rayo, una lagartija diminuta se estaba empapando de una luz que para ella debía de ser un verdadero lujo. Antes de que mis ojos se hubieran adaptado del todo, y todavía reacio a apartar la mirada de la familiaridad y la seguridad de las partículas flotantes, sentí una mano en el tobillo y una voz asmática se elevó desde el suelo hasta mis oídos.

—De modo que el gran médico Cesáreo se ha rebajado a hacer una visita a su colega y acompañarla en su condena a muerte.

No dije nada. Había esperado la voz en la oscuridad, mas no esas palabras. No tenía sentido iniciar un debate con esta mujer demente, pues no había sido capaz de seguir una conversación ni cuando estaba cuerda, cuatro años atrás. Mis órdenes eran claras: comprobar su estado físico para determinar si podía viajar.

—No soy tu colega ni estoy aquí por una condena a muerte. Tampoco tú, por el momento. He venido a examinarte.

Oí un débil suspiro.

—Eres un médico competente, aunque a lo largo de tu carrera probablemente has tenido, como mucho, tres pacientes. Yo era una simple aprendiz de comadrona, pero asistí al nacimiento del triple de seres en un solo día. Tú traes vida y también la entierras. Yo hacía lo mismo, pero entre los humildes y desvalidos, no entre césares y emperadores, y a cambio de una cesta de huevos, no de una sinecura real. ¿Quién eres tú para negar nuestra afinidad, *colega*? —E hizo una profunda inspiración que desembocó en un ataque de tos y náuseas.

Escuché en silencio las expectoraciones, calibrando la profundidad pectoral desde la que emergía la flema, juzgando por el ácido olor la cantidad de sangre y tejido pulmonar deshecho que la mujer estaba expulsando con cada espasmo. Maldita sea, era el cólera. Tenía neumonía. Y sería un milagro que durara otra noche.

Me arrodillé a su lado, en medio de la oscuridad, y noté

espantado que mi rodilla se hundía en una sustancia blanda y húmeda. Tendí una mano para palparle el pecho. Han sido muy pocas las veces que he sentido verdadero asco por un paciente o un procedimiento médico, ni siquiera en las autopsias de los sujetos más fermentados, pero en esta ocasión era difícil experimentar algo que no fuera repulsión. Sujeté el flaco hombro de la mujer. La piel, seca y escamosa, apenas cubría sus huesos de pajarito y noté que la muerte descansaba sobre ella como una mortaja.

—No he enterrado a más emperador —murmuré distraídamente— que el futuro emperador a quien tu madre asesinó, y sobre mí no recae ninguna sentencia de muerte.

Otra inhalación de aire desembocó en un ataque de sollozos y tos. Le puse una mano sobre el enjuto pecho y sondeé el vaivén espasmódico de los pulmones llenos de líquido mientras Matilda luchaba por recuperar el aliento.

—Todavía eres… joven —repuso con sumo esfuerzo, jadeando con cada palabra—, como yo. Tenemos toda la vida por delante, ¿no te parece? Hay mucho tiempo… para enterrar emperadores a puñados. En cuanto… en cuanto al que dices que mi madre asesinó, estás equivocado, querido colega. Estás culpando al cuchillo… del acto del carnicero.

Enferma o no, la mujer era increíblemente repulsiva, pero era mi paciente y yo había hecho el juramento, tanto por el espíritu de Hipócrates después de mis estudios como por el de Cristo en mi bautismo, de hacer cuanto estuviera en mi mano para ayudar a desgraciados como ella. Abrí mi bolsa, que había depositado sin querer sobre otra sustancia de sospechoso olor, y busqué algo que pudiera aliviarle el dolor de la congestión durante las pocas horas que le quedaban de vida. Con intención de entablar una conversación ociosa que la distrajera, más que de realizar serias pesquisas, retomé su última observación.

—¿Y quién podría ser el carnicero? —inquirí, y al instante lamentó la pregunta por temor a que provocara en su mente desquiciada otro ataque de tos, esta vez fatal. En tal caso me vería obligado a vivir con el pecado de haber matado a una mujer por darle conversación.

Esta vez la tos, sin embargo, no llegó. Matilda guardó silencio y

tomó mi mano, que todavía descansaba sobre su pecho jadeante, entre sus dedos delgados con una fuerza sorprendente para alguien tan frágil. Tanto tiempo se aferró a ella que pensé que había perdido el conocimiento antes de poder darle la poción, y me disponía a levantarme cuando el ritmo de su respiración cambió y noté que se aclaraba la garganta para decir algo. Me quedé donde estaba.

—Más te habría valido examinar las monedas en lugar del cuerpo —dijo, y guardó silencio salvo por su respiración sibilante.

La miré desconcertado. ¿Las monedas? Las únicas monedas que me venían a la mente eran las piezas de oro de la bolsa que Flaminia tenía consigo cuando la detuvieron mientras huía de la ciudad. Yo apenas les había echado un vistazo cuando el soldado las mostró en su mano antes de que Pablo las confiscara para el erario. La muchacha desvariaba.

—¿De qué estás hablando? —pregunté suavemente, está vez con todos mis sentidos en guardia—. ¿Qué monedas?

—El dinero manchado de sangre —susurró—. Los julianos… los malditos julianos.

Me esforcé por recordar los acontecimientos de aquella espantosa noche. Poco a poco empecé a comprender. Los «julianos»… ese era el nombre que recibían las monedas de oro que había acuñado Constancio para conmemorar la coronación de Juliano como César del Imperio Occidental. Pero yo no era numismático. ¿Qué tenían que ver con…?

De repente lo vi claro. Las monedas se habían acuñado en Milán casi cinco años atrás. Poco después, la emperatriz Eusebia obsequió a Juliano con un juego de esas monedas montado en un estuche especial. No obstante, debido a la lentitud del ritmo de producción y a la pausada dispersión de las monedas a lo largo y ancho del Imperio desde el lugar de su acuñación, no habían empezado a circular por el norte de la Galia hasta… el año anterior. Recuerdo que reparé en ese hecho por el notable parecido del césar con la efigie en el anverso de la moneda. Así pues, ¿de dónde había sacado Flaminia una bolsa llena de monedas nuevas casi cuatro años atrás y por qué Pablo no había observado ni investigado su origen? A menos que…

Un dolor punzante me atacó de pronto la cabeza mientras tomaba el rostro de Matilda entre mis manos. La muchacha tenía las mejillas bañadas en lágrimas.

—Matilda, ¿dónde consiguió tu madre esas monedas? ¿Quién se las envió? Dímelo, muchacha, te estás muriendo, lo sabes bien, debes decirme quién se las envió…

Sus gemidos de desesperación ahogaron mis palabras, seguidos de un violento ataque de tos del que sabía que ya no se recuperaría. La muchacha estuvo presa de la tos y los estertores durante largo rato, hasta que ya no pudo respirar y luego, resollando, aspiró gradualmente el aire suficiente para iniciar otra ronda de expectoraciones. Grandes goterones de líquido y tejido brotaban de su boca y le caían por el mentón mientras yo contemplaba su oscura figura en las movedizas sombras. La menguante luz todavía se abría paso por la ranura, su ángulo decreciente a medida que trepaba inexorable por la pared, seguida imperceptiblemente por la lagartija como un leñador extraviado sigue unas huellas hasta su casa, como un alma liberada sigue el sendero de luz hasta su recompensa.

La tos de Matilda finalmente se redujo a un resuello, a una respiración trabajosa que ahogaba su voz, de modo que susurró las últimas palabras que comunicaría a un colega:

—Los brazos de Eusebia son largos.

Cuando salí a la hora del crepúsculo primaveral, la ligereza y efervescencia del aire, comparadas con la fétida pesadez de la celda, casi me abrumaron, y por unos instantes me sentí mareado y desorientado, deslumbrado por el color y la claridad de las cosas, y me dije que lo que había escuchado quizá fuera un sueño, un sueño espantoso. Ojalá, pensé, ojalá hubiera nacido en el legendario monte Atlas, donde dicen que los sueños no existen. Entonces miré hacia un lado y vi de nuevo al viejo galo, que salía de detrás del vertedero y se acercaba cojeando. Le miré fijamente, más por mi desconcierto interno que por algo concreto en él. Al atisbarme se detuvo, me saludó alzando pausadamente una jarra de barro y sonrió mostrando sus dientes negros y podridos.



III

Juliano sufrió un terrible golpe cuando se enteró de la incalificable traición de la emperatriz. Por ingenuidad o pura ceguera, no había caído en la cuenta de algo que todo el Imperio sabía: que los hijos del césar serían herederos del trono y eso haría peligrar la posición de Eusebia, pues el emperador, en lugar de aceptar al hijo de Juliano, podría sencillamente divorciarse de ella y tomar otra esposa que pudiera darle un hijo. De ahí su traición.

Juliano me ordenó que no revelara a nadie lo que me había contado Matilda. Mentí o, mejor dicho, me limité a decir parte de la verdad cuando Euterio me interrogó. Le informé de que la muchacha había muerto por causas naturales y que su caso estaba cerrado. El sagaz eunuco sospechaba que había algo más, estoy seguro, pero no dijo nada. Juliano, aunque conmocionado, se mantuvo por fuera tranquilo y eficiente, con un rostro que parecía ser ahora de granito. Su camino, sin embargo, era descender de un infierno a otro, pues a la semana de mi vuelta de Sens llegó la noticia de que algunos enemigos de Juliano de la corte del emperador, entre ellos Florencio, Pentadio y Pablo el Cadena, habían conseguido que Salustio fuera reclamado en Roma alegando que estaba poniendo a Juliano en contra del emperador. Se decía que Salustio estaba propalando el rumor de que el césar, no el augusto, era el más grande dirigente militar y civil del Imperio y el único salvador y restaurador de la Galia.

Las acusaciones eran ridículas, por supuesto, pues el taciturno Salustio raras veces expresaba su opinión sobre alguien o algo, y aún menos sobre el emperador. Pero los aduladores de Constancio, celosos del éxito de Juliano ante los germanos y la vieja y conservadora burocracia romana dentro de la Galia, atribuyeron su

eficiencia a los esfuerzos de Salustio. En realidad, no veían una forma mejor de poner la zancadilla al césar que privarle de la presencia del que durante largo tiempo había sido su consejero y amigo. Las astutas acusaciones que, expresadas en forma de elocuentes alabanzas a las aptitudes de Juliano, presentaban ante el suspicaz y paranoico emperador tuvieron el efecto de la sal marina frotada contra una herida abierta.

Al principio la noticia dejó perplejo a Juliano y Salustio reaccionó adoptando una actitud aún más taciturna de lo normal. Con todo, aun sabiendo que le enviaban a una muerte segura, no a la jubilación honorable y desahogada que tenía merecida por sus largos años de servicio al Estado, mantuvo el mentón alto y tardó menos de un día en guardar sus escasas pertenencias en un macuto de cuero que se colgó del hombro antes de despedirse. A Juliano le perturbaron la frugalidad de sus bienes y la prontitud de su partida, la cual retrasó un día más para organizarle una escolta de treinta legionarios montados y regalarle su propia armadura, retocada a toda prisa por el mejor herrero de la ciudad, junto con un pequeño cofre lleno de julianos de oro. No obstante, cuando todo estuvo listo y Salustio subió pesaroso a su caballo para partir, el semblante de Juliano se volvió extrañamente apacible. Salustio le miró con suspicacia.

—Juliano —dijo—, te prohíbo que hagas nada por mí. No permitiré que te pongas en peligro ni pongas en peligro la provincia haciendo enfadar a Constancio con este asunto.

—No te inquietes, viejo amigo, no te inquietes. Solo busco el bien de Roma.

Salustio siguió mirándole fijamente.

—Son palabras como esas las que hacen que me inquiete.

Juliano sonrió con tristeza y dio una palmada en la grupa del caballo.

—Adiós, Salustio. Conserva la vida. —Calló cuando el caballo inició el trote—. Volveremos a vernos.

Salustio se volvió y le miró enfurecido desde la silla.

Durante esos tiempos sombríos Juliano gozó de pocas alegrías y motivaciones. De hecho, si decidiera contabilizarlas, sumarían como mucho tres. La primera y principal, en realidad la verdadera

salvación de su alma, era el deseo de reducir su vida hasta la austeridad más pura. Mientras otros hombres en su situación buscaban casas en el campo, la costa o la montaña como refugio, y aunque quizá deseaba esas cosas, Juliano opinaba que las necesidades externas eran la marca del hombre corriente y superficial. De hecho, se enorgullecía de su capacidad para encontrar refugio en sí mismo cuando quería. En ningún otro lugar, decía, se refugia un hombre de los problemas con más silencio o libertad que en su propia alma, sobre todo cuando le inundan tantos pensamientos que, por el simple hecho de meditar sobre ellos, puede alcanzar inmediatamente una calma plena.

Como médico coincido y voy aún más lejos al señalar que esta calma plena no es otra cosa que el buen ordenamiento de la mente. Del mismo modo que los médicos siempre tienen sus instrumentos y cuchillos listos para casos que de súbito precisan sus habilidades, también el hombre necesita tener listos sus principios para comprender las cosas divinas y humanas, y para hacerlo todo, hasta lo más nimio, teniendo presente el lazo que une lo divino con lo humano. El hombre no puede hacer correctamente nada relacionado consigo mismo sin, al mismo tiempo, tener una relación con las cosas divinas. Y apoyándose en sus principios fundamentales, Juliano era capaz de limpiar su alma y liberar su vida del desorden y la distracción, lo que le permitía concentrarse en desarrollar el plan que iba a elevarlo a las alturas y hundirlo en las profundidades.

Así pues, proseguía con su rutina de siempre, mas ahora con una severidad y una dedicación que rivalizaban con las de los ascetas más rigurosos. Daba cabezadas breves y despertaba espontáneamente, y cuando se notaba cansado volvía a tumbarse, no sobre un lecho de plumas o bajo cobertores de seda de vivos colores, sino en un basto jergón urdido que los campesinos galos llamaban *susurna* y bajo una vieja manta de lana militar o, como Diogneto, sobre una tabla y una piel. Se decía que Alejandro Magno dormía con un brazo sobre una jofaina de bronce y una bola de plata en la mano para que, cuando se durmiera y sus músculos se relajaran, le despertara el sonido de la bola al caer. Juliano, sin embargo, no necesitaba de tales métodos artificiales para

despertarse cuando quería.

Era del todo indiferente al frío y el calor, y le daba lo mismo estar adormilado que despejado tras un buen sueño, ser criticado o elogiado. Me atrevería incluso a sospechar que mostraría por el hecho de estar agonizando el mismo interés que si estuviera haciendo cualquier otra cosa, pues para él morir era un acto más de la vida y le habría bastado con hacerlo bien, si esa era la tarea que había emprendido. Su moderación con la comida, básicamente vegetariana, era legendaria, y a veces aguantaba todo el día con una galleta de soldado, como si la idea de alimentarse hubiera abandonado su mente. Ni en los banquetes solemnes se prestaba a la práctica común entre los comensales de provocarse el vómito para poder seguir comiendo, ni aprobaba que se hiciera en su presencia.

Sin embargo, a pesar o quizá debido a los rigores físicos a los que voluntariamente se sometía, nunca le vi enfermar, salvo en una ocasión, cuando casi lo mató un brasero que le instalaron en su aposento. Ese invierno estaba siendo severo, sobre todo en comparación con el clima normalmente benigno de París, y el Sena criaba pedazos de hielo que parecían mármol, y en tal cantidad que casi formaban una senda continua de una orilla a otra. Juliano, por lo general, se negaba a que sus criados le caldearan la habitación, pues opinaba que el calor y la mala ventilación inducían al sueño, al cual no podía rendirse dadas todas las demás exigencias sobre su energía y tiempo. Esa noche, cuando finalmente permitió que le trajeran algunas brasas, sus temores se cumplieron y se durmió. Estando cerradas la ventanas, el humo pronto lo intoxicó, y fue únicamente por una feliz coincidencia que un escriba citado para trabajar lo descubrió tirado en el suelo, pálido y sin apenas aliento. Cuando yo llegué, Juliano ya había recuperado el conocimiento y me despidió agitando débilmente una mano, tras jurar que jamás volvería a permitir que se caldeara su habitación.

La decoración de sus dependencias era parca. Una cruz en la pared oeste para que recogiera la luz del sol naciente y, apiladas por los rincones, piezas arqueológicas cubiertas de polvo por las que había desarrollado un reciente interés: huesos extraños de criaturas gigantes, conchas de moluscos desconocidos halladas en cumbres

montañosas y, sobre todo, cabezas, torsos y otras partes corporales de ídolos diversos encontrados bajo tierra cuando sus ingenieros excavaban el suelo para construir nuevas murallas y edificios. En una ocasión, al toparme con un extenso depósito de lo que parecían fragmentos de sarcófagos desperdigados por el pasillo y la antesala, perdí la paciencia, no estoy seguro de por qué, hermano, quizá por el hecho de que reuniera vestigios de dioses muertos o, mejor dicho, inexistentes, actividad que me parecía frívola y fútil.

—Juliano —dije esforzándome por mantener un tono neutro pero directo—, tus colecciones se están convirtiendo en un peligro para tus guardias. El pasillo parece el cementerio de un pagano. El número de tus deidades griegas supera en mucho el de tus cruces.

—¿Más dioses paganos que cruces? —repitió distraídamente—. Como ha de ser.

—¿Por qué? —pregunté con suspicacia.

Juliano dejó de manipular con los documentos que inundaban su mesa y me miró sorprendido.

—¿Acaso un bocado de pan no basta para recibir la eucaristía? De acuerdo con los ortodoxos, hasta un pedacito de hostia basta para recibir toda la presencia y la gracia de Cristo. La gracia no se duplica si vuelves a hacer cola para recibir un segundo pedazo, ni se triplica si recibes tres. ¿Estás de acuerdo?

—Desde luego. Pero ¿adónde quieres llegar?

—A una cosa solamente: a que una cruz en la habitación basta para todos los propósitos de Dios.

—¿Y una estatua pagana no basta? —pregunté, algo molesto—. ¿Necesitas treinta?

—Ah, de modo que el problema no está en el desorden. —Contempló las hileras de cabezas y miembros mutilados con una expresión que juzgué de suma satisfacción—. Son muchas las deidades paganas. Y yo… en fin, como puedes ver, soy un coleccionista.

A la luz de velas y candiles proseguía con sus estudios de filosofía y poesía, y sus conocimientos abarcaban la extensa historia romana, tanto de los asuntos internos como de los exteriores. Aunque prefería hablar en griego conmigo y con quienquiera que conociera su lengua materna, también estudiaba latín en

profundidad, idioma que llegó a dominar con el tiempo. La verdadera vida de Juliano consistía en trabajar a la luz de un candil, como el viejo héroe Demóstenes, cuyos adversarios habían asegurado con sarcasmo que sus oraciones olían a aceite. Y al candil se mantuvo unido incluso la noche de su muerte.

También en aquel tiempo desarrolló sus habilidades retóricas declamando interminablemente en los baños, por las noches, y entablando debates simulados consigo mismo o con uno o dos instructores, mientras yo u otro de sus amigos opinaba y hacía observaciones. En este campo consideraba que el éxito estribaba no en impresionar a los eruditos, sino en conmover al soldado de a pie, al hombre tosco privado de una educación formal pero bendecido con un sentido común infalible. Por consiguiente, aprendió y ensayó expresiones y giros que habrían dejado frío a un retórico profesional porque estaba convencido de que llegarían al corazón del soldado corriente. Como respuesta a mis dudas sobre la utilidad de sus esfuerzos, me recordó que a Aristóteles, el más grande teórico de la retórica, lo había contratado el gran Filipo de Macedonia para que instruyera a su hijo Alejandro, el más grande de los generales, y a partir de ahí hacía siglos que se reconocía que la elocuencia era una condición indispensable para el éxito militar. Calificaba de enorme error que en la educación moderna ese aspecto hubiera quedado olvidado. Apuntaba hacia arriba dirigiendo su retórica hacia abajo, a los hombres de armas que le apoyaban.

Su segunda fuerza motriz, después de reducir su vida a los principios esenciales, era la religión, y de la fe cristiana era fiel defensor y contribuyente económico. El obispo de París era un invitado frecuente a su mesa y un colega en animadas discusiones, especialmente sobre la Trinidad, tema que interesaba y preocupaba sobremanera a Juliano. En el quinto aniversario de su ascenso a césar, se celebró en el palacio una gran fiesta, pero Juliano se concentró, sobre todo, en preparar un solemne oficio en la catedral de Vienne, la primera ciudad de la Galia a la que había llegado un lustro atrás. A fin de conmemorar la pericia del césar para unificar a los pueblos y ejércitos bajo su mando, el obispo local, pasable músico aficionado, reunió cuatro coros fuera de la catedral para cantar fragmentos del oficio en las cuatro lenguas bíblicas: hebreo,

latín, el griego de los Evangelios y ese dialecto indocumentable, el habla de los lunáticos poseídos por los demonios. Bajo la dirección hábil del obispo, la música de este conjunto de coros combinado se elevó hasta los cielos en un ritmo y contrapunto perfectos. Lo que vino a continuación, sin embargo, fue menos armonioso, pues los tres coros cuerdos entraron en la iglesia para seguir con su cometido, mientras a los lunáticos se les obligaba a guardar silencio fuera de la nave. Semanas más tarde, en la festividad de la Epifanía, Juliano celebró otra solemne misa presidida conjuntamente por los obispos de Vienne, Sens y París, y ofreció una absolución general de los pecados que los asistentes agradecieron profusamente. En esta ocasión exhibía una magnífica diadema con incrustaciones de piedras preciosas, muy diferente de la corona barata que luciera cinco años atrás, al comienzo de su reinado, y que le daba el aspecto del presidente de un encuentro atlético local.

Esa misma noche, la pobre Helena falleció de la enfermedad de estómago que llevaba tiempo padeciendo. Abandonó este mundo, no obstante, con una sonrisa en el rostro, siendo su último pensamiento, sin duda, que no tardaría en reunirse con la carne de su carne que se había ido al cielo cuatro años antes que ella, si es que puede decirse que los no bautizados, aun siendo niños inocentes, pueden entrar en el Reino, tema sobre el cual, hermano, tú estás más capacitado que yo para opinar. Poco después recibimos la noticia de que la emperatriz Eusebia había muerto en Roma un día después que Helena. Ambos maridos derramaron lágrimas, no me cabe duda, pero es imposible determinar qué proporción vertieron por cada una de las mujeres.

En cuanto a la tercera fuerza motriz de su vida, en aquel momento yo ignoraba, aunque lo comprendí mucho después, que su principal motivación, de hecho la esencia de su ser, era de naturaleza impía. El motivo de la determinación que le impulsaba a levantarse cada mañana y trabajar todo el día y mitad de la noche hasta reventar era tan indigno de un filósofo, aunque quizá tan propio de un César, que no me sorprende que no se me ocurriera durante aquella época en la Galia. Sin embargo ahora, cuando escribo transcurridos ya algunos años, poseo la visión y la sabiduría para reconocer y nombrar lo obvio, su tercera motivación, el

auténtico estímulo de su existencia.

La sed de venganza.

En aquel entonces, sin embargo, no tuve ocasión de reflexionar sobre ese aspecto porque fue por esa época, justo después de mi regreso de Sens con las noticias sobre la hija de la comadrona, cuando tuvo lugar otro suceso que se convirtió para mí en tema de mayor preocupación. Una noche de insomnio, me dirigí a los aposentos de Juliano en busca de compañía, sabedor de que lo encontraría despierto y probablemente con ganas de charlar. Cuando llegué, no obstante, hallé la puerta cerrada, y por ella se filtraba una conversación. No eran las pausas y exclamaciones efectistas que hacía cuando ensayaba sus discursos, sino una charla animada, casi una discusión. Dudando si interrumpirle, al final me senté en un banco del pasillo hasta que la llegada de un escriba citado para anotar los dictados de Juliano me sacó de mis pensamientos.

De repente se me ocurrió que quizá Juliano estuviera dictando.

—Creo que está ocupado con tu predecesor —advertí al escriba cuando se disponía a abrir la puerta—. No interrumpas al césar hasta que haya terminado.

El hombre me miró extrañado.

—No puede ser —dijo—. Soy el primer escriba que ha citado esta noche.

Sorprendido, me levanté y seguí al hombre hasta el interior de la sala, donde descubrí a Juliano sentado a su mesa, nervioso, con los libros cerrados y apartados a un lado y una mirada vacía, casi empañada, en los ojos. No había nadie más en la habitación. Fue la primera noche de las muchas que, a partir de ese momento, lo encontraría hablando solo.



IV

Juliano dejó caer la mandíbula sin apartar la mirada del viejo Euterio, quien, por primera vez desde que lo conocía, había perdido su inquebrantable calma.

—¿La mitad de mis soldados? ¿*La mitad*? —bramó el césar mientras el turbado eunuco trasladaba el peso del cuerpo de un pie a otro y se retorcía las manos.

—Son órdenes que ha traído el tribuno Decencio, señor —respondió Euterio—. Yno solo la mitad de tus soldados, sino la mejor mitad. El emperador ha especificado que los erulos, los bátavos, los celtas y los petulantes sean transferidos en su totalidad, así como trescientos hombres más tomados de cada una de las otras unidades del ejército. También debes enviar al emperador los mejores *scutarii* y *gentiles* de tu guardia personal. Decencio se aloja en el palacio del prefecto de la ciudad y está aguardando una respuesta a esta petición a través de… de Síntula.

Juliano levantó la cabeza de golpe.

—¿Síntula? ¿El escudero jefe? ¿Las órdenes fueron enviadas a mi escudero?

—No exactamente, señor… fueron enviadas al comandante de caballería Lupicino, pero comuniqué a Decencio que actualmente se hallaba en Britania con los auxiliares, sofocando una revuelta de los pictos. Así pues, las órdenes se entregaron al segundo destinatario de la carta, Síntula, quien, lamento decir, se ha apresurado a obedecerlas y se halla ahora seleccionando a los mejores soldados de tus legiones.

A Juliano le habían pillado desprevenido, pero recuperó la calma casi al instante. El emperador, como autoridad suprema del Estado, tenía todo el derecho a saltarse la jerarquía y transmitir sus

órdenes a subordinados de rango inferior, pero este era un caso sin precedentes, irregular, que los libros de derecho describían como *summum ius, summa iniuria*: un derecho llevado al extremo puede ser una injusticia.

Juliano apretó la mandíbula.

—Haz venir ahora mismo a ese Decencio —ordenó secamente. Euterio abrió los ojos de par en par y se dispuso a abandonar presuroso la habitación cuando Juliano le detuvo—. Ah, Euterio —añadió lenta y pensativamente—, haz venir también a Oribasio para una consulta. —Al ver mi expresión interrogativa, desvió la mirada —. Hace tiempo que no hablo con mi viejo amigo —explicó con voz queda antes de inclinar de nuevo la cabeza hacia su trabajo.

Al parecer, la idea que tenía Decencio de «ahora mismo» difería de la de Juliano, pues el tribuno se hallaba holgazaneando en su cuarto cuando Euterio llegó, y el hombre insistió en que después de tan largo viaje se le permitiera echar una cabezada y asearse antes de ir aver al césar. Además, dijo, él trataba con Síntula y no veía la necesidad de responder a la petición de Juliano; si accedía a reunirse con él, sería según sus condiciones, no las del césar.

Seis horas más tarde, pasada la medianoche, entró insolentemente en el despacho de Juliano con la idea, sin duda, de sorprenderle cansado e impaciente por lo tardío de la hora, pero en este caso fue él quien se llevó la sorpresa, pues Juliano acababa de despertar de su cabezada y se encontraba charlando conmigo, descansado y relajado como un niño. El tribuno ocultó su sorpresa y tras una reverencia precipitada se sentó sin ser invitado y contempló con patente desagrado las paredes desnudas y el humilde mobiliario del espartano despacho.

Juliano le miró fijamente unos instantes, como si estuviera evaluándolo. El hombre era un cortesano de alto rango de Constancio acostumbrado a recibir misiones delicadas y visiblemente harto de su labor en lugares remotos como París, pero no del elegante estilo de vida del que, por su cargo, disfrutaba en Roma. Era un hombre grande, cuyas carnes se habían vuelto blandas por años de inactividad, pero poseedor todavía de un cuerpo robusto y del porte majestuoso del senador que una vez fue. La delicada tela de su toga y la exquisita calidad de los anillos que

lucían sus manos contrastaban con el aspecto sobrio, casi deliberadamente descuidado, del césar, que alguien podría atribuir al dolor por la pérdida de Helena pero que en realidad se debía a su negativa a malgastar tiempo o dinero en cosas superficiales. Finalmente, Juliano se permitió una sonrisa maliciosa al mirar al hombre a los ojos.

—Gracias por tu visita, tribuno. Puedes hacer libre uso de mis servicios e instalaciones durante tu estancia en París. Podría incluso organizarte una visita a nuestras guarniciones y campamentos vecinos.

Esta vez a Decencio le resultó imposible ocultar su asombro, pues había esperado una reacción hostil. No obstante, se recuperó deprisa de la sorpresa.

—No veo necesidad de alargar mi estancia aquí. He transmitido mis órdenes a Síntula y partiré en cuanto los soldados estén listos.

Juliano asintió lentamente.

—Me han informado de las órdenes del emperador y estoy impaciente por satisfacer su voluntad. No obstante, como bien sabes, durante los últimos cinco años he pasado mucho tiempo en el campo, entrenando y haciendo campaña con mis soldados, y siento un gran cariño por ellos, como un padre por sus hijos. Y tal como haría un padre, me preocupa su bienestar, tema que el augusto, pese a su sabiduría, quizá no haya previsto. ¿Puedo preguntar, por tanto, qué planes tiene el emperador para mis hombres?

Decencio le miró con cautela, como si intentara discernir si tras esa pregunta se ocultaba una traición, pero al no percibir ninguna finalmente se encogió de hombros.

—No veo razones para ocultártelo. El emperador desea situar a tus soldados galos en la vanguardia de su campaña contra Persia. El rey Sapor ha atacado nuestras fronteras orientales y las legiones del este necesitan refuerzos. El emperador ha llegado a la conclusión de que en la Galia no existe amenaza de guerra, pues los bárbaros han abandonado sus intenciones de seguir atacando, evidentemente por temor a las represalias. La reputación de sus soldados galos se ha extendido más allá de los confines de la región, incluso hasta la corte de Sapor, que tiembla ante la idea de enfrentarse a los valerosos galos de Constancio. De ahí su decisión de transferir

tropas que no necesitas a sus generales del este.

Juliano abrió los ojos de par en par y guardó silencio mientras asimilaba la información.

—Como ya he dicho, estoy impaciente por cumplir las órdenes del emperador. Hay, sin embargo, un pequeño asunto legal que resolver. Cuando recluté a los soldados galos que el emperador solicita, fue con la condición expresa de que nunca tendrían que ir a regiones situadas al otro lado de los Alpes. No soportan la idea de que los alejen de su hogar. No solo su traslado al este sería una violación de dicha condición, sino que mi futura capacidad para reclutar auxiliares galos se vería perjudicada si temen que puedan enviarlos a tierras cálidas, lejos de sus familias.

Decencio se encogió de hombros antes de ponerse en pie.

—Tus acuerdos privados con los bárbaros no son de mi incumbencia ni tienen peso alguno en las órdenes del emperador. Probablemente por eso la petición no iba dirigida a ti, sino a Lupicino y Síntula. Se te ha liberado de toda responsabilidad y me atrevo a decir que te convendría abstenerte de hacer algo por impedir el traslado. Buenas noches.

Y sin el menor gesto o inclinación, el hombre salió de la estancia.

Juliano hirvió de indignación unos instantes antes de dar un fuerte golpe en la mesa que hizo que algunos pergaminos salieran volando. Me levanté asustado.

—¡Maldita sea, Cesáreo! ¡Invadir Persia con *mis* soldados! Ese hombre está loco, loco. ¿Qué podría ganar el emperador con semejante empresa?

—Necesita hacer algo relevante, Juliano —dije con calma—. Constancio lleva más de una década en el poder y todavía no ha ido a la guerra ni conquistado territorios importantes…

—¿De modo que todo esto es para los libros de historia? —me interrumpió Juliano mientras comenzaba a pasearse de un lado a otro—. ¿Se está incautando ilegalmente de mis tropas para reforzar su reputación?

—Ilegalmente, no. Es el emperador.

Juliano se volvió de pronto.

—También el emperador está obligado a mirar por los intereses

del Imperio —farfulló—. No es Nerón, por todos los santos, ¡es el hijo de Constantino!

—¿Acaso eso le exime de la ambición?

—No, pero tampoco le exime del buen juicio. Las provincias del oeste viven seguras y en paz, el dinero y el comercio circulan, y a los persas se les puede mantener fácilmente a raya con algunas negociaciones hábiles y un par de guarniciones. ¿Está dispuesto a poner en peligro todas esas vidas, todo ese tesoro, todo lo que hemos obtenido durante los últimos cinco años por una aventura disparatada, únicamente para que su nombre salga en los libros de historia? ¡Cesáreo, está loco!

—Y tú estás dispuesto a desestabilizar el Imperio al desobedecerle. ¿Quieres agravar su error?

Juliano se hundió en su silla, absorto en sus pensamientos, sopesando sus desagradables opciones. Si algo había aprendido de Salustio, de su fe cristiana, con los años, era que la autoridad debía respetarse… pero ¿hasta qué punto? ¿Hasta el punto de ir contra sus propios valores, contra su patriotismo? ¿Hasta el punto de poner en peligro la seguridad de la propia Roma?

La noche fue larga e insomne para Juliano y sus consejeros y cortesanos, y yo finalmente me retiré a mi cuarto. Por el camino estuve a punto de chocar con Oribasio, que se dirigía a ver a Juliano para la consulta solicitada. Le interrogué amablemente, pues era extraño que el letárgico médico estuviera levantado y, para colmo, pareciera tan lleno de energía a esas horas, pero se limitó a sonreír enigmáticamente antes de entrar en el despacho. Por iniciativa del complaciente Síntula, ya se estaban haciendo los preparativos para la partida de los soldados. Nerviosos, los hombres seleccionados, o cuando menos aquellos que sospechaban que sus compañías iban a ser seleccionadas, habían empezado a reunirse. Lo peor, sin embargo, eran los lamentos. Como bien sabes, hermano, las tropas auxiliares no sirven en su región sin un abundante número de acompañantes, sus esposas e hijos, a veces incluso sus madres y demás familiares, así como gran cantidad de mujeres entregadas a relaciones menos lícitas pero igual de ruidosas cuando se acerca la hora de la partida de sus hombres. De ahí los lamentos.

Con la llegada del alba, los lamentos se intensificaron, por

motivos que descubrí cuando salí a la calle. Algunos grupos sin identificar habían producido, en un brevísimo período de tiempo, gran número de copias de una carta secreta dirigida a los petulantes, los celtas y otras tropas de las que se rumoreaba que iban a ser enviadas al frente del este. La carta contenía espantosas acusaciones contra el emperador Constancio y quejas por su traición a los fieles galos y la vergüenza impuesta a Juliano. «Nos llevarán a los confines de la tierra como vulgares criminales —decía el texto en un latín basto y en un galo igualmente tosco escrito con letras griegas—, y nuestras amadas familias, a las que hemos liberado de su anterior yugo únicamente mediante una lucha a muerte, volverán a ser esclavas de los alamanes». La carta proseguía con calumnias perversas y obscenas sobre el emperador que no me atrevo a repetir aquí, y tanto inquietó a los consejeros de Juliano, temerosos de que culparan al césar de tan difamatorio lenguaje, que, junto con la cohorte de Decencio, intentaron interceptarla antes de que se extendiera.

Al principio, los grupos se habían limitado a lanzar algunas copias, atadas a piedras, a los campamentos de los legionarios, pero el impacto de su lenguaje pronto se hizo patente. Los soldados, después de leer el texto, procedieron a copiarlo para hacerlo llegar hasta la mismísima ciudad de París. Esa noche, se vieron sombras pegando apresuradamente copias en esquinas y paredes e incluso escribiendo el texto con tiza al pie de monumentos cuando los ejemplares empezaron a escasear.

La ciudad estaba soliviantada. Juliano permanecía encerrado en su despacho y solo recibía a Oribasio, que entraba y salía furtivamente de la estancia con la elegancia que le permitía su pesada constitución. Incluso desoyó a Decencio cuando este regresó a palacio, enfurecido, para exigir que se eligiera de inmediato a los soldados destinados a Constancio y se pusieran en marcha antes de que cartas similares llegaran a las guarniciones remotas. El césar se limitó a contestar, a través de Oribasio, que las órdenes del emperador iban dirigidas a Lupicino, quien seguía ausente, y a Síntula, que para entonces estaba abrumado y temía la reacción de los soldados, y que a ellos les correspondía actuar; él se lavaba las manos. Decencio regresó a sus aposentos hirviendo de ira.

Multitudes de mujeres indignadas y seguidores de los campamentos empezaban ahora a congregarse en las plazas principales de la ciudad, y aunque era de día muchos portaban antorchas encendidas. Los guardias del prefecto, sobrecogidos por la turba, se limitaron a proteger sus propios cuarteles, situados junto al palacio, cediendo el resto de la ciudad a las beligerantes multitudes. Las mujeres gritaban consignas que viajaban de una calle a otra mientras se prendía fuego a las efigies del emperador y Decencio, un delito capital en el caso de que se apresaran a los instigadores. Juliano seguía encerrado en su despacho, si bien era imposible que los gritos y lamentos de la muchedumbre no atravesaran las paredes más gruesas del palacio, y que los alaridos de los atemorizados criados que corrían de un lado a otro levantando barricadas en las puertas no hubieran llamado su atención. Se limitó a ordenar, a través de Euterio, que en la ruta hacia el este los soldados fueran acompañados de los carros del correo imperial cargados con sus esposas e hijos legítimos hasta donde estuvieran sus hogares, a fin de que la separación fuera menos dolorosa para todos y calmar ligeramente los ánimos. La orden fue recibida con risas y burlas por parte de las multitudes, indignadas por el hecho de que Juliano pareciera haber cedido a la desvergüenza de Constancio.

Finalmente, en torno al mediodía, Decencio regresó al palacio disfrazado y acompañado de una guardia numerosa, e irrumpió sin avisar en el despacho, donde encontró al césar aguardándole tranquilamente.

—¿Qué significa este alboroto? —gritó Decencio—. ¿Es que no tienes control sobre la gente que gobiernas?

—Está visto que no —contestó Juliano con calma—, dado que el emperador ha considerado conveniente arrebatármelo y entregarlo a mis subordinados.

Decencio farfulló:

—París es escenario de una agitación que pronto derivará en una carnicería. Exijo que restaures el orden para que podamos reunir a los soldados y las provisiones.

Juliano le miró pensativo.

—Estás ciego si crees que es tan fácil silenciar París mientras

rompes el compromiso de Roma para con los soldados. Si insistes en cumplir las órdenes del emperador, y repito que no haré nada para impedírtelo, te aconsejo que los reúnas en una zona alejada. Ve a Sens o Vienne, o incluso a Estrasburgo, y evita la confrontación con los seguidores del campamento. Si no lo haces, estarás llamando al desastre.

Decencio montó en cólera.

—Tus palabras son traidoras y se informará debidamente de ellas al emperador. Estás proponiendo que Constancio huya de una muchedumbre de mujeres y niños, que reúna un ejército victorioso a partir de un puñado de cabañas de algún pueblo remoto, que sus legiones huyan de la Galia en la oscuridad de la noche. No pienso hacer tal cosa. Si, como aseguras, estás dispuesto a ayudarnos en esta tarea, ordenarás que todos los funcionarios civiles y militares se reúnan frente al palacio dentro de tres días para organizar oficialmente la provisión de soldados y avituallamiento. La presencia de los funcionarios refrenará la ira de los soldados y estos, a su vez, controlarán a sus revoltosas esposas e hijos. De lo contrario, llegaré a la conclusión de que les apoyas.

Juliano asintió servilmente y sonrió.

—Así se hará, señor tribuno.

Decencio le contempló enfurecido y salió del despacho por tercera y última vez. Juliano me miró con cara de resignación mientras yo me maravillaba de su serenidad pese a la agitación que reinaba en la ciudad.

—Espero que haya una vida después de esta —comentó—, porque puede que mañana, a estas horas, nosotros y medio París estemos allí.

Le miré sorprendido.

—¿Acaso lo dudas? —pregunté.

—No dudo de los dioses. De los hombres, ya es otra cuestión.

—¿Los dioses?

Juliano sonrió y señaló el montón de deidades polvorientas que invadían la estancia.

—Es una forma de hablar, Cesáreo, solo una forma de hablar.

La agitación de París se extendió rápidamente a los distritos circundantes y luego a las guarniciones y campamentos vecinos. La

calumniosa carta, sometida para entonces a varias revisiones, apareció en cuestión de dos días clavada en todos los pueblos contenidos en un radio de cien millas desde París. Cuando los soldados recibieron la orden de personarse en la ciudad y abandonaron barracones y cuarteles, sus familias, presas del pánico, trataron de detenerles y actuaron como si esperaran el inminente regreso de Cnodomar. Los soldados marchaban malhumorados por los caminos mientras sus esposas trotaban jadeantes a su lado, abrazadas a sus hijos y suplicando a sus hombres que no las dejaran a merced de la rapiña de los germanos. La carta estaba teniendo un efecto que superaba con creces las expectativas de sus anónimos autores.

Los primeros escuadrones empezaron a llegar a la ciudad abriéndose paso entre el gentío y los animales de carga. Juliano abandonó su despacho y sus consultas privadas para cabalgar hasta los arrabales afin de darles la bienvenida. Lo hizo efusivamente, abrazando a los hombres y oficiales con quienes había hecho campaña o entrenado en el pasado, elogiándoles por el valeroso servicio que habían prestado bajo su mando. Fiel a la promesa hecha a Decencio, les rogó que fueran leales a sus nuevos comandantes, quienesquiera que fueran, y les aseguró que se les recompensaría generosamente por su sacrificio. Las dos noches previas a la asamblea oficial, celebró un banquete para los oficiales, brindó con ellos por su nueva empresa y les preguntó si tenían alguna petición, que haría lo posible por satisfacer. Los invitados, sorprendidos al principio por la serena resignación de Juliano ante semejante desbaratamiento de las fuerzas de la Galia, se marcharon animados pero, al mismo tiempo, apesadumbrados por tener que abandonar no solo su tierra natal, sino también a un general tan noble.

Todo iba bien, tanto que incluso el propio Decencio se mostró satisfecho del progreso obtenido, hasta que cayó la noche y llegó la hora que ha sido la ruina de tantos planes. Con la oscuridad se avivaron los miedos y la imaginación de los soldados, alimentados además por la tensión del pueblo, que llevaba tres días negándose a dispersarse y seguía congregado en las calles y foros, ahora sucios y malolientes. Por los albañales corrían las heces de miles de mujeres

insomnes que habían seguido a sus hombres desde el campo. Los berridos de cientos de niños asustados por las antorchas y los espíritus malignos que parecían flotar sobre la ciudad quebraban el silencio de la noche.

En torno a la cuarta guardia la gente ya no pudo aguantar más, y ya fuera por instigación de cabecillas secretos o por la presión de los temores autoalimentados, estalló la rebelión. Los guardias españoles apostados alrededor del palacio para proteger al césar fueron superados y pisoteados, y las multitudes enfurecidas se dirigieron en manada hasta los muros del edificio, aplastando entre las piedras y sus cuerpos a los desafortunados que se hallaban en las primeras filas, la mayoría mujeres jadeantes y sudorosas, a las que se sumaron muy pronto miles de auxiliares acuartelados en la ciudad para pasar la noche. Encendieron y alzaron más antorchas, y el aire se inundó de aullidos cuando el pelo y la ropa de algunos prendieron y las llamas se extinguieron rápidamente, junto con la vida de sus víctimas, bajo los pisotones de la multitud. El palacio estaba rodeado y sitiado. Corrí desde mis dependencias del ala norte hasta el despacho de Juliano, donde irrumpí en el momento en que levantaba la vista borrosa de su lectura, los párpados medio caídos, como si estuviera despertando de un sueño. Al verme meneó la cabeza para despejarse y se levantó tambaleante.

—Gracias a Dios que has venido, Cesáreo. Menudo sueño acabo de tener…

Le miré exasperado, preguntándome cómo había sido capaz de quedarse dormido en medio de semejante agitación y cómo, incluso ahora, su principal deseo era contarme uno de sus interminables sueños. Una consigna, casi imperceptible, empezó a filtrarse como un gas nocivo por los gruesos muros del palacio.

—Juliano —comencé—, la multitud…

—Cesáreo, el espíritu guardián, la mujer de la que te hablé, se me ha vuelto a aparecer. Lo hizo como antes, portando un bulto, Cesáreo. Era la misma, la diosa…

La consigna sonaba cada vez más fuerte, más apremiante, y le miré impaciente.

—Juliano —insistí—, te están llamando. La ciudad está alborotada, hay que hacer algo.

Pero Juliano se hallaba en trance, con una media sonrisa en la cara, mirando a través de mí como si la sombra fuera yo y no el fantasma que le rondaba.

—Me ha hablado, Cesáreo, por primera vez me ha hablado, y su voz era como una luz, como un hechizo, pero más que oírla la sentí, sentí que me penetraba, y aunque me estaba reprendiendo sus palabras eran tranquilizadoras, dulces como la miel…

Comprendí entonces que estaba fuera de mi alcance, que nada iba a disuadirlo de su locura y que la forma más rápida de abordar el problema de la agitación popular era instarle a que soltara su relato lo antes posible.

—¿Qué te dijo?

—Me riñó, como una madre a un hijo caprichoso. «Juliano», dijo, «llevo tiempo observándote en secreto, deseando elevarte aún más, pero siempre recibo tu rechazo. Si tampoco ahora soy bienvenida, me marcharé triste y desalentada».

—No comprendo…

—Dijo algo más —prosiguió Juliano, y yo comencé a desesperarme, pues la consigna se oía cada vez más fuerte y las sílabas hasta entonces ininteligibles empezaban a tomar forma y significado—. Dijo: «No lo olvides, Juliano: si vuelves a rechazarme, dejaré de morar en ti».

—Solo era un sueño, un sueño enigmático —observé.

—No, amigo mío, no era un sueño, era una visión que no tiene nada de enigmática, una visión clara como ninguna otra de las que he tenido. ¡Escucha!

Por primera vez me percaté de que también él era consciente de la consigna, del amenazador sonido que había empezado a abrirse paso en el palacio, rodando y resonando por los pasillos y antecámaras, ganando fuerza, como una ola que avanza hacia una playa abierta, a medida que se sumaban voces. Al instante cien mil lenguas bramaban desde todas las calles y rincones de la ciudad en una milla a la redonda. Antorchas y palos se agitaban al ritmo de las vocales del nombre de Juliano y del tremendo, traidor epíteto que le habían añadido y al que solo el emperador supremo tenía derecho: «¡Juliano augusto! ¡Juliano augusto!». La idea de una rebelión contra Constancio era una locura, un suicidio, pues el

poder y la lealtad del ejército galo creado por Juliano durante los últimos cinco años no eran nada comparados con las fuerzas que el emperador podía reunir a partir de sus legiones del Danubio y del este con solo chasquear los dedos. Juliano, no obstante, se mantuvo impasible, y a medida que salía de su estado de somnolencia advertí que su semblante adquiría una expresión de alerta y se detenía a escuchar los gritos que llegaban del exterior.

Las masas gritaban su nombre y el título prohibido, decididas a no dejarse desanimar. Dos oficiales entraron en el despacho para rogar a Juliano que hablara desde el balcón a los soldados y los seguidores de los campamentos antes de que destruyeran la ciudad. Las mujeres, dijeron, habían empezado a desmontar el palacio piedra a piedra, y los últimos en llegar, frustrados por no poder alcanzar el muro, habían procedido a arrancar las losas de las calles y las tejas y canalones de los tejados de los edificios vecinos. Estaban desarmando París pieza a pieza.

Juliano escuchó en silencio y luego asintió. Flanqueado por la pareja de oficiales, salió del despacho y recorrió los pasillos seguido de un pequeño destacamento de arqueros petulantes que también habían forzado su entrada en el edificio. Yo caminé detrás hasta al gran balcón que dominaba el foro, donde Juliano acostumbraba recibir a dignatarios y dirigirse al pueblo para hacer grandes declaraciones y en acontecimientos religiosos. Después de abrirle la amplia puerta de doble hoja, prácticamente lo empujó hasta la barandilla de piedra un guardia cada vez más nervioso, que luego retrocedió y se colocó detrás como si quisiera impedir la fuga de un prisionero, aunque Juliano no tenía la menor intención de fugarse. La escena que apareció ante nuestros ojos era impresionante.

El foro estaba abarrotado de muro a muro, la primera mitad por miles de mujeres que llevaban a sus hijos llorosos sobre los hombros o la cabeza, a salvo de la presión de las masas pero expuestos al peligro de las ondeantes antorchas. Las mujeres levantaban la vista agotadas, pálidas y ojerosas, con el cabello despeinado y grasiento, los labios secos después de tres días en la plaza sin más alimento y bebida que lo que obtenían de residentes y espectadores solidarios. Detrás, atestando la otra mitad del foro, llegadas de todas las calles adyacentes, estaban las legiones auxiliares con sus banderines,

como si hubieran marchado a la par para sumarse a la revuelta. Los hombres se colgaban peligrosamente de las cañerías y canalones, trepaban y abarrotaban los tejados por encima del gentío, y los más intrépidos se aferraban a los salientes de las paredes que podían acoger un dedo o un pie. Todos entonaban la aterradora consiga como con una sola voz: «¡Juliano augusto! ¡Juliano augusto!».

Cuando las puertas del balcón se abrieron y apareció Juliano, la consigna nos empapó como un aguacero, y todos los rostros, iluminados por el fuego de las antorchas, se volvieron hacia nosotros. La gente tardó unos instantes en percatarse de la identidad del hombre del balcón, y con gritos de reconocimiento y victoria se impulsó hacia delante, a pesar de que un momento antes se hubiera dicho que estaban tan apretados que les sería imposible dar un solo paso. Chillidos y exclamaciones de dolor llegaron a nuestros oídos procedentes del muro situado debajo del balcón, el cual se hallaba fuera de nuestro campo de visión pero lo bastante cerca para que pudiéramos oír el sufrimiento de los que estaban siendo aplastados.

La consigna alcanzó un volumen ensordecedor y las paredes temblaron con las reverberaciones. Juliano contempló a la multitud y, aunque yo no podía verle la cara, supe, como si le estuviera mirando directamente, que había adoptado su expresión de dirigente militar inescrutable. Cuando la noticia de su comparecencia llegó a todos los rincones del foro y las calles adyacentes, el ruido aumentó. El entusiasmo popular alcanzó entonces una intensidad febril y todos gritaron y señalaron el balcón. Al cabo de un momento, sin embargo, mientras Juliano permanecía inmóvil contemplando a la multitud, se hizo el silencio, quebrado únicamente por el llanto distante de niños asustados que descansaban sobre la cabeza de sus madres.

—El deber de un soldado es obedecer a su general —afirmó Juliano en un latín comedido, sin rodeos, con una voz clara que viajaba fácilmente por encima de las cabezas del gentío y rebotaba en los muros de los edificios que rodeaban el foro—. Así han obrado siempre mis soldados y su lealtad conmigo ha sido recompensada convirtiéndose en la mejor fuerza militar del Imperio del oeste, invencible, conquistadora de los germanos y de todos los pueblos

bárbaros del norte.

De los rincones más remotos del foro llegaron algunas ovaciones. La mayoría de los soldados, sin embargo, permaneció tan inmóvil como Juliano, a la espera de sus siguientes palabras. Las mujeres de la mitad frontal del foro mostraban, en el mejor de los casos, rostros impávidos y, en el peor, hostiles.

—El deber del pueblo es obedecer a su césar —prosiguió, y entonces comprendí qué estaba haciendo: estaba tanteando las aguas como hace un orador experto, dudoso del grado de atención o de simpatía de su público—. También en esto el pueblo del Imperio del oeste ha cumplido, construyendo para él París, la ciudad más importante de la Galia, célebre por sus bibliotecas y edificios públicos y por su *total y absoluta lealtad a Roma*…

Un murmullo emergió entre los presentes, no lo bastante sonoro o apremiante para que Juliano pudiera hacerse una idea precisa de su postura o de hacia dónde debía conducirlos, sino un murmullo más bien tenso, un adelanto de la que imaginaban iba a ser la declaración concluyente, el último punto de la trilogía del deber que Juliano estaba describiendo a sus súbditos.

—Y el deber del César…

—La multitud contuvo la respiración.

—… Es honrar y obedecer al emperador Constancio augusto.

Un rugido surcó las masas, agudo al principio, pues las mujeres fueron las primeras en reaccionar, y más fuerte y grave a medida que las palabras alcanzaban los oídos de los soldados y mercaderes cuyas vidas tanto dependían de las acciones del césar. Era un rugido de ira, de exasperación e impotencia, y el gentío avanzó y retrocedió cuando algunas personas intentaron moverse, correr, actuar, impedidas por la presión de la multitud que maldecía y bramaba. Por el aire empezaron a volar objetos, al principio fruta, pan, ropa y desechos de la calle, pero luego, cuando los alborotadores treparon a los edificios de la plaza y comenzaron a destrozar los tejados y paredes, cosas más peligrosas, como tejas, ladrillos y piedras. Gritos de dolor y cólera llenaron el aire y las mujeres nos miraban con expresión de pánico.

—Juliano —grité abriéndome paso entre los guardias hasta el balcón. La majestuosa estatua de bronce de Julio César que ocupaba

el centro del foro empezó a tambalearse inquietantemente sobre su pedestal—. Están destruyendo la ciudad y el ejército no tardará en ayudarles. A menos que aceptes lo que te ofrecen, lo perderás todo. ¡Te matarán!

Sus ojos brillaban de una forma extraña, como el fuego, y me miró severamente. Tenía crispadas las comisuras de los labios y las venas se destacaban en su frente. Se hallaba bajo una presión tremenda, pensé, más de la que ningún mortal debería tener que soportar. Se volvió de nuevo hacia la multitud y alzó la mano para pedir silencio.

Nada ocurrió y la desesperación se apoderó de mí. Solo las primeras filas se dignaban a mirarle, mientras que los hombres de los tejados y el fondo del foro habían enloquecido. Lanzaban materiales de los edificios a sus camaradas e insultos al emperador Constancio. Juliano alzó aún más la mano y pidió silencio, pero fue en vano, pues nadie oyó sus palabras, que parecían salir de una garganta seca. La escena era una pesadilla.

Sin vacilar, Juliano retrocedió, hizo señas a los arqueros y seis de ellos, los que cabían codo con codo en el balcón, se adelantaron. Al grito de una orden que solo ellos pudieron oír, descolgaron las ballestas de sus hombros y con un único gesto tesaron las cuerdas de tripa y encajaron las gruesas y temibles saetas. Yo nunca había visto disparar esas armas en momentos de agitación o combate, pero me habían hablado de lo que eran capaces: un arquero experto podía atravesar con su saeta una armadura situada a media milla de distancia. Las puntas grises brillaban a la luz de las antorchas, redondeadas y sin lengüetas, pues la capacidad mortal del arma dependía más de la fuerza del impacto que del efecto desgarrador de la ojiva.

Vacilando apenas un segundo para ver si los arqueros atraían la atención de la multitud, finalmente Juliano meneó la cabeza con frustración, señaló a un individuo especialmente activo que, subido a un tejado, sostenía una enorme piedra por encima de su cabeza e hizo una breve señal a los arqueros.

Como si una sola mano las disparara, las seis flechas abandonaron simultáneamente las cuerdas a una velocidad que las volvió invisibles al ojo. Un instante después el resultado se hizo

evidente.

Cuatro saetas dieron en el blanco, mientras que la quinta y la sexta rebotaron contra el tejado y cayeron a la calle. El alborotador del tejado, atravesado dos veces en el pecho, una en la garganta y otra en el muslo de tal forma que recordaba al mártir san Sebastián, que Dios me perdone la comparación, quedó paralizado con la piedra todavía alzada por encima de la cabeza. Luego la piedra cayó, le golpeó dolorosamente el hombro y rodó por el tejado mientras el hombre se desplomaba sobre su trasero y se tendía de espaldas, como un cantero agotado disponiéndose a descansar. Su cuerpo resbaló por la pendiente, cada vez más deprisa, dejando una estela oscura y brillante sobre las tejas, antes de precipitarse ya muerto sobre las cabezas de la horrorizada multitud. Yo ignoraba su identidad y recé para que no fuera un soldado de Juliano. De entre los espectadores más próximos emergieron gritos perforados por el lamento agudo de una mujer, probablemente la esposa o concubina del fallecido, pero el resto del foro calló y todas las miradas se volvieron hacia el balcón con expresión de pánico y, al mismo tiempo, alivio.

Juliano indicó a los arqueros que abandonaran el balcón y apareció de nuevo ante la multitud.

—El deber del emperador, no obstante —continuó con calma, como si nadie hubiera interrumpido su arenga—, es guiar y honrar a sus súbditos, y en mis esfuerzos por obedecer al emperador hasta el final he contribuido a deshonrar a esos súbditos, he contribuido a romper el solemne juramento de Roma a sus auxiliares galos y, por tanto, a hacerme indigno de vuestra obediencia.

La gente escuchaba atónita.

—Los antiguos mitos nos cuentan —prosiguió tranquilo, elevando la voz a medida que encontraba su ritmo retórico— que el águila, para comprobar cuáles de sus crías son legítimas, las traslada todavía implumes a las alturas y las expone a los rayos del sol para que el dios Helios determine qué crías son auténticas y destruya a las espurias. Del mismo modo me someto yo a vosotros, como si fuerais el propio dios solar. En vuestras manos está decidir si soy apto o no para guiaros. Si no lo soy, rechazadme como si me repudiaran los dioses o arrojadme al río como a un bastardo. El Rin

no engaña a los celtas, pues hunde en sus profundidades a sus hijos bastardos y se venga así de la descendencia de un lecho adúltero; pero al que reconoce como puro de sangre lo hace flotar y lo devuelve a los brazos temblorosos de la madre, a quien premia de este modo por un matrimonio puro y sin tacha. Por tanto, me entrego a vuestro juicio a fin de que decidáis si soy legítimo para esta tarea y aceptar el debido castigo si, a vuestros ojos, no doy la talla.

Dicho esto, Juliano guardó silencio y bajó la cabeza para aguardar el juicio de la multitud, listo para aceptar el veredicto. La gente callaba, sorprendida y preocupada por las dudas del césar en cuanto al hecho de asumir el mando. De repente, un grito emergió del área donde se concentraban los soldados.

—¡Juliano augusto! ¡Juliano augusto!

El resto de la multitud se sumó instantáneamente al espantoso grito y el foro volvió a temblar, pero esta vez sin disturbios ni violencia. La gente permanecía muy quieta, y con la mirada clavada en Juliano. Solo se movían los labios, miles de labios que se abrían y cerraban a un tiempo pronunciando las sílabas que resonaban en las paredes y en nuestras cabezas.

—¡Juliano augusto! ¡Juliano augusto!

Juliano levantó la cabeza, asintió y la muchedumbre prorrumpió en vítores. Los arqueros me empujaron a un lado y auparon a Juliano sobre un escudo militar que se habían colocado en los hombros, la tradicional postura de triunfo, y que hicieron guiar de un lado a otro al tiempo que el césar saludaba con un brazo en alto.

Tras un largo clamor acompañado por los sollozos de alivio de las mujeres, que únicamente sabían que sus hombres no serían enviados a las rameras sudadas y pintarrajeadas de Siria, el capitán de los arqueros dio un paso al frente y anunció que, a fin de completar la ceremonia, el recién aclamado emperador debía ser coronado. Juliano arqueó las cejas.

—Soy soldado —gritó al capitán por encima del griterío—. No tengo corona.

El oficial me miró, reconociendo en mí al médico de palacio. Me encogí de hombros.

—Podría correr a buscar una tiara o un collar de Helena —

propuse.

Juliano se estremeció.

—No sería un buen augurio —repuso.

Le miré exasperado, sorprendido de que se mostrara tan quisquilloso en un momento como ese.

—Entonces, una testera de caballería —dije sin pensar, recordando las joyas y herrajes que el caballo de Juliano lucía en las testuz durante los actos ceremoniales. Juliano soltó un bufido.

—Soy el responsable de mis actos —gritó, visiblemente ofendido—. No permitiré que se me retrate como un caballo guiado por la nariz.

El clamor de la multitud empezaba a amainar y un nerviosismo inquietante se fue apoderando de los presentes, que observaban la animada discusión en el balcón preguntándose si debían temer por la validez de su aclamación. Finalmente, un soldado decidió intervenir.

Dando un paso al frente, se quitó la gruesa cadena de oro que lucía en calidad de portaestandarte de la cohorte de los petulantes y, sin pedir permiso, la puso sobre la cabeza del recién aclamado augusto. Juliano se volvió hacia la multitud con la larga cadena colocada precariamente sobre la coronilla, un bucle caído sobre la oreja izquierda, y a medida que el clamor aumentaba por última vez advertí que los rostros sonreían y supe que todo iría bien.

Ese mismo día, cuando Juliano se enteró de la rápida partida de Decencio y Florencio después de la aclamación, Euterio le aconsejó que matara a los familiares y contactos del segundo, quienes, asustados, se ocultaban en los arrabales, y se apropiara de su considerable fortuna para el erario. En lugar de eso, Juliano ordenó que los bienes se catalogaran, empaquetaran y enviaran en carretas a Roma junto con la familia, que debía viajar con todas las comodidades, e incluso lujos, protegida por la misma cohorte de arqueros petulantes. Fue un acto magnánimo, que pasmó y desconcertó a Constancio; fue un acto muy propio de la naturaleza clemente pero también astuta de Juliano; fue su último acto como cristiano y el primero como disputado emperador augusto de Roma.



LIBRO SÉPTIMO

BELLUM CIVILE

Ocasio in bello amplius solet juvare, quam virtus. Amplius juvat virtus, quam multitudo.

En la guerra, el valor es más útil que la fuerza de las armas, pero mejor aún que el valor es actuar en el momento propicio.

VEGECIO



I

Qué cosa tan espantosa, hermano, es una guerra civil. La paz reina en tus dominios, el enemigo ha sido sometido en todas las fronteras, el ejército está reparando fortalezas y drenando pantanos para hacerlos cultivables, el emperador está satisfecho y la Iglesia se está expandiendo, cuando de repente, en cuestión de una semana, de un solo golpe, por una orden imprudente, todo se viene abajo. La vida de uno se trastorna, el Imperio está al borde del cisma y la muerte todo lo invade. Una semana de la que un día concreto fue el momento decisivo, aunque me resultaría difícil determinar exactamente qué día, pues todo se me aparece borroso; y dentro de ese día una hora, un minuto, un segundo. Antes del cual, de no haberse dado la fatídica orden, todo habría permanecido como estaba; después del cual todo se pierde, o se gana, según cuál sea tu bando, y dentro de ese bando, según seas un general con una finca en Panonia a la que puedes retirarte en paz o un soldado de infantería cubierto de barro, en cuyo caso poco importa en qué bando luches pues el resultado final será el mismo, y la jubilación, la esposa bárbara de recios brazos y los dos acres de tierra para un huerto a cambio de los veinte años de servicio serán tan imposibles de conseguir como el vuelo de Ícaro al sol. Solo se precisa una semana, hermano, para que Dios cree el universo, para que la guerra civil estalle, para que una parcela de judías brote en verano. Solo se precisa un día para ver las luchas de gladiadores en el circo, para que nazca un niño. Una hora para asistir a una misa o para que ese mismo niño muera. Un minuto para contar un chiste, para decir una oración, para pedir perdón, para pronunciar una traición. Un segundo para que una abeja pique, para que un arquero pierda una flecha, para que un asesino —o un emperador— termine con una

vida. Mas es imposible predecir esa insignificante fracción de tiempo o detener su inexorable progreso y, pese a las buenas intenciones, lo que Dios ha decretado se manifiesta, y la abeja pica, y la guerra estalla.

Al igual que el divinizado Julio cuatrocientos años atrás, Juliano había cruzado su Rubicón pero, mientras que el primero sabía lo que hacía, no puede decirse lo mismo del segundo. Pues aunque los galos le nombraron salvador de su nación, y de hecho del Imperio, lo hicieron porque casi ninguno de ellos se había alejado en toda su vida más de veinte millas de París y no podían imaginar un imperio mucho más vasto que su nación. Pocos eran los rayos de sol en el horizonte; la visión de Juliano estaba cubierta de nubes. Es cierto que podía jactarse de haber creado un ejército de primera en los últimos cinco años, pero también lo había hecho Constancio a lo largo de su reinado y sus soldados cuadriplicaban en número a los de la Galia, y el emperador contaba con el apoyo de Roma y Constantinopla y todas las ciudades poderosas del este. Aunque el pueblo y los soldados galos no podían ver más allá de su existencia cotidiana, Juliano y sus asesores sí podían, y nuestras perspectivas no eran prometedoras.

A falta de una estrategia mejor, Juliano optó por intentar ganar tiempo para solidificar su base local en tanto que templaba a Constancio e incluso le disuadía de su ira. Así pues, entró en negociaciones directas con él, explicándole en una respetuosa carta cómo se había producido su aclamación como augusto y dejando claro su deseo de llegar a un entendimiento. Dedicamos varios días a buscar y limar las palabras de la misiva para dar con un tono que no fuera tímido pero tampoco arrogante, reconociendo a Constancio como dirigente máximo del resto del Imperio pero solicitando a cambio el reconocimiento de Juliano como dirigente supremo del oeste. En lo que me pareció un último toque maestro, Juliano decidió que el emperador recibiera la carta de manos del viejo Euterio, hombre a quien Constancio conocía desde hacía tiempo y uno de los pocos de la Galia que gozaban de su respeto y confianza. También envió cartas explicativas a los senados de Roma y Atenas, y en un anacronismo propio de él, como muestra de su deseo de salvaguardar las viejas costumbres, mandó copias a los espartanos y

corintios aun cuando hacía seis siglos, como mínimo, que sus ciudades carecían de peso político en el mundo.

El gesto resultó inútil. Euterio y su comitiva fueron importunados y hostigados a lo largo de todo el trayecto por agentes de aduanas y otras autoridades imperiales hostiles. Cuando por fin cruzaron el Bósforo y entregaron la carta al emperador, que estaba de visita en Cesarea de Capadocia, este, presa de un ataque de cólera, se puso a gritar y a escupir por sus fofos labios, haciendo que su corte corriera a esconderse y el propio eunuco temiera por su vida. Sin interrogar siquiera a Euterio, negándole el derecho a explicar la carta, el emperador le ordenó que se marchara. El eunuco regresó a la Galia y aconsejó a Juliano que se preparara de inmediato para una guerra.

La prisa del viejo consejero, sin embargo, no estaba justificada, al menos por el momento. Poco después del encuentro en Capadocia, el emperador recobró el juicio y decidió que de las dos amenazas que se cernían sobre él, el recién aclamado augusto en el oeste y los persas en el este, la segunda era la más peligrosa. Por consiguiente, también él decidió aplicar tácticas dilatorias y envió su propia carta, donde exigía que Juliano renunciara de inmediato a su título de augusto y conservara exclusivamente su autoridad de subordinado en la Galia, y todo le sería perdonado, si bien no mencionaba las condiciones en cuanto al servicio de las tropas galas. Entregó la carta a un grupo de oficiales de la corte a quienes Constancio había asignado cargos militares y civiles en la Galia con el fin de impedir que Juliano cubriera esos cargos con hombres de su propia elección.

Seré breve, hermano, pues casi todo ese año de Nuestro Señor de 360 y la mitad del siguiente se emplearon en estas escaramuzas diplomáticas e insultos a duras penas velados. Constancio se hallaba atrapado en su campaña diplomática y militar contra el gran rey Sapor, reclutando nuevos soldados para llenar los huecos de sus legiones, ampliando la caballería, imponiendo fuertes gravámenes fiscales a todas las clases sin distinción y reuniendo enormes cantidades de provisiones, hombres y tesoros de Italia y demás provincias bajo su control.

Juliano, entretanto, dedicaba todo su tiempo a fortalecer su

ejército, reclutar auxiliares de ambos lados del Rin, reforzar la recaudación de impuestos para garantizar que se pagara hasta la última moneda y someter a sus tropas a rigurosos adiestramientos y combates simulados. Los galos lo aceptaban de buen grado e incluso le animaban en sus empresas, hasta el punto de ofrecerle grandes sumas de plata y oro, aparte de los impuestos, que al principio Juliano rechazó pero que con el tiempo aceptó porque prácticamente le obligaron a ello.

Docenas de veces, no obstante, le hice un llamamiento a la prudencia.

—Juliano —solía decirle mientras repasábamos la correspondencia de las guarniciones o estudiábamos nuestros respectivos textos por la noche—, harías bien siendo discreto con los militares. Los espías informan al emperador de cada compañía que añades a tus legiones. Ya sospecha de tus intenciones. Estás reduciendo tus opciones, haciendo que sea cada vez más difícil dar marcha atrás.

Generalmente Juliano asentía o no me prestaba atención. Sin embargo, la última vez que le hice esa advertencia, soltó bruscamente el libro de derecho que estaba leyendo y se levantó.

—¡Maldita sea, Cesáreo, me subestimas igual que hacían el general Marcelo, Salustio y los demás! —Su voz, aunque controlada, tenía un tinte de indignación—. Tú y yo hemos luchado juntos, hemos llorado juntos. ¡Tú enterraste a mi hijo! ¿Tan poco me conoces? ¿Acaso todos mis esfuerzos por conservar la Galia, por llevar a Roma a la gloria, te han pasado inadvertidos? Todavía crees que pienso en la posibilidad de dar marcha atrás. Estás equivocado. Solo hay una dirección, hacia delante hasta el final. Solo Dios sabe si seré emperador u hombre muerto, pero no gobernaré conjuntamente con Constancio. No puedo aplicar filosofía a un hombre que carece de ella. No puedo seguir cohabitando con el hombre que asesinó a mi hijo.

—Pero, Juliano —repuse—, las cartas que le has escrito… los embajadores que has enviado indicaban que…

—No indicaban nada —me interrumpió con voz ronca, que apenas conseguía contener—. No interpretes mis dilaciones como vacilaciones. Estoy fortaleciéndome, Cesáreo. Necesito tiempo y no

pienso precipitarme.

Guardé silencio y me limité a observarle mientras meditaba sobre sus palabras. Juliano respiraba lenta y profundamente, con los ojos clavados en los míos, y percibí de nuevo esa extraña luz, ese brillo fanático que tanto me había perturbado la primera vez que lo vi, en Estrasburgo, cuando estuvo considerando la posibilidad de ejecutar a la Bestia. Finalmente, ya sereno, desvió la mirada, volvió a sentarse muy despacio e inclinó la cabeza sobre el libro de derecho. Yo permanecí en mi asiento, atónito ante la metamorfosis que acababa de presenciar, del estratega tranquilo al hombre consumido por el odio y de nuevo al analista estudioso. Me levanté con intención de irme, pero antes de alcanzar la puerta Juliano dijo su última palabra.

—Cesáreo. —Su voz era suave pero penetrante, como su mirada. Me giré con cautela. Era mi amigo, cierto, pero le temía.

—¿Juliano?

—Cuando me subestimas, estás subestimando a la propia Roma.

Ese verano, los exploradores comunicaron a Juliano que Iliria, la provincia situada al norte de Italia y al este de la Galia, se había quedado prácticamente sin legiones debido a los reclutamientos del este y solo contaba con pequeñas guarniciones para defender las principales ciudades e instalaciones militares. Hallándose las negociaciones con Constancio en punto muerto y las fuerzas del emperador a punto de derrotar al rey Sapor en Persia, Juliano se dijo que había llegado el momento de actuar, antes de que su rival pudiera devolver toda su atención al problema de la Galia. Se puso en marcha.

Tomó la audaz decisión, insensata según sus consejeros, de hacerse con la región de Iliria en un solo ataque. Eso le proporcionaría un poderoso trampolín para controlar Italia hasta el sur e incluso conquistar Constantinopla mientras el emperador seguía ausente. Cual ilusionista, su tarea consistía en sacar enormes cantidades de material de una manga aparentemente vacía, y no exagero cuando digo que sus mangas estaban vacías; una vez sustraídas las tropas que había que dejar atrás para proteger de los alamanes las poblaciones fronterizas del Rin, sus fuerzas sumaban, en total, poco más de veintitrés mil hombres, un ejército irrisorio

comparado con el de Constancio. Atemorizaba pensar que con él Juliano pretendía conquistar todos los territorios desde la Galia hasta Constantinopla y apropiarse de la ciudad más poderosa de la tierra ante las mismas narices del emperador.

Con intención de crear la ilusión de que un ejército demoledor estaba cruzando Europa, Juliano dividió sus tropas en tres comandos. Dos de ellos contaban con diez mil hombres cada uno al mando de los generales Nevita y Jovino, respectivamente. Juliano se reservó el tercero, integrado apenas por tres mil soldados, la crema de la caballería, el regimiento más veloz de las fuerzas galas. A cada comando le asignó una ruta. Nevita debía cruzar Retia y Nórico y descender por el curso del Danubio hasta Panonia. Los soldados de Jovino debían arrasar con el norte de Italia y reunirse con Nevita en el Danubio. Juliano cruzaría un territorio apenas trazado, el recorrido más largo y difícil de los tres, a través del corazón de la Selva Negra, que ocultaba el nacimiento del Danubio y en cuyo norte todavía moraban tribus germanas hostiles al gobierno romano.

De las tres rutas, la de Juliano no solo era la más ardua, sino la más aterradora, pues la Selva Negra era una región en la que los ejércitos romanos raras veces se aventuraban. Dicen que nadie ha conseguido llegar al otro extremo de ese bosque, a pesar de que ha habido hombres que lo han recorrido durante semanas hasta enloquecer, y de hecho tampoco se sabe dónde comienza con exactitud. Al dispersar las tropas, Juliano estaba emulando una estrategia empleada con suma eficacia por Alejandro Magno, basada en crear la impresión de que los soldados eran numerosos y en sembrar el terror. Los tres ejércitos debían reunirse en Sirmio, capital de la Baja Panonia, ciudad rural a orillas de un pequeño afluente del Danubio.

Tras acaloradas discusiones y con gran pesar por mi parte, Juliano decidió que no le acompañara a la Selva Negra. No habría tiempo para atenciones médicas durante su ataque a través de Germania, dijo; si le herían, no tendría más remedio que descuidar la herida o perecer. Así pues, decidió que, dadas mis aptitudes administrativas y estratégicas, acompañara a la unidad de Nevita como consejero. Mi tarea consistiría en mantener los contactos

postales y las comunicaciones con el cuartel central de la Galia y coordinar la llegada simultánea de los tres ejércitos a Sirmio, la cual habíamos programado para los idus de octubre.

Antes de la partida busqué un hueco para hacer una visita al obeso Oribasio, a quien no veía desde hacía semanas. Aunque en muchos aspectos éramos muy distintos —generaciones diferentes, escuelas de práctica profesional diferentes, religiones diferentes—, siempre había encontrado agradable su compañía y estimulante su conversación, y quería despedirme de él. Con excepción de los días previos a la aclamación, cuando Juliano llamó a Oribasio para una serie de consultas privadas, yo había sustituido casi por completo a mi colega en los servicios médicos al césar. Ello se debía, sobre todo, a que yo estaba en mejor forma física para soportar las arduas marchas, si bien Juliano solía contarme en privado que desconfiaba de la competencia de Oribasio por lo anticuado de sus teorías y que si lo mantenía en la corte era sencillamente por amistad. No obstante, a Oribasio no parecía importarle lo más mínimo que sus deberes se hubieran reducido y siempre tenía una palabra amable para mí.

Llamé a la puerta de la cabaña que mantenía como clínica militar para atender a la guarnición un par de veces por semana y asomé la cabeza.

—¿Oribasio? Me han dicho que te quedas en París. He venido a desearte buena suerte. Me marcho hoy.

Se levantó sobresaltado y con la cara roja. Sobre su mesa descansaba una pila de hojas con textos escritos en letra grande. Las estaba doblando una a una y arrojando al fuego que había encendido en el pequeño hogar. En la estancia hacía un calor sofocante. Cojeando, Oribasio se acercó a mí con el rostro sudado pero risueño.

—¡Me alegro por ti, Cesáreo! —exclamó—. Es solo el principio de tu aventura. ¡Ojalá pudiera terminar lo que yo mismo inicié!

¿Lo que él mismo había iniciado? Desconcertado, observé las hojas de la mesa, todas dispuestas al revés para que yo no pudiera leerlas desde donde estaba. Se me ocurrió que nunca había visto a Oribasio leer o escribir. De hecho, muchas veces me había preguntado si era analfabeto y la supuesta enciclopedia médica que

estaba escribiendo una impostura. Resultaba extraño encontrar esos montones de hojas en una clínica militar, y más extraño aún que Oribasio estuviera quemando pergamino tan valioso, pero empecé a intuir algo.

—Oribasio —dije señalando los textos—, ¿qué has estado quemando tan diligentemente?

Esbozó una sonrisa enigmática, desplazó ligeramente su pesado cuerpo para ocultarme los textos. Aunque vueltos del revés, advertí que las letras eran grandes y toscas, y que podía descifrarlas si me acercaba un poco más…

—Nada importante —contestó con una risita, tratando de disimular el susto que le había producido ver adónde dirigía mi atención—. Algunos textos médicos de tus desencaminados hipocráticos —bromeó.

Avancé unos pasos en tanto que trataba de ocultar mis repentinas sospechas con otra broma.

—Oribasio, ¡ignoraba que supieras escribir! Y aquí estás, practicando el abecedario.

Avancé hasta un extremo de la mesa y me detuve en seco cuando la primera hoja y sus palabras en latín saltaron a mis ojos: «Nos llevarán a los confines de la tierra como vulgares criminales, y nuestras amadas familias, a las que hemos liberado de su anterior yugo únicamente mediante una lucha a muerte, volverán a ser esclavas de los alamanes…».

—¡Oribasio! —susurré conteniendo apenas la indignación en mi voz al descubrir por fin al autor de la misiva anónima que había causado semejante rebelión—. Dime que tú no… ¿Es obra tuya?

Su maliciosa sonrisa no flaqueó, ni siquiera cuando se encogió de hombros a modo de disculpa.

—Lo es, y también de Juliano, naturalmente. —Exhaló un suspiró teatral—. Aunque, en honor a la verdad, debo decir que la idea original es mía. Y el texto también. En fin, el secreto iba a descubrirse tarde o temprano. La tosquedad del latín fue un toque brillante, ¿no te parece?

—¿Te das cuenta de que esto puede llevar a Juliano y a todos nosotros a la muerte? —grité.

Oribasio meneó la cabeza y su sonrisa se fue debilitando a

medida que su mirada adquiría una expresión grave.

—No me contraríes, Cesáreo —repuso, pero su tono no era amenazador, sino más bien el de un padre que riñe a un hijo torpe —, pues si me contrarías en esto, estarás contrariando a Juliano, y a través de él se forja tu destino. Eres joven y tu aventura solo acaba de empezar. Yo estoy gordo y débil, mi deber con el emperador ha finalizado y no espero nada de mis actos, salvo… —Se interrumpió.

—¿Salvo qué, insensato? —le apremié colérico, al ver que desviaba la mirada y quedaba absorto en sus pensamientos.

Volvió a mirarme.

—Salvo una cosa —dijo—, y tú eres el único hombre a quien se lo he dicho: el caso es que me produce una gran satisfacción saber que no fueron las multitudes, ni los generales, ni siquiera los dioses, sino el gordo y alegre Oribasio, con su pluma inteligente y su mente ambiciosa, yo, Oribasio, quien hizo a Juliano emperador. Oh, Juliano estaba al corriente de mi plan, como es lógico, pues se lo propuse poco después de la llegada de aquel payaso de Decencio, pero la ejecución del mismo fue solo mía. Quizá la historia me olvide como médico, Cesáreo, e incluso se mofe de mí como enciclopedista, pero como creador de reyes estoy entre los mejores.



II

Sobre nuestra marcha, hermano, poco tengo que decir, pues aunque mi unidad y la de Jovino eran los primeros ejércitos hostiles que recorrían los antiguos caminos romanos de los Alpes hasta Italia desde hacía generaciones, no tropezamos con enemigo alguno ni sufrimos las emboscadas y demás impedimentos que habíamos temido, ni siquiera el lanzamiento de una piedra a manos de un niño travieso. Quizá dudes de que la breve descripción que viene a continuación pueda cubrir con suficiente detalle una marcha secreta de casi ochocientas millas por territorio hostil. Con todo, no consigo recordar ningún acontecimiento de los omitidos capaz de hinchar este corto relato con algo sustancial. Los soldados estaban obligados a caminar diariamente veinte millas o más, y la velocidad de avance del ejército y sus tácticas sorpresa crearon el efecto deseado sin necesidad de que asestáramos un solo golpe. El pánico se iba extendiendo alrededor. Días antes de nuestra llegada los exploradores de Constancio ya habían dado la alarma. Las ciudades se vaciaron y las guarniciones se dispersaron o marcharon hacia el sur y el este. El prefecto pretoriano de Italia, el funcionario civil más poderoso de la provincia, huyó antes de la llegada de Jovino llevándose consigo al prefecto de Iliria. La velocidad y la fluidez de nuestra aproximación al Danubio eran asombrosas, casi preocupantes por la ausencia de obstáculos, como si Constancio estuviera reservando sus fuerzas para un ataque masivo a nuestra llegada.

Fluidez y velocidad, digo, salvo en mis obligaciones. Como jefe de los mensajeros, trabajaba día y noche coordinando las misivas y despachos entre Jovino y Nevita, así como todos los pormenores no relacionados con la correspondencia oficial entre los tres ejércitos,

como organizar el avance de víveres, resolver problemas administrativos en la Galia y efectuar ascensos y traslados dentro de las legiones, pero en un área en concreto, la más importante, estaba fracasando miserablemente y eso me tenía preocupado. El caso es que durante las largas semanas de marcha no conseguí establecer un solo contacto con Juliano, no recibí una sola orden de él ni logré hacerle llegar un solo informe sobre nuestros progresos. Todos mis mensajeros regresaban a las pocas semanas de su partida, después de mostrarse reacios o incapaces de adentrarse en las profundidades de la Selva Negra, bloqueados en sus esfuerzos por obtener noticias sobre el paradero de Juliano. El bosque es grande, pensé, enorme, pero ¿tanto como para tragarse a un emperador y a tres mil hombres sin dejar rastro?

Al principio atribuí la falta de comunicación con Juliano a la incompetencia de mis mensajeros o a la mía propia por darles instrucciones o incentivos insuficientes. Pero una semana tras otra de silencio por parte de un comandante al final siembra dudas. Nevita estaba escandalizado, horrorizado ante la idea de haber puesto su vida y su prometedora carrera al servicio de la demente empresa de rebelarse contra Constancio con un ejército de diez mil hombres y un jefe devorado por las bestias o las tribus salvajes de la floresta. Cuanto podíamos hacer, le dije, era llegar a Sirmio y aguardarle allí, rezando y esperando lo mejor.

Cuando, doloridos los pies, entramos en Sirmio el día señalado, con las tropas de Jovino todavía a dos semanas de camino, nos sorprendió ver las puertas de la ciudad abiertas de par en par. Desde las murallas y almenas la población nos aclamaba y lanzaba flores a nuestros fatigados soldados. En la entrada nos recibieron soldados galos repuestos y descansados, que nos escoltaron hasta el foro central, donde nos dio la bienvenida un sonriente —¿quién si no?— Juliano, que, por sorprendente que pareciera, había llegado dos días antes, después de dejar atrás a cada uno de mis mensajeros, con sus tres mil jinetes y organizado una fiesta para nosotros. Le miramos boquiabiertos, y apuesto a que la única persona más sorprendida que nosotros era Luciliano, el comandante romano al mando de Panonia antes de nuestra llegada, cuya historia merece una breve digresión para compensar la falta de acontecimientos que

relatarte sobre nuestra marcha.

El conde Luciliano, soldado veterano, había combatido valientemente contra los persas y acababa de ascender a su cargo actual. Unos días antes, había recibido una información poco precisa sobre el avance de Juliano, lo cual, debo admitir, fue más de lo que yo pude lograr. Pensando que disponía de varios días o una semana para organizar su defensa y así ganarse el favor de Constancio, esa noche Luciliano se fue a la cama soñando con su próxima victoria. Durmió como un tronco hasta que, al amanecer, lo despertaron inopinadamente la punta de una espada contra la garganta y un montón de hombres de sonrisa perversa alrededor de su cama. Sin que sus gritos de protesta obtuvieran respuesta, lo maniataron, amordazaron, auparon a la primera bestia encontrada en los barracones, que resultó ser un asno, y condujeron como un prisionero por delante de su guardia personal, también amordazada y atada como gallinas, hasta los cuarteles militares situados en el centro de la ciudad. Tras entrar a la fuerza en su despacho, Luciliano encontró a Juliano sentado tranquilamente en su butaca, leyendo a Marco Aurelio.

Al parecer el césar había encontrado un poco de suerte inesperada en su viaje. Dicen que, como tirano, Alejandro Magno no tenía rival; su idea del desayuno era una larga marcha, y de la cena, un desayuno ligero. Juliano solía ser algo más generoso con su desayuno, pues se permitía un vaso entero de agua, de haberla, pero en todo lo demás seguía el ejemplo de Alejandro, obligando a sus soldados y caballos a avanzar por el bosque sin descanso, y por fortuna no habían tropezado con ningún unicornio ni demás criaturas que hubieran podido frenar su progreso. Llegados al Danubio, capturaron suficientes embarcaciones para transportar a todo el ejército por la corriente, que ese otoño era rápida y que ellos aceleraron remando. El esfuerzo sobrehumano de los remeros y una semana de vientos favorables habían trasladado la flota setecientas millas en apenas once días. Tras desembarcar a diecinueve millas de Sirmio, Juliano había aprovechado la noche sin luna para, en dos horas, llegar con sus tropas a la ciudad, reducir sigilosamente a los guardias antes de que estos supieran siquiera que estaban siendo atacados y capturar al comandante.

Luciliano estuvo a punto de morir del susto, pero al reconocer al césar, que vestía la púrpura imperial y le había prometido clemencia a cambio de que le jurara lealtad, decidió aceptar la situación y hasta intentó mostrar su gratitud por el indulto ofreciendo un consejo oportuno.

—Es una imprudencia, emperador, invadir territorio ajeno con tan pocos hombres —dijo con cautela.

Juliano esbozó una sonrisa ácida.

—Guarda tus sabias palabras para Constancio, soldado. Puedes besar la púrpura imperial no porque necesite tu consejo, sino para calmar tus nervios.

Luciliano así lo hizo. Se apresuró a jurar fidelidad al nuevo emperador y recibió un puesto de mando en las legiones de Juliano.



III

En Sirmio Juliano solamente pasó tres días, pues el tiempo era de vital importancia y la coyuntura estaba de su parte. Hasta ese momento había avanzado con todo su ejército más deprisa de lo que podían avanzar los mensajeros y espías imperiales para informar a Constancio de sus movimientos. Por contra, el emperador, ignorando el ritmo de Juliano, se estaba permitiendo regresar de Siria pausadamente, deteniéndose en todas las ciudades importantes que había en el camino para recibir las ovaciones de sus súbditos.

Juliano se detuvo lo justo para reponer provisiones, celebrar una carrera de carros a fin de premiar a la ciudad por su caluroso recibimiento y afianzar las guarniciones más alejadas. Fortalecido ahora por los soldados de Nevita, reanudó su rápido avance hacia Constantinopla. Siguiendo el Danubio, entró en Mesia, que lindaba por el sur con Tracia. La costa sur de Tracia, a su vez, limitaba con el mar de Mármara, en cuyas orillas descansaba Constantinopla, su destino. Por consiguiente, Juliano ya había cubierto casi la mitad de su viaje sin la pérdida de un solo soldado ni la muerte de un solo ciudadano romano.

El camino que tenía ahora por delante, no obstante, era con mucho el más peligroso, pues la región de Tracia contaba con ciudades fuertemente fortificadas, como Filipópolis y Adrianópolis. Era preciso conquistarlas antes de alcanzar la capital, y Juliano ignoraba cuáles eran los sentimientos de las guarniciones y los habitantes de esas ciudades. Más aun, al igual que una trampa para anguilas con sus afiladas púas apuntando hacia dentro a fin de impedir que la presa huya una vez ha entrado a comerse el cebo, Tracia era una región fácil de penetrar pero casi imposible de

abandonar en circunstancias hostiles. Se accedía a ella a través de una vasta cordillera que iba de este a oeste con un único paso por el valle de Soucis. Aunque este representaba una marcha fácil para quienquiera que descendía desde Mesia, que era lo que Juliano y su ejército pensaban hacer, a la hora de abandonarlo por el norte presentaba serios obstáculos aun cuando no hubiera tropas enemigas defendiéndolo. Y de haber una guarnición numerosa allí apostada, la retirada de Tracia sería prácticamente imposible. Recuerda, hermano, que las anguilas son un manjar que hay que desollar y freír cuando aún están vivas y se retuercen temblorosas en la sartén.

Tras explorar personalmente el paso, Juliano llegó a la conclusión de que, dado el reducido número de sus tropas, era una temeridad continuar la marcha sin intentar primero un acuerdo diplomático con las ciudades fortificadas. Ocupó el paso con una guarnición al mando de Nevita y se retiró a la cercana Naissus, ciudad bien abastecida donde él y sus soldados podrían pasar cómodamente algún tiempo.

Ese otoño, las cosas se pusieron feas. Aunque bien atrincherado y provisto en Naissus, los esfuerzos de Juliano por disuadir a las ciudades vecinas de apoyar a su primo fracasaron. Los ancianos apenas necesitaron debatir el tema para decidir en qué bando descansaba su suerte, si en las legiones de Constancio, repuestas de la victoria del este y apoyadas por las arcas y recursos de tres cuartas partes del Imperio Romano, o en la agotada pandilla de hombres de Juliano, que se aferraban débilmente a un remoto paso montañoso en el norte de Tracia. Además, pese al exiguo territorio capturado, nuestro ejército estaba desanimado. Los problemas políticos y militares, tanto locales como de la Galia, eran fuente constante de disgustos, y las comunicaciones con París eran irregulares. Juliano se esforzaba por mostrar su apoyo a la región interesándose por el bienestar de la gente, restaurando acueductos y torres, devolviendo preeminencia a las ciudades y bajando los impuestos en algunas zonas, tal como había hecho con éxito en la Galia, y pasaba incontables horas tratando de poner al pueblo de su lado mediante reuniones y cartas personales a funcionarios influyentes. Con todo, los apretones de mano y las sonrisas vagas de

una docena de funcionarios, aunque apreciadas, no son nada comparados con las armaduras y los duros bíceps de una legión romana, y a ese respecto Juliano andaba muy escaso.

Los días se volvieron frescos a principios de noviembre y la nieve ya había empezado a caer en las noches más frías. Juliano recurrió a regañadientes a las polainas de piel galas para poder soportar sus interminables rondas por el campamento. Los hombres se habían adaptado a la rutina invernal y permanecían agazapados a la espera del deshielo de la primavera que les permitiría reanudar la campaña, la crítica marcha hasta Constantinopla. Entretanto, su destino seguiría en manos de los diplomáticos.

Una mañana, Juliano y yo nos encontrábamos observando el campamento mientras despertaba y los hombres salían de las cabañas de troncos que habían construido como un refugio contra el frío más eficaz que las tiendas. Por una vez, hasta el propio Juliano tenía los ojos enrojecidos por el agotamiento, y me maravillaba que todavía tuviera energías para levantarse antes que sus hombres, mucho antes del amanecer. La noche previa había sido una noche de pánico para el ejército.

Nevita y los generales habían tenido una reunión en la humilde cabaña del césar, a la que yo también asistí, y se habían marchado en torno a la medianoche frotándose los ojos y desperezando el cuerpo. Yo me quedé en la cabaña para recoger papeles y otros objetos que había dejado esparcidos y luego me encaminé lentamente hacia la puerta. Juliano estaba fuera, contemplando el cielo, y al pasar por su lado me cogió del brazo. Me detuve, pero él siguió agarrado a mí y advertí que tenía la mirada clavada en un punto lejano, más allá del campamento. Seguí la dirección de su mirada hasta la negra oscuridad de un cosmos inundado de millones de estrellas que brillaban como las chispas de un fuego agitado. A lo lejos, sobre el horizonte del norte, la llameante estela de una estrella fugaz surcaba los cielos en un amplio arco. Me quedé mirándola, paralizado, hasta que desapareció con la misma rapidez que una antorcha arrojada al mar. Juliano estaba muy quieto, apretándome el brazo con fuerza mientras se oían gritos procedentes de los centinelas del campamento que habían visto el fenómeno, y las siluetas de los hombres arrancados de sus catres

por el alboroto aparecieron delante de las hogueras. Al fin me soltó y se volvió lentamente hacia mí, casi a regañadientes, con una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, Cesáreo —dijo propinándome una amable palmada en el brazo—. Un cometa… no es un buen presagio.

Resté importancia a su observación.

—¿Te refieres al viejo dicho de que los cometas anuncian la muerte de un gobernante? Somos hombres cultivados. Pon tu confianza en Dios, no en las estrellas. Todo irá bien.

Juliano asintió. En el campamento, sin embargo, reinaba la agitación. Los hombres exigieron que Juliano apareciera personalmente ante ellos para asegurarse de que seguía vivo y respiraba. Pasaron cuatro horas paseándose bajo el frío, llamándose unos a otros, doblando y triplicando la vigilancia contra el enemigo invisible y apostando enormes destacamentos alrededor de la cabaña de Juliano para protegerle pese a sus protestas. La superstición de los soldados me repugnaba, su temor producía lástima, su lealtad al césar era una lección de humildad.

Me quedé un rato en la cabaña mientras Juliano tranquilizaba a los hombres y no me marché hasta que se hubo tumbado en su catre para echar un sueño más que necesario. Cuando salí sigilosamente, apenas reparó en mi partida; lo dejé hablando solo mientras se rendía al sueño, algo que hacía cada vez con más frecuencia en situaciones de tensión. Yo tenía mucho en qué pensar cuando finalmente llegué a mis dependencias.

Días más tarde, cuando Juliano se estaba preparando para la ronda matutina, caí de bruces contra el suelo.

En otras circunstancias, un hecho tan nimio apenas merecería un comentario, y aún menos a ti, hermano, que sabes lo privado que puedo estar a veces de gracia física. Yo acababa de tratar a Juliano de algo sin importancia, un tirón muscular que le causaba molestias, y luego le había acompañado hasta su caballo para que iniciara la ronda del campamento. Al darle la mano para ayudarle a montar mi pie resbaló en el fango helado, y aunque él logró enderezarse y subir al caballo, yo perdí el equilibrio y caí de bruces contra el suelo. Cuando me levanté y procedí a sacudirme el barro de la cara y la túnica, me sorprendió no oír ningún comentario de

Juliano, ya fuera una disculpa, una carcajada o una reprimenda a mi torpeza, cosas que no me habría extrañado escuchar de sus labios.

En lugar de eso, cuando me hube retirado el barro de los ojos lo descubrí muy quieto sobre su inquieto caballo, mirándome con los ojos desorbitados.

—Es una señal —dijo al fin, incapaz de desviar la mirada de mí —. El hombre que me alzó a mi elevada posición ha caído.

Tardé unos instantes en comprender qué había dicho, y que interpretaba mi caída como una premonición sobre el sino de Constancio. Le miré enojado.

—En primer lugar, una palabra amable sería de agradecer —repuse, olvidando mi costumbre de hablarle deferentemente en público—. En segundo lugar, me ofende tu inferencia. Yo no soy ningún auspicio, como un pedazo de entraña extraída de una cabra muerta, y los cristianos no creen en esas necias supersticiones.

Continuó mirándome antes de menear la cabeza, como si quisiera sacudirse sus pensamientos.

—Cesáreo —dijo—, hablemos. Toma un caballo del establo y acompáñame.

Su gravedad me desconcertó, y el mozo que sujetaba el corcel de Juliano partió al instante en busca de otro animal. Monté sin ayuda ni dificultad, y enfilamos un camino paralelo a la parte interior de las murallas de la ciudad que iba a llevarnos hasta el terreno abierto donde estaban acampados los soldados de la guarnición.

Juliano paseaba con actitud pensativa.

—Cesáreo, antes he querido ponerte sobre aviso, pero no he podido por falta de tiempo y también de voluntad. Tu último comentario, sin embargo, no me deja otra elección que plantearte el espinoso asunto.

—Hace casi seis años que soy tu consejero —dije—. Nada de lo que puedas decir podría sorprenderme.

—Creo que esto te sorprenderá. Los hombres no se han recuperado del temor que les ha provocado la visión del cometa. Me han pedido que dirija para ellos una hecatombe.

La cremación de una ofrenda. Cantar al dios de la guerra, leer entrañas y devorar carne sanguinolenta. Sorprendido no era la

palabra. Estaba horrorizado.

—Y tú, naturalmente, te has negado, como buen cristiano…

Me miró sin abandonar el trote.

—No. Cesáreo, solo tengo trece mil hombres. Jovino se enfrenta a una rebelión a mis espaldas y yo veo a cien mil veteranos romanos acercándose desde el frente. No es momento de enredar a mis hombres en una riña religiosa.

—¡Una riña! —espeté—. ¡Estás hablando de la quema de ofrendas a ídolos paganos!

Juliano interrumpió suavemente mis palabras escandalizadas.

—Este es un ejército romano, no cristiano. Primero combatiremos. Después, determinaremos la orientación religiosa del ejército, si la hay.

—Yo diría que, como general cristiano, deberías hacer lo segundo a fin de hacer lo primero.

Suspiró.

—Cesáreo, este ejército es un microcosmos del Imperio. Del mismo modo que el ejército está dividido por la religión, también lo está el mundo, sobre todo desde que Constantino legalizó una nueva fe. La mitad del este es cristianoaria. Yo mismo crecí como ario. ¿Quién soy yo para decidir si ellos o sus adversarios ortodoxos, incluido tú, están viviendo una mentira basándome únicamente en sutilezas semánticas que encuentro incomprensibles? Media África es donatista, un tipo de partido político cristiano que Constancio no ha prohibido porque no es exactamente una doctrina hereje, aunque tampoco es ortodoxa, y solo la otra mitad de África es ortodoxa. ¿Debería el emperador decir a la mitad de los súbditos de ese continente que sus creencias son erróneas y que deberían entregarse a las tendencias asesinas de la otra mitad? ¡Y estamos hablando de *cristianos*, Cesáreo! Con tales divisiones dentro de la religión dirigente, ¿por qué quieres que genere todavía más tensión yendo en contra también de los paganos, negándoles un sacrificio pacífico? Ya habrá tiempo, cuando sea emperador, ir por ellos y consolidar una religión estatal.

—¿*Cuando* seas emperador? —repetí—. Con todos mis respetos, Juliano, hablas como si fuera un hecho inevitable. Cualquier hombre que comparara tu situación con la de Constancio pensaría

que estás perdiendo el tiempo.

Juliano entornó los ojos al tiempo que detenía su caballo.

—Espero que solo estés haciendo de abogado del diablo, amigo, y que no sea esa tu verdadera opinión.

Guardé silencio para meditar mis palabras, consciente ahora de que caminaba por un sendero tan delgado como la hoja de una daga.

—Estoy diciendo —proseguí con cautela— que primero deberías prestar atención a tu alma inmortal, y únicamente después a las opiniones de los demás. No me hagas extenderme sobre lo que es obvio. Ningún hombre es inmortal, ningún hombre puede saber cuándo le llegará la hora, y si ahora fomentas el paganismo entre tus soldados y luego caes en combate…

—Y si no permito ese sacrificio —me interrumpió— todavía podría caer en combate, pero por un golpe por la espalda.

—Exageras. Estos hombres te seguirían hasta el fin del mundo.

—Sobrestimas su lealtad. Hay corrientes entre las tropas de las que no sabes nada, Cesáreo, todo el día encerrado con tus libros.

—¡Yo! ¡Encerrado con mis libros! —exclamé.

—No te veo entrenar con la espada ni beber sopa con los hombres por la mañana.

—No necesito beber caldo de soldado para saber que al fomentar los sacrificios ofenderás a todos los cristianos del ejército, y que *cuando* seas emperador ofenderás a todos los cristianos del Imperio.

Ante mis francas palabras, Juliano enrojeció e hizo girar su caballo para hacer relinchar al mío y bloquearme el paso. Me miró con dureza.

—Engendraré mucho menos odio —repuso fríamente— «fomentando el paganismo», como dices, permitiendo la adoración inofensiva a Helios y Mitra, que imponiendo el cristianismo y, por tanto, tomando partido en la disputa de la ortodoxia. Si te preocupa que muera, créeme si te digo que esta línea de acción es mucho más prudente. ¿Es que acaso no lo has observado? Los cristianos son mucho más comprensivos con los paganos y los descreídos, a quienes tienen la esperanza de convertir, que con las sectas y herejías *dentro* del cristianismo. Los paganos son tolerados. A los

herejes, en cambio, se les asesina.

—¡Estás loco! —exclamé—. ¿Estás dispuesto a perder tu alma por unos sacrificios primitivos a fin de evitar que algunos descontentos del ejército deserten? Juliano, escúchame, ¡esto es una locura! Estoy al corriente de los panfletos de Oribasio, ¡de toda esa campaña delirante!

—¿Locura? —Abrió los ojos de par en par, atónito—. Eso significa que no crees, ¿verdad? ¡Para ti todo esto es una travesura! Aquí el único loco es Constancio por llevar al Imperio al borde de la ruina en Persia. ¡Eso, amigo mío, es una locura! ¿No te das cuenta de que no he tenido más opción? ¿Es para ti la supervivencia de Roma algo… secundario? —En vista de mi silencio, sus labios esbozaron una sonrisa triste mientras el resto de su cara se mantenía impávida—. *Semel insanivimus omnis* —recitó.

Todos hemos estado locos alguna vez.

Sin otra palabra, retrocedí con mi caballo y me alejé. Juliano observó con asombro mi brusca partida antes de darme alcance y bloquearme de nuevo el paso.

—¡Cesáreo! —dijo, recuperando el tono autoritario que utilizaba con sus hombres.

Era evidente que mi hosco comportamiento le había ofendido. Para cualquier otro hombre, semejante rudeza con un oficial superior, y para colmo césar, habría sido motivo suficiente de degradación e incluso destitución. En ese momento me traía sin cuidado.

Le miré con calma y aire desafiante. Mi caballo permanecía quieto mientras el de él se removía, deseoso de alejarse. Juliano me observó en silencio, como si estuviera decidiendo qué juicio o castigo aplicarme por mi conducta, sopesando la amistad frente al deber y el protocolo. Por fin habló.

—La hecatombe tendrá lugar, Cesáreo. Y yo *seré* emperador.

Dicho esto, se alejó al galope. El asunto estaba zanjado.

Esa tarde, me negué a estar presente en la ceremonia. La sola idea me repugnaba, mas no podía proteger mis oídos de las voces de los sacerdotes, sobre todo la del repulsivo arúspice galo Aprúnculo, quien lanzó gritos infernales a los demonios, ni del clamor de los hombres cuando se leyeron los presagios. Más tarde

me contaron, para mi incredulidad en aquel tiempo, que el propio Juliano había participado como sacerdote y sacrificado personalmente un buey. El olor a carne asada que flotaba esa tarde sobre el campamento me indignaba y, al mismo tiempo, hacía que mi boca salivara incontrolablemente, lo cual aumentaba mi indignación. Rogué al Señor que el olor se volviera hediondo para mi nariz y pasé el resto del día en el frío y la oscuridad de los bosques circundantes, alejando de mis oídos y fosas nasales la ofensiva ceremonia.



IV

Desde lo alto del paso de Soucis, que Juliano visitaba a caballo cada dos o tres días para comprobar el emplazamiento de sus soldados y el progreso de las fortificaciones, se obtenía una visión amplia de los preparativos que llevaba a cabo el enemigo al pie del valle. Constancio, lógicamente, no estaba. Según los despachos de los mensajeros que nuestros exploradores habían capturado, todavía se hallaba en su pausado regreso a casa después de que Sapor, el poderoso Rey de Reyes, hubiera renunciado a atacar los territorios romanos. El persa justificó el abandono de su campaña alegando que los augurios eran desfavorables. Aunque no se había derramado ni una gota de sangre ni perdido ni ganado una sola pulgada de suelo, Constancio había declarado una gran victoria y ahora se hallaba camino de Constantinopla en una procesión triunfal. Desde la comodidad de su ciudad imperial tenía previsto desplegar todas sus indemnes legiones del este para aplastar definitivamente al advenedizo de la Galia, que tanto le había decepcionado.

Corría el rumor de que Constancio todavía se hallaba en Antioquía cuando el valle comenzó inopinadamente a bullir de frenética actividad. En cuestión de días, un numeroso contingente de las legiones permanentes del emperador en Tracia al mando del conde Marciano penetró tranquilamente en el nacimiento del valle y trepó hasta media ladera. Acamparon en la orilla de un riachuelo, instalaron centinelas cuyos gritos casi podíamos oír desde nuestros puestos avanzados y procedieron a cortar metódicamente los árboles circundantes para construir fortificaciones a fin de impedir que les invadiéramos por sorpresa antes de que pudieran conseguir más refuerzos. Esa posibilidad era, desde luego, ridícula, pues los miembros de ese contingente superaban con creces el número de

soldados que nosotros podíamos destinar a un ataque sorpresa. Lo único que veía de positivo en esos preparativos era que el enemigo, al parecer, nos creía mucho más poderosos de lo que en realidad éramos y consideraba la reputación de Juliano mucho más formidable de lo que en realidad era. Por consiguiente, si lográbamos atacar antes de que llegaran refuerzos enemigos, sus injustificados miedos podrían jugar a nuestro favor.

Sin embargo Juliano, por primera vez en años, estaba paralizado por la indecisión. No; indecisión no, pues ¿qué opciones tenía entre las que decidir? El resultado, empero, era el mismo: inacción, interminables e infructuosas reuniones con sus consejeros militares y noches enteras paseándose por el despacho y el campamento. La posibilidad de recibir refuerzos estaba descartada. Habían llegado rumores de que Jovino se hallaba atrapado en el norte de Italia, en medio de varias rebeliones locales, y hacía lo posible por impedir el levantamiento de toda la región. Era evidente que Juliano estaba sufriendo, aunque yo, por si servía de algo, había hecho las paces con él después de nuestra disputa. No era buen momento para enzarzarse en riñas personales, y por lo menos mi conciencia está tranquila a ese respecto.

Dos semanas después de la llegada de los soldados de Marciano al valle, advertimos que la actividad aumentaba.

Hasta nuestras trincheras llegaron, inopinadamente, gritos de boyeros y chasquidos de látigos que inundaron nuestros oídos, y los centinelas treparon a lo alto de unas rocas salientes para ver qué sucedía en el valle. En la distancia al principio, más visibles después, asomaron manadas de bueyes que, uncidos en grupos de doce y veinticuatro, tiraban de grandes carros con ruedas de la altura de un hombre, llenos de pertrechos y víveres que no podíamos ver porque estaban tapados con pesadas lonas. Tres días estuvieron las bestias subiendo por el rocoso y empinado paso con los quejosos carros y su pesada carga, seguidos de dos legiones de infantería ligera, los *lancearii*, con sus largas armas rematadas en bronce, y los *mattiarii*, armados con sus pequeñas jabalinas. Era la vanguardia del ejército imperial del este, al mando de un general llamado Arbecio, que se había personado en el oeste para apoyar a las tropas tracias de Constancio. Arbecio acababa de llegar, justo a

tiempo para que los artefactos de asedio que Marciano había encargado semanas atrás le bloquearan el paso por el angosto camino.

Las máquinas eran descomunales y estaban astutamente diseñadas para derribar o atravesar las endebles fortalezas de rocas que nuestros soldados se estaban apresurando a apilar antes de la llegada de las primeras nieves. Entre otros artefactos, había gigantescas *ballistarii* para arrojar grandes piedras a nuestros soldados mientras trabajaban, y catapultas equipadas con enormes saetas de hierro, todos destinados a debilitar nuestras defensas e impedir que reforzáramos nuestras fortificaciones. ¿Por qué, quizá te preguntes, no construimos nuestras propias máquinas y lanzamos una lluvia destructiva a nuestros agresores desde las alturas, teniendo la gravedad como aliada, para impedir que establecieran una base tan próxima a nuestras líneas? No sé a quién culpar, hermano, pero no hay duda de que fue un descuido por nuestra parte, pues en nuestro lado del paso, a lo largo de muchas decenas de millas, no crecían árboles lo suficientemente recios para soportar la enorme presión de las palancas y el peso de las piedras, y aún menos para construir los carros sobre los que instalar tales máquinas; tampoco disponíamos de hombres que enviar a los alejados bosques para cortar y trasladar la madera. ¿El descuido? Que Juliano no hubiera previsto semejante falta de material y la hubiera remediado conquistando el terreno del otro extremo del paso, donde los árboles eran más grandes y numerosos, y donde hubiera podido establecer una posición más fácil de defender utilizando las cimas del paso como segunda línea de defensa.

Nuestros soldados observaban atónitos la escena mientras su confianza en la aptitud de su dirigente empezaba a flaquear, aun cuando en el pasado Juliano hubiera salido victorioso de situaciones muy poco halagüeñas. Pero todas nuestras victorias habían sido sobre bárbaros sin formación. Ahora, por primera vez, nos enfrentábamos a un ejército romano, y la diferencia era evidente: el ritmo pausado de los preparativos, la pesada inevitabilidad de sus movimientos, la disciplina, que se reflejaba en las tiendas ordenadas en hileras, la simplicidad e impermeabilidad de las empalizadas de troncos, el toque de corneta que oíamos

desde nuestra cima para llamar a los soldados a revista, a cenar, a dormir, a levantarse, a desfilar, a entrenar. Nos enfrentábamos a un ejército romano donde cada hombre valía lo que tres bárbaros juntos, y su lealtad al emperador era inquebrantable.

Es posible que nuestros hombres hubieran aguantado eso, e incluso sobrevivido al invierno, de no haber sido por la carta del enemigo. ¿Hasta qué punto este triste relato se debió al efecto de una carta? Una carta dirigida no a Juliano, sino a nuestros hombres, y cuyo efecto no tuvo nada que envidiar al del texto que, redactado por Oribasio, excitó a nuestros soldados y sus familias hasta el punto de aclamar a Juliano nuevo emperador. Una vez que se hubo montado la primera *ballista*, un artilugio enorme provisto de un tirador hecho con pelos de prisioneros persas y unas ruedas pintadas de negro azabache para darle un aire más siniestro, el enemigo apuntó con esmero y efectuó un lanzamiento de prueba contra nuestra guarnición apostada en lo alto del paso. La máquina, en lugar de piedras o bolas de fuego, disparó un arcón de madera con centenares de papiros que reventó al aterrizar en el suelo rocoso de nuestra fortaleza dispersando las hojas en todas direcciones.

Hasta el último de nuestros dos mil soldados destinados en el paso esa semana atrapó una, como es lógico. El papiro contenía la transcripción de un discurso que, semanas antes, Constancio había dirigido a su ejército en el frente del este, y destacaba por su estilo oratorio. En dicho texto el emperador adoptaba la actitud de un padre decepcionado, un padre que había prodigado favores y alabanzas a Juliano, quien le pagaba ese amor con una ingratitud comparable al parricidio. Según el discurso, las acciones de Juliano representaban no solo un ataque a la unidad del Imperio, sino a la vida misma de su mentor. Constancio, por consiguiente, había encomendado a sus soldados la tarea de devolver la cordura a la tierra castigando al ingrato y trastornado joven y llevando a sus seguidores ante la justicia. Todo ello debía realizarse con la ayuda de la Deidad Suprema, que Constancio, consciente de la mezcla de lealtades religiosas del ejército de Juliano, tuvo la astucia de no identificar. En lo que parecía una referencia mordaz a la adoración que sentía Juliano por Homero, el emperador terminaba el discurso

con una cita sacada de la *Iliada*, no de las Escrituras: «Una multitud de gobernantes no conviene; que haya un solo gobernante y un solo rey». Los escribas habían tenido el detalle de describir en algunos pergaminos la reacción de las tropas de Constancio tras el vibrante discurso, reacción que, por supuesto, consistió en una entusiasta ovación análoga a la que había recibido la arenga de Juliano un año antes.

El efecto sobre nuestros soldados no se hizo esperar. Aunque la deserción dentro de un ejército bajo presión es un hecho, la misiva desató una agitación que Juliano fue incapaz de contener. Fue preciso duplicar y luego triplicar la guardia militar que rodeaba el campamento, no para repeler al enemigo, sino para contener a nuestros soldados, hasta que la propia guardia empezó a desertar en tropel. El recinto carcelario que los hombres habían erigido precipitadamente enseguida se llenó, hasta que en un gesto de clemencia todos los acusados de deserción fueron liberados a condición de que no volvieran a intentarlo. Fue inútil. A las dos semanas de llegar la carta, un tercio de nuestros soldados había desaparecido, ya fuera en el frío monte bajo de los alrededores o, lo que era más probable, en las posiciones del enemigo. Nuestro ejército se desmoronaba ante nuestros ojos y el propio Juliano vivía cada vez más expuesto a la traición o el asesinato. A ese paso, Marciano y Arbecio conseguirían derrotarnos como habían hecho con el Rey de Reyes, o sea, sin perder un solo hombre.

Ante la falta de respuesta por parte de Juliano, los romanos del valle se volvieron más audaces. Habían encontrado un objetivo para las *ballistae*, y ahora se dedicaban a atacarnos al azar, sin avisarnos siquiera con un toque de corneta. Nuestros soldados podían estar tendidos en sus mantas por la noche o mordisqueando desanimadamente un desayuno frío cuando, de repente, un zumbido inundaba el aire, como si estuviera infestado de una bandada de aves gigantes. Docenas de piedras, algunas tan grandes como un cordero, se caían sobre el campamento obligando a los hombres a salir de sus frágiles tiendas y sumergirse en los fosos que habían cavado para esas ocasiones, donde permanecían temblorosos y echando pestes, envueltos en sus propios desechos por miedo a salir y a la espera de la siguiente descarga, que tanto podía llegar a los

cinco minutos como al día siguiente. Aunque pocos hombres perdían la vida en esos ataques, la irregularidad con que se producían resultaba, de por sí, agotadora. Era una señal clara, como si no lo supiéramos ya, de que las legiones de Constancio estaban jugando con nosotros, pues sabían que podían aplastarnos cuando quisieran por el simple hecho de ser mucho más numerosas, si bien, a fin de minimizar en lo posible el número de bajas en su bando, preferían aguardar a que nuestras indefendibles líneas de avituallamiento y las deserciones de nuestros soldados hicieran que nos desmoronáramos.

Juliano, no obstante, seguía sin reaccionar. Apenas salía de su tienda y raras veces conversaba con sus generales, pues había poco de qué hablar. Limitaba sus contactos a los amigos más allegados, y cuando yo estaba con él advertía en su semblante una tremenda inquietud, la tensión entre lo improbable de sus esperanzas y lo inevitable de sus temores. En el campo no se apreciaba movimiento alguno por parte de ningún bando, con excepción del constante ir y venir de los soldados romanos del valle, reforzados diariamente con la llegada de miles de legionarios procedentes de la campaña persa. Los soldados seguían lanzando panfletos con la *ballista*, piedras y proyectiles, y nuestros hombres tenían los nervios desquiciados. Yo estaba seguro de que solo conseguiríamos aguantar unos días más, pues, pese a las deserciones, la comida escaseaba y Juliano tenía a todos los hombres a media ración.

Un día de fría llovizna de mediados de noviembre divisamos a dos jinetes que subían despacio por el paso. Lucían las insignias de embajadores y un pequeño escuadrón de caballería armado los seguía a una distancia respetuosa. Juliano no estaba en el paso ese día, de modo que el capitán de la guarnición, un galo llamado Honorio, esperó hasta que pudieran oírle para ordenarles que se detuvieran, se identificaran y expresaran el motivo de su visita.

Los dos embajadores gritaron que eran los condes Teolaifo y Aligildo, que acababan de llegar de la corte de Constancio y querían ver al césar inmediatamente. Honorio tenía que pensar con rapidez. Había recibido órdenes estrictas de no permitir que ningún enemigo cruzara la línea con el pretexto de entablar negociaciones o consultas para que no vieran lo debilitadas que estaban nuestras

defensas, aunque para entonces seguro que el enemigo conocía perfectamente nuestra situación por boca de los desertores interrogados. No obstante, pese a las órdenes, Honorio se dijo que probablemente la prohibición del césar no incluía a los embajadores.

Tras vociferar que permitía pasar a los dos condes pero no a la escolta, los embajadores intercambiaron algunas palabras y, asintiendo con la cabeza, alzaron las manos y avanzaron lentamente hasta nuestras líneas, donde nuestros hombres les agarraron las riendas. La guardia romana permaneció quieta hasta que los embajadores hubieron desaparecido de su vista y luego regresaron a sus posiciones.

Honorio se adelantó a Naissus para informar al césar de la llegada inminente de sus huéspedes y, mientras aquel hablaba, una expresión casi de alivio cruzó el semblante de Juliano.

—De modo que ya está aquí —dijo tras despedir a Honorio para aguardar la llegada de los embajadores—. El ultimátum que estaba esperando. ¿Cómo te va con tus rezos, Cesáreo? Ponte al día en tus confesiones porque puedes tener la certeza de que hoy perecerás en el ataque si me niego a aceptar sus condiciones o te desollarán lentamente cuando comparezcas ante Constancio si me rindo.

Al poco tiempo de haberse marchado Honorio, llegaron Teolaifo y Aligildo. El semblante de ambos era inescrutable, como el de un campesino, y tuve que reconocer que evitaban la arrogante expresión de victoria que sin duda Constancio habría mostrado en similares circunstancias. Juliano se levantó para recibirles y ellos se inclinaron cordialmente, reconociendo todavía la superioridad de su rango.

—Buenos días, amigos —dijo magnánimamente Juliano, aunque con tensión en la voz—. Es una pena que no nos hayamos conocido en circunstancias menos… penosas.

—Al contrario —repuso en un griego impecable el embajador más alto, a quien más tarde identifiqué como el britano Teolaifo. ¿Dónde, me pregunté, había aprendido griego un britano?—. Encontramos las circunstancias muy propicias. De hecho, llevamos dos semanas viajando desde la corte del emperador con toda la rapidez que nos han permitido los caminos postales para venir a

verte, y estamos encantados de haberos encontrado a ti y a tus soldados antes de que se haya derramado sangre innecesariamente. Es evidente que una batalla en estas condiciones sería devastadora.

Pese a sus jactanciosas palabras sobre su superioridad militar, no percibí presunción en sus rostros. Tampoco Juliano, y mientras sus ojos viajaban de un embajador a otro el desconcierto se apoderó de él.

—Vayamos al grano —dijo al fin—. ¿Puedo preguntar cuáles son las condiciones de la rendición que me exigís?

Teolaifo y Aligildo intercambiaron una mirada significativa.

—No pedimos tu rendición —respondió el primero con su vibrante voz—, sino tu favor. Salve, Juliano augusto. Constancio ha muerto.



V

Juliano recorrió triunfante las calles de Constantinopla a lomos de un semental blanco, guarnecido para la supuesta entrada victoriosa de Constancio. Pasó frente a las magníficas iglesias de Santa Sofía y Santa Irene, la célebre biblioteca conocida como Galería Real, que contempló con anhelo, los soportales de los joyeros, los baños de Zeuxipo, situados entre el palacio Imperial y el Hipódromo, y la calle Mayor. Realizó el trayecto precedido por un millar de sacerdotes y obispos que, vestidos con sus mejores galas, entonaban un himno solemne mientras rociaban a las multitudes en genuflexión con ramas de coníferas empapadas de agua sagrada. La calle, adornada con miles de guirnaldas y estandartes de seda, hervía de gente. Hasta los adoquines aparecían cubiertos de pétalos. Los niños lanzaban flores a Juliano y gritaban su nombre, y las mujeres chillaban al verle y tendían la mano para tocar su pie o la cola trenzada del caballo. El remanente de los trece mil galos que no le habían abandonado en el paso montañoso tres semanas antes desfilaban detrás de él, en orgullosa formación con armaduras de bronce y cuero nuevas y relucientes, festejando las tradicionales cinco libras de plata con que les había obsequiado el flamante augusto y disfrutando de su nueva condición de guardia personal.

En cada uno de los grandes foros por los que pasábamos —Arcadio, Amastriano, Amor Fraternal—, los prefectos de cada distrito de la ciudad se acercaban con la cabeza inclinada, tomaban las manos de Juliano para rendirle homenaje y le ofrecían palabras y obsequios de bienvenida. En el mercado de bueyes el nuevo emperador se inclinó para recoger a un niño de unos cinco años que había corrido hasta su caballo agitando una mano. Tras colocarlo en su regazo, Juliano y el muchacho avanzaron envueltos por el

clamor atronador de los espectadores. Me dije que el niño debía de tener aproximadamente la misma edad que habría tenido el hijo de Juliano, quien, de haber estado vivo, habría montado exactamente en esa misma postura, sobre las piernas de su padre, como heredero del trono de todo el Imperio. Cuando por fin llegó a la inmensa plaza de Constantino, estalló una fanfarria de cuernos, la milicia de la ciudad marchó con paso preciso y el emperador Juliano augusto saludó a Constantinopla, la primera ciudad del Imperio de Oriente.

La fama de sus victorias en la Galia y la audaz ruptura con su mentor lo habían hecho célebre entre la población, liberada de la amenaza de una guerra civil que podría haber destruido la unidad del Imperio. La capital era un torbellino de alegría y buenos deseos pese a los funerales que se estaban celebrando simultáneamente por el difunto emperador, que el propio Juliano presidió en calidad de familiar más cercano y en los que consiguió incluso derramar alguna lágrima y ofrecer así una imagen razonable de dolor. Al parecer, Constancio había sufrido un inoportuno acceso de fiebre en Tarso, lugar donde nació el apóstol Pablo, y falleció poco después, a los cuarenta y cuatro años de edad y tras veinticuatro de reinado. La primera medida importante que tomó Juliano fue asignar una generosa pensión a la desconsolada viuda, Faustina, que había estado casada con Constancio apenas unos meses y, contra toda probabilidad y, supuestamente, sin ayuda de intermediarios salvo los santos, había conseguido quedar embarazada de su marido. La niña nació a principios del año siguiente.

Su segunda medida fue ordenar la liberación de Salustio, que se hallaba en una prisión de Milán a la espera de su ejecución, y su ascenso a magistrado supremo del tribunal destinado a juzgar crímenes políticos bajo la administración de Constancio.

Cuando entró en el palacio Imperial por primera vez como emperador, contempló el esplendor de los mármoles y mosaicos, la riqueza de los tapices, la abrumadora opulencia de cuanto le rodeaba, y enseguida ordenó que le despejaran una pequeña despensa situada junto a las enormes cocinas, donde montaría su sencillo despacho. La miríada de eunucos no daban crédito a semejante desaliño, pero Juliano se salió con la suya. Esa noche, cuando me senté en una butaca de su despacho con algunos textos

médicos, mordisqueando un trozo de pan que había robado de la cocina, se reclinó en su silla dura y contempló el pequeño espacio con la misma satisfacción que si se tratara de la sala del trono del mismísimo rey Sapor.

—Cesáreo —dijo para mi consternación—, ¿todavía dudas de la importancia de tu caída en el fango?



LIBRO OCTAVO

EMPERADOR VITALICIO

En otros tiempos fui hombre afortunado, pero dejé de serlo, ignoro cómo.

MARCO AURELIO



I

Era un hombre de muy baja estatura con el desacertado nombre de Máximo, poco más alto que un enano y me atrevo a decir que con muchas de sus características, pues su enorme cabeza, su voluminoso torso y sus piernas cortas y flacuchas le hacían caminar con un balanceo que siempre provocaba risas disimuladas entre los mezquinos eunucos de palacio. Sus ropas eran viejas y estaban llenas de remiendos, lo cual no es ningún pecado, pues estoy seguro de que Nuestro Señor no vestía mejor, pero dudo que lavara y zurciera sus prendas tan de tarde en tarde como Máximo, que las llevaba siempre cubiertas de manchas de no se sabe qué actividades y alimentos pasados, algunos, me temo, muy pasados. Que yo supiera, solo vestía una andrajosa túnica marrón y una capa demasiado larga con la que, al caminar, barría la suciedad de las calles de Constantinopla y la arrastraba hasta la estancias adonde entraba.

Aunque de cierta edad, costaba determinar si Máximo tenía cincuenta años, sesenta o más. Como el cuero bien lubricado, su piel oscura era de esas que se resisten a las arrugas y te impiden calcular la verdadera edad de su dueño. Tan resistente epidermis aparecía, no obstante, desfigurada por un bulto escamoso parecido al liquen, de unos dos dedos de ancho y otros tantos de largo, bajo la oreja izquierda, que amenazaba periódicamente con reventar y empezar a sangrar y pedía a gritos un ungüento curativo que yo poseía en abundancia y le habría aplicado con gusto si él hubiera mostrado el menor interés, pero cada vez que le sacaba el tema su mirada dura y hostil me detenía en seco.

Lo más extraordinario de Máximo, no obstante, era su actitud, pues cuando hablaba, caminaba o entraba en una estancia actuaba

como si solamente existieran dos personas en el mundo: él y Juliano. La primera vez que vi a este hombrecillo fue el mismo día que llegamos a Constantinopla, mientras el recién aclamado emperador se hallaba conversando con el administrador de la corte en un pasillo, junto a la entrada principal del palacio. Gracias a la confusión que reinaba ese día, Máximo había logrado abrirse paso entre el gentío que se agolpaba fuera, convencer a los abrumados guardias de que le permitieran la entrada y atravesar autoritariamente el corro de eunucos ansiosos por conseguir una audiencia con el emperador para asegurarse el mantenimiento de sus cargos. Máximo caminó raudo, balanceando la cabeza y los hombros como un pato, hasta el emperador, que se hallaba de pie examinando un plano del palacio y sus dependencias.

Juliano tardó unos instantes en bajar la vista y posarla en el extraordinario hombrecillo que tenía delante, pero cuando lo hizo sus ojos se iluminaron, esbozó una sonrisa radiante y envolvió a Máximo en un abrazo entusiasta que dejó atónitos a los refinados cortesanos e incluso a mí.

—¡Máximo, viejo amigo! —exclamó, y creo que nunca había visto tanta alegría en su rostro.

Se disculpó con el administrador y condujo al enano hasta una sala de reuniones privada. El hombrecillo pasó por delante de los impacientes consejeros y eunucos con porte arrogante y siguió al emperador hasta la sala.

Fueron varias la ocasiones en que presencié esa misma escena en el curso las primeras semanas y, aunque la efusividad del emperador menguó a medida que se acostumbraba a tener al enano siempre al lado, la alegría que mostraba su rostro cada vez que aparecía nunca disminuyó. Mas no puedo decir lo mismo de los demás moradores de la corte. Los eunucos y cortesanos odiaban al hombrecillo, sentimiento que era recíproco, pues en las ocasiones en que Máximo no se mostraba totalmente indiferente blasfemaba contra ellos entre dientes y se abría camino a codazos si intentaban impedirle el paso, aun cuando el propósito de los cortesanos fuera únicamente anunciar su llegada. Hasta yo, para vergüenza mía, llegué a despreciarle, pues su grosería no conocía límites. Se diría que únicamente abrigaba sentimientos humanos hacia Juliano. El

día que Oribasio llegó de la Galia, me lo llevé a un lado para interrogarle sobre ese extraño personaje del que nadie en palacio parecía saber nada, y hasta el voluble asclepiano tardó en decidirse a hablar con libertad.

—Lo evito como a la peste —me comentó—. Ese tipo me produce indigestión.

—Pero está claro que Juliano ve algo en él —objeté—. ¿De qué se conocen?

—Es un viejo maestro de Juliano. Es pagano, pero no es tan acomodadizo como yo. Se toma muy en serio el culto a los antiguos dioses, hasta el punto, me atrevería a decir, de llegar a matar por ello. Ha realizado increíbles proezas mágicas, como resucitar a los muertos, hacer que objetos inanimados se movieran o producir sonidos y olores escalofriantes de la nada. Se rumorea que domina ciertas técnicas de magia negra, envenenamientos y cosas así, aunque yo creo que esos rumores son producto de los perversos eunucos, que a buen seguro también cotillean sobre mí. Sea como fuere, varios hombres que le contrariaron en el pasado han fallecido en circunstancias misteriosas.

—¿Circunstancias misteriosas? —repetí con escepticismo—. Oribasio, eres un médico competente, como yo. Las «circunstancias misteriosas» no existen.

—Es cierto —convino—. No obstante, algunas personas fallecieron por causas sorprendentes, gente cuya muerte él no lamentó. Recuerdo que años atrás uno de sus rivales en el instituto de Éfeso murió de cólera…

—Eso no es ningún misterio —le interrumpí—. Miles de personas mueren de cólera durante las epidemias.

—En aquel momento no había ninguna epidemia. —Oribasio dejó escapar un suspiro—. Su caso fue el único ese año. Tienes que reconocer que es muy extraño. Un obispo que le reprendió sufrió una embolia y quedó paralizado, a pesar de que solo tenía treinta y cinco años. Sufrió enormemente durante muchos días antes de morir de pura inanición porque no podía comer. Podría citarte otros casos, pero ya has podido hacerte una idea.

—Cuentos de viejas —me burlé—. Le llames como le llames, hierofante, hechicero, taumaturgo, invocador de dioses, no es más

que un prestidigitador. Es terrible que Juliano se crea esas tonterías.

—No le subestimes, Cesáreo —dijo Oribasio con cautela—. Tal vez pienses que Máximo es un charlatán, pero esa palabra no es tan fácil de definir. Él se califica de «teúrgo», obrero de lo divino. Cuando realiza sus «milagros», utiliza todas las leyes conocidas por la ciencia y por los dioses, químicas, físicas y ópticas, para conseguir los efectos que desea obtener. Puesto que los dioses hicieron los espejos, o por lo menos crearon hombres que hicieran espejos, él y los de su clase no ven contradicción alguna en utilizarlos como accesorios para lograr el efecto teúrgico deseado. Diantre, los espejos no son nada. A veces utiliza cosas que no son fáciles de explicar y convence a sus seguidores de que es obra de los dioses. ¿Por qué salen chispas cuando frotamos determinadas telas con lana? ¿Por qué la piedra imán hace que el hierro cruce el aire atraído por ella? ¿Cómo es posible que materiales humildes como el salitre y el carbón, al mezclarlos, produzcan truenos y relámpagos? Nadie puede explicar esas cosas. La gente cree que son mágicas, y cuando Máximo las utiliza en sus técnicas le califican de mago. Pensarás que es un impostor, pero dado que emplea materiales que facilita la naturaleza, de hecho los propios dioses, él no ve sus trucos y manipulaciones como una impostura. Y lo convertirás en tu enemigo si le juzgas como tal. Cuando Máximo está cerca prefiero mantener la boca cerrada.

Con todo, cuanto más pensaba en la historia de Máximo y su conducta grosera, y en el hecho de que su presencia desagradara a todo el personal de palacio, más me inquietaba el tema. Finalmente, decidí sacarlo a relucir a la primera oportunidad. Una noche, a los pocos días de mi conversación con Oribasio, me hallaba estudiando con Juliano en su pequeño despacho cuando, inopinadamente, levantó la vista de su trabajo, se frotó los ojos y enderezó la espalda, como si fuera a desperezarse. Miró absorto a su alrededor, como si buscara algo que le distrajera un rato de sus meditaciones, y aproveché la ocasión.

—Juliano —dije—, voy a hablarte como un amigo que solo piensa en tus intereses y te ruego no te ofendas.

Juliano sonrió.

—¿Desde cuándo tienes pelos en la lengua conmigo? A veces

semejas la voz de mi conciencia, Cesáreo, pero no quiero que cambies. Por favor, habla.

Vacilé.

—Tu amigo Máximo es… un tipo inusual. Ha ofendido a algunos empleados de palacio y se ha ganado la antipatía de los eunucos. ¿Tan importante es que necesita el acceso totalmente libre al palacio y a ti?

Juliano me miró con cautela durante un largo instante, como si quisiera adivinar mis intenciones. Luego se levantó despacio, cruzó la estancia y cerró la puerta. El miedo se apoderó de mí, el mismo miedo que uno siente cuando alguien se dispone a informarle de la muerte de un amigo, y de hecho el Juliano que yo conocía, ese día, en cierto modo, murió. Volvió a su asiento, recuperó la mirada penetrante y suspiró.

—Cesáreo —dijo—, no todo lo que hace un emperador es de dominio público. Toda mi niñez, por ejemplo, transcurrió de forma muy discreta pese al hecho de estar estrechamente emparentado con el emperador y ser sobrino del propio Constantino. Pasé muchos años apartado, entre el destierro y la aceptación, nunca por razones personales sino por los vientos políticos que corrían. Mi tutor Mardonio y yo nos mudamos varias veces, entre Constantinopla, Nicomedia y mi remota propiedad en Macelo.

—Juliano —le interrumpí—, tus movimientos y tu dedicación al estudio son de todos conocidos. No tienes por qué explicarlos.

—No importa —dijo—. Pero los acontecimientos que vienen a continuación no los conoces. Cuando tenía veinte años Constancio me envió a la academia de Nicomedia para alejarme de las distracciones de Constantinopla. Pronto aprendí cuanto era posible de los maestros de Nicomedia y rogué al emperador que me permitiera viajar más lejos, ampliar mis horizontes. Finalmente cedió con la condición de que me siguiera acompañando Mardonio, que tenía órdenes de enviarle informes periódicamente.

»Durante mis viajes decidí visitar Pérgamo, pues había oído hablar de su célebre centro de estudios asclepianos y yo estaba pensando en investigar las artes curativas. No arrugues la frente de ese modo, Cesáreo. Sé qué piensas de los asclepianos y, en cualquier caso, al final no me incliné por esos estudios. Dentro de poco

tendrás muchas más razones para arrugar la frente, o algo peor.

»En Pérgamo me adherí al místico Edesio. Edesio estaba mayor y para entonces le flaqueaban las fuerzas, pero había creado un círculo de discípulos vigorosos, entre los que se encontraban Eusebio y nuestro amigo Máximo. Cesáreo, la primera vez que asistí a una reunión de Edesio confieso que no fui capaz de marcharme. Tal y como les ocurre a aquellos a quienes muerde la "serpiente sedienta" en la leyenda, yo ansiaba devorar toda la sabiduría que ese hombre tenía que ofrecer. Edesio, sin embargo, no me lo permitió. Dijo que, dada su debilidad, se veía incapaz de hacer justicia a mi sed de conocimientos y me aconsejó que recurriera a sus discípulos para encontrar la respuesta a mis preguntas. Puede que, por otro lado, temiera las consecuencias en el caso de que Constancio se enterara de mi creciente interés por el misticismo. El anciano, con todo, me prometió lo siguiente: "Una vez admitido en sus misterios, te elevarás por encima de tu naturaleza física, de la naturaleza humana, para unirte a los espíritus". ¿Cómo podía resistirme a eso? ¿Habrías podido resistirte tú si hubieras estado en mi lugar, Cesáreo?

»Así pues, a petición del anciano, emprendí mis estudios con Eusebio, pues Máximo se había marchado a Éfeso. Trabajé con ahínco, aunque me desagradaba el hecho de que hubiera acabado con Eusebio debido meramente a las circunstancias, no a que fuera el maestro idóneo. Descubrí que existían notables diferencias entre unos discípulos y otros. Máximo, por ejemplo, estudiaba las ciencias ocultas y la teúrgia, mientras que Eusebio veía tales prácticas como obra de charlatanes, prestidigitadores y dementes que se habían descarriado en el ejercicio de ciertos poderes oscuros. Ambos eran alumnos del viejo Edesio pero tenían una mala opinión de los trabajos del otro. Pregunté a Eusebio sobre las discrepancias entre sus respectivas creencias.

»"Máximo es el discípulo más veterano y brillante de Edesio", contestó. "Dada su posición con respecto el anciano, y su abrumadora elocuencia, cree que está por encima de todas las pruebas racionales sobre estos temas. Te daré un ejemplo. Hace un tiempo", prosiguió Eusebio, "Máximo invitó a algunos de nosotros al templo de Hécate, diosa de la luna y la brujería, patrona de

puertas y encrucijadas, que se deleita con el sacrificio de canes. El templo estaba abandonado y prácticamente en ruinas, y los ladrones se habían llevado todo su contenido salvo la enorme estatua de Hécate. Una vez allí, Máximo alardeó de ser uno de los pocos elegidos de la diosa y de que ella lo veía superior a los hombres corrientes. Mientras hablaba, quemó un poco de incienso y recitó una oración en su propio honor. Entonces, Juliano, sucedió, todos lo vimos. La enorme estatua empezó a sonreír hasta que acabó riendo sonoramente. Nos alarmamos, pero Máximo nos aseguró que controlaba por completo la situación y que, para demostrarlo, solicitaría más luz a fin de que no tembláramos en la penumbra. Elevando la voz pidió a Hécate que proporcionara más luz y en ese momento las antorchas que la diosa sostenía en las manos se encendieron y nos envolvieron en una luz intensa y trémula. Nos quedamos sin habla, tanto por el poder de Máximo como por su dominio de esas artes oscuras, y abandonamos el templo presas del pánico. Lo que voy a decirte es confidencial, Juliano, porque se lo oí decir a mi viejo maestro sin que él lo supiera: no te acerques a Máximo"».

—Eusebio tenía buenas razones para desconfiar de las obras de ese hombre —le interrumpí—. Está claro que Máximo es un charlatán como los que has descrito. He ahí la naturaleza de los teúrgos, Juliano. Fingen que son capaces de controlar el orden de la naturaleza, determinar el futuro, dominar la lealtad de los demonios inferiores, conversar con los dioses, liberar el alma de sus ataduras físicas, pero son unos impostores que abusan de tu credulidad. El viejo truco de la diosa que habla se utiliza desde hace siglos para sacar donativos a los ingenuos. No es nada que no pueda simularse con un tubo de cobre y un embudo.

Mi escepticismo ofendió a Juliano.

—Máximo —declaró— me ha conducido a la Verdadera Fe.

Le miré atónito.

—¿Cómo es eso posible, Juliano? —inquirí—. Máximo no es cristiano y tú ya estabas versado en el cristianismo mucho antes de que os conocierais.

—He dicho que me ha conducido a la Verdadera Fe —repitió, lenta y categóricamente, clavando en mí una mirada de acero—. No

he dicho nada de cristianismo.

Su expresión era grave y guardó silencio, a la espera de mi reacción. Me di cuenta del abismo que se abría a mis pies y volví el rostro. Estaba espantado, sentimiento que se intensificó a medida que transcurría la noche y Juliano me narraba, impasible, su iniciación a los misterios de Máximo.

—Fui a Éfeso y pasé allí un año —continuó— siguiendo un curso regular de teúrgia y adivinación. Como es natural, todavía rezaba en las iglesias cristianas y entre mis mejores amigos había muchos cristianos piadosos. No podía ser de otro modo, ya que los espías de Constancio me observaban desde todas direcciones. Aun así, encontré el tiempo y la ocasión de reunirme en secreto con Máximo y sus seguidores, que al final me iniciaron oficialmente en los misterios teúrgicos. Estás pálido, Cesáreo. —Sonrió con esa mezcla de maldad y placer que vi en una ocasión en un verdugo mientras respondía a las tristes preguntas sobre el procedimiento que su víctima le hizo antes de ser ejecutada—. ¿Has oído lo bastante para satisfacer tu curiosidad o quieres que te cuente más?

Le miré boquiabierto e incliné la cabeza en silencio, gesto que él interpretó como que consentía en oír el resto de su relato.

—No me está permitido hablarte de los misterios sagrados. Los secretos de Mitra han permanecido guardados durante siglos y estoy obligado, por mis votos, a no desvelarlos. La iniciación es un proceso largo y terrible, sujeto a muchas pruebas, si bien la mía, dadas las circunstancias, fue rápida y comprimida. Máximo me inició en una ceremonia privada, separado de todos sus demás discípulos, lo cual me hizo sentir sumamente honrado y halagado. Una noche de luna llena, bajó conmigo a un santuario subterráneo, un agujero donde moraban espíritus de tal naturaleza que necesitaban una oscuridad completa y la humedad subterránea para crecer. Caminamos lentamente por el túnel de piedra, un lugar frío que rezumaba humedad y olía a moho y muerte, iluminado únicamente por alguna que otra antorcha, y allí, Cesáreo, me enfrenté a horrores que nunca había imaginado, horrores que se hacían más intensos a medida que mi miedo crecía. Gritos sobrecogedores procedentes de recodos vacíos, exhalaciones repugnantes que salían de grietas abiertas en el suelo, apariciones

feroces, ¡prodigios que no puedes imaginar!

Yo permanecía clavado a mi silla, hermano, estupefacto ante lo que Juliano me estaba contando.

—Me detuve varias veces y Máximo tuvo que devolverme el coraje, y seguimos adelante hasta que los demonios empezaron a fortalecerse haciendo flotar objetos en el aire e incluso lanzándomelos. Me enfrenté a ellos y recularon siseando como serpientes, y mi valor aumentó. No podía ahuyentarlos del todo; a medida que me adentraba en la cueva regresaban con más rapidez y violencia, pero había vencido a su poder.

—¡Naturalmente! —exclamé, levantándome con aire triunfal—. ¿Cómo no ibas a vencer teniendo a Cristo de tu lado?

—¡Siéntate! —me ordenó Juliano, y callé al instante, sobresaltado por su vehemencia. Me miró enfurecido y prosiguió—. Llegamos al final del túnel, una pequeña cámara abierta en la sólida roca, como una especie de tumba. En la pared del fondo aparecía tallado un nicho estrecho en el que descansaba un objeto blanco alargado. Máximo ordenó que se encendiera una antorcha y se hizo la luz, así, sin más. Entonces advertí que el objeto era una mujer joven, envuelta en ropajes fúnebres y tumbada como si estuviera muerta. Me dije que de ahí debía de venir el olor a putrefacción que se había hecho más intenso a medida que nos adentrábamos en el túnel.

»Máximo señaló a la mujer y le dio una orden en una lengua extraña y antigua. Ella se levantó lentamente y caminó en silencio hasta el centro de la cámara, ligera y etérea, como si flotara sobre un cojín de aire. Era la criatura más hermosa que había visto en mi vida, con el cabello trenzado a la antigua usanza y el rostro cubierto por un ligero velo. Tenía los ojos abiertos y me miraba. En las manos sostenía un bulto, la cornucopia, que me tendió mientras avanzaba hacia mí, caminando sobre el suelo pero sin hacer ruido, incorpórea como el aire, como un sueño fugaz. Justo cuando iba a alcanzarme, la antorcha se apagó y la mujer desapareció de mi vista, para mi pesar, pues para entonces ya no estaba asustado, sino hechizado, y ansiaba acariciarla.

»Huelga decir, Cesáreo, que se trata de la misma visión que tuve aquellas noches en la Galia, pero esta era la primera vez que se

presentaba ante mí. La mujer, el espíritu guardián de Roma, se me ha aparecido muchas veces desde entonces, de forma visible e… invisible. Aunque nunca la toco, hablo con ella y es gran fuente de consuelo para mí.

Esa noche, salí del despacho de Juliano sobrecogido, tratando de concentrarme en lo que acababa de contarme y sus implicaciones. Desde hacía treinta y cinco años el Imperio era cristiano o, cuando menos, estaba gobernado por emperadores cristianos. Durante ese tiempo el cristianismo había experimentado un extraordinario incremento en el número de seguidores y de iglesias dedicadas al culto a Cristo, muchas veces como resultado de la reconversión de templos de dioses paganos, lugares donde se celebraban horribles sacrificios orgiásticos. ¡Cristo estaba ganando la mayor batalla de la historia para obtener almas! ¿Pretendía Juliano desbaratar esa victoria antes de que tuviera lugar? No daba crédito a la ligereza y la facilidad con que había renunciado a sus convicciones cristianas, y aún menos a que lo hubiera hecho tantos años atrás y mantenido en secreto ante tanta gente, o sea, ante todos, hasta que finalmente había sido proclamado emperador de todas las tierras de Roma y ahora estaba a salvo para profesar la fe que deseara.



II

Conmocionado por las implicaciones de la conversión de Juliano, durante semanas mantuve las distancias siempre que me era posible, no habiendo decidido aún si podía o no continuar sirviendo a un emperador que ya no era cristiano. Al menos, podía elegir a ese respecto, mas uno no tiene la opción de *vivir* o no bajo un emperador no cristiano cuando los dominios de este abarcan todo el mundo conocido. Por toda la ciudad había corrido la noticia del buen recibimiento dispensado por el emperador a Máximo en la corte y de la apostasía de Juliano, y la población estaba agitada, si bien era una agitación dividida. Los obispos denunciaban al emperador desde el púlpito y las mujeres cristianas se lamentaban abiertamente cuando recorría las calles, amén de rezar en voz alta por su salvación. Por su parte los paganos de la ciudad, que seguían siendo la gran mayoría, festejaron la conversión con alegría y provocación, y colmaron a Juliano de invitaciones a celebraciones de antiguas deidades y sacrificios a las que él se esforzaba por asistir. Llenó los jardines y las estancias del palacio de altares y estatuas de dioses, hasta el punto de que semejaban templos. Cada mañana, celebraba la llegada de su deidad titular, Helios, el dios Sol, con el sacrificio de un buey blanco, y por la noche, cuando el sol se ocultaba por el horizonte, hacía derramar sangre de otras víctimas. En las ceremonias públicas la sangría llegaba aún más lejos, pues a veces había docenas de animales que chillaban agonizantes y duraban toda la mañana, hasta que los eunucos responsables del protocolo tenían que retirar al emperador del altar, asearle y cambiarle de ropa para que asistiera a tiempo a los actos públicos, donde recibía y premiaba a sus soldados.

Como mandaba la tradición, tenía el trono rodeado de insignias

militares de Roma y la república. Y al tiempo que las iniciales de Cristo se retiraban del *labarum* —el estandarte imperial que, desde tiempos de Constantino, mostraba tales letras junto con una corona y una cruz—, los supersticiosos símbolos paganos se integraban en los dibujos y adornos de forma tan ingeniosa que hasta un cristiano piadoso corría el riesgo de idolatría simplemente por saludar respetuosamente a su soberano. Los soldados desfilaban ante Juliano y cada uno de ellos, antes de recibir un generoso donativo de su mano, debía arrojar granos de incienso en la llama que ardía sobre el altar. Algunos cristianos devotos se negaban, o por lo menos se confesaban y arrepentían después, pero eran muchos más los que, atraídos por el oro y temerosos del emperador, entraban en la diabólica rueda. Puesto que yo me negaba incluso a presenciar tales atrocidades, me descubrí considerando la triste posibilidad de reducir mi participación en el círculo personal de Juliano, para su disgusto y extrañeza, pues no entendía por qué me preocupaban las creencias religiosas de los demás, y para regocijo de Máximo, que me veía como un intruso con la educación y la cultura de un mero oficial. Para entonces yo barajaba la idea de marchar de Constantinopla e iniciar mi propio camino, pero vacilaba, diciéndome que quizá lo de Juliano era pasajero, que pronto volvería a ser el de antes y que no debía precipitarme en mis decisiones.

Al poco de iniciado el nuevo año, a fin de combatir el letargo invernal en el que se había sumido la ciudad tras el frenesí de la sucesión y la Navidad, Juliano decidió celebrar una serie de juegos y combates en el circo. Al principio se tomó la idea con resignación, como un pasatiempo impropio de la mente de un filósofo. Durante el tiempo que habíamos pasado en la Galia, Juliano jamás asistió a los juegos; de todos modos, en las ciudades provinciales como Sens y París solo se ofrecían espectáculos de segunda categoría. Y todavía ahora, en la ciudad más importante del mundo, Juliano dudaba que fueran dignos de su atención. Le recordé lo peligroso de su postura, pues el propio Julio César ofendió en una ocasión al pueblo romano, hasta el punto de que este amenazó con rebelarse, cuando mostró su indiferencia por estos espectáculos leyendo unos despachos mientras tenía lugar una carrera. Juliano, con todo, fue

aceptando la idea y al final decidió ofrecer tres días de juegos que culminarían con un combate de gladiadores a la altura de su ascenso al trono.

Me rogó que asistiera.

—Es hora de distraerse, Cesáreo, aunque solo sea por un par de días —dijo—. Te he decepcionado, lo sé. Un cambio de actividad es lo que necesitamos.

Ese día llegamos tarde debido a unos asuntos importantes que le habían retenido en palacio; de hecho, muy tarde, para irritación del público, que, como siempre, esperaba la llegada del emperador y su séquito a la tribuna con la misma impaciencia que el propio combate. Ya habían tenido lugar las luchas preliminares y la multitud empezaba a exigir el gran acontecimiento para el que habían pagado, el combate entre campeones. Fue entonces cuando llegó Juliano, seguido de mí y de un modesto séquito. El público estalló en ovaciones mientras el emperador tomaba asiento y, con un movimiento de la cabeza indicaba al presidente del circo que anunciara el acontecimiento estelar.

Esta vez actuaba un campeón galo con el apodo impronunciable de Vercingétorix, en honor al poderoso jefe arverno que tantos quebraderos de cabeza había dado a Julio César siglos atrás. Se decía que jamás había perdido un combate de gladiadores, algo que caía por su propio peso dado que todas las luchas de este nivel eran a muerte. El hombre, cuya estatura superaba en una cabeza a un individuo de talla media, poseía buenos músculos de la coronilla a los pies, una melena castaña hasta la cintura y unos bigotes enormes que le colgaban por ambos lados del mentón, y tenía fascinado al público. Cuando anunciaron su nombre, Vercingétorix se paseó por la arena, envuelto en un clamor ensordecedor, con la misma tranquilidad que si regresara del mercado, balanceando las manos en los costados y saludando con la cabeza a algunos conocidos que divisaba en las gradas. Vestía únicamente un taparrabos rojo y un casco de cuero con sendos orificios para los ojos que le cubría la mitad superior del rostro, y que tenía la doble finalidad de mantener la melena a raya y darle el aspecto aterrador de un verdugo. Calzaba sandalias robustas y en el cuello lucía un delgado cordel que parecía mucho más fino y frágil en comparación

con la musculatura y los nervios del pecho y los hombros. De él pendía un objeto diminuto que besó a modo de talismán cuando se detuvo frente a la tribuna del emperador, con la enorme espada colgada del ancho cinturón, en el costado derecho. El escudo, hecho a medida con un mínimo de cuatro capas de cuero de buey cubiertas por una lámina de bronce tachonada con incrustaciones de gemas y oro, le colgaba de una correa cruzada al hombro, a modo de trofeo expuesto al público. Aunque Vercingétorix no debía de tener más de veinticinco años, enseguida se adivinaba que, además de un gran luchador, era un exhibicionista que cultivaba el aspecto de jefe bárbaro para regocijo de los espectadores. Se quedó quieto ante nosotros, mirando al emperador a través de la careta mientras su amplio torso subía y bajaba muy despacio. Me maravilló que pudiera permanecer casi desnudo ante cien mil personas, a punto de librar un combate a muerte, y respirar tan profunda y serenamente.

—¿Dónde se hallaban los hombres como él cuando luchábamos contra Cnodomar, Cesáreo? —susurró Juliano admirando la sorprendente corpulencia del guerrero.

La luz del sol reflejó en el talismán que colgaba de su cuello, casi enterrado en la maraña de vello rojizo que le cubría el pecho, y advertí que era una cruz.

El presidente del circo anunció el nombre del adversario de Vercingétorix, un sirio romanizado de brazos largos y anchos, más alto aún que el galo pero de constitución menos hercúlea, que cruzó la arena con andar presuroso y saltarín para colocarse al lado de su rival. Te nía la piel morena, de un tono aceitunado, y llevaba la cabeza cubierta por una capa de pelo muy corto y erizado. Era unos diez o quince años mayor que el galo y su rostro mostraba las cicatrices de quien ha sobrevivido a muchas batallas, como la nariz torcida hacia un lado. Quizá el rasgo más destacado de su físico fuera el desmesurado tamaño del bíceps y el antebrazo derechos, el brazo de la espada; ya solo el antebrazo era casi el doble del de su compañero, casi como el músculo del muslo, fruto de muchos años de ejercicio y adiestramiento en el manejo de la espada.

También él llevaba únicamente un taparrabos, una espada y un escudo, pero sus armas carecían de adornos, incluso de brillo, como

si creyera que los aderezos externos pudieran entorpecer su tarea. Semejaba un militar y, de hecho, un cortesano me susurró que era un exlegionario del ejército del este descubierto por exploradores imperiales a quienes habían impresionado su tamaño y su destreza para la lucha. Estaba considerado un *scutarius*, gladiador que prefería el escudo y la espada grandes. Leo, pues ese era el nombre que había elegido, tenía fama en todo el Imperio por el largo alcance de su brazo y su velocidad. El clamor de la multitud al oír su nombre quedó ahogado por los gritos de los corredores de apuestas y apostantes que hacían sus últimas predicciones sobre el resultado del combate.

Allí estaban, uno al lado del otro, Vercingétorix y Leo, mirando fijamente a Juliano, hasta que el presidente hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y una orquesta inició una fanfarria al tiempo que la gente guardaba silencio. A la segunda señal, los guerreros alzaron el brazo derecho y, con voz clara y firme, pronunciaron el saludo tradicional, claro y firme: *Ave, Imperator, morituri te salutant!* «¡Salve, emperador, los que van a morir te saludan!». Sin apartar la mirada de la tribuna imperial, retrocedieron unos pasos en direcciones opuestas a fin de colocarse el escudo. Con una última indicación de la cabeza, esta vez del propio Juliano, ambos gladiadores desenvainaron la espada y se miraron por primera vez.

El fervor se apoderó del coliseo cuando los combatientes empezaron a girar con cautela. Hasta el último espectador se había puesto de pie para tratar de ver por encima de las cabezas que tenía delante, vociferando a todo pulmón el nombre de su favorito o lo que debía hacer: «¡Ataca, galo!». «¡Acaba con él, Leo!». «¡He apostado mi casa por ti!». «¡Me he jugado a mi hija por tu cabeza!». «¡Mátalo!». «¡Mata a ese bastardo!».

Los luchadores golpeaban con vehemencia y, al mismo tiempo, precaución, agachando y desviando la cabeza a derecha e izquierda, haciendo amago de embestir con la espada para poner a prueba los reflejos del otro, la mirada clavada en los ojos del adversario, sin parpadear, entregados a una concentración que emborronaba el resto del espacio.

De repente, el sirio realizó una tremenda embestida con el

escudo en alto y aterrizó sobre el del galo. El clamor de la multitud aumentó mientras ambos luchaban, haciendo sonar las espadas, hasta que el galo recibió un golpe de refilón en el hombro izquierdo que pareció encolerizarlo. Haciendo acopio de toda la fuerza de sus piernas, se abalanzó sobre Leo, que seguía presionándole con el escudo. El sirio, consciente de que Vercingétorix le superaba en peso y fuerza, permitió el avance del galo mientras él se arrojaba al suelo y rodaba ágilmente sobre su espalda para apartarse de su adversario. Pero Vercingétorix poseía sobrada experiencia para dejarse engañar por tan viejo truco. Patinó hasta detenerse y se dio la vuelta en el momento en que Leo volvía a ponerse en pie. Lamentando haber perdido la oportunidad de empalar a su contrincante mientras este yacía en el suelo, Vercingétorix se relajó a fin de prepararse para su siguiente movimiento, bajó el escudo unas pulgadas y echó una rápida mirada a su hombro sangrante.

He ahí el error que el astuto sirio había estado esperando. Durante la caída, los ojos de Leo no se habían apartado ni un momento de los de Vercingétorix. Ahora, en esa fracción de segundo en que el galo desviaba la vista, Leo le atacó.

La mirada del galo regresó como un rayo hasta Leo, pero ya era demasiado tarde. No tuvo tiempo de prepararse para el ataque, para afianzar su posición y alzar el escudo a fin de desviar la espada del sirio. Sobresaltado, Vercingétorix perdió momentáneamente la concentración y solo tuvo tiempo de dar un torpe paso a un lado para esquivar la embestida de su adversario. Eso, sin embargo, era justamente lo que Leo había previsto. El sirio pasó por su lado como un saltador de toros español, sin apenas rozarle el hombro, tras lo cual blandió la espada hacia atrás y con un golpe descendente y limpio rajó la corva del galo y cercenó los tendones que sostienen la pierna como si fueran los cordeles de una tienda de campaña. El mero impulso le hizo avanzar unos pasos más, agitando su puño ante la multitud, sabedor, por la frenética ovación, de que su táctica había funcionado.

Observé a Juliano. Estaba paralizado, contemplando con expresión de temor y fervor la arena ensangrentada. Su mirada despedía un brillo extraño, ese destello casi de anhelo, de sed de violencia, que solo se percibe en los hombres que se hallan en pleno

combate, a punto de matar. El campeón sirio regresó lentamente al centro de la arena, donde el galo se había desmoronado sobre la rodilla herida, mientras mantenía la izquierda doblada en ángulo recto delante de sí, y un charco de sangre empezaba a formarse en la arena. Pese a la desesperada situación, incapaz de cambiar de postura, Vercingétorix parecía tranquilo; sus anchos hombros permanecían erguidos y el enorme pecho apenas se movía. Advertí que bajo la máscara de cuero tenía la boca cerrada y respiraba tranquilamente por la nariz. Sacudió su espesa melena para apartarla de los hombros y hacerla caer por la espalda —¡hasta en ese momento el hombre conservaba su vanidad!— y lenta, pausadamente, adoptó una posición de combate y aguardó el siguiente movimiento del sirio.

No tardó en llegar. Leo rodeó a Vercingétorix dos veces, rechazando la fácil maniobra de embestirle por la espalda, desde donde el galo, incapaz de girar sobre la rodilla herida, no habría podido defenderse. Así pues, se colocó delante de Vercingétorix con el escudo bajo y ladeado, consciente de que el galo no podía atacarle, y levantó despacio la espada para apuntarle directamente al pecho, formando con el brazo y el arma una línea mortal recta y única.

—¡Poderoso Zeus, fortalece mi brazo! —gritó, y el público estalló en un clamor.

El sirio flexionó las rodillas a fin de prepararse para el salto y el ataque que le habían granjeado el apodo de «el León».

Iba a ser la última vez que el poderoso brazo derecho del León alzaría una espada.

Sorprendentemente, justo cuando el sirio se disponía a atacar, Vercingétorix, empleando únicamente la pierna sana, se impulsó hacia delante con la agilidad de un gato y levantó el peso de todo su cuerpo con la fuerza del enorme muslo izquierdo, arrastrando la desjarretada pierna derecha como si fuera de trapo. Pillado por sorpresa y en una postura dirigida a saltar hacia delante en lugar de hacia atrás, el sirio permaneció inmóvil, con el escudo caído, durante una fracción de segundo mientras el galo bajaba la pesada hoja de su espada con una fuerza que rebanó la muñeca derecha de Leo como si fuera un trozo de queso. Vercingétorix se desplomó de

nuevo sobre su rodilla, sonriendo visiblemente bajo la máscara y los bigotes, mientras Leo reculaba contemplando boquiabierto el muñón de su antebrazo, donde asomaban las puntas del cúbito y el radio por el tejido rojo que los rodeaba, al parecer demasiado atónito para sangrar siquiera.

El público enloqueció.

—¡Buen lavado! ¡Buen lavado! —gritaban, desvirtuando morbosamente el saludo propio de los baños, mientras la sangre empezaba a brotar del brazo mutilado y caía sobre los muslos del sirio.

Quienes habían permanecido mudos por el desjarrete del galo se entregaban ahora a una orgía de gritos y ovaciones, de palmadas en la espalda y felicitaciones. El sirio caminaba por la arena sin rumbo, contemplando desconsoladamente su brazo cercenado, que ahora sangraba a borbotones, con la atención tan ida como se le estaba yendo la vida. Un senador de la tribuna contigua se hundió en su asiento llevándose las manos a la cabeza.

—¡No! —gimió—. ¡No, no, no!

La apuesta debía de ser cuantiosa. Vercingétorix, en un gesto burlón, se arrastró sobre su pierna izquierda hasta el lugar donde reposaba la mano de su rival, todavía aferrada a la espada. Asió el puño blanco y limpio de sangre con su enorme manaza, lo alzó junto con la espada para que todo el mundo lo viera y lo arrojó a los pies del sirio, como si le retara a unirlo al brazo y a continuar el combate.

El sirio, visiblemente sorprendido, contempló la espada salpicada de sangre y arena, y un brillo pareció iluminar sus ojos en tanto que su rostro recuperaba cierta serenidad. Tras ponerse de rodillas, se quitó el escudo del brazo izquierdo y trató de pasar el muñón del derecho por la correa. No era tarea fácil, pues esta estaba hecha para encajar cómodamente en el brazo izquierdo, mucho más delgado, pero tras unos instantes de muecas y movimientos torpes consiguió estirar el cuero lo suficiente para introducir el brazo derecho hasta el codo, y caí en la cuenta de su ingenio. Ahora el sirio podía sostener el escudo con el brazo derecho, si bien con torpeza porque carecía de mano para sujetar el mango y hacer girar el escudo alrededor del punto de sujeción de la

correa. Pero lo más importante era la fuerte presión que la correa ejercía alrededor del brazo, de tal modo que hacía las veces de torniquete. Efectivamente, cuando, con gesto triunfal, alzó el escudo a la multitud, advertí que la hemorragia se había reducido a un mero goteo. Leo se inclinó despacio para recoger la espada con la mano izquierda, apartó de una patada su mano cercenada y luego tranquila, amenazadoramente, caminó hasta donde Vercingétorix se hallaba arrodillado, ahora boquiabierto.

Se hizo el silencio, un silencio asombroso e inquietante comparado con el ensordecedor clamor de unos momentos antes. Se acabaron los amagos y las estocadas, las combinaciones e intercambios. El golpe de gracia iba a producirse de un momento a otro y todos sabíamos que un hombre, uno de esos seres que competían en fuerza y valor, iba a morir.

Esta vez Leo no tenía paciencia para perpetrar una muerte elegante. Había perdido un miembro por ese motivo y no estaba dispuesto a que eso volviera a ocurrirle. Caminó hasta el atónito galo, cuyo torso subía y bajaba ahora presa del pánico, levantó la espada lentamente y le apuntó una vez más al pecho, pero preparado, esta vez, para el salto de su adversario. El galo no le decepcionó, pues era su única defensa. Impulsándose con la pierna izquierda, se abalanzó torpemente sobre Leo, que esta vez alzó el escudo para detener el golpe y se echó a un lado, de tal modo que Vercingétorix se desplomó sobre su pierna lesa. El galo arrojó el escudo para frenar el golpe y en ese momento el sirio le colocó una sandalia sobre la zona lumbar, lo aplastó contra el suelo y le puso la punta del acero sobre la nuca, inmovilizándole mediante el dolor. El sirio levantó la mirada del tembloroso gigante que yacía a sus pies y la dirigió a la tribuna del emperador.

En un caso así, en que un gladiador tiene la vida de otro en sus manos, es el emperador quien decide el sino del vencido, y lo anuncia mediante una señal de la mano: si el gladiador caído ha luchado con coraje, el emperador puede perdonarle la vida levantando el dedo pulgar. De lo contrario, este apunta hacia abajo y el gladiador muere.

Juliano se puso en pie lentamente, pálido por la conmoción que le había producido el extraordinario espectáculo y por la decisión

que se disponía a tomar. Las gradas se llenaron de pañuelos blancos y empezaron a oírse gritos dispersos. «¡Perdónale!». «¡Mata al maldito galo!». «¡Arriba el pulgar, emperador!». «¡Abajo el pulgar!».

Las consignas se multiplicaron y en cuestión de un abrir y cerrar de ojos el estadio se convirtió en una competición de gritos y blasfemias indistinguibles. El sirio permanecía inmóvil sobre la arena, mirando pacientemente al emperador, mientras el galo seguía tumbado e indefenso y su pie derecho temblaba descontrolado por el insoportable dolor de los tendones rebanados.

Juliano extendió un brazo con los dedos cerrados en un puño y el pulgar horizontal, observando a los luchadores, deliberando en silencio. ¿En qué diantre está pensando?, me pregunté. ¿Existe alguna duda de que ambos han luchado con valentía y ambos son campeones?

No obstante, seguía sin reaccionar y la multitud empezó a inquietarse, impaciente por un resultado. El aire se inundó de objetos voladores, de cestas y vasijas. Existía el peligro de un alboroto, independientemente de la decisión de Juliano.

—Te lo ruego, Juliano —imploré, pero no podía oírme por encima del vocerío. Me levanté—. Te lo ruego, señor —grité—, el galo también es campeón.

Mas Juliano no pareció oírme ni verme, pues mantuvo la mirada al frente con ese brillo de loco, los ojos clavados en el victorioso Leo, los labios murmurando palabras que solo él oía, ahogadas por los gritos de la multitud. Entonces, pausadamente, giró el pulgar hacia abajo. Esbozando una levísima sonrisa Leo hundió la espada en la arena y con un movimiento veloz de la hoja rebanó el cuello de Vercingétorix. Cuando la cabeza rodó hacia un lado con el muñón hacia arriba, el pie derecho dejó de temblar y el clamor del público se hizo más uniforme, menos desesperado.

Horrorizado, me derrumbé en mi asiento mientras a Leo, súbitamente liberado de su esfuerzo, le fallaban las rodillas. Soltó la espada, que permaneció clavada en la arena balanceándose, e inició un tambaleante paseo victorioso por la arena agitando débilmente el escudo, que no osaba quitarse por miedo a sangrar hasta morir. Un ayudante vestido como Caronte, el portador de la muerte, corrió hasta Vercingétorix, retiró la espada y giró trabajosamente el

cuerpo sobre la espalda. Celebró con un breve baile la obtención de un nuevo cliente e hizo señales a sus ayudantes para que se llevaran el cadáver de la arena, lo que hicieron dejando una larga estela de sangre a su paso. Pronto llegaron otros ayudantes a fin de rastrillar la arena ensangrentada y prepararla para el siguiente combate.

El cristiano estaba muerto; Roma había triunfado sobre el bárbaro, lo viejo sobre lo joven, Oriente sobre Occidente. El vasto tronco yace sin cabeza, sin nombre, en una fosa común de una costa extranjera. Encontré una excusa para regresar al palacio antes del inicio del siguiente combate, y no fue hasta mucho más tarde cuando Juliano hizo otro tanto.



III

Juliano había hecho todo lo posible por erradicar los casos más notorios de despilfarro y excesos en la corte que había heredado de Constancio. El palacio de Constantinopla y sus dependencias contaban, literalmente, con miles de cocineros, barberos y coperos, y no me refiero a miles en total, hermano, sino a miles *en cada cuerpo*. Había tantos guardarropas al servicio del emperador como tipos de prendas: esclavos responsables de las ropas de palacio y esclavos a cargo de la indumentaria urbana, esclavos encargados de los uniformes militares de campo y esclavos a cargo de los uniformes para desfiles, y esclavos responsables únicamente del lujoso vestuario para el teatro. Había esclavos dedicados exclusivamente a sacar brillo a las vajillas, mientras que otros solo tocaban las copas, y entre estos había subespecialistas destinados a sacar brillo al oro, sacar brillo a la plata y sacar brillo al cristal. Los esclavos encargados de las joyas no osaban traspasar la autoridad de los esclavos responsables de las perlas, mientras que los esclavos de los baños cedían terreno a los esclavos masajistas, que a su vez delegaban en peluqueros y barberos. En las comidas, los esclavos ujieres de vianda supervisaban a los asistentes de sala, que a su vez controlaban a los camareros que entraban los platos y los camareros que los sacaban. Los coperos formaban una compleja jerarquía, según sostuvieran la jarra o presentaran la copa, mientras que los esclavos más respetados, aunque a menudo menos longevos, eran los catadores, cuyo deber eran comprobar la inocuidad de la comida y la bebida del emperador, y de quienes se esperaba que desempeñaran su tarea con más esmero que los catadores de Claudio y Británico en generaciones pasadas.

No es posible subestimar el número de eunucos sin una función

clara, pues abarrotaban los salones y pasillos como moscas en una letrina, aunque debo reconocer que de estas había muy pocas gracias a los vastos pelotones de eunucos empleados en los lavabos reales para mantenerlas a raya. Los excesos salpicaban incluso a la guardia de palacio que Juliano había heredado, la cual, aunque aparentemente formada por soldados, hablaba con gran remilgo para regocijo de los toscos galos de Juliano. En lugar de las obscenas canciones castrenses, los soldados de la guardia entonaban canciones afeminadas de obras musicales; en lugar de dormir en bancos de piedra, exigían colchones de plumas. Juliano se quejaba de que en los viejos tiempos un soldado espartano podía ser condenado a muerte por atreverse a aparecer bajo techo hallándose de servicio, mientras que ahora los guardias de palacio en Constantinopla bebían de copas con incrustaciones más pesadas que sus espadas y eran más hábiles evaluando la pureza de una moneda de oro que probando el grosor de un escudo enemigo. Eran una panda de pusilánimes que, como dice el poeta cómico, consideraban superfluo utilizar arte en el hurto y, por tanto, robaban abiertamente. Juliano añoraba los tiempos de aquel soldado corriente que, según le habían contado, tras robar un joyero parto lleno de perlas durante el saqueo de una fortaleza persa, arrojó el contenido porque no era consciente de su valor y prefirió conservar la caja porque le gustó la cubierta de cuero pulido.

Despidió a todos los *palatini*, los parásitos de la corte, lo que supuso un importante recorte en las nóminas y la eliminación de miles de puestos de la noche a la mañana, para indignación y desesperación de quienes ostentaban tales sinecuras. Mediante un único decreto redujo el palacio de Constantino a un enorme desierto, barriendo departamentos enteros de esclavos y subordinados sin distinción de edad, antigüedad o circunstancias, incluso entre los criados fieles y honrados de la familia imperial.

La humildad y el sentido común innatos de Juliano pronto apaciguaron la reacción del pueblo y las clases nobles, que al principio fue de indignación e incluso preocupación por la salud mental del emperador. Juliano analizó la aplicabilidad de sus célebres reformas fiscales y jurídicas aquí, en la ciudad más poderosa del Imperio, y ordenó su imposición, para alegría del

pueblo llano, que llevaba mucho tiempo agobiado por los impuestos que pagaban para sufragar los excesos de Constancio. Juliano también se ganó enseguida al Senado de Constantinopla tras otorgarle una serie de privilegios y poderes sin precedentes. En otro gesto cargado quizá de más valor simbólico, invirtió la costumbre del anterior emperador de llamar a los senadores a su presencia y obligarles a permanecer de pie mientras él escuchaba sus deliberaciones. En lugar de eso, era Juliano quien se personaba en el Senado y ocupaba un asiento vacío para participar en los debates como uno más, e insistía en que los asistentes permanecieran sentados en su presencia.

Pese a las amplias reformas en el palacio y en los sistemas fiscal y jurídico, Juliano prestaba muy poca atención al funcionamiento de las cocinas. Quizá se debiera, a pesar de la proximidad de estas a su despacho, a que únicamente en los actos públicos probaba el resultado de sus servicios. Como era de esperar, Juliano había prohibido que le sirvieran exquisiteces, como las lenguas de pavo real o las ubres de cerda que Constancio adoraba. Casi siempre ordenaba a un ayudante que le trajera un plato de fruta y a veces hasta se olvidaba de comer o le era indiferente lo que estaba ingiriendo. Tal vez por eso —por su desinterés por la comida— permitió que los comedores y el presupuesto gastronómico permanecieran intactos y olvidados.

El talento que languidecía desperdiciado en la cocina, no obstante, floreció al fin semanas después de los juegos de los que ya he hablado, cuando el despensero persuadió a Juliano de que, para estar en consonancia con el protocolo, celebrara un banquete en honor de los nuevos senadores que acababan de ocupar sus cargos. Juliano aceptó distraídamente y me pidió que asistiera y me asegurara de que me reservaban un diván a su lado para no tener que soportar las sandeces de los ampulosos políticos. El resto lo dejó en manos de los cocineros. Aquel iba a ser un día aciago.

El cocinero jefe, al parecer un entusiasta de la literatura, había decidido, por razones desconocidas, que ese día se cumplía el doscientos cincuenta aniversario del legendario banquete de Trimalción, y se había propuesto reproducirlo hasta el último bocado. En mi vida había visto una comida tan repugnante y pueril.

Un vasto ejército de esclavos se pasó varios días trajinando entre las inmensas cocinas y la zona del palacio Imperial conocida como Casa de Latón por su tejado de dicho material. En esta magnífica estructura se encuentran los cuatro batallones de la Guardia Imperial, al lado de la prisión estatal para los hombres acusados de traición, recinto que exigía mucha seguridad. También aquí se alojan los diferentes salones del trono y galerías de columnas donde el emperador recibe a los dignatarios y jefes de Estado extranjeros. Más importante aún, aquí es donde se encuentran los salones para banquetes, y durante varios días toda la actividad de las cocinas de palacio estuvo concentrada en establecer la crítica cadena de suministro hasta los mencionados salones, actividad que perturbaba seriamente la tranquilidad del despacho de Juliano debido a los gritos y risas de reposteros, confiteros, panaderos, carniceros, bodegueros, aguadores, horneros, pescaderos y demás servidores que Constancio había creído necesarios para preparar una comida.

La noche del banquete comenzó plácidamente. Los invitados habían estado entretenidos con la actuación de diversos coristas y músicos que interpretaron fragmentos de dramas clásicos, y bailarines ceñidos a los gustos austeros de Juliano, o sea, nada de malabares con fuego ni acróbatas desnudas de Siria. Máximo, que lucía la túnica llena de manchas y la barba desaliñada habituales y se hallaba en el diván opuesto al mío, al otro lado del anfitrión, mantenía la mueca amarga y la expresión penetrante de siempre. Y eso a pesar de que Juliano, por deferencia a la estatura del hombrecillo, había suprimido la compañía de enanos y bufones que Constancio solía contratar para hacer reír a los invitados. Observé a Máximo sonreír con afectación y susurrar adulador al oído del emperador, hasta que reparó en mi mirada y frunció el entrecejo. Pese al rechazo que me producía, como médico sentía cierta preocupación por él, pues se diría que la erupción se estaba extendiendo, ya que las pústulas que había observado bajo la oreja izquierda cuando Máximo llegó a la ciudad habían avanzado hacia la mandíbula y se aproximaban a la mejilla.

Cuando el espectáculo empezó a cansar y el apetito se halló debidamente estimulado gracias a las golosinas servidas por los esclavos, Juliano hizo una señal con la cabeza al ujier de vianda que

se hallaba en la puerta, el cual se volvió hacia el pasillo y dio una palmada seca. Las conversaciones de la sala cesaron cuando un largo desfile de eunucos vestidos con ricos ropajes entró portando bandejas de plata sobre los hombros repletas de los increíbles resultados de los cuatro últimos días de duro trabajo en las cocinas. La creatividad del despensero y el cocinero jefe había salido del cascarón.

El tema del ágape eran los doce signos del zodíaco, de modo que cada uno de los doce platos estaba dedicado a uno. Juliano contempló consternado las originales imágenes representadas en las fuentes: para Aries, cerebro de oveja; para Géminis, dos parejas de riñones rellenos. El majestuoso León africano estaba representado por una delicada bandeja de higos númidas, Piscis por enormes fuentes de salmonetes de Córcega hervidos y la mejor lamprea de los estrechos de Sicilia, y Capricornio no por una cabra, como era de esperar, sino por enormes langostas adornadas con espárragos frescos y con las pinzas montadas sobre la cabeza, de tal forma que *parecían* una cabra. Virgo estaba representada por la desagradable panza de una puerca estéril que, inexplicablemente, se agitaba y palpitaba sobre una bandeja hasta que el esclavo que la servía extrajo un puñal y lo clavó en el enloquecido órgano, del que brotó una bandada de tordos vivos que sobresaltaron a los comensales. Sagitario, la cazadora, estaba representada por bandejas de caza fresca adornadas por —¿qué si no?— ojos de toro, ya de por sí nauseabundos. Entre plato y plato los esclavos se repartían entre los divanes con jarras de agua perfumada que vertían sobre nuestras manos para retirar el olor y los restos del último manjar. El limpiador de paladares fue Libra, una enorme balanza instalada en el centro de cada mesa con bizcochos dulces en un lado y, en el otro, delicados pasteles blancos como la nieve, hechos con la mejor harina.

El festín concluyó con el postre: un enorme Príapo labrado en hielo con rodajas de manzana enfriándose en torno a su tumefacto órgano, y rodeado de melocotones, uvas y hielo aromatizado. El efecto me pareció repulsivo, mas fue del agrado de los demás comensales. Entretanto se consumían copiosas cantidades de vino falerno, tan añejo que la fecha había desaparecido bajo el polvo

acumulado sobre las jarras, pero que no podía tener menos de un siglo. La mezcla con agua era cada vez menor, «para», dijo Juliano, «apreciar mejor la calidad de la cosecha», hasta que, en contra de la tradición, y sobre todo en contra de los hábitos personales del emperador, casi todos los invitados acabaron consumiéndolo solo, con creciente deleite.

Los comensales emitían corteses eructos de apreciación, de acuerdo con la doctrina filosófica de que lo más sabio es seguir los dictados de la naturaleza. Bajo Constancio esta práctica se había llevado al extremo, y algunos de los comensales menos inhibidos se entregaron con entusiasmo a una emisión diferente de gases, pero una mirada de desaprobación del emperador puso fin a tales melodías. Incluso Trimalción había tenido la decencia de abandonar su diván y salir del *triclinium* cuando se vio presionado por la necesidad. Más flatulenta aún que la reacción al banquete fue, no obstante, la conversación de los invitados de la mesa de Juliano. Comenzó con prosaicas observaciones sobre el gusto del nuevo emperador por el clima de Constantinopla y diversos lugares históricos de interés, y pronto derivó hacia temas más sensibles sobre la política de Constancio y las posturas políticas de ciertos individuos no presentes en el ágape.

Yo apenas prestaba atención a los comentarios, limitándome a sonreír educadamente y picotear mi cerebro de oveja con desgana. No fue hasta que se abordó el tema de la religión que mi interés se avivó, aunque preferí no entrar en una discusión seria, pues para entonces los presentes habían consumido generosas cantidades de vino y seguro que expresarían la primera idea que les viniera a la mente sobre tal o cual práctica religiosa. También Juliano intervino más animadamente en la charla, mirándome con frecuencia en busca de la confirmación de sus planteamientos teológicos sobre la doctrina cristiana y tratando de incitarme a participar en la conversación, hasta el punto de echarme un cebo.

—¿Qué fue lo que dijo el apóstol Pablo? —preguntó, mirándome y arrastrando ligeramente las palabras.

—Señor, no soy un erudito de las Escrituras. Y aun cuando conociera de memoria todos los escritos de Pablo, ¿desearías que los repitiera ahora?

Juliano agitó una mano con impaciencia.

—Amigo mío, no permitiré que te zafes de tus deberes conversacionales tan fácilmente. Sabes muy bien qué dijo el gran hombre sobre la salvación, pues creciste entre obispos, como yo. «Pues si confiesas con tus labios que Jesús es señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvado». ¿No decía eso?

—Efectivamente. En su carta a los romanos. Muy apropiado.

Juliano sonrió al ver que yo empezaba a animarme, pero me mantuve parco.

—Y esa declaración es, de hecho, la esencia del cristianismo, ¿cierto?

—Por supuesto.

—Y quien reconoce su verdad y hace ambas cosas ante testigos puede decirse que es un auténtico galileo, ¿correcto?

—Un auténtico cristiano, sí, señor.

Juliano aguardó un instante para darme la oportunidad de extenderme en mi respuesta, mas yo solo podía sentir el calor de la habitación, el vino sin mezclar que hacía que la cabeza me diera vueltas, y supe que no deseaba intervenir en una conversación absurda ante senadores y cobistas de la corte. Juliano entornó los ojos ante mi clara negativa a seguirle el juego para provocar un debate.

—En ese caso —repuso con fungido asombro—, ¿por qué dicen que los cristianos me temen y desprecian, y aseguran que no soy uno de ellos? Aquí lo digo: «Jesús es señor». ¿Estoy salvado?

Noté sobre mí todas las miradas de la mesa y advertí que las demás conversaciones de la sala habían cesado. Hablé con calma y claridad.

—No sé de ningún cristiano que te desprecie, aunque tal vez duden de tu compromiso con su fe. Pronunciando esas palabras únicamente has satisfecho medio requisito. También has de creer de corazón.

—Ah, por tanto, si me salvo o no depende de si creo o no. Si creo en que obtendré la salvación, entonces obtendré la salvación. Una lógica pueril, ¿no te parece? Y si no lo creo, o no puedo creerlo del todo, ¿me salvaré en parte?

—No, señor —contesté—. No puedes salvarte en parte, del mismo modo que una mujer no puede concebir en parte.

Algunos comensales rieron con disimulo mi pobre ocurrencia, pero el rostro pétreo de Juliano enseguida los silenció.

—En otras palabras, todo mi destino depende de si creo o no. No de las buenas obras, de la caridad, del amor. Solo necesito pronunciar las palabras mágicas y creerlas, ya sea campesino analfabeto, rey o erudito, aunque, en realidad, cuanto más erudito sea menos probable es que crea. ¿Qué clase de religión estamos estableciendo aquí, que se basa en los caprichos del corazón más que en las acciones?

—Señor, estás menospreciando tu fe —repuse tratando de contener la rabia que me provocaba su tono burlón—. La describes en términos sumamente simples, prueba que no resistiría ninguna religión. Este no es un lugar adecuado para esta clase de conversaciones. Si insistes, podemos hablar de ello mañana, en privado, cuando estés menos…

—Tranquilo, tranquilo, Cesáreo, no pretendía ofenderte —me interrumpió Juliano con una sonrisa despreocupada—. Llamo a nuestros demás invitados a atestiguar que no he dicho nada malo ni incierto, ¿verdad? —Algunos comensales desviaron la mirada y otros rieron nerviosamente—. Confieso, palabra de honor, que creo que Dios resucitó a Cristo de entre los muertos, que en efecto sí creo, Cesáreo, del mismo modo que creo que Atenea se apareció personalmente a Odiseo para ayudarle a regresar a casa, y que Apolo habló directamente a Creso a través del oráculo. ¿Existe alguna duda ahora de que soy tan cristiano como el Papa? ¡Creo en esas cosas!

—«Los demonios también creen, y tiemblan», dicen las Escrituras.

Un silencio de estupor inundó la sala.

Juliano entrecerró de nuevo los ojos.

—¿Qué quieres decir con eso, Cesáreo?

—Solo una cosa —contesté despacio—. El pasaje de Pablo que has citado presupone que has reconocido la verdad de los Diez Mandamientos, el fundamento de la fe cristiana, el primero de los cuales es que no adorarás a otros dioses. Cuando dices «Jesús es

Señor», tienes que querer decir que es *el* Señor de todo, no *un* señor. Tu creencia en Atenea y Apolo niega tu profesión de fe en Cristo.

Me recosté, sulfurado con Juliano por haberme puesto en ese aprieto. Él me dedicó una sonrisa afectada y por primera vez advertí verdadera maldad en sus ojos.

—Ah —dijo—, de modo que hay trampa. Un artículo definido implícito que modifica la palabra «Señor» en el pasaje de Pablo y que ni la lengua griega ni su traducción al latín fueron capaces de hacer explícito, al parecer debido a sus lagunas lingüísticas y estructurales, y que el perspicaz Pablo, escribiendo en una lengua que no era la suya materna, fue incapaz de aclarar. Disculpa mi dificultad, Cesáreo, para reconocer lo que hasta el último campesino cristiano a lo largo y ancho de Europa y África ha aceptado, por lo visto, tan fácilmente. ¿Dices, por tanto, que solo hay *un* señor?

Me humedecí los labios, intuyendo que se me estaba acorralando pero ignorando exactamente de qué modo.

—Sabes que sí, señor —respondí, y rápidamente me mordí la lengua.

Juliano se aferró a mis palabras triunfalmente, como había estado esperando hacer.

—¿Me has llamado «señor»? —preguntó con tono burlón—. Y creo recordar que te referías al emperador Constancio con ese mismo término, ¿me equivoco? ¿Y cómo llamarás a mi sucesor, en el caso de que tengas la fortuna de prestarle tus servicios? ¿Qué ha sido de tu «señor» singular, querido Cesáreo? ¿O acaso existe una pluralidad de tales eminencias que tú, en tu sabiduría, aún no has tenido la oportunidad de explicarme?

Me enfurecía la ligereza de su tono, al igual que el cariz sofista que había adquirido la conversación.

—Con el debido respeto, augusto —dije—, sabes tan bien como yo que según las fórmulas de cortesía he de dirigirme a ti por el título de «señor». Es una convención lingüística. Estás discutiendo sobre semántica, no sobre religión.

Esbozó una sonrisa desdeñosa y se volvió hacia los hombres sentados alrededor de él, a quienes mi desafío al emperador había dejado boquiabiertos. Se apresuraron a sonreír nerviosamente, mas no osaron mirarle. Juliano se levantó, apuró la copa y la tendió al

camarero que tenía detrás para que se la llenara.

—El ejemplo más notable que he presenciado esta tarde de alguien que ve la paja en el ojo ajeno y no ve la viga en el propio —dijo—. Mi querido amigo Cesáreo asegura que debemos *suponer* que el apóstol Pablo se refería a un solo señor, no a muchos, y que debemos *suponer* que la definición de Pablo de la palabra «señor» es diferente de la utilizada por cualquier otro hombre antes o después. Nuestro galileo aquí presente analiza gramaticalmente el significado de la sencilla frase de Pablo para apoyar su punto de vista, haciendo que Pablo diga algo completamente diferente de lo que muestran las palabras del texto. Y cuando le hago una pregunta franca sobre esa discrepancia, como haría cualquier lector franco, es a *mí* a quien se acusa de hablar de semántica. ¿Es este un resumen justo de nuestra conversación hasta el momento?

Las dos filas de cabezas situadas a sendos lados de la mesa asintieron vigorosamente para expresar su aprobación al análisis que Juliano había hecho de mi apologética, y todos los rostros se volvieron hacia mí. Observé que Máximo se había animado y ahora me miraba con una amplia sonrisa que dejaba al descubierto su mellada dentadura.

—Mi querido Cesáreo —prosiguió Juliano—, si tú y yo, que somos amigos desde hace muchos años, no somos capaces de ponernos de acuerdo en un concepto tan simple como la definición de la palabra «señor», ¿cómo vamos a resolver las disputas que se extienden por todo el mundo cristiano, desde España hasta Armenia, respecto a la verdadera naturaleza de Cristo?

Mi estómago se había reducido a una nudo, pero decidí plantar cara a este injusto ataque.

—César augusto —respondí—, la religión es una cuestión de fe, no de ciencia, y forma parte de la naturaleza de los hombres que sus diferencias aumenten de forma directamente proporcional a la fuerza de su fe. Las divisiones entre cristianos no deben interpretarse como un punto flaco del cristianismo, sino más bien como una muestra de la fuerza de la fe de los hombres. Los griegos inventaron la filosofía para que sustituyera a la religión y se salieron con la suya porque las creencias paganas de nuestros antepasados contradecían el deseo de los hombres de razón y de

una fe razonable. En el cristianismo, no obstante, los filósofos griegos encontraron un fuerte rival y perdieron.

Juliano me miró con los ojos como platos y le sostuve la mirada un largo rato, hasta que por fin, meneando la cabeza débilmente, rompió a reír. Era una risa dura, quebradiza, que resonó en las paredes lisas del comedor al tiempo que él miraba a un lado y otro con expresión grave. Algunos comensales se sumaron a las carcajadas y, establecido el precedente, el resto los secundó. Las risas y los ataques de tos giraban alrededor de mí como una bandada de molestos estorninos. Permanecí impasible hasta que Juliano se tranquilizó y se enjugó una lágrima.

—Por lo visto —dijo casi sin aliento, en tanto que las risas morían al instante, algunos hombres sin abandonar su expresión de desconcierto, pues aún no sabían de qué reían—, nuestro silencioso cristiano, después de todo, tiene agallas y una religión, dice, capaz de competir con Homero, Platón y Aristóteles juntos. Cesáreo, mi hombre razonable, mi alquimista y anatomista, ahora profesa la fe por encima de la ciencia. No sé qué pensar ahora de tu medicina, querido amigo. ¡Quizá sea más útil a mi caballo que a mi corazón y mis pulmones paganos!

Soltó otra carcajada incontrolable a la que los demás comensales se sumaron con sus versiones tardías y cargadas de tensión, algunos mirándome con consternación y, creo, compasión. Juliano ya me había humillado lo bastante en público. Me levanté despacio y le hablé con toda la frialdad y dignidad de que fui capaz.

—Señor —dije pausadamente—, no soy filósofo ni retórico experto, como tú. Puesto que es de Dios de quien hablamos, no podemos entenderlo. Si pudiéramos entenderlo, no sería Dios. Buscamos lo insondable, Dios, con algo igualmente insondable, nosotros, lo cual, al final, es un imposible, una tautología que hasta un filósofo pagano debería ser capaz de percibir: no podemos ser comprendidos, ni siquiera por nosotros mismos, porque estamos hechos a imagen de Dios. Yo me limito a ser un interesado observador del mundo físico y las acciones de los hombres que lo habitan, más que de los oscuros pensamientos y razones que los hombres puedan tener para llevar a cabo tales acciones. Al atacarme así, atacas a la propia Iglesia y, por tanto, provocas un

mal indecible.

Juliano entornó los párpados.

—Y al matar a mi padre y mis hermanos, al matar a mi esposa y mi hijo, al hacer lo imposible por acabar también conmigo, ¿qué me hicieron los cristianos? También ahí existe el mal.

Me opuse a que atribuyera la tragedia de su familia a los cristianos.

—Lo que Constancio te hizo no fue en nombre de Cristo, sino de su propia locura. No puedes culpar de su maldad a su fe. Seguro que tú no me permitirías culpar de los excesos del helenismo a tus… deslices. Dios le juzgará. No te corresponde a ti vengarte en inocentes cristianos.

—Ni adoptar tu fe ciega.

En ese momento supe, hermano, que debido a la torpeza de mi lengua había fracasado en la conversación más importante de mi vida. Había terminado con ese banquete, con mi amistad con Juliano, con su obsesión por Máximo, y si durante el último año no hubiera estado tan ciego y distraído por los acontecimientos habría reconocido la irreparable brecha que se había abierto entre nosotros mucho antes, en aquel frío paso montañoso de Tracia.

—Señor —dije fríamente mientras me apartaba del diván—, me niego a seguir siendo objeto de tus burlas y abusos. Por tanto, pido que se me exima de continuar en esta sala y de mis obligaciones profesionales como tu médico.

Dicho eso, y tras una leve inclinación de la cabeza, me encaminé rozando la larga mesa hasta la puerta, notando en mí todas las miradas mientras el silencio reinante magnificaba el suave ruido de mis sandalias sobre el suelo impoluto. Fue el paseo más largo de mi vida, un paseo cargado de emociones que se agolpaban en mi interior: indignación por la prueba a la que Juliano me había sometido públicamente, satisfacción por haber abandonado la mesa y mi puesto al lado del emperador por mis principios, alivio por haber puesto fin al dilema que me acongojaba por estar sirviendo a un hombre que veía cada vez más como un enemigo del cristianismo, y preocupación por mi seguridad física y la de mi familia por haber dado la espalda al hombre más poderoso del mundo.

Al llegar a la puerta, me volví un instante y vi que Juliano, inclinado sobre Máximo, sonreía y charlaba animadamente mientras en la mesa las conversaciones se reavivaban. El tintineo de los cuchillos sobre las bandejas se reanudó y comprendí que muy pronto ya nadie echaría de menos mi presencia y daría la sensación de que la disputa no había tenido lugar, una disputa que para mí había significado el fin de una carrera, probablemente el fin de mi vida si la hubiera llevado hasta el extremo, pero que para Juliano y el resto de los comensales no era más que una discusión acalorada, detenida bruscamente por un cristiano fanático que, como todos sus correligionarios, se tomaba a sí mismo demasiado en serio para ser una compañía cortés.

Crucé el pasillo presa de una rabia ciega, doblando esquinas al azar, entrando en salones vacíos, hasta que desemboqué en un pequeño peristilo construido en un lugar poco usado, entre dos alas, con una fuentecilla en el centro embellecida por un mosaico de Jesús rodeado de los doce apóstoles. Por la claraboya se colaba un suave haz de luz que caía diagonalmente sobre una de las columnas estriadas e iluminaba las delicadas vetas rosas y amarillas del fino mármol, el cual se mostraba al mundo como un miembro humano privado de sangre, con la piel cuidadosamente retirada, como en una autopsia, con cada arteria y cada vaso al descubierto para ser examinados.

Caminé aturdido hasta la columna y me detuve a contemplarla, obligándome a apartar los confusos pensamientos que se agolpaban en mi mente, a enfocar la mirada en la lustrosa piedra, a concentrarme únicamente en lo esencial de la vida. Tras vaciar la mente, acerqué la cara a la piedra y seguí con los ojos las errantes líneas rosas y amarillas, cada una de ellas, hasta su diminuto, indistinto final, para luego retroceder por el capilar hasta que la vista empezó a fallarme por el esfuerzo de la concentración y el sudor de la frente me quemó los ojos. Los cerré y apreté la mejilla, el cuerpo entero, contra el mármol, que estaba frío salvo por la delgada franja que el rayo de sol calentaba, y de repente toda la rabia y la frustración que habían acumulado en mí las palabras y acciones de Juliano a lo largo del último año estallaron. Luchando por dominarme, me deslicé lentamente por el mármol hasta caer de

rodillas, abrazado a la columna a modo de sostén, dejando sobre las estrías un rastro brillante de sudor que marcaba el sendero de mi declive y mi redención.

Por un breve instante la humedad dio a la piel fría e inerte de la piedra un aspecto de vida y sufrimiento, y luego también este se evaporó y desapareció.

Tras el debate valiente pero infructuoso con el emperador, Cesáreo regresó a nosotros, a nuestro hogar de Nacianzo, cansado y vencido. Pasó muchos días sin hacer apenas nada, sentado en la cocina descorazonado o rezando durante horas en la pequeña capilla que yo había construido en un rincón de nuestra modesta morada. Cesáreo se mostraba tan callado y se movía tan poco que, aunque la casa resultaba pequeña para tres hombres adultos y una mujer, apenas se notaba su presencia.

Finalmente recobró el ánimo y pareció que había dejado atrás los acontecimientos de la Galia y su larga temporada junto al emperador anticristo. Incluso comenzó a aplicar algunas de las muchas técnicas médicas que había aprendido para tratar las enfermedades de los pobres y los leprosos del pueblo, traer niños al mundo y aun curar ganado rengueante, aunque más por necesidad psicológica que económica, pues había llegado de Constantinopla con una considerable cantidad de oro por su servicio a dos emperadores, y durante los últimos años había enviado más oro aún a nuestro padre, que lo había repartido todo, salvo algunas monedas para gastos, entre los pobres. Cesáreo decidió establecerse como médico en el pueblo y, mi más ansiado deseo, prepararse para una vida de santidad y meditación dentro de una comunidad religiosa, algo para lo que yo le creía sumamente apto.

Durante ese tiempo no prestó atención a las pocas noticias del mundo exterior que llegaban a nuestro pueblo, noticias muy poco halagüeñas. Juliano trasladó su corte a Antioquía y, a fin de deshacerse del signo místico de la promesa a Dios que había recibido en su bautismo, se lavó el

cuerpo con la sangre de un toro durante el diabólico rito del taurobólium y juró lealtad al falso dios Mitra. Contaban que participaba diariamente en sacrificios espantosos, que mataba incontables animales con sus propias manos, que les arrancaba los órganos con sus propias manos para que los adivinos interpretaran las intenciones de los dioses y que se deleitaba con la sangre de las repugnantes ceremonias.

Su apostasía no se limitaba a sus prácticas personales, pues pese a declarar la libertad religiosa en todo el Imperio concibió atrocidades especialmente astutas que infligir a los cristianos. Todos los lugares religiosos, decretó, debían ser devueltos a la secta fundadora, lo que significaba, en casi todos los casos, que había que volver a transformar las iglesias cristianas en templos de falsas deidades paganas. Igualmente insidiosa fue su conclusión de que, puesto que los cristianos no creían en las divinidades griegas, había que prohibir a los maestros cristianos que enseñaran, y por consiguiente profanaran, las obras literarias de los antiguos griegos. Decretó que los cristianos no podían servir en el ejército ni ocupar cargos en el gobierno salvo por decisión del emperador. El objetivo fue apartar a los cristianos de los principales movimientos culturales y políticos del Imperio, lo que daría lugar a una onerosa esterilidad intelectual y dificultaría aún más nuestra labor. También permitió la persecución abierta de nuestra fe. Multitudes anticristianas profanaban iglesias en Siria y Fenicia. Los sacerdotes eran torturados y las vírgenes violadas. A las víctimas les abrían el abdomen y se lo llenaban de cebada para luego arrojarlas a los cerdos como comederos vivientes.

Ni siquiera el viejo Marco, obispo de Aretusa, que treinta años antes había rescatado al pequeño Juliano cuando estaban dando muerte a miembros de su familia, se libró. Le ordenaron que reparara un templo que supuestamente había profanado, pero se negó. Tal vez por respeto, Juliano no condenó a muerte a su viejo tutor, pero dejó su destino en manos de los habitantes de Aretusa. El pueblo, poseído por el diablo, lo arrastró de los pies por las calles, le arrancó la

barba y lo entregó al tormento taimado de perversos colegiales, que se divirtieron pinchándole con sus *styli*. Finalmente, medio inconsciente y cubierto de heridas, lo embadurnaron de miel y lo dejaron al sol, a merced de las picaduras de los insectos, hasta morir. Cada picadura era una acusación contra Juliano.

Más inquietantes aún resultaban los informes sobre la creciente fragilidad del estado mental del emperador. Cuando ascendió al trono, todos dieron por sentado que la era de gobernantes inestables y paranoicos había quedado atrás, y que ahora el Imperio estaría regido por un hombre juicioso, de filosofía y creencias firmes. Ahora, sin embargo, empezaban a llegarnos rumores sobre los bruscos cambios de humor y virajes de política del emperador, su mezquino carácter vengativo y su atención insólita e injustificada a cuestiones sin importancia, sus arranques de energía seguidos de días interminables en que no hacía otra cosa que lamentar la muerte de su hijo y apenas conseguía reunir el ánimo necesario para levantarse de la cama. Ignoro si todo eso era resultado de su persecución contra los seguidores de Cristo —digamos que una suerte de castigo divino— o si la causa de su creciente inestabilidad mental era el sentimiento de culpa que le producía dicha persecución. ¿Cuál es la causa y cuál el efecto? O, ya puestos, ¿qué es verdad y qué es mentira? El rumor, como dice Virgilio, tiene tantas bocas y lenguas susurrantes como ojos y oídos, y transmite falsedades y calumnias tan fielmente como si fueran ciertas. Las historias sobre las acciones de Juliano eran numerosas, y nos llegaban embellecidas por la fantasía y sin el filtro de pruebas que demostraran su veracidad. Lejos como estábamos de la capital real, no sabíamos qué creer.

Así estuvieron las cosas hasta la llegada al pueblo, un año más tarde, de aquel obeso impostor, el médico Oribasio, a lomos de un caballo sobrecargado y cojo del ejército, flanqueado por una docena de hastiados legionarios y un par de eunucos asquerosamente pintados, que observaron con repugnancia nuestra humilde comunidad e incluso el polvo

de la calle. Yo no conocía a Oribasio, pero sabía de él por los relatos de Cesáreo y le reconocí sin asomo de duda. Lo mismo le ocurrió a él, pues en cuanto me atisbó en nuestro diminuto foro me llamó cordialmente por mi nombre, aunque sin el respeto debido a un obispo y sacerdote cristiano, y me preguntó por el paradero de mi hermano. Tan atónito me tenía esta aparición del pasado de Cesáreo que, sin detenerme a pensar, le indiqué cómo llegar a nuestra casa, lo cual me agradeció efusivamente. No fue hasta más tarde que lamenté mi acto y quise arrancarme la lengua de cuajo por el perjuicio que había engendrado. Corrí a casa lo antes que pude para plantar cara al pomposo impostor.

Oribasio se estaba preparando para marcharse cuando yo llegué, y después de saludarme secamente subió a su martirizado caballo, con ayuda de los sudados legionarios, y la comitiva al completo se alejó hacia el este, por donde habían llegado hacía menos de una hora.

Mi hermano se negó a hacer frente a mi mirada severa cuando le pregunté el motivo de la visita del horrible asclepiano. Vaciló unos instantes y, ante mi insistencia, reconoció que Oribasio había sido enviado por Juliano, el cual solicitaba, mejor dicho, rogaba, que Cesáreo volviera a su servicio. El emperador se preparaba en Antioquía para otra campaña militar, la más importante de su vida, aseguraba. Los servicios de Oribasio le habían bastado durante su vida sedentaria en el palacio de Constantinopla pero, aunque el demonio glotón acompañaría al ejército con la caravana de avituallamiento, el emperador deseaba que Cesáreo cabalgara junto a él en la batalla, como siempre había hecho en la Galia.

—Como es lógico, habrás rechazado rotundamente los ruegos del anticristo —dije.

—Rotundamente… no —admitió Cesáreo.

—¿Has actuado así por educación o porque el hechizo del emperador todavía te seduce, hermano? —pregunté.

Cesáreo se enfureció.

—No estoy bajo más hechizo que el de Cristo —espetó—. Si vuelvo a servir a Juliano, será por el bien de su alma inmortal. Cristo dijo que hay más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve hombres justos. ¿Serías capaz de negarme la gloria de ser el instrumento que disuada a ese pecador?

Contra ese argumento no tuve respuesta. No obstante, en el fondo presentía que la decisión de Juliano ya estaba tomada y era poco lo que mi hermano menor podía hacer para cambiarla, rodeado como estaba aquel de su corte de paganos y místicos.

—¿Y cómo piensas conseguirlo? —inquirí—. ¿Mediante la persuasión silenciosa? ¿Mediante la fuerza de los brazos? Hermano, a los cristianos se les martiriza y temo que estés poniendo a prueba a Dios colocándote al alcance del emperador, aunque sea con el pretexto de convertirle.

—Si Juliano es nuestro mayor enemigo —afirmó—, sería una negligencia por mi parte no intentar vencer su maldad. El Señor me dará fuerza y me guiará con la palabra o con mi brazo derecho para disuadirle de que siga cometiendo maldades.

Le miré detenidamente.

—Que tus palabras y tu brazo sirvan solo para sanar.

Suspiró.

—Llevo tiempo suplicando, hermano, el don de la elocuencia, la gracia del discurso persuasivo con que ganarme a Juliano…

—Rezas por el don equivocado, Cesáreo —le interrumpí—. No es el discurso elocuente lo que necesitas. El verdadero don es la sencillez. Es mediante el discurso sencillo como mejor te expresas, es mediante palabras sencillas como mejor transmites tu fe en la perfección del Reino que está por venir.

Recuerda: «El sol salió un día más».

Esa fue la última conversación que mantuve con mi hermano antes de que partiera a Antioquía. A partir de ahora prosigue su relato.



LIBRO NOVENO

REVELACIÓN

Si en esta vida solamente ponemos nuestra esperanza en Cristo,
somos, de todos los hombres, los más desdichados.

PABLO DE TARSO



I

—Tu lugar lleva mucho tiempo vacío.

Juliano señaló el banco con mi abollado escudo colgado del respaldo, donde siempre lo dejaba, listo para utilizarlo cada vez que él me proponía una de sus espontáneas sesiones de lucha. El entorno, sin embargo, me era desconocido: una sala amplia y lujosa de techo alto y paredes pintadas con chabacanos murales de pícaros sátiros y de ninfas en cueros, y en el suelo el mosaico, igualmente intrincado, de una escena pastoril. También él estaba desconocido. En lugar de la habitual ropa de lana descuidada y hasta andrajosa, lucía una túnica de lino blanco, inmaculada, con la tradicional banda morada bordada en oro en el bajo propia de su rango. Hasta la barba, que por fortuna había conservado o de lo contrario no le habría reconocido, aparecía cuidadosamente recortada y aseada, y el cabello, por lo común desaliñado, lucía el peinado corto tan en boga. Los eunucos de la corte, advertí, habían ejercido su influencia, mas no podía decir exclusivamente por el aspecto físico que fuera para peor. Sus ojos, sin embargo, me parecieron más hundidos de lo que recordaba. Más hundidos y más recelosos, como los de un animal en guardia o a punto de atacar. De nuestra vieja amistad únicamente quedaban el banco de madera y el escudo en la esquina.

Sonreí con tristeza mientras le observaba.

—Has cambiado —dije—. Al menos los eunucos no han conseguido quitarte la barba. Sigues pareciendo griego.

Se echó a reír.

—Oh, lo han intentado, créeme. La primera vez que permití al viejo y chocho Eutrapelo que me afeitara, tardó tanto que para cuando hubo terminado habían vuelto a crecerme los bigotes. Estoy

seguro, Cesáreo, de que tú habrías realizado una amputación en el campo de batalla más limpia que el trabajo que él hizo rasurándome la barbilla, pero cuando me quejé de los cortes procedió a frotarme la cara con su linimento depilatorio, un *psilothrum* secreto y repugnante elaborado con grasa de asno, sangre de murciélago y no sé qué más, que me produjo una erupción en la piel, además de provocarme arcadas por el olor. ¿Te extraña que me haya dejado la barba?

Sonreí, mas enseguida recuperé la seriedad.

—Eres el emperador. No tienes por qué aceptar el consejo de nadie, sea eunuco o enano.

Juliano hizo una pausa.

—Hubo veces en que me habría beneficiado tu sentido común, Cesáreo —murmuró.

—Aquella noche dijiste cosas muy duras —repuse.

Se encogió de hombros.

—Era el vino el que hablaba. Sabes que no pretendía ofenderte.

Suspiré mientras probaba el viejo banco.

—Sabes que te perdono. Es mi deber como cristiano. Pero creo que tú te perdonas con excesiva facilidad.

—Los hay que no tienen perdón, Cesáreo. Sé que tu hermano ha estado hablando de mí en sus sermones. Gregorio es un buen hombre, pero mal aconsejado y algo histérico.

—Sus buenas razones tiene. ¿Es cierto lo de las persecuciones?

Juliano se mostró un tanto sorprendido, pero enseguida se recuperó.

—Cesáreo —respondió con calma—, el simple hecho de que siga permitiendo a tu hermano predicar contra mí, y no solo predicar, sino dedicarme toda clase de insultos, demuestra lo… exagerado de sus acusaciones, ¿no crees?

—¿Y Marco? —inquirí.

Suspiró.

—Marco. Reconozco que ha habido algunos problemas. A veces resulta difícil controlar a la multitud de otro continente. Los hombres interpretan mal mis palabras e intenciones. Yo no busco perseguir a los cristianos, Cesáreo, sino eliminar los favoritismos dentro del servicio civil y la injusta explotación de nuestra herencia

griega por quienes no creen en los viejos dioses o, peor aún, se burlan de ellos.

—Por tanto, tu verdadero objetivo es restaurar el paganismo.

—Sí… quiero decir, no. Cesáreo, ese no es el objetivo último, pero es un resultado. Y no te parecería tan mal si pudieras quitarte tus malditas anteojeras cristianas. En cualquier caso, no hay otra forma de alcanzar el objetivo.

—¿Y cuál es exactamente el objetivo? —pregunté.

Adoptó una expresión de hastío.

—Cesáreo, conoces la situación tan bien como yo. La viste mientras gobernaba Constancio. Traición y asesinato en los niveles más altos del Estado, corrupción en el Gobierno, nepotismo, conflictos religiosos. ¿Y por qué?

—Dímelo tú, Juliano —propuse, sabiendo perfectamente cuál iba a ser su respuesta.

—Porque —contestó, dirigiéndome una mirada elocuente— la gente ha descuidado su religión ancestral, los dioses que en el pasado llevaron a Roma a la gloria. ¿Es de extrañar que hayamos sufrido invasiones bárbaras por todos los frentes? Los chacales siempre atacan a los débiles y tullidos, y así se ha vuelto Roma, débil y tullida. Cesáreo —añadió inclinándose para asirme del brazo, con fuego en la mirada—, sé que no me apoyas en el aspecto religioso, pero no importa. ¡Tenemos la oportunidad de redimir a Roma de todos sus errores pasados! ¡La tenemos! Por primera vez en décadas, el Imperio es capaz de volver a ser grande, incluso de superar su viejo esplendor. El control incontestable de todo el Imperio se halla en mis manos, el ejército está unido. Cesáreo, no hay nada que nos impida restaurar Roma, convertirla en el mayor imperio que haya existido en la tierra, ¡mayor incluso que el de Alejandro! ¡Nada se interpone en nuestro camino, Cesáreo, salvo la falta de entusiasmo!

—En ese caso, ¿por qué pierdes el tiempo con riñas religiosas? —osé preguntar—. ¿Por qué no dejas a los cristianos en paz?

Relajó la mano con que me sostenía el brazo y se echó a reír, aunque solamente con la boca. Sus ojos permanecían tristes e inexpresivos.

—¿Has dicho «riñas»? Cesáreo, ¿no tuvimos ya esa conversación

en Naissus? No puedo restaurar Roma yo solo. Necesito a la propia Roma. Necesito su voluntad, la voluntad conjunta de todo el Imperio. Solo una cosa impide que esa voluntad se materialice, Cesáreo: la desatención a los dioses. Y solo existe una fuente de disensión en el Imperio…

—Los cristianos —terminé por él.

Juliano asintió casi con pesar y rodeó su mesa.

—Ni siquiera los persas representan un obstáculo —continuó—. Están atemorizados y suplican clemencia cual esclavos ante la amenaza del poder de Roma. Los cristianos, sin embargo, se niegan a cooperar, a contribuir a nuestros esfuerzos.

Decidí cambiar de tema.

—Juliano, en cuanto a la campaña persa que planeas, en París calificaste a Constancio de loco por intentar lo mismo.

—Ah, pero es que él estaba loco —repuso con una sonrisa—. Planeó su campaña contando únicamente con la mitad del Imperio. Yo, como bien recordarás, era la otra mitad y él sabía que no le apoyaría, a pesar de lo cual se embarcó en la aventura. Su motivación era pura ambición y codicia. La mía es la gloria de Roma. ¡Nuestra unidad representa la derrota de Persia! Como ves, él estaba loco.

—Todos hemos estado locos alguna vez —afirmé con voz queda.

Había tardado tres semanas en llegar desde Nacianzo para reunirme con el emperador en su nueva sede de Antioquía, donde se estaba preparando para un último ajuste de cuentas con Sapor, el Rey de Reyes, el persa que desde hacía tanto tiempo era una espina para el Imperio. Desde Antioquía, Juliano estaba reuniendo hombres y provisiones para la expedición militar más poderosa que Roma había emprendido en una generación. Las provisiones llegaban por el puerto de Seleucia, próximo a Antioquía, y a través del desierto vía Alepo. Iban destinadas no solo al ejército y los auxiliares, sino a toda la corte, los administradores y los miles de seguidores que estaban haciendo de Antioquía, ya de por sí grande, una ciudad capaz de rivalizar con Alejandría, e incluso con Ctesifonte, en opulencia y riqueza. Al puerto de Antioquía arribaban frutas y vinos de Italia y azulejos decorativos de Narbona; el trigo de Egipto y de toda África, y aceite de oliva, plata y cobre de

España; la carne de venado, las vigas de roble y la suave lana cardada de la Galia; los mármoles de Grecia y Numidia y los jamones curados de Bética; el estaño de Britania y el oro y el ámbar de Dacia. En las vastas caravanas de irritables camellos llegaban los dátiles de los oasis y el pórfido y el incienso de Arabia, el marfil de Mauritania y los papiros del valle del Nilo, el vidrio de Siria y Fenicia, y las sedas del Lejano Oriente, y de la India gemas, corales y especias. Y con la llegada del emperador, Antioquía eclipsaba ahora incluso a Roma y Constantinopla como centro del mundo.

Juliano había llegado a mediados de julio, cuando el resto del Imperio descansaba y huía del calor en una letárgica apatía. Le acompañaba Salustio, siempre a su derecha, el brazo de Juliano que manejaba la espada, mientras que Máximo se mantenía a su izquierda, la mano con que escribía, el lado de su intelecto. Eran sus asesores por excelencia, diestro y siniestro, y me sorprendió e inquietó profundamente que Máximo hubiera adquirido una influencia como consejero comparable a la de Salustio. El emperador fue recibido en la antigua ciudad por una enorme multitud, debido, en parte, a lo oportuno de su llegada, que coincidía con el tradicional festival de Adonis, amante de Afrodita, que se estaba celebrando en toda la ciudad con la creación de pequeños jardines artificiales y ritos que conmemoraban su muerte por un jabalí y su entierro.

Con todo, el hecho de que la multitud fuera numerosa no significaba necesariamente que apoyara con entusiasmo al emperador. Los antioquenos, en realidad, preferían aguardar antes de emitir un juicio sobre su nuevo huésped, pues habían oído muchas cosas de él —que era asceta, descuidado en su aspecto, erudito y aguafiestas, y un fanático religioso—, ninguna de las cuales contribuía a ganarse la simpatía de los residentes hedonistas, mundanos y cínicos de esa ciudad. Y aunque la población era mayoritariamente pagana y más o menos tolerante con el cristianismo o, peor aún, con un seudocristianismo que mezclaba algunos de los viejos ritos paganos con una liturgia cristiana adaptada, no veía con buenos ojos la entusiasta inmersión de Juliano en los sacrificios a los dioses antiguos. De hecho, le repelían sus excesos, pues, en tiempos de hambruna general (las cosechas

habían escaseado ese año), durante las primeras semanas en Antioquía Juliano se había entregado a una orgía de sacrificios sangrientos desconocidos para la urbe.

De hecho, hermano, las acciones de Juliano eran tan extremas como los rumores exagerados que habíamos oído en Nacianzo e incluso peores. Era evidente que durante mi ausencia su forma de pensar había cambiado sobremanera, su gusto por las abominaciones crecido, su capacidad para los pensamientos refinados e inteligentes declinado. Yo había aceptado que ya no fuera cristiano, algo que, ciertamente, había dejado bien claro a todo el Imperio. Pero que hubiera renunciado incluso a las sutilezas de la filosofía que tanto había amado y en la que se había sumergido durante noches enteras, por esos brutales y humillantes sacrificios paganos, escapaba a mi entendimiento. Durante horas cada día, durante días sin fin, los albañiles de los templos corrían encarnados y Juliano iba de altar en altar con las manos y los brazos manchados hasta los hombros, chapoteando en pantanos de sangre, rodeado de montones de bestias descuartizadas, deleitándose en los muchos animales entregados a la prodigalidad de sus sacrificios. Tan insaciable era su apetito que contaban que competía incluso con el del rey Salomón, el cual, según las Escrituras, ofrecía sacrificios tan copiosos que la sangre y el humo infestaban Jerusalén durante días.

No había duda de que Juliano se sentía impulsado a conservar el favor de los dioses debido a su plan de marchar contra los persas y a fin de mantener el amor de sus soldados más veteranos y fieles, los celtas y los petulantes, que le habían acompañado desde la Galia y le habían sido leales incluso durante los días más aciagos del invierno en Tracia. No obstante, los continuos festines y orgías de la ruda soldadesca gala en los sacrificios constituían un escándalo constante para los refinados antioquenos, que noche tras noche veían sus calles alborotadas por soldados extranjeros ebrios y eran incapaces de ocultar su resentimiento.

Sin embargo, el favor de los dioses y de sus hombres era más importante para Juliano que las quejas que en privado expresaban los habitantes de su ciudad anfitriona, los cuales no tardaron en empezar a utilizar términos muy poco honorables en sus mofas

sobre el emperador. Era un mono peludo, decían, con la barba de una cabra, siempre enterrado en sus textos filosóficos y sagrados, con las uñas largas y manchadas de tinta. Comía como un saltamontes y dormía como una vestal, y se pasaba los días descuartizando cientos de víctimas para sus preciados dioses.

Yo no vi un solo sacrificio, naturalmente, pues me negaba a asistir a ellos, y Juliano me eximía de esa obligación. Para mí constituía una pequeña victoria personal, pues generalmente Juliano obligaba a todos sus soldados y seguidores, tanto cristianos como paganos, a presenciar sus ceremonias. Con todo, hubo un acontecimiento durante este período previo a la campaña persa del que fui testigo indirecto y que merece ser descrito aquí, aunque me resistiré a darle una interpretación, hermano, en deferencia a tus mayores conocimientos en ese campo.

Hacia finales de ese año, como ya he dicho, Juliano decidió reconstruir el gran templo judío de Jerusalén, el cual llevaba tres siglos convertido en una pila de escombros, desde que los romanos lo destruyeran como represalia por la rebelión hebra. Durante muchos años, los emperadores romanos habían prohibido a los judíos visitar incluso sus ruinas, que permanecían como un signo de vergüenza, y en realidad hacía poco que estos habían podido volver a poner un pie en Jerusalén. Ese gesto de reconciliación tenía su lógica desde el punto de vista de Juliano, que no sentía por los judíos la hostilidad que profesaba a los cristianos y, de hecho, ansiaba granjearse su amistad. Los agentes hebreos tenían mucho poder entre los mercaderes de cereales de Egipto y el norte de África, y ejercían su influencia sobre la procedencia y los precios de muchos de los bienes de lujo que cruzaban el desierto en las caravanas llegadas de Persia. Más aún, en opinión de Juliano, la religión israelita no distaba mucho de la de los griegos, de la que se diferenciaba solo en pequeños detalles, y su principal defecto, naturalmente, era el monoteísmo.

Pero más importancia tenía para Juliano el beneficio metafísico que representaba la reconstrucción del templo: la afirmación de Cristo de que ni una sola piedra de ese gran edificio permanecería en pie sería rotundamente rebatida. El augusto, el sacerdote supremo del paganismo, humillaría a los cristianos en su propia

casa demostrando que su dios era un fraude. De este último objetivo, por supuesto, no lo habló conmigo, y quizá exagere al atribuírselo como una de sus motivaciones.

El plan de reconstrucción se presentó como la restauración de los lazos de amistad entre Roma y los judíos, y en noviembre de ese año Juliano me invitó a viajar a Jerusalén para presenciar el descubrimiento ceremonial de la puerta principal del templo, cuya área circundante había quedado limpia de escombros y donde la construcción de nuevas columnas y pórticos estaba a punto de terminar. Juliano ya había recibido noticias alentadoras sobre los progresos del templo, como por ejemplo que, al anunciarse que iba a iniciarse la retirada de escombros para comenzar las obras, judíos de todas las edades y regiones habían dejado a un lado sus diferencias y se habían congregado en la montaña sagrada de sus padres para presenciar el gran acontecimiento y echar una mano. Los hombres olvidaron su arrogancia y las mujeres su fragilidad; ricos benefactores donaron palas y hachas, y los cascotes se retiraban con las manos, incluso en mantos de seda. Se aflojaron los bolsillos y toda la población de la región celebró las piadosas órdenes de su nuevo monarca.

Pese a mis dudas sobre sus verdaderos motivos, me sumé gustosamente al viaje, pues nunca había estado en Jerusalén y me entusiasmaba la idea de visitar la Ciudad Santa antes de iniciar la campaña persa de la primavera. La noche antes de partir, sin embargo, un trirreme romano atracó sigilosamente en el puerto de las afueras de Antioquía y desembarcó a su único pasajero, Alipio de Antioquía, exgobernador de Britania, a quien Juliano había encargado el control de las obras del templo. Había salido de Jerusalén hacía tan solo tres días, pagando sobornos que sumaban la mitad de su fortuna en oro para asegurarse un viaje raudo que le trasladara a Antioquía antes de nuestra partida, viaje que había pasado azotando prácticamente al capitán para que instara a los hombres a remar más deprisa. Cuando Alipio irrumpió en el palacio, acompañado de dos marineros robustos y descalzos que miraban maravillados alrededor, advertí que tenía el rostro macilento y que sus gestos eran casi de pánico. Avisaron a Juliano y mientras este llegaba serví una gran copa de vino sin mezclar y la

tendí al tembloroso arquitecto, quien, agradecido, la apuró de un solo trago. Luego explicó la razón de su apresurado viaje desde Jerusalén.

—Alteza —tartamudeó, hasta que Juliano le ordenó que se tranquilizara—. Estaba todo preparado para tu recepción… de hecho, ya se había cubierto el pórtico con cortinas de lona, listas para que tiraras de la cuerda que debía echarlas abajo y dejar al descubierto la entrada más hermosa de todos los templos de Oriente…

—¿Qué ocurre, hombre? —ladró Juliano con impaciencia—. ¡Habla de una vez!

—Hubo un temblor.

—¿Qué? —exclamé—. ¿Un terremoto? No hemos oído nada acerca de un terremoto. ¿Ha causado daños?

—A la ciudad no, señor —respondió el pobre arquitecto sin atreverse a mirar a nadie.

—Entonces, ¿a qué? —gritó exasperado Juliano.

—Señor —gimió Alipio—, el pórtico se vino abajo. Veinte hombres que estaban colocando la cortina quedaron enterrados bajo los escombros y el resto consiguió salvarse de las piedras refugiándose en… —Se interrumpió, como si no pudiera continuar.

Juliano le miraba, inmóvil.

—¿Dónde? —preguntó con voz queda y amenazadora.

—En una iglesia —susurró Alipio.

—Una iglesia —repitió Juliano antes de girar sobre sus talones y abandonar raudo la sala, murmurando amenazas y agitando los brazos, pese a no tener a nadie cerca.

—¿Qué hago? —me preguntó el abatido arquitecto mirando a los sacerdotes y guardias que le rodeaban, y al malévolo Máximo, que había escuchado toda la conversación en silencio.

Desde mi llegada a Antioquía había observado que el eritema de Máximo, si así podía llamársele, se había extendido varias pulgadas y ahora le cubría casi todo el lado izquierdo de la cara hasta desaparecer bajo el cuello de la túnica, del cual se tiraba constantemente.

—Te aconsejo que regreses al trirreme y aguardes a recibir órdenes del emperador —respondí amablemente.

Alipio me miró como si acabara de comunicarle su condena a muerte, algo que, de hecho, quizá hice, pues a la mañana siguiente fue encarcelado y más tarde asesinado por otro prisionero, al parecer un loco, que se había enfurecido con el desdichado arquitecto por razones que nunca averigüé.

—No importa —me dijo Juliano dos días después, ya sereno, durante el desayuno—. Ordenaré que retiren los cascotes y yo mismo colocaré la piedra angular del templo reconstruido.

Pero el viaje para colocar la sagrada piedra no iba a tener lugar. Durante las siguientes semanas, desde el distrito del templo de Jerusalén nos llegaron terribles informes que Juliano, al principio, rechazó con desdén y luego aceptó con cierta incredulidad. Finalmente convocó al mismísimo gobernador romano de Jerusalén en el palacio de Antioquía para que relatara los extraños acontecimientos, que escuchó estupefacto. Por lo visto, pese al entusiasmo con que se había iniciado la labor de limpiar el templo de los escombros acumulados durante siglos, ni un solo obrero de la ciudad, judío, pagano o cristiano, osaba ahora poner un pie a menos de cien pasos del solar por temor a recibir un castigo divino. Durante la primera semana que siguió al derrumbamiento del pórtico, mientras los trabajadores retiraban las piedras y columnas que descansaban en una pila caótica, unas terribles bolas de fuego brotaron de los viejos cimientos del templo y los carbonizaron, de modo que de ellos solo quedaron los negros esqueletos. Luego el fuego desapareció sin rastro de humo ni olores.

En un principio, el capataz de la obra atribuyó el fenómeno a filtraciones de betún negro, que abunda en la zona del mar Muerto, antiguamente conocido, de hecho, como lago Asfaltites por las masas de betún que periódicamente se desprenden del fondo y flotan en la superficie. Un obrero descuidado, aventuró, debió de prender fuego a un charco de betún al calentarse la comida en el refugio de las rocas, lo que inició la conflagración. A fin de investigar el asunto, el capataz envió algunos trabajadores a los sótanos abovedados del templo que aún permanecían intactos tras la destrucción a manos de los romanos.

La segunda ronda de llamaradas iluminó el cielo de la noche como un relámpago en un bosque dacio, y muchos ciudadanos de

Jerusalén levantaron sorprendidos la vista para comprobar si iba a llover. Mas se sorprendieron cuando la ciudad al completo recibió un chaparrón de polvo, arena y piedrecillas. Si hubiese sido agua lo que caía, probablemente habría acortado el sufrimiento de los diez o doce exploradores del sótano que habían sobrevivido a la explosión. Los hombres habían emergido a la carrera, gritando despavoridos, con el pelo y las extremidades en llamas. La mayoría pereció horas o días después.

Como ya he mencionado en este tratado, he oído decir que los cadáveres pueden desprender fuego y yo mismo he visto salir fuego de un depósito de hielo. Nunca, sin embargo, lo he visto brotar de las piedras y espero no vivir lo bastante para presenciar semejante fenómeno. Los racionalistas de la corte de Juliano defendieron la hipótesis de que terribles gases acumulados en las profundidades de la tierra habían sido liberados, quizá a través de fallas provocadas por el temblor que echó abajo el pórtico, y que esos gases, a su vez, ardieron por la chispa de un cincel o la llama de un candil. Otros hablaban de la ira de los dioses, ya fueran los griegos, celosos de los favores que Juliano prodigaba a los judíos, o las misteriosas deidades bovinas de Persia, enfurecidas por la inminente marcha de Roma contra el Rey de Reyes. Los cristianos aseguraban que era un castigo divino contra el emperador por atreverse a poner en duda la divinidad del Salvador, mientras que Máximo y los arúspices atribuían el fenómeno a los todavía insuficientes esfuerzos por aplacar a los espíritus guardianes de Roma con más sacrificios.

En tus manos dejo la interpretación última, hermano, pues Juliano tuvo el acierto de desviar su atención y energía a otros asuntos.



II

Estoy envejeciendo, hermano, más deprisa que los días que transcurren ante mí y arrancan los años de mi vida como un niño arranca las hojas de un libro que han dejado a su alcance. Durante los últimos cinco años temo haber envejecido diez, y durante los cinco siguientes serán veinte, y a este ritmo no tardaré en darte alcance y adelantarte, e incluso competir con padre. Mas no es físico mi envejecimiento; en muchos aspectos todavía se me puede considerar un hombre relativamente joven y, aunque mi cabello empieza a ralear y encanecer en las sienes, mi cintura todavía es esbelta, mis intestinos fuertes, mi andar ágil, y mi capacidad para hacer volver la cabeza a una doncella de vez en cuando no ha disminuido, si bien el deseo de dejarme tentar por tales distracciones es harina de otro costal. No; no es en el aspecto carnal en el que estoy envejeciendo, pues toda carne debe seguir las leyes de la naturaleza y solo el paso uniforme de los días y las noches puede contribuir al ajamiento físico. Estoy envejeciendo por dentro, pues mi espíritu está cansado, cansado hasta la médula, si me permites la combinación de una metáfora espiritual con una carnal, y este agotamiento que no me deja ni a sol ni a sombra comenzó el día que llegué a Antioquía y vi confirmados los planes de Juliano contra los persas. Pese al vigor de los soldados, el descaro y las irreverencias de los marineros, las risas y las bromas de Juliano, y hasta la sonrisa ocasional de la boca pustulosa de Máximo, yo tenía un presentimiento, sentía cierta tristeza relacionada con la expedición, quizá debido a la superficialidad de sus motivos. Mientras nos preparábamos para la marcha me sentí como un anciano ante un larguísimo viaje.

La campaña contra los persas, dicho sea de paso, era totalmente

innecesaria. Hasta el propio Salustio había intentado en vano disuadir a Juliano.

—Cree que devolverá a Roma su antigua gloria —refunfuñó el consejero cuando, en una ocasión, le pregunté con prudencia por los motivos de Juliano.

—Eso me ha dicho a mí también. ¿Y lo conseguirá?

Salustio hizo una mueca y esquivó la pregunta.

—Está siguiendo su visión, a su diosa, y Máximo le anima. Conoces a Juliano tan bien como yo, médico. No puedes disuadirle de algo que ve como su destino. Y Persia, dice, es su destino.

—Eso han creído todos los emperadores romanos de los últimos cuatro siglos. Algunos ganaron batallas, incluso guerras, pero ninguno ha conquistado realmente Persia. No es posible que crea a Máximo cuando le dice que es su «destino».

—Oh, sí le cree —dijo Salustio con resignación mientras volvía a los preparativos militares de la marcha—. Le cree ciegamente.

El rey Sapor no era un idiota. De hecho, me atrevería a decir que era el monarca más astuto al que se había enfrentado un emperador romano. Aunque se hallaba, en el trigésimo año de su reinado, todavía era un hombre joven, ya que, por una extraña circunstancia, había ostentado el título de Rey Supremo más tiempo del que llevaba vivo. Su padre, el rey Hormouz, falleció prematuramente cuando su esposa estaba embarazada de su primer hijo, lo que despertó las ambiciones de otros príncipes de la familia real que aspiraban a gobernar el enorme imperio. Previendo una guerra civil, la viuda de Hormouz ordenó inmediatamente la coronación del futuro heredero antes incluso de conocer su sexo. Para la ceremonia se instaló en el salón de coronaciones un lecho real sobre el que la reina se tumbó con gran pompa en presencia de todos los cortesanos y nobles. Sobre el lugar donde se suponía se encontraba la cabeza del futuro rey se colocó una magnífica corona y todos los sátrapas se inclinaron ante la barriga majestuosa de la reina y su contenido real. El gobernante Sapor, con su título oficial de Rey de Reyes, Compañero de las Estrellas y Hermano del Sol y la Luna, nació unas semanas más tarde y para entonces su ascenso al trono fue un hecho inevitable.

Los espías que Sapor tenía en Antioquía enseguida informaron al

monarca de los preparativos de Juliano. El rey conocía bien el alcance de la fuerza militar y las alianzas extranjeras que se estaban estableciendo contra él y, más importante aún, la calidad de su dirigente, el joven y enérgico emperador que había diezmado a los bárbaros del Rin, cruzado el Imperio Romano como un rayo y tomado la capital sin derramar una sola gota de sangre romana. Confirmados los preparativos de Juliano, Sapor renunció a toda arrogancia y envió una carta cortés al emperador para recordarle la afinidad que compartían por su capacidad como grandes dirigentes y proponerte que limaran sus diferencias de una forma amistosa.

Sin embargo las cualidades y la reputación de Juliano, que habían espantado al Rey de Reyes lo bastante para pedir la paz, eran las mismas que impedían al emperador cambiar su plan de acción pese a las claras ventajas y el ahorro de tesoros y hombres. Los entusiastas esfuerzos de Juliano durante su año en Antioquía habían producido un ejército de sesenta y cinco mil legionarios romanos y un número parejo de auxiliares árabes, escitas, godos y sarracenos; una alianza con el rey Arsaces de Armenia que representaba otros sesenta mil soldados armenios listos para detener a los persas en su frente del noroeste; una flota fluvial esperándole en el Éufrates al mando del conde Luciliano, integrada por mil navíos que transportaban toda clase de armas y provisiones, y cincuenta barcos de guerra gigantescos y un número igual de barcazas para la construcción de puentes y otras obras ribereñas. Los barcos de madera, cubiertos con pieles crudas y cargados hasta las bordas de un suministro inagotable de armas, utensilios, provisiones y artefactos, eran tan numerosos que cubrían el río Éufrates de orilla a orilla. Con semejante respaldo, ¿qué respuesta podía darse a la carta diplomática del rey Sapor, presentada con toda humildad por su propio tío, quien, ataviado con sus mejores galas, ofreció ricos presentes, un excelente semental árabe, los territorios que Roma llevaba tiempo codiciando y la coexistencia pacífica entre dos imperios poderosos mientras vivieran ambos dirigentes?

Por desgracia, el tío del rey no calló tras su humilde ruego, como habría hecho un hombre sabio, sino que procedió a recordar a Juliano los infortunios de su predecesor, el anciano Valeriano,

durante su expedición persa realizada un siglo atrás, cuando fue capturado y despellejado, y su piel rugosa se exhibió como un «trofeo eterno» en la corte persa. Mientras Juliano hervía en su asiento, el estúpido embajador le describió alegremente la derrota de Galerio, tan reciente que seguía viva en la mente de los veteranos de mayor edad. Su ejército había quedado prácticamente destruido y el general a duras penas consiguió regresar a Antioquía con vida. Juliano escuchó al diplomático con la mirada encendida de indignación.

Acto seguido, rompió la carta.

Con una sonrisa de desprecio, lanzó los pedazos a la cara del atónito tío.

—Di a tu soberano que se ande con cuidado —dijo con enojo—, pues yo, Juliano, Sumo Pontífice, césar y augusto, sirviente de los dioses y de Ares, destructor de los bárbaros y liberador de los galos, no reconozco la superioridad de ningún individuo sobre mí ni de ningún imperio sobre Roma. Apresúrate, hombre, y adviértele, pues es mi intención confirmárselo personalmente al frente de mi ejército.

La guerra ya no era solo posible, sino inevitable, y el único destino concebible del enorme ejército de Juliano era Ctesifonte, la capital soberana de Persia.

La inmensa colección de soldados emprendió la marcha el 5 de marzo, una fecha cuidadosamente elegida, pues el tiempo era todavía lo bastante fresco para hacer el trayecto agradable. Las colinas, por lo general áridas, se hallaban en esta época del año cubiertas de pastos verdes y regadas por multitud de arroyos. La ruta nos llevó a través de Siria en dirección este, por las ciudades de Litarbae y Beroea, hasta Hierápolis, centro de caravanas de la región, donde se estaban congregando más soldados y provisiones para sumarse a nosotros.

Los presagios, sin embargo, no eran buenos, y me avergüenza decir que, quizá debido a mi constante proximidad con Juliano y sus augures, hasta yo comenzaba a interesarme por tales señales, aunque hasta al obispo Atanasio le habría resultado difícil para pasarlas por alto. El plan era que nuestra entrada en Hierápolis constituyera una marcha triunfal precedida por las vastas

formaciones de tropas extranjeras marchando en perfecta sincronía, con sus lustrosas armaduras relucientes al sol. No obstante, cuando estábamos entrando, una descomunal columnata que flanqueaba las puertas de la ciudad se vino abajo y a punto estuvo de aplastar el carro de Juliano, que acababa de atravesarla. Mató a cincuenta soldados e hirió gravemente a numerosos civiles que se hallaban cerca de la columnata o encaramados a ella, razón, sin duda, por la que se derrumbó. Sin embargo Juliano, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera la destrucción de Persia, no pareció reparar en la tragedia, ni siquiera cuando la ciudad estalló en un frenesí de lamentos por sus muertos. Fue con sumo esfuerzo que Salustio consiguió convencerle de que hiciera una visita de cortesía a los soldados heridos, las primeras víctimas de su campaña. Juliano, sin embargo, tenía la cabeza en otra parte, en los recuentos de tropas y en las líneas de avituallamiento, en las negociaciones con los aliados y en las condiciones de la rendición para los persas. No tenía emociones que dedicar a los muertos y heridos.

Permanecimos en Hierápolis tres días introduciendo cambios en las formaciones y emitiendo órdenes. Luego, en lugar de bajar por el Éufrates hacia Ctesifonte, como probablemente esperaba el rey Sapor, cruzamos el poderoso río en plena noche, por un puente de pontones, y atravesamos el desierto a un ritmo de veinte o treinta millas diarias. La ruta nos condujo hasta Batnae, donde tuvo lugar otro desafortunado suceso: una inmensa pila de grano se desmoronó en un puesto de avituallamiento y enterró y asfixió a otros cincuenta hombres que estaban reuniendo forraje. Nos detuvimos solo el tiempo justo para que Juliano ofreciera un breve sacrificio por el cuidado de las almas de sus hombres, ceremonia que dejó fríos incluso a los más fervientes adoradores del toro por el modo informal y distraído como la dirigió. Sin más demora, pusimos rumbo a Carrhae, ciudad memorable porque en ella tuvo lugar la destrucción del ejército romano bajo Craso unos siglos antes. Finalmente nos hallábamos camino del poderoso Tigris, a unas semanas de viaje, río que también conducía a Ctesifonte.

Ctesifonte había sido, de hecho, la meta alcanzada por el emperador Trajano dos siglos y medio atrás en su campaña victoriosa contra los partos. Trajano, sin embargo, había partido del

norte, de Armenia, y marchado hacia la capital persa siguiendo el curso, más favorable, del Tigris, mientras un ejército auxiliar avanzaba hacia la capital por la escabrosa orilla del Éufrates. Al dejar atrás este río y avanzar en dirección al Tigris con su enorme ejército, Juliano pretendía que los espías de Sapor dudaran de cuál sería la vía de ataque que pensaba tomar, y puede que ni siquiera él mismo lo supiera aún mientras intentaba controlar desde lejos las fuerzas de Sapor. Finalmente decidió emplear la táctica de tenaza que tan buen resultado había dado a Trajano, bien que con una pequeña alteración: el ejército auxiliar de Juliano, al mando del general Procopio, continuaría hacia el Tigris, uniéndose a los armenios de Arsaces en caso necesario, y a renglón seguido arrasaría los distritos asentados a lo largo de ese río durante su marcha hacia Ctesifonte. Entretanto Juliano, con el resto de los soldados y provisiones, regresaría en dirección sur hasta el Éufrates para reencontrarse con la flota en Callinicum y luego apretaría el paso a fin de reunirse con Procopio en Ctesifonte.

En Carrhae fui nuevamente testigo de un augurio, interpretado como bueno, que tuvo que ver con el caballo de Juliano. Desde el vergonzoso suceso en Tracia, cuando caí de bruces en el fango, me había asegurado, cada vez que cabalgaba con Juliano, de plantar bien los pies en el suelo antes de ayudarle a montar al estilo persa cuando no tenía a mano su lanza. Ahora, sin embargo, eso no me preocupaba porque no había barro.

Juliano me había invitado a dar un breve paseo a caballo para ver practicar a un destacamento de tiradores y arqueros escitas, invitación que acepté gustosamente, agradeciendo una excusa para salir de los confines del campamento. Por el camino el semental de Juliano sufrió un tirón en el hombro y fue sustituido por el de uno de los mozos que nos acompañaban. Pasamos una hora viendo el entrenamiento y estábamos subiendo a nuestros respectivos caballos para marcharnos cuando, inopinadamente, una piedra salió despedida de una honda y fue a parar a la testuz del caballo de Juliano.

No era uno de esos proyectiles de plomo con forma de bellota que los tiradores utilizaban en las batallas reales, sino un guijarro del río que un soldado había recogido del suelo. No obstante, la

velocidad que llevaba era tal que al golpear la cabeza de la pobre bestia brotó un chorro de sangre que salpicó a Juliano, pues la piedra entró por la mejilla y destrozó las muelas de ese lado de la cara. El caballo cayó al suelo, derribando a su jinete en el proceso, y empezó a temblar y rodar por la tierra agitando los cascos y desparramando sus valiosos arreos de seda, gemas y oro.

Juliano enrojeció de ira.

—¿Dónde está? —gritó, y caminó a grandes zancadas hacia el atónito centurión que estaba entrenando a los tiradores mientras los desconcertados soldados se apiñaban atemorizados detrás de él—. ¿Dónde está el asno que ha derribado a mi caballo y que casi me mata a mí?

El centurión miró consternado a su escuadrón, sin saber qué hacer, en tanto que el mozo y yo corríamos hasta Juliano para calmarle antes de que cometiera alguna locura. Pocas veces le había visto tan enfurecido. Hasta cuando su hijo fue asesinado logró controlar sus emociones, pero últimamente su humor, que podía pasar de la indiferencia por la muerte de cincuenta soldados a una rabia descontrolada por una simple herida a un caballo prestado, me desconcertaba. Le así del hombro para impedir que se abalanzara sobre el centurión. De repente, un joven escita, apenas un muchacho, salió del grupo de tiradores y se acercó atemorizado al emperador.

Juliano le observó temblando de rabia y, cuando lo tuvo cerca, ladró:

—¿Te das cuenta de lo que has hecho, muchacho? Con tu torpeza casi matas al caballo, ¡y es solo por la gracia de los dioses que yo no esté como él! Un buen caballo, este… este… maldita sea, mozo, ¿cómo se llamaba el caballo? —preguntó volviéndose hacia el asustado muchacho, que estaba a mi lado.

—Babilonia —contestó el mozo.

Juliano se volvió hacia el tirador para seguir con la bronca cuando, de repente, se detuvo.

—¿Babilonia? —repitió maravillado—. Babilonia… ¡Muchacho, Babilonia ha caído! —Y una amplia sonrisa iluminó su cara. Arrojó sus brazos a los hombros del pasmado tirador y se volvió para mirar con calma al agonizante caballo, que luchaba por levantarse

mientras los ricos arreos le colgaban desgarrados de los costados—. ¡Ha caído, muchacho, desprovista de toda su riqueza! ¡Has matado a Babilonia! —Y dicho esto, corrió hasta el animal, arrancó un trozo de cadena de oro que se había salido de la silla de montar y la puso en las manos del atónito muchacho—. ¡Que tu puntería nunca mejore! —gritó, y los arqueros y lanzadores prorrumpieron en vítores, más de alivio y sorpresa que de verdadero apoyo.

Regresé al campamento meneando incrédulo la cabeza, sorprendido de que un hombre que tanto creía en los dioses pudiera pasar por alto las señales dadas por los desastres que habían matado a docenas de hombres en las últimas semanas y continuara su campaña basándose en una piedra mal dirigida.



III

Tras separarse de las fuerzas de Procopio, el ejército prosiguió su marcha hacia el sur y el este hasta alcanzar Callinicum, la ciudad fortificada del Éufrates, tres semanas después de haber partido de Antioquía. Aquí Juliano fue homenajeado por los jefes de varios grupos nómadas sarracenos que juraron obediencia al emperador sobre una rodilla flexionada y le ofrecieron una corona de oro. Juliano los recibió cortésmente y aceptó la ayuda militar que le brindaban, pues los miembros de esas tribus tenían larga fama de odiar a los persas y ser excelentes en la guerra de guerrillas. Aquí también nos reunimos con la flota que había navegado tranquilamente río abajo, y a partir de ese momento las vastas fuerzas de tierra y agua penetraron juntas en el corazón de la vieja Mesopotamia.

El ejército cubrió noventa millas en una semana para llegar a Cercusium, ciudad situada en la confluencia de los ríos Chaboras y Éufrates que Diocleciano había fortificado años atrás por tratarse de un enclave vital para defender Siria de las invasiones persas. Juliano reforzó la guarnición asignando cuatro mil soldados de su propio ejército y ordenó la construcción de un puente de pontones para cruzar el afluente. Los cincuenta barcos portadores de vigas ya cortadas, pilotes y millas de amarras se pusieron en acción, para sorpresa de los aletargados lugareños, y en dos días se erigió un puente a lo largo de la media milla de la desembocadura del Chaboras, que el ejército entero, incluidos carretas de avituallamiento, camellos y caballos, cruzó en cuestión de horas. Las tropas prorrumpieron en vítores cuando los últimos grupos de bueyes cargados de forrajes y maquinaria de asedio atravesaron los sólidos maderos y luego, estupefactas, escucharon la orden de

Juliano de verter brea en el puente recién construido y prenderle fuego. Una vez destruido, no habría esperanza de regresar. La seguridad y la arrogancia del emperador no tenían límite.

Los malos presagios nos perseguían como un castigo divino e inquietaban cada vez más a los hombres. Durante una tormenta que estalló inopinadamente en un cielo azul, un rayo mató a dos caballos y un soldado llamado Joviano, nombre derivado del de Júpiter, rey de los dioses romanos; una inundación hizo que varias docenas de barcos se precipitaran contra los diques de piedra que protegían la orilla y zozobraran, y un inesperado tornado arrancó los ganchos de las tiendas de los soldados, que salieron volando y derribaron dolorosamente a algunos hombres. Como había ocurrido con las demás señales, Juliano decidió pasarlas por alto, pero los hombres no podían y algunos incluso declararon que una expedición romana tan hacia el este era innecesaria y no conocía precedentes en tiempos de paz. Cuando llegamos a un lugar llamado Zaith, a dos días de Cercusium, donde descansaba la magnífica tumba del emperador Gordiano, los murmullos y la falta de disciplina eran tales que varias legiones de auxiliares se negaron a continuar la marcha hasta que se hiciera algo respecto a las malas premoniciones.

Cuando le informaron de la preocupación de los soldados, a Juliano le enfureció la falta de fe en él. Su primera reacción fue ordenar a las tropas rebeldes que siguieran marchando so pena de organizar un consejo de guerra y condenarlos a muerte. Sus generales, sin embargo, señalaron, con el acuerdo quedo de Máximo, que aunque consiguiera obligar a los hombres a marchar no le estarían apoyando de corazón. El soldado que ha perdido la confianza en su jefe es peor que un inútil; de hecho, constituye una amenaza por su propensión a acobardarse y huir, poniendo así en peligro el valor y la vida de los soldados fieles.

—Habla con ellos, Juliano —le insté—. Utiliza tus habilidades. ¿Te acuerdas de la Galia, antes de la batalla de Estrasburgo? Siempre has sabido animar a tus tropas.

Juliano se serenó, pero seguía indignado.

—Me niego a creer —dijo— que Alejandro tuviera que engatusar a sus soldados para que cruzaran el desierto como cachorros en

dirección a su cuenco de leche. Pero si eso es lo que hace falta para poner en marcha a los sarracenos, que así sea.

Y sin más demora ni planificación, se dirigió a grandes zancadas hasta el gran montículo de tierra situado junto a la tumba marmórea en forma de barco de Gordiano y aguardó con sus oficiales superiores a que los heraldos congregaran a las tropas. Al poco, todas las centurias, cohortes y manípulos estaban reunidos en formación, mientras los más alejados del campamento llegaban corriendo como si se dispusieran a combatir, pues los heraldos, por orden de Juliano, habían llamado a las armas para que las tropas se apresuraran. Allí, bajo un cielo azul sin apenas nubes, con el sol brillando sobre las onduladas llanuras de pasto marrón que se extendían desde el río como la visión de una égloga de Virgilio, Juliano pronunció el discurso más, digamos, educativo que he oído en mi vida, exceptuando, naturalmente, tus inspirados sermones, hermano.

—Hombres valerosos —gritó, un comienzo prometedor—, al veros a todos vosotros, héroes, tan llenos de energía y entusiasmo, os he reunido aquí para explicaros que, contrariamente a lo que han insinuado algunos desafectos, esta no es la primera vez que los romanos han invadido el reino de Persia. Ventidio, general de Antonio, obtuvo innumerables victorias sangrientas sobre esta gente, por no hablar de Lúculo. Pompeyo, después de diezmar las numerosas tribus hostiles que se interponían en su camino, también entró en este territorio y vio con sus propios ojos el mar Caspio. Reconozco, con todo, que hablo de tiempos muy remotos. En épocas más recientes, Trajano, Vero y Severo regresaron de Persia con triunfales coronas de laureles, y Gordiano el Joven, cuya tumba aquí honramos, habría hecho otro tanto después de haber derrotado al rey persa en Resaina e imponerle una huida vergonzosa si no hubiera sido víctima, aquí mismo, de una malvada conspiración planeada por sus propios hombres. Pero la justicia puso a los enemigos de Gordiano en su balanza y el espíritu del emperador muerto no tardó en ser vengado. Cuantos conspiraron contra él, cuantos tramaron frustrar la voluntad del emperador mientras el ejército se hallaba vulnerable y lejos de casa, encontraron muertes dolorosas, como ha de ocurrirle a quien conspira contra su legítimo

soberano.

Dicho esto, hizo una pausa y miró directamente a las compañías de sarracenos, cuyas quejas habían motivado esta asamblea. Silenciosos, recibieron las miradas frías de las legiones galas y, casi imperceptiblemente, recularon. Una vez lanzada su implícita amenaza, Juliano prosiguió con una voz potente que viajaba sin esfuerzo por el aire quieto de las llanuras.

—Pero todos estos emperadores, todos, se movían por deseos bajos. La ambición de alcanzar una gran victoria, el ansia de riqueza, la búsqueda de una expansión territorial desenfrenada. Las motivaciones perversas producen resultados contaminados. Nuestra motivación, en cambio, es sumamente noble: estamos aquí para vengar a nuestros ejércitos exterminados en el pasado. Estamos aquí para recuperar nuestros estandartes perdidos y reparar el daño infligido a las ciudades romanas que Persia ha capturado últimamente, las cuales, bajo gobierno persa, viven en la miseria y la esclavitud. Pero, sobre todo, ¡estamos aquí para restaurar la gloria y la civilización de Roma! Toda Roma, pasada y presente, quienes viven y los espíritus de los que han muerto, os están observando, calibrando hasta qué punto van a ser vengados, y eso depende de vuestro valor. ¡Sed los héroes que vuestros antepasados os están llamando a ser! ¡No les defraudéis! Todos nosotros, desde el emperador hasta la infantería, estamos unidos en nuestro deseo de reparar tales agravios, de invertir los desastres del pasado, de fortalecer el flanco del gran Imperio Romano. ¡La posteridad dará cuenta del esplendor de nuestros esfuerzos y logros!

»Soldados, a vosotros os corresponde juzgar vuestra ansia de botín, esa ansia a la que los ejércitos romanos tantas veces han sucumbido. Permaneced en formación cuando avancéis. Seguid a vuestros comandantes y, cuando llegue el momento de luchar, ¡hacedlo con cada fibra de vuestro cuerpo! A fin de cuentas, las órdenes que doy, las acciones que emprendo, las estrategias que elaboro a vosotros os toca seguirlas, no por mi autoridad como emperador, sino por mis habilidades como general y vuestra confianza en esas habilidades. Nuestro enemigo es taimado y vil, pero os doy mi palabra de que aquel que se rezague será desjarretado, ¡si no por el enemigo, por mí!

»Por la gracia de la Deidad Eterna, juro por mi honor que estaré siempre con vosotros. Las líneas del frente me verán luchar entre ellas, y también la caballería y los arqueros, y los augurios respaldan mis esperanzas. Pero si la muerte me encuentra en la batalla, me satisfará haber sacrificado mi vida por Roma y por vosotros, mis heroicos soldados. Sea cual sea mi suerte, sean cuales sean mis esperanzas, ahora las fío a vosotros. Armaos de valor, confiando sin titubeos en la victoria. Sabed que yo compartiré en igual proporción las penalidades que podáis padecer. Recordad que las causas justas siempre triunfan, ¡y la nuestra es una causa justa! ¡Sed héroes!

Los soldados aplaudieron con un entusiasmo que yo no veía desde que partiéramos a Antioquía, aunque estaba lejos del que presencié durante los días victoriosos de Juliano en la Galia. Los hombres se golpearon las rodillas con los escudos y algunos le instaron a saludar, lo que Juliano hizo obedientemente, aunque alargó el saludo en exceso después de que el clamor se hubiera apagado. Caí en la cuenta de que había evitado el delicado tema de la religión haciendo referencia a la «Deidad Eterna», y que tanto los soldados cristianos como los paganos parecían aceptar por igual ese estímulo. Solo las tropas galas mostraron su entusiasmo con gritos de alegría, recordando aquellas ocasiones, cuando Juliano estaba al mando y luchaba junto a ellos, en que habían visto poderosos pueblos bárbaros destruidos u obligados a suplicar clemencia.

Los hombres marchaban ahora en silencio, renunciando a las conversaciones ociosas y las canciones que a menudo acompañan a las tropas en sus desplazamientos. El sol calentaba más, el trayecto diario era largo y, aunque la moral había subido desde la arenga de Juliano, los soldados estaban tensos y pensativos y preferían guardarse la energía para la tarea que se avecinaba.

En dos días llegamos a Dura, importante centro de comercio y caravanas que, por orden de Sapor, había sido abandonado. Habíamos abrigado la creencia de que aquí, en el corazón de Asiria, encontraríamos un botín que compensara nuestras penurias, pues cuentan que el gran rey Ciro, antepasado de Sapor, había elegido esta región como su principal fuente de suministro. En aquellos tiempos destinó cuatro aldeas enteras únicamente a dar sustento a

sus perros indios; el presupuesto público mantenía ochocientos sementales y dieciséis mil yeguas para los establos reales. Sin embargo, nos llevamos una amarga decepción, pues los graneros estaban vacíos, los productos de las huertas arrancados y los campos quemados. Nuestro único consuelo reposó en las grandes manadas de ciervos que residían en la región, los cuales, desesperados por la pérdida de pastos en los incendios, se comportaban de manera muy impropia de ellos. Debilitados, se mantenían agrupados incluso después de reparar en nosotros, nos miraban con los ojos vidriosos de hambre y apenas intentaban huir cuando nos aproximábamos, lo que nos permitía ahorrar munición porque podíamos capturarlos con redes, o bien a fuerza de golpes en la cabeza con los remos de los botes en el momento en que intentaban cruzar el río para ponerse a salvo. El venado constituía un cambio refrescante para los soldados.

Fue aquí, durante nuestro breve descanso, donde Juliano aceptó la invitación de un guía beduino del lugar para visitar un antiguo templo de Apolo cavado en las inclinadas márgenes de piedra arenisca de un cauce seco. El angosto sendero que, desde las llanuras, descendía serpenteando por los muros de piedra hasta el templo había desaparecido. Así pues, nos vimos obligados a dar un rodeo de varias millas para bajar por otro camino y a volver sobre nuestros pasos por el cauce. Desde lo alto se divisaba el templo, que parecía casi una cueva, aunque con columnas exquisitamente estriadas y estatuas de piedra desgastadas adornando la entrada.

Mediante un complicado sistema de escaleras y cuerdas armado expresamente para la visita del emperador, Juliano fue aupado hasta la entrada. Sus ojos brillaban de expectación y me miraban con regocijo mientras subía. ¿Cuánto hacía que no le veía así, relajado y feliz, alejado de las presiones del mando y las visiones que rondaban sus sueños? Ni siquiera la idea de presenciar sus abominables oraciones en un abandonado santuario dedicado a una deidad irreconocible me parecía tan espantosa como en otras ocasiones, pues si Juliano estaba satisfecho la razón y la calma prevalecían, y muchas cosas buenas, hermano, pueden resultar de la razón y la calma. Por algo prefiere el demonio el caos.

Con las cuerdas todavía atadas a la cintura, recorrimos los

últimos pies por una cornisa semiderruida que antaño había hecho de sendero para los cuidadores del templo. No obstante, cuando llegamos a la cueva nuestros ojos no se encontraron con la estatua de Apolo y los murales de tiempos homéricos que la imaginación de Juliano había esperado, sino… una iglesia cristiana.

En realidad, hermano, no deberías hacerte ilusiones, pues en esas llanuras desérticas es improbable que tales estructuras merezcan el nombre de «iglesia». Mejor le iría el nombre de ermita, pues estaba habitada por un anciano de larga barba y aspecto demacrado que vestía un mero taparrabos y estaba ciego como una salamandra de tanto mirar el sol, algo que hacía incesantemente, sentado en la entrada, frente al cañón seco que tenía delante. La estancia estaba vacía y exenta de restos de presencias paganas. El único adorno era una pequeña cruz que pendía de la pared, por lo demás desnuda, y que el ermitaño, en cualquier caso, no podía ver.

Juliano al principio se quedó sin habla y luego su estupefacción se tornó en ira. Empezó a caminar desesperado por la cueva, introduciendo la cabeza y las manos en recodos y grietas en busca de alguna talla, algún grabado, cualquier cosa que indicara la presencia de una de sus irrisorias deidades. Su cólera tenía aterrados a los guías beduinos, pues al no ser cristianos ni helenistas ignoraban las diferencias entre las religiones romanas y no habían caído en la cuenta de que el emperador podía ofenderse. Justo cuando Juliano, indignado, decidió abandonar su búsqueda, llegó la única comida del día del ermitaño: pan seco y caldo de lentejas que tres ascetas cristianos de una pequeña comunidad enclavada en las rocas de abajo colocaban en un cubo que el anciano subía con una cuerda de cáñamo.

Juliano procedió a interrogarle con malas maneras, mas en vano, pues el anciano solo hablaba un dialecto enigmático del siríaco que ni siquiera nuestros guías eran capaces de descifrar. Acto seguido, ordenó a algunos de los guardias que nos acompañaban que trajeran a los tres ascetas para explicar la situación. Estos llegaron temblando y haciendo reverencias, sorprendidos de encontrar a un enfurecido emperador romano en su diminuta capilla del desierto.

Tras someterlos a un severo interrogatorio en el griego

macarrónico que uno de ellos hablaba con dificultad, Juliano finalmente se volvió con una mueca de asco.

—Su lema, dicen, es el viejo proverbio «Renunciad a todo y todo tendréis». Por eso viven miserablemente en este patético santuario dedicado a su religión de pescadores. —Se paseó por el recinto echando humo—. Yo tengo otra versión del dicho con que contraponer esa necedad. —Se volvió hacia los pasmados ascetas—. Es de Plotino, a quien os convendría leer más que a vuestro ignorante galileo: «Acabad con todo».

Y dicho esto, ordenó a los guardias que se llevaran de la iglesia todo —la cruz, el ermitaño y el cubo— y la prepararan para realizar un sacrificio de purificación al día siguiente.

Yo escuchaba sus airadas palabras con estupor, al tiempo que observaba cómo los tres ascetas, apiñados en un rincón sin entender nada, suplicaban con la mirada que no les hicieran daño, mientras el viejo místico seguía sentado de cara al cauce seco del río, murmurando abstraídamente una oración.

—¡Juliano, esto es una locura! —le interrumpí en medio de su diatriba—. Los guías dicen que el templo llevaba siglos abandonado antes de que los ermitaños lo encontraran. Nadie sabe si alguna vez estuvo dedicado a Apolo o a un dios escorpión del desierto. Es tan justo utilizarlo como iglesia que como templo pagano. ¡Debes parar el escandaloso trato que se está dando a estos hombres!

Juliano se detuvo, me miró iracundo y, desoyendo mis palabras, continuó su paseo.

—«El sacrificio supremo», lo llaman, y a este anciano ciego, su cabecilla, «el ermita santificado». ¡Qué hipocresía! —bramó—. Este viejo loco duerme en el suelo, en una habitación vacía, y come lentejas, y a eso lo llama sacrificio. ¡Por todos los dioses, yo hago lo mismo! Pero además me gano la vida. Lo suyo no es un sacrificio, es el colmo del exceso, pues depende por entero del servicio de esos otros. ¡Son sus criados! Le preparan la comida y se la suben en un cubo, y bajan sus desechos con el mismo método, y ya sea por una percepción errónea del santo sacrificio o por puro desconocimiento de los principios higiénicos más elementales, utilizan el mismo cubo para ambas cosas. ¿Qué clase de religión es esa, Cesáreo? ¿Es que están locos?

Yo guardaba silencio, indignado, cerrando y abriendo furiosamente los puños en un intento de controlar las emociones que me embargaban en ese momento. Los guardias ataron cuidadosamente al callado anciano y lo sacaron de la estancia de la que llevaba treinta años sin salir, acompañado de los lamentos e himnos que cantaban sus turbados compañeros. Nunca más, me juré, volvería Juliano a cometer semejante atrocidad.

Fue un suceso, hermano, intrascendente, aunque casi puedo ver tu expresión de ira al leer esta palabra. «¿Intrascendente? —aúllas—. ¿Que una comunidad de ascetas cristianos sea arrancada de su casa como un perro por este… este anticristo?». Deja que me explique. Naturalmente, hermano, que es trascendental como un acto *aislado*, pero si se suma al total de ultrajes trascendentales que ha cometido Juliano, demasiados para relatarlos aquí, no constituía más que una gota en el océano. En ese sentido, como dirían los sofistas, era intrascendente dentro de su trascendencia. Y como una pequeña herida que supura durante un tiempo pero al final cicatriza, el suceso habría permanecido como insignificante en mi mente si también hubiera permanecido como tal en la de Juliano, mas no fue así.

Esa noche, todavía furioso, irrumpí en su tienda para exigir algunos papeles que me había dejado allí el día anterior. Hallé a Juliano dormido con la cabeza sobre la mesa, presa de un sueño agitado y diciendo incoherencias en voz lo bastante alta para inquietar a los guardias que velaban fuera.

—¡Demonios! —gemía. Era evidente que lo sucedido ese día le atormentaba, a su manera, tanto como a mí—. ¡Demonios! ¡Los cristianos son *diablos*!

De sus labios brotaron otros epítetos a los que no presté atención, pues sus primeras palabras me habían dejado horrorizado, así como el hecho de verlo sudar y retorcerse sobre la mesa, haciendo muecas por unos temores y tormentos imaginarios reservados a los lunáticos y los poseídos.

Que Dios me ayude, hermano, pues en aquel momento pensé en el asesinato, ¡el *asesinato*! Peor aún, la idea me asaltó con tal ímpetu, con tal furia infernal, que fui incapaz de controlar el camino hacia el que me llevaban mis pensamientos. No conseguía

borrar la idea de mi mente, como había aprendido a hacer con otros pensamientos indignos, pronunciando un *paternoster* o una oración a la Virgen. No, la idea del asesinato me asaltó y la idea del asesinato permaneció, y quedé paralizado tanto por la fascinación de ver al emperador de Roma vomitar obscenidades delirantes en sueños como por el terrible acto que yo podría cometer y el placer que me producía pensar en ello. Qué sencillo me resultaría acercarme al hombre con la correa de cuero de una sandalia y estrangularlo hasta que dejara de moverse. Con un simple trapo para proteger el cuello, hasta podría hacerlo sin dejar huella. ¡Por la mañana los guardias encontrarían al emperador y pensarían que se había tragado la lengua en un ataque de epilepsia! O arriesgándome apenas un poco más a ser descubierto, podría, en cuestión de un instante, aplastarle la cabeza mediante un contundente golpe con el candelabro de cobre o, sencillamente, extraerle la daga del cinturón, clavársela en el corazón y colocar cuidadosamente sus manos en torno a la empuñadura para fingir un suicidio. Sería tan fácil, apenas unos momentos, y el curso de su campaña, el futuro de Roma y el cristianismo ¡podrían cambiar!

¿Alguna vez un hombre ha tenido tanto poder en sus manos, tanto poder indiscutible, un poder capaz de trastornar el mundo, de derribar un imperio, como el que yo tuve durante esos breves momentos en la tienda? ¿Había dispuesto Cristo de tal potencial concentrado en su cuadragésimo día en el desierto, cuando Lucifer le ofreció todos los reinos de la tierra a cambio de un simple acto de homenaje? ¿Estaba Lucifer tendiéndome la misma oferta, aquí, en mi propio desierto? De ser así, ¿sería mayor pecado aceptar las condiciones del diablo o rechazarlas, como hizo Cristo, sabiendo que el hombre que tenía delante podía ser el representante de Satanás en la tierra? Cuando Lucifer se apareció ante Cristo como hombre, ¿habría estado justificado que Cristo le hubiera matado? Había intentado toda mi vida servir a Dios sirviendo y sanando a los hombres. ¿A esto se reducía todo, a la sórdida decisión de utilizar una correa en el cuello o un candelabro contra el cráneo?

La cabeza me daba vueltas y tenía la sensación de que el espacio entre las paredes de lona se estrechaba. Rígido, como entumecido de frío o terror, avancé un par de pasos arrastrando los pies, con

una mano tendida hacia el candelabro, y entonces me detuve en seco. Juliano seguía desplomado sobre la mesa, con la cabeza ladeada hacia mí, pero ahora, y tal vez desde hacía rato, si bien mi enardecido cerebro me había impedido advertirlo, estaba callado y quieto. En la tenue luz advertí que tenía su ojo visible clavado en mí, bien abierto y sin pestañear. Ignoraba cuánto tiempo llevaba observándome y si intuía los pensamientos que me habían pasado por la mente.

Levantó despacio la cabeza y los hombros, se reclinó en su asiento y se mesó el pelo, desperezándose de su siesta como le había visto hacer tantas veces. Ahora su expresión era tranquila, como la del Juliano que recordaba de la Galia, y una leve sonrisa asomó a sus labios, causada por la vergüenza de que le hubiera descubierto echando una cabezada. Miré a Juliano, a mi amigo y camarada de los últimos ocho años, y sentí náuseas, asco por haberme visto tan capaz de llevar a cabo el terrible acto que mi mente había estado rumiando. No sin razón el nombre de Lucifer puede traducirse como «portador de luz», aunque la luz que proyecta ciegue en lugar de iluminar. Meneando la cabeza, como si fuera yo quien acababa de despertar, me acerqué hasta la mesa para recoger mis papeles y me marché sin decir una palabra en tanto que Juliano me miraba desconcertado.

Al día siguiente, cuando dejamos atrás las colinas, los centinelas me contaron que los humillados ascetas habían abandonado su comunidad por la noche y se habían dispersado por el desierto, solo Dios sabe hacia dónde. Que el Señor los proteja.

Continuando nuestro descenso por el Éufrates, aceptamos la rendición de Anatha, una pequeña isla bien fortificada en medio del río. Durante la inspección de los prisioneros nos sorprendió encontrar a un romano de unos cien años o más, que apenas sabía latín porque llevaba muchos lustros viviendo en esta región. Rengueando a causa del reumatismo, se acercó al emperador y sus atónitos consejeros, se enderezó, miró como pudo a través de sus ojos velados por las cataratas y ladró una orden con una voz que nos sorprendió por su claridad y tono autoritario:

—¡Llévame hasta tu general, tribuno!

Juliano, desconcertado al principio, enseguida recuperó el

aplomo y colocó solemnemente una mano sobre el hombro del anciano.

—Soy el comandante local —dijo—. ¿En qué puedo ayudarte?

El hombre le miró un largo instante, dio un paso atrás y saludó con el brazo en alto.

—Salve, tribuno. ¡El soldado de infantería Casio Rufino se incorpora al servicio, señor!

Con una tenue sonrisa que asomó por su barba enmarañada, Juliano le ordenó que descansara y, después de saludar respetuosamente con la cabeza a los impresionados familiares que habían empezado a congregarse, invitó al viejo soldado a acompañarle a su tienda para tomar una copa de vino. Casio Rufino aceptó con gran solemnidad, y si dispusiera de más tiempo y papiros de los que tengo asignados, hermano, podría escribir un libro entero con las aventuras de ese viejo sinvergüenza, pues durante las siguientes dos horas le fue permitido verter su deslavazado relato sin interrupción, una auténtica historia viviente de las largo tiempo olvidadas guerras romanas. Explicó que había participado en las campañas persas del emperador Galerio setenta años atrás, que las legiones le habían abandonado en Anatha para que muriera de la fiebre producida por una herida de la que, no obstante, se recuperó. Finalmente hizo de esta isla su hogar, prosperó, se casó con varias mujeres y tuvo muchos hijos y nietos, a algunos de los cuales se hizo venir a la tienda para que atestiguaran de un hecho del todo extraordinario: durante décadas, Casio Rufino había augurado que sería enterrado en suelo romano el año de su centenario.

Juliano le trató con suma amabilidad y honores, y asignó a él y a su extensa familia, cargada del oro correspondiente a setenta años de salarios y pensiones retrasados, una caravana destinada al gobernador romano de Siria. Más tarde me contaron que el anciano, efectivamente, tuvo allí una muerte tranquila. Fue una bendición porque, en cuanto el patriarca y su familia hubieron partido, Juliano destruyó la ciudad.

Siguiendo el río, pasamos sin detenernos por las inexpugnables fortalezas de Achaiachala y Thilutha, pues se creyó más importante acelerar la llegada a Ctesifonte que destruir esas dos fortificaciones

menores. Fue una decisión sabia, ya que las guarniciones persas que las defendían eran tan exiguas que no representaban un peligro para nuestros soldados y, sin embargo, habría supuesto un coste enorme de bienes y hombres el reducirlas. En Baraxmalcha cruzamos a la orilla derecha del Éufrates por un puente de pontones armado apresuradamente que, una vez más, Juliano destruyó después de su uso. Siete millas río abajo se alzaba la hermosa ciudad de Diacira, la cual, como las demás que habíamos dejado atrás, había sido abandonada, bien que recientemente. Encontramos vastas reservas de grano y sal blanca en polvo que nuestros oficiales de intendencia se apresuraron a confiscar. Descubrimos algunas mujeres allí escondidas, pero estaban locas y fueron ejecutadas. Proseguimos nuestra marcha por la orilla derecha del Éufrates y dejamos atrás un manantial del que no brotaba agua, sino una extraña sustancia negra parecida al betún que, al prenderle fuego, ardía fétida e interminablemente despidiendo un humo negro y denso. Desconcertados por las extrañas y aparentemente inútiles materias con las que Dios juzga adecuado bendecirnos, llegamos al fin a Ozogardane, una hermosa ciudad con baños y edificios de placer también desierta. Aquí paramos para descansar y reorganizarnos, si bien a los soldados les costaba relajarse porque en lo alto de cada colina y elevación circundantes se atisbaban las siluetas de exploradores persas que vigilaban sobre sus monturas nuestros movimientos. ¿El motivo? Que Ozogardane se hallaba de Ctesifonte a tan solo tres días de marcha.

A partir de aquí, el trayecto hasta Ctesifonte estaba protegido por una serie de ciudades fortificadas, cada una dotada de una guarnición más numerosa que la anterior. A diferencia de las fortificaciones encontradas hasta el momento, estas sí era preciso abordarlas. Y pese a encontrarnos a tan solo cincuenta millas de nuestro objetivo, el simple acto de marchar constituía una dura prueba, pues los persas habían recurrido a la ayuda de los ríos. Habían abierto las compuertas de sus enormes canales de riego hasta sumergir sus propias tierras y aldeas bajo un poderoso manto de agua y barro y, al mismo tiempo, anegar todos los campos y llanuras por los que debíamos pasar. Los caminos se cubrieron de agua y nuestro campamento se inundó. Avanzamos por cenagales

durante dos días, los bueyes ayudados por los soldados a tirar de los carros de avituallamiento en el lodo, y por fin llegamos a Pirisabora, ciudad cuyo nombre significa «Sapor victorioso» y cuyas murallas de ladrillos impregnados de betún eran resistentes como el bronce. Los ingenieros militares de Juliano contemplaron consternados las almenas, mas sus protestas cayeron en saco roto: había que tomar la ciudad.

Nuestros proyectiles, enormes rocas en llamas y saetas lanzadas por las *ballistae* y catapultas que los soldados habían arrastrado desde Antioquía, demostraron ser inútiles. Los sitiados, cuyo valor hasta los galos de Juliano, hombres por lo general desdeñosos, reconocieron a regañadientes, habían instalado unas cortinas hechas de pieles de cabra, toldos y hasta colchas y sábanas delante de los muros para amortiguar y reducir el impacto de nuestros proyectiles. Se envió al príncipe Ormizda, hermano exiliado de Sapor que nos hacía de guía, a la primera línea del frente para negociar en su lengua la rendición de los sitiados, quienes, no obstante, le recibieron con mofas e insultos. Para gran consternación de Juliano, la toma de esta pequeña ciudad había degenerado en un sitio interminable cuando el tiempo era de vital importancia. Según nuestros exploradores, el rey Sapor, que semanas antes había subido por el Tigris buscando infructuosamente a nuestro ejército, se había percatado ya de su error y regresaba a marchas forzadas para defender su ciudad.

Juliano se pasó toda la noche conferenciando con sus generales sobre la mejor forma de obtener una victoria rápida, si bien al final la estrategia se decidió no de acuerdo con el consejo de los militares, sino con los conocimientos de historia de Juliano. Al alba, con la mirada nublada pero satisfecho con la solución que había concebido, el emperador hizo venir a Salustio, que entró en la tienda con su habitual porte digno y sereno.

—¡Es la clave de nuestra victoria! —exclamó Juliano entusiasmado—. Mañana estaremos ya en las puertas de la ciudad sin más derramamiento de sangre.

Conversaron en voz baja. Salustio meneaba la cabeza y enrojecía de ira al percatarse de que Juliano se negaba a escucharle.

—¡Una locura! —farfulló al salir poco después de la tienda con

enérgicas zancadas.

Juliano me sonrió cansinamente.

—Ya no está instruyendo a un soldado joven —comentó con cierto tono defensivo—. Me parece a mí que la palabra de un emperador debería tener cierto peso en la mente de ese viejo idiota.

En menos de una hora había puesto en marcha su plan. Ordenó a la artillería y los arqueros que dispararan implacablemente contra las almenas para obligar a sus defensores a buscar protección detrás de las abigarradas cortinas. Actos seguido, se colocó en medio de una falange de cien soldados escogidos con esmero que, formando una cuña, unieron sus escudos por encima de la cabeza y por los costados, como una enorme tortuga, para guarecerle de las flechas y demás proyectiles. Así dispuestos, asaltaron la puerta principal de la ciudad, una enorme estructura de madera reforzada con barras y cerrojos de hierro. En lugar de armas, los hombres portaban palancas, cinceles y herramientas de carpintería.

El ejército contuvo la respiración mientras rezaba a todos sus dioses por la seguridad del emperador. El enemigo, que enseguida reconoció al comandante que dirigía el temerario asalto, concentró todos sus esfuerzos en destruir el pelotón de improvisados cerrajeros que se ocultaban bajo los escudos. Sobre Juliano y sus hombres llovieron flechas, ladrillos y piedras que chocaban con fuerza contra los escudos y hacían tambalear a los soldados. Algunos, doblados sus escudos por el impacto de las rocas, caían al suelo, y cuando otros avanzaban para ocupar su hueco también tropezaban. Hasta nosotros, que nos hallábamos a cincuenta pasos de distancia, oíamos la voz de Juliano.

—¡Arrimad el hombro! —bramaba bajo el tejado de escudos mientras sus hombres hacían palanca en las barras de los portalones —. ¡Reventad las bisagras, serrad los tablones!

Era inútil. Por mucho que la artillería romana tratara de repeler la acción de los defensores de la ciudad, todos los recursos de los persas estaban concentrados en el pequeño pelotón de Juliano.

La estrategia estaba condenada al fracaso. Los persas empezaron a subir a la torre enormes bloques de construcción, de esos que aplastarían el pie de un hombre aunque lo depositaran suavemente sobre él. Lanzados desde una altura de cincuenta pies, su efecto

resultaba demasiado espeluznante para imaginarlo siquiera. El ejército romano gritó al pelotón que regresara antes de que se produjera el desastre y esta vez Juliano obedeció. Sin deshacer la formación, protegidos todavía por los escudos abollados, los hombres retrocedieron a trompicones hasta su frente, lejos de los proyectiles, arrastrando consigo a los heridos. El ejército prorrumpió en vítores, como si hubiese obtenido una gran victoria, mientras los persas de las almenas igualaban nuestros gritos con abucheos acompañados de gestos obscenos.

Esa tarde, Salustio irrumpió enfurecido en la tienda, pero antes de que pudiera abrir la boca Juliano le silenció con una mirada severa.

—¿Acaso vas a poner en duda la sabiduría de Escipión, el más grande de los generales de Roma? —preguntó empujando hacia delante un deteriorado pergamino que contenía la historia de la guerra de Cartago escrita por Polibio.

Salustio lo observó con suspicacia y miró fríamente a Juliano.

—¡Léelo! —le ordenó este.

El general permaneció inmóvil, observándole fríamente, calibrándole con la mirada, como si intentara averiguar qué pasaba por la mente de Juliano, discernir hasta dónde podía provocarle.

—¡LÉELO! —gritó Juliano con la voz quebrada y los ojos desorbitados.

Los guardias apostados fuera de la tienda detuvieron su paseo y uno de ellos asomó cautamente la cabeza.

Salustio sostuvo la mirada hasta que Juliano desvió la suya. Luego, muy lentamente, dio un paso al frente y levantó el pergamino con los dedos pulgar e índice, como si sujetara un trozo de carroña putrefacta. Pasó la vista por el párrafo marcado con carboncillo.

—Aquí leo —declaró secamente— que la puerta que atacó Escipión estaba guarnecida por un arco de piedra, y que él y sus hombres pudieron manipularla con tranquilidad mientras los bárbaros intentaban en vano ahuyentarlos desde arriba, pues no podían alcanzarles con sus proyectiles. Escipión era, efectivamente, un general sabio.

Dicho esto, giró sobre sus talones y salió de la tienda mientras

Juliano lo seguía con la mirada, presa de una rabia contenida.

La ciudad de Pirisabora dejó de crearnos problemas una vez que se aplicaron los recursos debidos. Desde la tienda de Juliano, Salustio fue directo al cuartel de las brigadas ingenieras y ordenó que construyeran a toda prisa una máquina que los griegos conocían como *helépolis*, «tomadora de ciudades». Pocos soldados del ejército habían visto o imaginado siquiera semejante artefacto, si bien los conocimientos enciclopédicos de Salustio sobre historia militar le permitieron hacer una descripción de esta máquina que Poliorcetes había desarrollado en Macedonia siglos atrás. Se trataba de una gran torre erigida con fuertes maderos y cubierta de pieles y mimbre verde, fango y otros materiales incombustibles. Con una altura de seis plantas, la estructura se elevaba por encima de las murallas de la ciudad, y en dos días estuvo terminada. Veinte arqueros armados con flechas llameantes y marmitas de hollín controlaban la planta superior, mientras que diez pies más abajo descansaba una rampa suspendida de cadenas que había que dejar caer sobre las almenas en cuanto se hubiera hecho rodar la torre hasta el pie de las murallas. Se eligieron cincuenta soldados para encabezar la acometida desde la torre hasta la ciudad, tras lo cual el ejército al completo debía seguirles, ya fuera por las escaleras de madera que llevaban a la quinta planta o a través de las puertas de la ciudad en el caso de que los asaltantes de la torre consiguieran abrirlas desde dentro.

En cuanto los habitantes vieron la aterradora máquina, se rindieron sin oponer resistencia.

La destrucción de Pirisabora levantó la moral de las tropas. Con grandes penalidades, enfrentadas ahora con entusiasmo, los soldados chapoteaban y avanzaban de nuevo por ciénagas y campos apropiándose de canoas y balsas y exterminando a los desorganizados defensores persas que encontraban en los pantanos. Así recorrimos catorce millas, distancia que en circunstancias normales y a paso ligero habría requerido poco más de una mañana, incluso con los pesados pertrechos que cada hombre acarreaba sobre la espalda, pero que con las inundaciones y las escaramuzas duró casi dos días. Construimos pequeños puentes con tablones obtenidos de la madera esponjosa de las palmeras y colocados sobre

pilares de piedra. Si el pantano era demasiado profundo, se instalaban plataformas sobre bolsas infladas de piel de oveja hábilmente cosidas entre sí y cubiertas de betún. Estábamos tan cerca de Ctesifonte que hasta nos era posible olerlo, pues a veces, cuando el viento soplaba del este, traía el aroma de especias y hierbas del mercado, un mercado tan extenso que solo Ctesifonte podía acogerlo. Juliano sabía que si lograba alcanzar la ciudad antes de que Sapor pudiera reforzar su guarnición, sus murallas y todas las riquezas que contenían —de hecho, el control de todo el Imperio Persa— se rendirían a sus pies.

Recorrimos catorce millas, como iba diciendo, hasta que llegamos a Maozamalcha, antigua ciudad ante la que el ejército se detuvo pasmado. Por todos sus lados se alzaban rocas sumamente escarpadas que solo permitían una vía de acceso angosta con tortuosos desvíos. Por encima del afloramiento asomaban unas torres casi tan altas como la ciudadela central, que descansaba sobre un formidable promotorio rocoso. El terreno era algo menos severo en la parte de atrás, pues ofrecía una ladera que descendía hasta el río, pero en esas murallas los defensores habían reunido una temible colección de artillería y otras armas que impedían a los agresores formarse para un asalto ininterrumpido. Los espías nos informaron de que la guarnición de la ciudad no era la milicia exigua, desnutrida e inexperta que solíamos encontrar en tales situaciones. Las murallas estaban defendidas por un numeroso destacamento de las tropas regulares del rey Sapor que este había apostado antes de partir hacia el Tigris, ante la lejana posibilidad de que nos acercáramos a Ctesifonte por ese lado. Por una vez, el desventurado rey había acertado.

A lomos de su caballo, acompañado de un puñado de generales, de Máximo —su sombra deformada— y de un grupo de guardias con armas ligeras, Juliano bordeó lentamente la ciudad inspeccionando las murallas desde todos los ángulos y manteniéndose fuera del alcance de las flechas de los defensores de la fortaleza, que no cesaban de gritar obscenidades. Se detenían aquí y allá para examinar las características del terreno, las probabilidades de una aproximación y los posibles puntos débiles de la estructura de las almenas. En vano. Ninguna ciudad es del

todo inexpugnable, pero hace falta un ojo experto para concebir una forma posible de tomar una fortaleza como Maozalmacha y mucho estómago para imaginar las consecuencias en el caso de conseguirlo, o de no conseguirlo. Si queríamos atacar Ctesifonte con éxito, no podíamos dejar a nuestra espalda una guarnición tan numerosa.

Esa noche, después de consultar con Salustio y sus generales, Juliano optó por aplicar una estrategia de asedio clásica. Él dirigiría personalmente el asalto abierto, así como el emplazamiento de la artillería y las máquinas. Justo en el momento en que salíamos de la tienda tras haber tomado esa decisión, Víctor, el comandante de caballería, se acercó al galope acompañado de una pequeña guardia cuyos rostros aparecían tenuemente iluminados por las antorchas que portaban.

—¿Qué noticias traes, Víctor? —preguntó Juliano mientras el hombre se apeaba de su caballo, salpicado de espumarajos—. Si vuelves a perderte otra reunión estratégica, te destinaremos a las cocinas.

—Mil perdones, augusto —musitó tranquilamente Víctor por encima de las risitas de Máximo y los demás—. Ayer salí a reconocer el camino del este y me he retrasado.

El semblante de Juliano adoptó una expresión grave.

—Ningún problema, espero. ¿Algún rastro de Sapor avanzando por el Tigris?

Víctor se enderezó con orgullo.

—Ningún problema, augusto, todo lo contrario. He cabalgado hasta las murallas de Ctesifonte y no he encontrado resistencia alguna.

El grupo calló. Juliano miró atónito al hombre.

—¿Has ido a Ctesifonte y vuelto en un día? Diantre, Víctor, eso suman setenta millas.

—Lo sé, señor. Quedan un par de fuertes por tomar, pero sus guarniciones se esconden tras las murallas como vírgenes. Los caminos están despejados. No hay rastro de Sapor por ningún lado.

Juliano miró a sus oficiales con una leve sonrisa.

—Señores, Ctesifonte es nuestra.



IV

En cuanto el sol disparó sus primeros rayos sobre el campamento cual saetas lanzadas desde una catapulta, el largo cuchillo dio en el blanco. La sangre, caliente y viscosa, salió a borbotones, empapó los pliegues blancos y la orilla púrpura de la túnica inmaculada de Juliano y martilleó la jofaina de plata que tenía a los pies. La respiración del tembloroso animal, previamente aturdido mediante el impacto de una maza, se redujo a un gorjeo espasmódico y sus enormes ojos se desorbitaron para luego nublarse a medida que la sangre abandonaba su cuerpo. Los soldados observaban la escena en silencio mientras las pomposas oraciones de los videntes dedicadas a Ares, el rey de la guerra, sonaban en sus oídos. Poco después de la cuchillada en la garganta la efusión perdió ímpetu hasta reducirse a un hililllo. La cabeza cayó pesadamente sobre el polvo y, tras una fuerte sacudida, el animal pereció.

De inmediato los arúspices etruscos, dos hombres morenos y menudos tocados con sendos gorros cónicos que habían acompañado a Juliano en todos sus viajes desde su apostasía y a quienes yo detestaba, procedieron a realizar su tarea sosteniendo en alto sus cuchillos con entusiasmo. Tras abrir el vientre del animal con un corte limpio, indicaron a Juliano que se acercara. Buen conocedor de la técnica, el emperador se apoyó sobre una rodilla frente al todavía trémulo animal y le introdujo los brazos hasta los codos en la cavidad, que el más corpulento de los brujos se esforzaba por mantener abierta. Después de cierto forcejeo y algunos gruñidos, extrajo el brillante hígado morado con ambas manos, como un bárbaro que sostiene triunfalmente la cabeza de un enemigo. Se arrodilló reverentemente ante Máximo y los arúspices y estos tres posaron solemnemente las manos sobre su cabeza y luego

sobre el hígado, que palparon para examinar su firmeza, su color y el grosor de la vesícula. Finalmente, cada uno farfulló una abominación a los dioses y pintó una franja de sangre en la frente y las sienes de Juliano. Tras ponerse de pie, este elevó el hígado por encima de su cabeza, de modo que la sangre le corrió por los brazos, le salpicó la barba y el pecho desnudo y le manchó los ropajes ceremoniales mientras los soldados contenían la respiración.

—Los dioses ordenan —gritó— que, igual que hicieron con Alejandro en el pasado, los persas deben entregar esta ciudad y Ctesifonte. De ese modo, los conquistadores entrarán en las filas de los inmortales, y por la sangre sagrada de este buey sacrificado vosotros, mis hombres, seréis fortalecidos y purificados para la victoria que os aguarda. ¡Por la conquista!

—¡Por la conquista! —rugieron cincuenta mil voces, bramido que llegó hasta las almenas de la condenada Maozamalcha—. ¡Por la conquista! —repetían cada vez más fuerte, decididos a que el mensaje llegara, vibrante y amenazador, hasta las puertas de la propia Ctesifonte—. ¡Por la conquista! —tronaban las voces mientras Juliano, inmóvil con el terrible órgano en alto, contemplaba los cielos. Detrás de él, la enorme pira, preparada con madera de palmera embadurnada de brea para recibir el animal sacrificado, empezó a arder como una bola de fuego dirigida al cielo y un humo negro invadió el aire y se posó sobre los hombres. La excitación colectiva había alcanzado su punto álgido con el cántico, y cuando levanté la vista hacia las almenas de la ciudad advertí que estaban abarrotadas de persas silenciosos. La guarnición y los ciudadanos, miles de ellos, habían acudido de otras partes de la fortaleza atraídos por el clamor procedente del campamento romano. Las lustrosas mallas de los soldados brillaban como estrellas con los tempranos rayos del sol.

De repente, Juliano bajó los ensangrentados brazos, entregó el hígado a Máximo y, desenvainando su espada, se volvió de espaldas a sus hombres. Contempló las hileras de artillería y maquinaria que habían instalado durante la noche, paralelas a las murallas: una docena de gigantescas *ballistae* con las cuerdas bien tensadas y cargadas con enormes jabalinas de madera y punta de hierro; una fila de «escorpiones» con una piedra del peso de un hombre en cada

red para que saliera disparada al liberar la tensión de las cuerdas; catapultas de campo preparadas para lanzar ráfagas mortales de saetas, y mil arqueros armados con arcos largos. Juliano clavó la espada en el aire, la señal acordada. Con un chirrido que silenció el clamor de los soldados, las cuerdas de las máquinas saltaron y escaparon de sus bobinas. Cuarenta palancas subieron simultáneamente. El roble golpeó el hierro y el hierro la tierra, y el aire se inundó de piedras y saetas que viajaban sibilantes hacia los atónitos defensores. Los persas apenas tuvieron tiempo de parpadear antes de que las rocas los alcanzaran y cada una de ellas derribara a una docena de hombres. Una saeta de madera atravesó la armadura de un oficial y empaló a tres hombres que tenía detrás, provocando orificios en sus torsos del tamaño de una mano. Un escorpión negligentemente cargado la noche antes dio un brinco al soltarle la cuerda. El armazón retrocedió y aplastó el cuerpo de un ingeniero hasta dejarlo irreconocible. Pero el verdadero pavor se concentraba en la ciudad.

De las torres se elevaron gritos, y apenas se había disipado el polvo del primer impacto cuando los mil arqueros de Juliano, obedeciendo otra señal, hundieron la punta de sus flechas en los recipientes de brea en llamas que tenían a sus pies y llenaron el aire de una nube negra de proyectiles malolientes destinados a sobrevolar a los defensores de las murallas y aterrizar en los tejados y pajares de la ciudad. Se oyeron nuevos aullidos de dolor y pavor, esta vez procedentes de mujeres que observaban la escena desde las murallas, y después de que los arqueros y artilleros colmaran el cielo con su infierno sibilante, un manto de humo negro se elevó desde una docena de puntos y nos impidió ver.

Durante el primer ataque de la artillería, los soldados de infantería que habían asistido al sacrificio enmudecieron de espanto y asombro. Instantes después, sin embargo, prorrumpieron en vítores ensordecedores y echaron a correr hacia los puestos asignados a sus cohortes, detrás de la artillería, a fin de prepararse para obedecer la orden de Juliano de arremeter contra la ciudad en cuanto el diluvio de fuego hubiera amainado. El sol se elevó en el cielo, el humo al otro lado de la fortaleza se espesó y el olor que llegaba a nuestro frente era de muerte, de carne quemada, de

excrementos y vómitos, de toda la carnicería y sufrimiento inenarrables de una ciudad asediada. El implacable ataque de la artillería duró horas, derribó almenas y abrió nuevas grietas en el duro granito de las murallas. Sin embargo, seguían aguantando, y las puertas continuaban cerradas. Sus defensores, durante las escasas pausas de nuestra artillería, lanzaban burlas e insultos obscenos a nuestras familias y genitales en un griego antiguo de fuerte acento.

Al principio nuestros soldados, impacientes por el botín que les aguardaba, no podían estarse quietos. Cuando los metódicos ingenieros de artillería rechazaron su ayuda, se pusieron a recoger piedras y otras municiones para las máquinas. Con todo, el sol abrasador y el aire negro y maloliente empezaron a hacer mella. Frustrados e irritados por la demora, los soldados se dejaban caer al suelo, se arrancaban las rígidas armaduras y los cascos y se protegían la cabeza bajo escudos que apoyaban sobre lanzas clavadas en la tierra. Pasado el mediodía, tras un sostenido ataque de artillería tan violento que habría hecho tambalear hasta los muros de Roma, Juliano cabalgó entre las filas, furioso y empapado de sudor, y dio la orden de detener el fuego. Las compañías de ingeniería cayeron derrotadas al suelo pidiendo agua y comida y el personal auxiliar corrió a atenderlas. Juliano observó cómo los hombres comían y bebían con avidez y en silencio. Luego desmontó y entró indignado en su tienda, donde permaneció el resto del día.

Las cosas no mejoraron a la mañana siguiente, cuando nuestros soldados volvieron a contemplar con resentimiento y rabia cómo las máquinas y la artillería lanzaban proyectiles sobre la ciudad sin tener un efecto decisivo. Juliano casi había enloquecido de impaciencia e ira. A Ares había ofrecido esa mañana cinco toros, cinco bestias magníficas que, en opinión de los arúspices, el ejército no podía permitirse para un único sacrificio y por una ciudad tan pequeña. Juliano sabía, siempre había sabido, que tales ofrendas a los falsos dioses no tenían más efecto que las huellas de un hombre en unas arenas movedizas, a pesar de lo cual persistía en su locura. Pasó el día evitando mi mirada, la mirada de un hombre que no habría dudado en reprenderle por su detestable obstinación. Se paseaba de un lado a otro entre las líneas despotricando contra las

irreductibles murallas del mismo modo que un lobo rondando un redil de ovejas aúlla contra la cerca, con las mandíbulas sedientas de sangre, mientras los corderos tiemblan de miedo. Insultaba brutalmente a los ingenieros, que se esforzaban por mantener el ritmo que él les exigía, invocaba a los dioses contra los inquebrantables persas y rechazaba los consejos de sus asesores de que bebiera agua o descansara. Empezaba a temer que no fuera capaz de tomar la ciudad sin un esfuerzo prolongado. Y lo peor de todo era que sus exploradores habían recibido los primeros rumores de que el rey Sapor se aceraba con su numeroso ejército.

Su estado de ánimo cambió cuando, al atardecer, llegó cabalgando un legionario bajo y de complexión menuda, con el pelo emplastado de sudor y mugre, el torso cubierto de costras de barro como si padeciera una enfermedad cutánea y los ojos enrojecidos y entrecerrados bajo el sol cegador. La guardia de suspicaces galos se negó a dejarle pasar para hablar con el emperador, hasta que este se asomó y vio el alboroto que el hombre, indignado, estaba armando. Sonrió e hizo retroceder a los guardias.

—Dejad que los pequeños se acerquen a mí —declaró con calma, dedicándome una mirada taimada a la que no respondí—. También a los pequeños mugrientos. De hecho, *sobre todo* a los mugrientos, si la noticia que este hombre trae es la que estoy aguardando.

El soldado, con el rostro todavía encendido de ira, se detuvo ante el emperador sin que su actitud y su voz dieran muestras de especial respeto.

—Está listo —dijo sin más.

—Bien —repuso Juliano mientras le daba una palmada en el polvoriento hombro—. ¿Cómo te llamas, soldado?

—Exsuperio, señor.

—Exsuperio, «el aventajado». Tu nombre es un buen presagio, soldado, pues esta noche los persas recibirán su merecido castigo de alguien que es ciertamente superior. «Exsuperio» será nuestra contraseña esta noche y tú, soldado, abrirás personalmente las puertas de esa apestosa ciudad al ejército romano.

Exsuperio asintió, lentamente y con una solemnidad que contrastaba con su aspecto de zapador. Sin otra palabra, giró sobre sus talones y pasó tranquilamente por delante de los guardias para

perderse en las entrañas del vasto campamento romano.

Antaño se creía que los romanos habían recibido la ayuda del propio Ares en su batalla contra los lucanos en la guerra de Pirro, si bien no logro comprender por qué ese dios, aun suponiendo que existiera, pondría en peligro su grandeza asociándose con los mortales de ese modo. Según la leyenda, en el calor de la batalla se vio a un soldado de enorme estatura portar una descomunal escalera de mano y dirigir un ascenso imposible por las murallas de la ciudad a fin de alcanzar la victoria. Al día siguiente, al pasar revista, dicho soldado no apareció aun cuando le correspondía recibir recompensas y honores, de ahí la creencia de que debía de ser un dios.

Pero Juliano no se enfrentó a ese problema, pues Exsuperio cumplió todas las expectativas y recibió una corona de laureles por su labor. Entrada la noche, después de que por fin cesaran los silbidos e insultos que todavía con entusiasmo nos lanzaba el enemigo, el pequeño zapador dirigió a mil quinientos soldados que reptaron por un estrecho túnel de trescientos pies de longitud apuntalado a toda prisa con maderos traídos por la flota fluvial. Poco antes del momento en que se esperaba que alcanzaran el final del túnel, las cornetas llamaron al ataque y el ejército al completo procedió a asaltar la ciudad por tres costados y provocar un estruendoso clamor para distraer a los habitantes del ruido metálico de las herramientas que sonaban bajo sus pies.

La estrategia dio resultado. Cuando la guarnición persa corrió hasta las murallas para repeler el ataque, la mina se abrió y Exsuperio y su grupo de pronto se encontraron en el dormitorio de una anciana tan frágil, o tan cansada, que no la despertó el ruido de su suelo al abrirse, ni del paso apresurado de tres cohortes armadas. Salieron a las calles, en ese instante vacías porque hasta el último ciudadano apto estaba luchando en las murallas o escondido en su casa. Una vez que se hubieron orientado, corrieron hasta la entrada principal, mataron a los centinelas y abrieron las puertas.

Desde las almenas, los persas observaban conmocionados cómo los romanos irrumpían en la ciudad, y hasta se olvidaban de disparar. Juliano iba en cabeza, vociferando al enemigo que se rindiera, pero sus palabras se perdían entre los gritos de las mujeres

y los niños y el clamor de sus soldados mientras lo destruían todo y mataban a todo el que se cruzaba en su camino sin distinción de sexo ni edad. Pasó el resto de la noche sobre su montura, en medio del tumulto, examinando fríamente la destrucción, observando impasible cómo los soldados persas de las almenas se arrojaban al vacío o desenvainaban sus dagas y se rajaban la garganta.

Nabdates, el gobernador de la ciudad, fue traído por la mañana con ochenta soldados del rey, todos ellos gravemente apaleados por sus capturadores, algunos con los ojos arrancados o las orejas cercenadas. Los habían encontrado ocultos en un sótano con la esperanza de sobrevivir a la carnicería que estaba teniendo lugar sobre sus cabezas. Juliano acercó el rostro a Nabdates, que desvió sus ojos hinchados y morados, y se volvió hacia Salustio con una mueca de desprecio.

—Libéralos —dijo.

Salustio le miró atónito.

—¿Señor?

—Ya me has oído. Libéralos. Dales caballos y raciones para un día y déjales ir. Llevarán a Ctesifonte noticias sobre la fuerza del emperador y la furia de los dioses romanos. Y su supervivencia será un testimonio permanente de su cobardía.

Al oír eso, Nabdates intervino.

—No, poderoso augusto —suplicó en un griego cuidado—. Mátame ahora.

—Ni hablar. Mátate tú. Eres libre de utilizar los precipicios o las cuerdas como gustes.

—Augusto, no puedo enfrentarme al gran rey ni a mi gente…

Juliano, sin embargo, ya había dado media vuelta con actitud despectiva y echado a andar por las calles abarrotadas de soldados ebrios que le daban palmadas en la espalda y le tendían la mano. Se abrió paso entre los cascotes de una calle elegante que ahora aparecía completamente demolida, los tejados derrumbados, los cacharros y los muebles partidos y arrojados por las ventanas. Había muertos por todas partes, cuerpos mutilados y aplastados, rostros de hombres destrozados por ladrillos o piedras, mujeres desnudas con el blanco cuerpo ensangrentado y retorcido, violado y lanzado después desde una cuarta planta. El emperador sorteaba la

turba de soldados con la mirada al frente, sin mostrar emoción alguna por la espantosa carnicería ni por su asombrosa victoria, hasta que llegó a un pequeño foro donde un tribuno romano que hablaba persa dirigía la recogida de prisioneros y el botín de todos los cuarteles de la ciudad.

Hasta una ciudad que se ha preparado para la guerra, ocultado sus objetos de valor y enviado a sus nobles a refugios seguros contiene suficiente botín para deslumbrar a un ejército, y la pobre Maozamalcha no era una excepción. La pila ya era vasta y seguía creciendo a medida que los legionarios llegaban procedentes de las calles laterales. Venían con los brazos cargados de oro y plata obtenidos de los palacios y las casas de los ricos, anillos y brazaletes que goteaban sangre de los miembros inertes de los que habían sido arrancados, estatuas de mármol y oro de los templos y toda clase de telas, sedas y linos, algunas por estrenar, todavía en sus rollos originales, otras en forma de hermosos vestidos y ropajes que aún conservaban el calor de los cuerpos que los habían lucido. Las niñas y las mujeres se apiñaban alrededor del botín llorando y lamentando su desgracia, las que habían opuesto resistencia a sus agresores, con el cuerpo hinchado y sangrando, la mayoría todavía ilesas. El valor de su belleza había sido reconocido hasta por el más bruto de los capturadores, para quienes el oro por la venta de esclavas pudo más que la comezón de la entrepierna. En el grupo había niños que habían seguido a sus parientes femeninas y salvado la vida por su ingenio o por la clemencia de los soldados.

Nada más reconocer a Juliano, el tribuno y los soldados se separaron cortésmente del botín y hasta las mujeres redujeron sus sollozos a un lamento más respetuoso. De todos es sabido que el emperador es el primero en elegir y que la mitad del botín le pertenece. Una vez retirada su parte, el resto del tesoro debe repartirse entre el ejército según rango y actuación.

Juliano rodeó solemnemente la pila levantando alguna que otra baratija o inclinándose para acariciar el mentón de una niña llorosa y obligarla a levantar la cabeza para verle la cara. Después de sostener en alto un curioso jarrón para verlo mejor, lo colocó en un lugar más seguro. Un niño harapiento y su hermana mayor estaban sentados algo separados de los demás. El crío parecía tranquilo y

sus ojos, grandes y límpidos, no miraban al emperador, como los del resto de prisioneros y espectadores, sino los labios de la muchacha, que se mecía tarareando en griego un antiguo cántico cristiano.

La madre de Cristo,
Aleluya
Su hijo más preciado,
Aleluya
El Padre en los Cielos,
Aleluya, aleluya.

La muchacha calló cuando Juliano se detuvo frente a ellos, mas el niño siguió mirándole los labios, expectante, ajeno a la presencia del emperador romano, el individuo cuyas tropas habían destruido la ciudad y asesinado a su familia. El chico no se movió, ni siquiera cuando su hermana se encogió asustada. Juliano observó al muchacho mientras se preguntaba si era audaz o simplemente tonto. Luego llamó al tribuno que hablaba persa.

—Pregúntale quién es y por qué no tiene miedo como los demás.

El tribuno observó al niño con escepticismo y le ladró una orden. El muchacho le miró intrigado.

—Así no se le habla a un niño —reprendió Juliano al tribuno—. Suaviza la voz y hazle la pregunta. Tengo curiosidad.

El tribuno se puso rígido, concentrándose para luego, con un tono algo menos brusco, proseguir su gutural interrogatorio. Juliano suspiró.

—Señor —murmuró asustada la muchacha, y cuando levantó la cara comprendí por qué hablaba con voz tan queda, tan apagada. Tenía el rostro terriblemente magullado y el labio superior partido hasta la nariz. Me dije que, privada de su hermosura, pocas probabilidades tendría de que la incluyeran en el botín, y quizá fuera mejor así—. Señor —volvió a musitar en persa, con una voz que el tribuno apenas alcanzaba oír—, el muchacho es sordomudo.

—Ah —dijo Juliano mirando al niño con mayor detenimiento.

De pronto este pareció animarse, pues mirando al tribuno, cuyos labios había leído, lenta y quedamente procedió a representar su

vida con gestos. Su padre era presbítero de una pequeña iglesia cristiana —me dije que probablemente había estudiado en el extranjero, de ahí el canto griego—, su madre era tejedora, tenía una hermana pequeña, o quizá fuera un hermano…

Fascinado, Juliano observaba cómo las manos del niño tejían lenta y elocuentemente su historia, y aunque muchos de sus gestos y conceptos resultaban irreconocibles, estaban muy bien estructurados y meditados. Sus grandes ojos seguían siendo inexpresivos, pero sus labios iban formando en silencio las palabras persas de su relato, imitando a quienes en el pasado habían intentado comunicarse con él a través del velo de su silencio.

—¿Cuántos años tiene, tribuno? Pregúntaselo. Aparenta la misma edad que ahora tendría mi hijo.

El oficial hizo la pregunta con esa voz atronadora que utiliza la gente ignorante que cree que por hablar así los ancianos y extranjeros les entenderán mejor. El muchacho observó los labios del tribuno y, antes de que este hubiera terminado, se volvió lentamente hacia Juliano y levantó seis dedos. Después se puso a hacer cuentas rápidas con las manos y me dije que estaba indicando el número preciso de meses y días transcurridos desde que cumplió seis años. El niño era listo.

El tribuno le miró enfurecido, como si tuviera delante un mimo de las calles de Roma que se mofa de los transeúntes. Finalmente, harto de no comprender sus gestos, se volvió hacia el emperador.

—Augusto, si no tienes inconveniente, señala los objetos que te interesan para que los aparte. ¿Quizá alguna joya? ¿O una hermosa virgen?

Juliano le miró con desprecio.

—No necesito una virgen, como tampoco la necesitaron Alejandro o Escipión el Africano. Salir victorioso de una guerra es suficiente satisfacción para no necesitar mancillar a una pobre muchacha con mi lujuria. Mis deseos son pocos.

Inclinándose hacia una caja de cedro, la abrió y descubrió que estaba repleta de monedas, *darics* de oro y *sigloi* de plata, una auténtica fortuna, además de piedras preciosas y algunas perlas sueltas, las existencias de un comerciante de joyas, quizá, o los ahorros mal escondidos de un noble acaudalado. Se puso de

cuclillas y removió el contenido con el dedo índice, acercándose algún que otro objeto a los ojos para inspeccionarlo más de cerca y luego devolverlo a la caja. Finalmente se levantó con tres monedas en la mano, las más pequeñas, viejas y gastadas.

—Me quedaré estas monedas —dijo al tribuno—, pues pertenecen a la época de Alejandro y el hecho de que no hayan sido fundidas para acuñar monedas nuevas indica que los dioses las han conservado para mí.

El tribuno contempló atónito las pequeñas monedas y luego el enorme botín.

—¿Y qué más, señor?

Juliano sonrió.

—Solo esto —respondió posando una mano sobre la cabeza del pequeño sordomudo—, pues habla con suma elocuencia una lengua que solo los dioses conocen.

Al día siguiente, durante la marcha, una pandilla de persas andrajosos y medio locos estuvo recordando al ejército. No iban armados y habían pasado por delante de nuestros exploradores y centinelas fingiendo ser mercaderes del desierto, pero en cuanto estuvieron al alcance del oído de las columnas romanas empezaron a lanzar los mismos abucheos y mofas que tanto nos habían incordiado en Maozamalcha.

—Por todos los dioses, ¿qué es eso? —vociferó Juliano, y un guardia galo cabalgó hasta la pandilla de agitadores para verlos mejor.

Regresó con una sonrisa sarcástica.

—Nabdates y sus hombres, señor. Dicen que pretenden acompañarnos hasta Ctesifonte.

—Diles que tienen prohibido seguirnos. Diles que se vayan.

El centinela cabalgó de nuevo hasta los persas. Poco después los abucheos aumentaron y el galo regresó y se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

Durante todo ese día, los persas siguieron cada uno de nuestros movimientos, burlándose de nuestra capacidad de lucha, nuestra fuerza y nuestras abuelas. Juliano los hacía ahuyentar pero regresaban. Ordenó que a dos de ellos les arrancaran los ojos con la esperanza de que eso espantara a los demás, pero Nabdates

respondió dejando ciegos a otros dos de sus hombres, que continuaron con sus insultos y burlas retorciéndose de risa sobre los caballos de sus compañeros mientras la sangre brotaba de sus cuencas vacías. Esa noche, cuando nos disponíamos a acampar, Juliano suspiró.

—Me niego a que se pasen la noche torturándome con sus gritos infernales —dijo con resignación.

Salustio le miró con cautela.

—¿Qué sugieres?

—Dales lo que quieren.

Salustio ordenó que Nabdates fuera azotado pródigamente y quemado vivo, pena a la que el pobre hombre se sometió con gritos de agradecimiento y oraciones a sus dioses. Después de algunas horas de aullidos de dolor, la caballería de Víctor llevó a los demás hombres a las colinas, donde se dispersaron para no regresar jamás.

Ahora nada se interponía entre nosotros y la gran ciudad de Ctesifonte.



V

Estaba equivocado. Nada se interponía entre nosotros y Ctesifonte salvo el Éufrates y el Tigris, dos de los ríos más grandes que ha conocido el hombre. A esta altura de sus respectivos cursos apenas los separan unas millas, las cuales constituyen una rica región dedicada estrictamente a la defensa y el placer del rey, una isla fértil cubierta de viñedos, de generosas huertas y arboledas, y salpicada de magníficos pabellones y cotos de caza de todos los rincones de la tierra. Mas ¿cómo cruzar esos dos ríos y ascender por la empinada margen izquierda del Tigris para llegar hasta el enclave estratégico de Ctesifonte? ¿Y cómo trasladar nuestra valiosa flota por la tierra que se extendía entre ambos cauces? Admito, Hermano, que eso me tenía muy preocupado desde que Juliano se decidiera por esta ruta de la orilla derecha del Éufrates. De hecho, yo no era el único, pues los generales del emperador llevaban semanas susurrando sus temores sobre el mismo asunto. Únicamente a Juliano y Salustio parecía no preocuparles nuestro avance hasta Ctesifonte, y era lógico, pues solo ellos estaban versados en historia.

Hace dos siglos y medio, cuando el emperador Trajano siguió esta misma ruta para atacar a un antepasado del rey Sapor, fue lo bastante previsor para llevar consigo un excelente destacamento de ingenieros dirigidos por un genial hidrógrafo cuyo nombre se ha perdido pero cuyas obras siguen siendo más resistentes que las del propio Trajano. Este hombre había advertido, al estudiar las elevaciones y la configuración del terreno, que podía abrirse un canal entre ambos ríos y desviar agua del Éufrates a fin de conducir los barcos hasta el Tigris. Trajano llevó a cabo el proyecto, luego los persas taparon su gran obra, y un siglo más tarde Severo volvió a

excavarla. Los persas la cubrieron de nuevo, esta vez obturando la boca del canal con enormes piedras y ocultando su recorrido para que futuras generaciones no pudieran encontrarlo. Sin embargo, no habían contado con la perseverancia de Juliano. Tras armar a toda prisa un puente de pontones sobre el Éufrates que todo su ejército cruzó, capturó e interrogó a gran número de campesinos y granjeros de la zona. De ese modo logró localizar el tramo exacto donde la tierra era menos compacta y más fértil en comparación con las llanuras circundantes, y poniendo a trabajar a sus ingenieros dio con la pista del antiguo canal y las rocas que taponaban la boca.

Fue tarea fácil abrirlo de nuevo una vez que cuarenta mil hombres se pusieron a cavar. Una semana sacando barro, tarea en la que el propio Juliano colaboró desnudándose y sumergiéndose hasta los hombros en la enorme zanja como el esclavo más humilde, exhortando a sus hombres a arrastrar los escombros y la tierra de generaciones para la gloria de Roma. Con una enorme e impetuosa oleada producida al retirar la última piedra, el poderoso Éufrates descendió dos pies de profundidad en la boca del canal y la flota navegó felizmente, sobre una marea de agua turbia de lodo, hasta el Tigris, donde ancló apenas a dos millas del otro lado de la ciudad de Ctesifonte, corriente arriba.

Cuando Juliano alcanzó el Tigris a bordo de la embarcación principal, adornada con los banderines y estandartes de todas sus legiones y una guardia ceremonial de fornidos legionarios, apenas podía concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Sin echar siquiera una ojeada a las gigantescas murallas de la ciudad, visibles ahora río abajo, clavó la mirada en el horizonte del noroeste, imaginando ansioso la llegada de Sapor al frente de sus tropas. Deseó en voz alta que el rey persa se hubiera retrasado o incluso hubiera caído ante las fuerzas aliadas de Armenia dirigidas por el general Procopio, de quien no tenía noticias desde que sus ejércitos se separaran unas semanas antes.

—Es un suicidio —exclamó Víctor, que buscó con la mirada el apoyo de los demás generales reunidos en la tienda—. ¡Un verdadero suicidio!

Del exterior llegaban los vítores de las tropas congregadas en la orilla del Tigris, en la decreciente luz de la tarde mientras proseguían las carreras de caballos. Juliano había organizado unos juegos para celebrar nuestra inminente llegada a Ctesifonte. Los hombres improvisaron un hipódromo enorme, palestras para la lucha libre y el boxeo y una pista larga y recta a lo largo de la orilla para las carreras pedestres. El emperador llegó incluso a determinar el lugar exacto donde los espectadores —el ejército al completo— debían hacer las apuestas y animar a sus camaradas para que el fragor de las cornetas y el clamor de los soldados alcanzaran la orilla izquierda del río y la propia ciudad. También había tomado la precaución de apostar guardias a lo largo de la margen del río para impedir que los espectadores se agolparan en ella para ver el espectáculo. Quería que la guarnición persa situada al otro lado de la corriente tuviera una panorámica despejada de las actividades, y lo consiguió, pues, cual romanos humildes que solo podían pagar localidades baratas, la guarnición de Ctesifonte al completo, unos veinte o treinta mil hombres, se congregó en la ribera del río, a un cuarto de milla de distancia, para ver los juegos con vivo interés. Colocaron taburetes y mantas en la orilla y se pasaron jarras de vino mientras animaban a sus favoritos y gemían cuando perdían, comportándose en general como invitados, y en realidad lo eran, por expresa invitación del emperador romano. Juliano observó la escena con satisfacción.

Otro rugido del exterior ahogó las palabras de Víctor dentro de la tienda. Cuando hubo amainado, Juliano, sin tomar en consideración el pesimismo de Víctor, miró furioso a los demás generales.

—Un aplazamiento —dijo desdeñosamente— no hará que el río se estreche ni que la orilla opuesta descienda. El tiempo solo hará que el enemigo se fortalezca, que aumente en número. No conseguiremos el éxito a fuerza de esperar. Debemos actuar de inmediato. El enemigo está relajado porque piensa que nuestros hombres pasarán la noche de juerga. No se nos presentará una oportunidad mejor. Roma no puede esperar. —Y dio media vuelta.

Salustio se levantó para marcharse.

—Descargad los barcos más grandes —ordenó a los demás— y

agrupadlos en tres escuadrones. Mantened a los hombres festejando; cuanto más ruido armen, mejor. Eso hará que la guarnición permanezca con la guardia bajada. Actuaremos a medianoche. Víctor, tú dirigirás cinco barcos, cruzarás con ellos el río y descenderás una milla. Toma la cabeza de playa en silencio para dividir la guarnición de la ciudad. El resto de la flota, que transportará al ejército, se unirá a ti de escuadrón en escuadrón. Ahora, moveos.

Los generales salieron en silencio al calor de la noche, y Juliano y yo quedamos solos en la tienda. Él se volcó un rato en su trabajo mientras yo revisaba algunas notas y levantaba la vista cuando un clamor se filtraba del exterior. Al rato, apoyándose en el poste de la tienda, Juliano se desperezó y se frotó los ojos fatigados. Entonces me miró como si acabara de reparar en mi presencia.

—Cesáreo —dijo, casi con tono de disculpa—. Todavía el único hombre de todo el campamento dispuesto a permanecer despierto conmigo. Todavía el mejor amigo que tengo.

Me sonrió y meneó lentamente la cabeza. Sonreí a mi vez pero no dije nada, y él se percató de mi escasa disposición a aceptar del todo su rama de olivo, a reparar la amistad que tanto se había resquebrajado en el palacio un año antes. El semblante se le nubló mientras sus ojos se llenaban de inquietud.

—Y sin embargo sigue existiendo esa distancia entre nosotros —añadió—, esa barrera que yo creé y soy incapaz de derribar. Todavía me echas en cara mi grosería durante aquel banquete. Cesáreo, si no te lo he dicho antes, te lo digo ahora: lamento sinceramente mi conducta de aquella tarde.

Negué con la cabeza.

—No es eso. Aquello es agua pasada. Pero tienes razón, existe una barrera. No puedo por menos de lamentar la hostilidad que sientes hacia tu pasado, hacia todo lo que es cristiano, hacia…

Juliano interrumpió mis palabras con un suspiro de exasperación. Se levantó y caminó hasta su mesa, donde empezó a pasearse de un lado a otro.

—¿Todo se reduce a eso, Cesáreo? ¿Sigues negándote a ceder un poco, a llegar a un acuerdo conmigo? No he prohibido ninguna religión, no he arrojado a ningún hombre a los leones ni a los

gladiadores. ¿No te basta con que haya permitido que todas las sectas convivan pacíficamente dentro del Imperio? ¿Por qué debo besar los pies del Papa antes de que te des por satisfecho?

—Porque Dios no convive con otros dioses —contesté.

—¿No? —Se volvió hacia mí con el rostro enrojecido—. Cesáreo, hemos atravesado el desierto y conquistado las tierras del rey más poderoso que Persia ha tenido en generaciones. Hemos destruido cada una de las fortalezas que hemos encontrado por el camino, y todo ello al compás de los himnos que elevamos a Ares y con las manos lavadas en la sangre de los bueyes sacrificados. Si tu Dios sintiera tantos celos de los demás dioses, ten la seguridad de que no me habría permitido semejante éxito en la batalla. Cesáreo, Cesáreo, ¡sé lógico! Al insistir en que adore como tú a tu Dios, en que me someta a él, ¡te burlas de mí! ¡Te burlas de todo lo que he conseguido hasta ahora!

Seguí sentado, mirándole sosegadamente, mientras él volvía a pasearse nervioso por la tienda. Y como las palabras elocuentes se negaron a visitar mis labios, decidí aceptar tu consejo, hermano, de hablar con sencillez y decir solamente la verdad.

—Yo, en cambio —repuse con calma—, solo veo benevolencia por parte de Dios al permitirte ese éxito. Tú, sin embargo, me exiges que atribuya el mérito de tu victoria a una deidad griega largo tiempo desacreditada. Si cambiara de dios como el viento de dirección, ¿no tendrías una pobre opinión de mí? ¿Preferirías que me convirtiera a tus dioses por un capricho tuyo? ¿Qué diría eso de mí o de cómo eliges a tus compañeros?

Juliano detuvo sus pasos y me observó largo rato. Luego se relajó y dejó escapar una risita.

—Para alguien que siempre se ha declarado ignorante en el arte de la retórica, te has expresado muy bien —dijo a regañadientes—. Si permito que sigas siendo el representante cristiano en mi corte se me tendrá por un idiota, pero si insisto en que te conviertas se me condenará por haber admitido a un pelele. En ambos casos soy yo quien sale perdiendo. Me hieres con una flecha adornada con una pluma de mi propia ala.

—No es eso lo que pretendo. Yo no te he importunado por tus creencias. ¿Por qué te preocupas tú de las mías?

—Sí me importunas, Cesáreo —afirmó Juliano con los ojos entrecerrados—, aunque más con tu actitud que con tus palabras. Cada vez que me miras me estás acusando. Te diriges a mí, cuando lo haces, con el más estricto mínimo número de palabras. Te ocultas durante mis sacrificios y rechazas el lugar de honor reservado para ti junto con mis demás consejeros, dejando un asiento vacío que resulta desagradable a la vista. No haces otra cosa que importunarme.

Me levanté.

—En ese caso, quizá sea mejor que deje de atenderte. Ofreceré mis servicios a los cirujanos del campamento.

Tras reflexionar un instante, la expresión de Juliano se suavizó.

—No, no permitiré que trabajes con esos matasanos. El problema, Cesáreo, es mío y solo mío si permito que mi paz mental se vea perturbada por la obstinación de un solo hombre. Tus servicios son necesarios aquí.

Tomó asiento y la vehemencia y sinceridad que por un momento había atisbado en su rostro desaparecieron como una vela que se apaga, para ser reemplazadas por una expresión neutra de resolución. Aguardé en silencio a que prosiguiera, mas no volvió a levantar la vista de su trabajo. Interpreté su silencio como una señal de que ya no requería mi presencia y me marché.

Los cinco barcos abandonaron sigilosamente sus amarres portando cada uno ochenta hombres con las armas y los escudos cuidadosamente envueltos para que no repicaran, y los remos amortiguados con trapos para reducir el chapoteo. Los soldados que quedaban en el campamento estaban al tanto del plan, y afilaban sus armas y formaban filas en sus propios barcos sin dejar de alimentar los cientos de hogueras que bordeaban la orilla y el jolgorio soltando carcajadas, gritando mecánicamente apuestas y maldiciones y entonando canciones obscenas que viajaban por el silencioso y negro río.

A oscuras, los cinco barcos navegaron con la proa recta hacia el centro del río a lo largo de cincuenta o cien pies, hasta dejar atrás los bancos de arena de la orilla; entonces comenzaron a descender dejándose llevar por la corriente con el objetivo de atracar en un punto que había sido explorado antes de que anocheciera, donde la

ribera se elevaba de forma más gradual. No había luna que iluminara el trayecto, pues habían escogido esa noche a conciencia. Tres exploradores habían nadado al caer la tarde hasta la playa donde debían desembarcar, cada uno con una brasa de carbón en un frasco sellado y un envoltorio impermeable con astillas secas embadurnadas de brea. Si alguno de los nadadores sobrevivía tras permanecer sumergido entre los juncos durante varias horas, debía encender un fuego para guiar a los barcos.

Rodeado de sus generales, Juliano aguardaba con la flota congregada en la orilla, escudriñando la oscuridad. Las risotadas y los cantos resultaban insoportables, disonantes, pues la tensión del momento pedía a gritos silencio y concentración. Al otro lado del río, en el campamento persa, todo seguía como antes, las hogueras reduciéndose a rescoldos y los piquetes vociferando ocasionales consignas en la oscuridad. Me esforcé por aislarme del irritante alboroto concentrándome en otros sonidos y sensaciones, pero mis ojos solo veían oscuridad en la dirección en que habían desaparecido los barcos. Mis oídos hipersensibles no solo sufrían la tortura del jolgorio, sino de los sonidos insignificantes de la mera existencia: el lento golpeteo del agua contra la arena, el chirrido de las sandalias del hombre que tenía al lado meciéndose irritantemente sobre sus talones.

De súbito Juliano dio un paso al frente.

—¡Mirad! —susurró con voz ronca—. ¿No es la señal de fuego?

Vagamente, semejante a una chispa lanzada por una de nuestras hogueras, divisé al otro lado del agua una partícula naranja que parpadeó un instante, pareció desaparecer y de pronto se intensificó al hacer contacto con la yesca y las astillas, después de lo cual su artífice se apresuró a soplar y añadir las ramitas que había llevado consigo. La luz se hizo visible para todos y su gemela apareció en la negrura rizada del agua.

—¡Los nadadores lo han conseguido! —exclamó aliviado Juliano, y los hombres se dieron palmadas en los hombros, pues eso significaba que los cinco primeros navíos no tardarían en desembarcar para hacerse con el control de la playa.

Nos disponíamos a subir a nuestros barcos cuando, de pronto, el cielo del este se iluminó con un millar de bolas de fuego que

surcaron el aire formando arqueadas y veloces estelas amarillas. El pánico cundió entre los hombres.

—¡Flechas de fuego! ¡Los persas los están atacando con flechas de fuego! —gritó alguien.

Otras estelas feroces cruzaron raudas el cielo y una conflagración azulada se extendió para revelar el infernal rugido de un barco destruido. Vimos figuras que corrían frente a las llamas y el viento nos traía gritos ahogados.

—¡No! —exclamó Juliano antes de saltar por encima del agua y trepar a la regala del barco más próximo—. ¡Es la señal! ¡Han tomado la playa! ¡Por señas nos dicen que vayamos, que las colinas están a nuestro alcance!

Salustio le miró boquiabierto.

—¡Señor! Eso no es…

—¡Soltad la flota! —aulló Juliano, silenciándole—. ¡Es la señal! ¡Todas las manos a los remos! ¡Ctesifonte es nuestra!

Con un bramido, los hombres se precipitaron hacia los navíos, empujando los que ya estaban cargados y subiendo a los que aguardaban pasaje. Al poco la flota se hallaba en el río y los hombres, olvidada ya toda prudencia, encendían antorchas y marcaban con gritos el ritmo de las paladas mientras remaban hacia el punto de desembarque acordado. Al otro lado del río, en el campamento persa, reinaba el caos, los hombres y los caballos huían en todas direcciones. Sus gritos flotaban sobre el agua para llenar los huecos de los cantos de nuestros hombres.

Cuando llegamos, los barcos de Víctor no eran más que cascos en llamas destruidos por las marmitas de nafta y las flechas de fuego lanzadas por el destacamento persa que se hallaba vigilando ese tramo del río por si se producía una invasión. Los hombres de Víctor, no obstante, habían conseguido saltar a los juncos y matar a muchos enemigos que se habían lanzado al agua para saquear las naves romanas antes de que se quemaran del todo. Gracias a ellos, el resto de la flota tuvo tiempo de desembarcar sana y salva, tal como Juliano había previsto que ocurriría al lanzar su improvisada mentira, y llegar a lo alto de la orilla antes de que la guarnición persa pudiera regresar para interceptarnos. Cuando lo hizo, ya era demasiado tarde: treinta mil soldados romanos habían

desembarcado, y seguían llegando más en gabarras y balsas, algunos sobre sus escudos de madera remolcados mediante cuerdas que colgaban de la popa de las embarcaciones si ya no quedaba sitio para ellos a bordo.

La noche fue larga, pero la cabeza de playa resistió. Cuando los primeros rayos de sol asomaron por las enormes murallas de Ctesifonte, a tan solo media milla de distancia, el ejército romano al completo se organizaba para la batalla en lo alto de la elevada ribera, mientras medio millar de embarcaciones cubrían el ancho del Tigris. Pese a sus dudas iniciales, Víctor había obrado magníficamente; había despejado el terreno de defensores y organizado las tropas que iban llegando. Los ingenieros estaban montando el equipo pesado y las armas de artillería, en algunos casos antes de desembarcarlas. También se estaba trasladando en barcas el ganado, una forma deliberada de comunicar a los persas que era nuestra intención instalarnos en la orilla izquierda del Tigris.

La guarnición de Ctesifonte, por su parte, se había recuperado del caos de la noche previa, y hay que decir a su favor que el tamaño de su ejército había aumentado notablemente con respecto al día anterior, hasta el punto de igualar e incluso superar al nuestro. Una de dos, o un destacamento había permanecido en reserva dentro de las murallas de la ciudad, o el gobernador local se había apresurado a reunir guarniciones de las urbes y pueblos vecinos. Nosotros observábamos con inquietud los preparativos persas mientras los romanos permanecían en formación, aguardando la orden de atacar. El enemigo contaba con la ventaja del terreno, emplazado como estaba en lo alto de una larga ladera que llegaba hasta las puertas de la ciudad, la cual, además, estaba dotada de baluartes y de trincheras cavadas durante los últimos días. Media milla cuesta arriba resulta interminable si has de correr con la armadura mientras te enfrentas a una lluvia de flechas persas, y los defensores tenían intención de hacernos sudar sangre con cada paso que diéramos. Miles de espectadores, hasta mujeres ataviadas con sus mejores galas, se habían instalado en lo alto de las murallas, protegidos por toldos y sombrillas, para presenciar el acontecimiento.

Para hacernos frente los persas habían formado apretadas filas de arqueros protegidos con ceñidas lorigas tan lustradas que hacían daño a los ojos de lo mucho que brillaban. Contaban con el apoyo de destacamentos de infantería, que llevaban los escudos de la guardia del rey, unas presas curvadas que los cubrían de los hombros a los pies, fuertes pero ligeras, fabricadas con mimbre y reforzadas con lustroso cuero curtido. Los sementales blancos de los oficiales aparecían protegidos con la misma piel aderezada, y sus jinetes lucían un casco y una armadura con incrustaciones de piedras preciosas tan grandes que podíamos distinguir su color desde donde estábamos. Con todo, lo más aterrador eran las manadas de elefantes que aguardaban impacientes detrás de las tropas y cuyos inmensos cuerpos grises semejaban colinas vivientes. Nuestros soldados los contemplaban con nerviosismo, pues, aunque habíamos oído que el rey Sapor utilizaba tales bestias, habíamos confiado en que se las hubiera llevado en su expedición Tigris arriba.

Pese al caos y el alboroto generados al cruzar el río, Juliano no había olvidado un solo detalle en la preparación de sus líneas de combate. Se había ocupado de identificar a las tropas más débiles, es decir, los soldados asiáticos que se habían unido a nosotros en Antioquía, y colocarlas no en la retaguardia, donde existía el riesgo de que se asustaran y huyeran sin que nadie los detuviera, ni en la vanguardia, donde podían tropezar a causa del miedo y hacer que todo el ejército se diera a la fuga, sino repartidos en pequeños grupos entre sus demás compañeros, entre los fornidos galos que le habían acompañado desde Estrasburgo y que sabía se mantendrían leales incluso frente al ataque de una manada de elefantes. El propio Juliano, seguido de su consejo y un escuadrón de auxiliares con armas ligeras, iba de un extremo a otro de las líneas ya fuera para vapulear a un pelotón rezagado como para dar gritos de ánimo a los oficiales de caballería. Su inagotable energía alimentaba la expectación de los soldados.

De repente, se detuvo frente a su ejército y los ojos de todos los soldados se clavaron en él. Salustio y Víctor se acercaron cabalgando y le flanquearon con sus nerviosas monturas, de cara a las tropas. El silencio reinaba en el campo mientras Juliano

inspeccionaba las filas de hombres cubiertos de polvo y quemados por el sol, hombres que habían marchado con él desde Antioquía, a lo largo de quinientas millas de arenas abrasadoras y ciénagas infestadas de sanguijuelas. Algunos habían recorrido con él tres veces esa distancia, desde las tierras más occidentales del Imperio. Le estaban observando en silencio cuando una sonrisa se dibujó lentamente en su rostro y su blanca dentadura brilló a través de la barba, que le había crecido indomable durante la expedición. Sonreía sin decir nada, este orador experto, este hombre que jamás se había quedado sin palabras ni había desperdiciado oportunidad alguna de sermonear a sus hombres, de animarles en la batalla, de reprenderles, incluso de darles una lección de historia. Más que todas las palabras de elogio, su amplia sonrisa reflejaba el amor y el orgullo que sentía por sus hombres y por todo lo que habían conseguido, y ellos, también mudos, sonrieron a su vez. Juliano alzó el brazo derecho, gesto reservado a los soldados para saludar a sus generales victoriosos. Las tropas, atónitas al principio, y tan silenciosas que hasta pareció oírse cómo tomaban aliento, estallaron en un clamor capaz de sacudir los muros de Ctesifonte, un bramido que hizo recular al corcel de Juliano, pero la sonrisa y el brazo de su jinete no flaquearon. Tras adoptar una expresión grave, el emperador levantó el puño por encima de su cabeza y lo bajó hasta la altura de la cadera: la señal de atacar.

De inmediato se oyó el sonido de los tambores de piel de buey y el anapéstico, el siniestro y repetitivo toque de tres redobles que marcan el paso pírrico. Desarrollado por los espartanos, suena como una danza por su movimiento, y su ritmo monótono y reiterativo hipnotiza. Tres pasos al frente y pausa a cada redoble. La concentración en el ritmo, en seguir el paso de los camaradas, brinda al soldado algo en que ocupar la mente, una distracción mientras avanza hacia una muerte dolorosa. Tres pasos, pausa. Los lustrosos escudos mecidos deliberadamente de izquierda a derecha en estricta sincronía. Sesenta mil hombres marchando con una precisión absoluta mientras el extraño e hipnótico compás y el balanceo de las vastas paredes de escudos siembran el terror en el enemigo que observa. Tres pasos, pausa. Bum, bum, bum, silencio. Como telón de fondo, el suave himno a Ares cantado en un tono

grave, sentido más que oído, como una vibración en las entrañas. El descomunal monstruo de metal y muerte avanzaba lenta e implacablemente hacia los atónitos defensores de Ctesifonte.

Los persas no tenían la menor posibilidad.

La primera descarga de flechas, mil proyectiles sibilantes, descendió de lleno en nuestras primeras filas. El daño, desde esa distancia, fue leve, pues apenas se hincaron en los escudos o resbalaron hasta el suelo. Algunos hombres cayeron, pero el ritmo hipnótico de los tambores cumplía su objetivo y el paso no flaqueó. Las filas sencillamente pasaban por encima de los caídos y ocupaban su lugar. Los persas dejaron un momento de disparar, estupefactos ante esa visión.

Los soldados marcharon otros cien pasos meciendo los escudos a la par. Bum, bum, bum, pausa. Los persas lanzaron otra descarga, esta vez desde una distancia más mortífera. Más hombres se tambalearon y cayeron. En ese momento advertí que Víctor, que cabalgaba frente a sus tropas y se enfrentaba al enemigo con la misma temeridad que el emperador, era alcanzado en el hombro derecho por una flecha que le hizo echarse hacia atrás de dolor. Juliano también lo vio y se acercó al frente para comprobar su estado, pero Víctor enseguida se enderezó, con la flecha apuntando al frente, y agitó un brazo para alejarlo. Juliano le observó hasta asegurarse de que podía cabalgar y, acto seguido, levantó la espada hacia Víctor, la tan esperada señal de ataque.

Víctor no vaciló ni un instante. Espoleando su caballo, trasladó la espada a la mano izquierda y cabalgó hasta el frente de la formación romana, mientras el brazo derecho se balanceaba, ensangrentado e inútil, en el costado. Alzó el acero y abrió la boca para dar la orden de atacar pero, antes de que sus palabras llegaran a mis oídos, el estremecedor grito de batalla de los galos, que el ejército entero había adoptado como propio, las ahogó.

Quebrando el ritmo de los tambores, los hombres emprendieron una delirante carrera con los escudos en alto, hacia la lluvia de flechas enemigas, que ahora caían sobre ellos como un denso granizo, un chaparrón de silbidos mortales. De todos era sabido que el punto fuerte de los persas es la destreza de sus arqueros y que el método más eficaz, aunque también doloroso, de vencerles consiste

en arremeter contra ellos y, sencillamente, derribarles, pues portan, como único instrumento defensivo, un escudo de mimbre que apuntalan en el suelo y aseguran con un pie. Se trata de una embestida aterradora que te lleva directo a las fauces de la muerte mientras ocultas el rostro tras la concavidad de tu escudo y corres a ciegas, esforzándote por mantenerte alineado con tus camaradas de derecha e izquierda y, de tanto en tanto, asomando la cabeza por encima del escudo para calcular la distancia. La lluvia de proyectiles contra tu escudo y tu armadura se intensifica y a veces, si te pegas demasiado al engañoso escudo de cuero y bronce, se cuelan flechas que te horadan la mejilla o el ojo.

Tras el brutal choque de los frentes, una nube de polvo se elevó sobre la llanura y dejé de seguir el desarrollo de la batalla, concentrado como estaba en no perder de vista a Juliano por si necesitaba mis servicios. Este cabalgaba de un lado a otro escudriñando la neblina de polvo, blasfemando porque no se veía nada. En un momento dado se sumergió en ella con su caballo y abandoné toda esperanza de que saliera con vida, pero instantes después salió, y lo hizo acuchillando vehementemente a un par de jinetes persas que con sus lanzas querían hacer tropezar a su caballo. Acabó con ellos la guardia de Juliano, que, como yo, se había sorprendido de verlo desaparecer en el polvo y luego alegrado cuando emergió de nuevo. Pero, para su estupor, Juliano volvió a sumergirse en la refriega y asomó mucho después con las espada y las grebas cubiertas de sangre.

La lucha ese día fue espantosa, un combate cuerpo a cuerpo bajo un cielo abrasador y la fatal nube de polvo. A veces, cuando la polvareda se levantaba por el débil soplo de la brisa, se veían montones de cadáveres y de caballos que se retorcían en las zanjas, cubiertos de tanta sangre y mugre que era imposible reconocer a qué bando pertenecían. Finalmente empezó a retroceder hacia las murallas de Ctesifonte a medida que los persas se replegaban. Al principio avanzaba despacio, pero luego ganó velocidad, hasta que, tras una colisión final y un aullido de agotamiento, los persas rompieron filas y por detrás de la neblina de polvo asomaron miles de ellos corriendo despavoridos hacia su ciudad. Entonces vi que las enormes puertas empezaban a abrirse pesadamente para recibirles.

—¡Las puertas! —gritó Juliano, cabalgando hacia la línea de batalla, que se alejaba rápidamente de él mientras los hombres corrían hacia las murallas para detener a los persas—. ¡Víctor, toma las puertas!

Habría sido imposible oírle por encima del delirante combate. Víctor, sin embargo, seguía allí con sus hombres, ahora desplomado a causa del dolor sobre el cuello de su caballo y sostenido por un guardia que cabalgaba a su lado. Debilitado por la pérdida de sangre, el general herido luchaba por gritar las órdenes. El fragor de la contienda lo envolvía mientras los romanos perseguían a sus aterrados enemigos acuchillándoles la espalda y las pantorrillas, desjarretándolos y pisoteándolos a centenares para luego apuñalarles y dejarlos perecer en sus propios jugos. Los persas empezaron a cruzar las puertas mientras los espectadores, desde lo alto de las murallas, sollozaban y se mesaban el cabello, y arrojaban cascotes y ladrillos sobre los romanos aun cuando estos se hallaban todavía demasiado lejos para recibir su impacto.

—¡Las puertas! —vociferó Juliano cabalgando como un rayo, con la voz ronca pero la mirada victoriosa por haber alcanzado su objetivo—. ¡Mira, Cesáreo, la ciudad es nuestra!

Con un esfuerzo sobrehumano, Víctor se despegó del cuello del caballo y cabalgó hasta el frente para colocarse entre sus hombres y los persas; la flecha, ahora quebrada, todavía le asomaba por el hombro. Se detuvo frente a sus tropas y levantó el brazo izquierdo con la espada ladeada.

Era la señal de alto.

Los romanos enseguida obedecieron y algunos, exhaustos, cayeron desplomados, mezclándose con los miles de cadáveres que ya ocupaban el promontorio.

Tambaleándose sobre el caballo, Víctor observaba con aire triunfal la terrible carnicería mientras que los últimos persas trepaban hacia las puertas de la ciudad. En cuanto, renqueantes y apresurados, consiguieron atravesarlas, volvieron a cerrarse. Juliano se detuvo en seco, presa del estupor, y un lamento cargado de cólera llenó el aire y resonó por todo el campo.

—¡Víctor, idiota… *jodido idiota*! ¡Las puertas!

Hubo dos mil quinientos muertos persas y solo setenta víctimas

romanas. El suelo aparecía cubierto de cadáveres enemigos, y solo de los cuerpos de los oficiales se obtuvieron más riquezas que las conseguidas en todas las ciudades tomadas hasta el momento. Juliano, no obstante, estaba desolado, pues Ctesifonte permanecía invicta, sus murallas inexpugnables, sus defensas intactas. Víctor deliraba debido a la pérdida de sangre y el dolor de la herida, pero en un momento de lucidez justificó la detención del ataque porque presentía que sus agotados hombres habrían corrido un grave peligro de haber continuado su disparatada carrera hasta el interior de las murallas, y entre las calles desconocidas de esa ciudad. El argumento era válido, pero Juliano estaba inconsolable.

Después de pasarse una hora solo en la tienda, despotricando y farfullando mientras los generales aguardaban, encogidos de miedo, fuera, entró Salustio.

—Señor, los hombres han luchado con fiereza… valientemente… Necesitan que les dirijas unas palabras, puede que hasta un sacri…

—Lo tendrán —le interrumpió Juliano—, lo tendrán. Dejemos que esta noche duerman a pierna suelta, se lo han ganado, más que los propios muertos. ¡Pero al amanecer haremos un sacrificio como no se ha visto aún en toda esta expedición!

A la mañana siguiente, cuando Aurora, la niña de la mañana con manto de azafrán, extendió sus dedos rosados por el cielo púrpura, se congregó a los soldados frente a un enorme altar instalado casi a un tiro de flecha de las puertas de Ctesifonte. Los adormecidos hombres formaron tambaleándose y gruñendo, estirando los entumecidos músculos, algunos con la armadura todavía manchada de sangre, pero conversando alegremente, pues esperaban con impaciencia el sacrificio y el reparto del botín. Me quedé a mirar, hermano. Por una vez, me quedé voluntariamente a presenciar el sacrificio de Juliano, pues, a decir verdad, en esa llanura vasta y vacía, ocupada únicamente por nuestro ejército y las murallas de la ciudad, no tenía a donde ir. En lugar de dirigirme a uno de los puestos de honor que Juliano reservaba a su corte, a Máximo, Salustio y Oribasio, me instalé entre las filas de un cuerpo de arqueros. De todos modos, Juliano estaba tan acostumbrado a mi ausencia en estas sangrientas ceremonias que sospecho que le

habría sorprendido descubrir que esta vez me había quedado a observarla.

En el momento preciso en que los rayos del sol asomaron por el horizonte, Juliano subió lentamente por los escalones que conducían a la plataforma de madera donde iba a realizarse el sacrificio a Ares, el rey de la guerra. Vestía la túnica blanca e inmaculada de supremo sacerdote, con la franja morada en el bajo y las mangas como única concesión a su rango político. Los hombres prorrumpieron en entusiastas y ensordecedores vítores que atravesaron y rebotaron en los muros de la ciudad, haciendo que las cabezas de los guardias y los ciudadanos persas que estaban en lo alto se asomaran ahogando los sollozos y lamentos de las mujeres que no habían cesado desde que terminara la batalla. Probablemente, me dije, era la primera vez que Ctesifonte sufría la muerte de tantos hijos en un solo día. La ciudad debía de hallarse en un paroxismo de duelo y temor por lo que se avecinaba.

Cuando el clamor de los hombres hubo amainado, Juliano hizo una seña con la cabeza a Máximo, que aguardaba con los arúspices etruscos delante de los peldaños de la plataforma. Subieron uno a uno, solemnemente, mientras sus ondeantes túnicas y sus gorros cónicos inyectaban una palidez fúnebre al resplandor de los primeros rayos de la mañana. Cada arúspice iba acompañado de un niño pastor que, con un ronzal, tiraba de un buey totalmente blanco, diez en total, cuidadosamente escogidos de los vastos rebaños del rey Sapor que pacían en los verdes pastos situados entre los dos ríos. Nuestro ejército ya se había incautado de suficientes reses para satisfacer las necesidades inmediatas y liberado al resto. Y este día, al conducir a los diez bueyes hasta la plataforma, algo extraordinario ocurrió.

El primero se negó a ascender por los cuatro peldaños, algo que sucedía con frecuencia porque el ganado no está familiarizado con tales estructuras. Este buey, sin embargo, no se resistía por obstinación, sino por pura lasitud. Estaba físicamente agotado. Al iniciar el ascenso se desplomó sobre una pata delantera, y fue con suma dificultad que el pastor y los dos etruscos consiguieron levantarlo, tirando para ello del ronzal y azotando al animal en las ancas hasta que alcanzó dócilmente el altar.

¿Estaba drogado?, ¿envenenado?, me pregunté. Se sabe que a estas enormes bestias, que pasan la mayor parte del tiempo pastando en el campo, hay que echarles narcóticos en el forraje a fin de sedarlas lo suficiente para que permanezcan tranquilas sobre el altar hasta el momento de aporrearlas y abrirles la garganta. Los videntes suelen ser precavidos con las dosis, pero quizá el ganado persa era más sensible al extracto de adormidera que nuestros fuertes bueyes de la Capadocia. El caso es que el pobre animal llegó tembloroso al altar y enseguida se desplomó. Juliano lo miró con curiosidad mientras el campamento entero guardaba silencio.

El asunto no terminó aquí. Los demás bueyes hicieron exactamente lo mismo, flaquearon y cayeron en diferentes posturas sobre la plataforma, los escalones, la base, allí donde se hallaban aguardando su turno. La lengua les colgaba lánguida, los flancos se les hinchaban como si hubieran hecho un gran esfuerzo y los ojos miraban al frente húmedos e inertes, sin la agitación nerviosa que cabría esperar de un animal frente a sesenta mil hombres. Todos los bueyes cayeron menos el décimo, que después de que le obligaran a pasar por encima de sus postrados compañeros se despabiló bruscamente. Con un fuerte bramido, empezó a dar coces con las patas traseras, como un potro recién capturado para su doma. Presa del pánico, sacudía la enorme cabeza y lanzaba espumarajos sobre los soldados de las primeras filas, que retrocedían por miedo a que los derribara. Finalmente una docena de guardias fornidos se abalanzó sobre el animal y lo inmovilizó contra el suelo mientras la pobre bestia seguía bramando, puede que suplicando a sus compañeros de Helios que vinieran a rescatarle, pero la única respuesta vino de Juliano.

Rojo de ira, hinchadas las venas del cuello, saltó de la plataforma y, sin mirar siquiera a los postrados animales que rodeaban, caminó hasta el tembloroso buey que yacía en el suelo. Un sacerdote clavó un martillo de hierro en la frente del animal para atontarlo y, tras una presta cuchillada en la garganta, este se derrumbó. Juliano, sin aguardar siquiera la ayuda de Máximo, como era su costumbre, se inclinó sobre el buey, le rajó el vientre e introdujo las manos en busca del órgano esencial.

Lo que halló le llenó de estupor e hizo que los guardias que le

rodeaban contuvieran la respiración. El hígado estaba canceroso, infestado de manchas resecas y tejido muerto, hinchado hasta haber duplicado su tamaño. Los soldados se fueron acercando para verlo mejor, hasta que las espadas de los guardias los detuvieron. Juliano regresó a la plataforma para entregar el órgano a Máximo, quien, tras un rápido reconocimiento, se marchó sin decir palabra. Volviéndose hacia los soldados, el emperador levantó la mano que sostenía el cuchillo ensangrentado.

—¡Por Zeus, rey de los dioses! —gritó en un tono extrañamente agudo y trémulo. Las tropas guardaron silencio—. ¡Por el sagrado dios Mitra y por todos los habitantes del Olimpo, juro que nunca, nunca, ofreceré otro sacrificio a Ares! ¡Pues nunca un dios tan veleidoso y traicionero había maldecido antes la raza del hombre!

Los soldados, pasmados ante esa maldición al rey de la guerra, permanecieron en silencio. Desviando la mirada de los bueyes que se retorcían en el suelo, Juliano saltó de la plataforma y se dirigió a su tienda. Los hombres se dispersaron, meneando tristemente la cabeza, mientras yo contemplaba los despojos de la ceremonia. No era el primer sacrificio pagano al que asistía, pero no hay duda de que fue el más espantoso, y confieso que llegué a preguntarme si los nefastos resultados se habían debido a mi presencia.

Juliano mantuvo su juramento a pies juntillas.



VI

—Quema la flota.

Máximo alzó la cabeza bruscamente y sus ojos, bordeados de rojo, se abrieron de par en par con una suerte de malévolo asombro. Hasta el sobrio Salustio retrocedió.

—¿Señor? —dijo el general, dejando a un lado los mapas que estaba examinando en la tienda de Juliano.

—Ya me has oído. Quema hasta el último barco. Nos haría falta medio ejército para subir las malditas embarcaciones por el Tigris. Además, representan una tentación en el caso de que los soldados quieran huir. Quema la flota o impedirá que nos enfrentemos a Sapor con toda nuestra fuerza y valor.

Juliano ya había tomado la decisión de no sitiar Ctesifonte. La ciudad era demasiado fuerte, la guarnición superviviente demasiado numerosa y sus existencias —según información facilitada por desertores—, abundantes. Además, nuestra posición al pie de las murallas resultaba insostenible, aunque solo fuera por la presencia de un peligro con el que no habíamos contado: la enorme nube de moscas y mosquitos que llegaban del río y los canales, en tales proporciones que eclipsaban el sol de día, oscurecían las estrellas de noche y casi enloquecían a hombres y animales. Así pues, las criaturas más diminutas de Dios llaman la atención de las más grandes. El primer ministro de Sapor en Ctesifonte había enviado un embajador para ofrecer a Juliano la devolución de todas las ciudades romanas que los persas habían conquistado durante la última década, pero el emperador rechazó desdeñosamente la propuesta. «¡Devolver lo que nos pertenece por derecho no es una concesión! —espetó arrojando el documento a la cara del atónito embajador—. ¡Que los cobardes persas salgan de sus muros y

luchen en las llanuras como hombres!».

Pero la guarnición de Ctesifonte no estaba dispuesta a hacer tal cosa. Nos lanzaban pullas y disparaban flechas sin ton ni son, desafiando al emperador a demostrar su coraje yendo a buscar al gran rey para combatir contra su ejército y no contra una guarnición sitiada. Juliano se tomó el insulto muy a pecho. No obstante, atacar al rey Sapor sin que la guarnición nos cerrara el paso por detrás exigía abandonar Ctesifonte y seguir el Tigris corriente arriba, hacia el norte. Era imposible llevar con nosotros la enorme flota.

—Quémala —repitió obstinadamente.

—Augusto —repuso Salustio con cautela, como si hablara a un niño excitado—, al menos déjala donde está, como… como… —titubeó, algo impropio de él, mientras Juliano le miraba severamente— como medio de retirada. Destina una guardia que la defienda de los ataques de la guarnición de Ctesifonte. En el peor de los casos, nuestros hombres podrían quemarla para impedir que se apoderaran de ella. Por otro lado, si Sapor nos obliga a… retirarnos, podríamos navegar por el Tigris hasta el golfo y llegar sanos y salvos a Egipto.

Eran más palabras de las que Salustio acostumbraba pronunciar de un tirón. Estaba claro que el asunto le inquietaba. Juliano, sin embargo, no quiso ni oír hablar de ello.

—La retirada no es una opción, Salustio —espetó—, y sospecharé de tu lealtad, como ya sospecho de tu sabiduría, si vuelves a plantear esa posibilidad. Tampoco regresaremos por donde hemos venido. Ya hemos arrasado la región y no quedan víveres. Mañana avanzaremos por el Tigris para reunirnos con Procopio, y Sapor, tarde o temprano, tendrá que vérselas con nosotros y caerá. Quema la flota.

Cuando miró en derredor, sus viejos camaradas, Oribasio, Salustio, yo, todos los que le habíamos servido fielmente en la Galia y cuyos consejos había solicitado y seguido en el pasado, callamos. Hasta Máximo permaneció mudo, reprimiendo sus habituales susurros al oído del emperador.

Juliano contempló nuestros rostros sombríos con aparente satisfacción.

—¿Ha quedado claro?

Al salir de la tienda, Salustio me llevó a un lado. Era la primera vez, creo, que me buscaba directamente.

—Médico —dijo con voz ronca, como si le diera vergüenza, pero mirándome fijamente—, llevas muchos años sirviéndole. ¿Acaso ha enloquecido?

—Así es —contesté sin vacilar—. Enloqueció hace años, cuando ofreció su primer sacrificio a Mitra.

Salustio bufó.

—En ese caso, hemos enloquecido todos, ¿no crees? Excepto tú. ¿Eres la única voz juiciosa dentro del círculo del emperador?

—Quizá. No puedo hablar por vosotros.

Al oír eso, la cara de Salustio se puso inusitadamente tensa.

—Si está loco, ¿por qué le seguiste hasta este infierno en lugar de quedarte en tu amada Nacianzo?

Callé, algo sorprendido de ver a Salustio sin su perpetua máscara de calma y dominio de sí. Debió de pensar que no le había oído, porque su rostro se crispó aún más.

—He dicho, médico, que si está loco…

Desperté de mi ensimismamiento y le interrumpí.

—No es a mí a quien has de plantear esa pregunta —dije—. Yo voy donde hace falta curación. Si he seguido a Juliano hasta este infierno es precisamente *porque* está loco. Esa pregunta deberías hacértela tú.

A la mañana siguiente, el humo negro y pringoso del sacrificio fue particularmente denso. El ejército había prendido fuego a cada campo, cada molino, cada huerta, casa y viñedo de Ctesifonte en un radio de veinte millas. El humo se mezclaba en el río con las finas espirales que todavía se elevaban de los rescoldos de mil barcos, la mayor destrucción infligida a una flota romana desde Actio cuatro siglos antes. En menos de una hora habíamos levantado el campamento.

Los habitantes de Ctesifonte se asomaron a las murallas de la ciudad para contemplar nuestra partida meneando la cabeza con alivio y extrañeza.

Avanzamos durante una semana hacia el norte, siendo nuestro objetivo la provincia romana de Corduene, situada a unas

trescientas millas. Vivíamos exclusivamente de los víveres que transportábamos, pues alrededor de nosotros, en una extensión de varias millas a ambos lados, las tierras habían quedado arrasadas, primero a manos de nuestros soldados en las cercanías de Ctesifonte, y luego de los propios persas. Un amplio destacamento de la guarnición de esa ciudad nos seguía a una distancia respetuosa. No era lo bastante numeroso, hermano, para incitarnos a entablar una batalla campal, pues los persas habían descubierto que sus soldados no podían competir con los nuestros en un combate directo. Aun así, se dedicaban a hostigar y asaltar nuestros flancos, arramblar con valiosos carros de víveres, desviar tropas que podrían haberse empleado para ayudar con las provisiones y quemar los campos que se extendían ante nosotros obligándonos a marchar sobre cenizas. En un momento dado pasamos dos días sin poder avanzar, rodeados de maleza en llamas y un humo asfixiante.

Juliano se hartó finalmente de las quejas y temores de los hombres, pues hasta los veteranos galos empezaban a expresar abiertamente sus dudas sobre nuestros planes. Recurriendo a una vieja táctica del rey espartano Agesilao, los convocó urgentemente y se presentó ante ellos con Arinteo, un comandante tracio de constitución robusta. Agotado física y mentalmente, Juliano apenas podía hablar, y aún menos componer un discurso conmovedor como había hecho en el pasado para alentar a sus hombres.

—¡Tribunos, centuriones y soldados del ejército romano! —gritó con una voz ronca que apenas sobrepasó las primeras filas—. Me han llegado noticias de que teméis el hostigamiento del enemigo. Sus armaduras, decís, son impenetrables. Sus arqueros, infalibles. Su caballería demasiado veloz para alcanzarla con nuestros pesados ponis.

Hizo una pausa y hubo un murmullo de descontento.

—¡Mirad aquí! —exclamó—. ¡Mirad el origen de vuestro temor!

Arinteo inclinó la cabeza, y unos soldados empujaron al frente a tres prisioneros persas embutidos en la lustrosa armadura de la infantería del rey, las junturas de las articulaciones hábilmente forjadas para que se adaptaran a la perfección a los músculos y extremidades del soldado, y una representación del rostro humano tan ajustada a la cabeza que los hombres parecían revestidos de

escamas metálicas. Las únicas aberturas por donde podía introducirse un arma eran los pequeños orificios de los ojos y las fosas nasales. El efecto del conjunto era estremecedor. No obstante, el impacto quedó amortiguado porque los prisioneros tenían las manos atadas a la espalda y se revolvían asustados, como si temieran que sus capturadores fueran a azotarles. De hecho, era evidente que ya lo habían hecho, pues uno de ellos goteaba sangre sobre las cenizas que tenía a sus pies.

Los hombres observaban a los tres prisioneros en silencio. Arinteo inclinó de nuevo la cabeza y tres guardias musculosos dieron un paso al frente y cada uno procedió a desnudar bruscamente a un persa, arrancando los cascos con tal vehemencia que les arañaban el rostro y cortando apresuradamente las correas y cierres que ceñían las armaduras. Una vez desnudos salvo por el taparrabos, los empujaron hacia delante y les obligaron a permanecer allí, frente al ejército romano, una auténtica vergüenza para los recatados persas. Dadas las claras muestras de turbación de los prisioneros, que se apretaban las manos contra la entrepierna, algunos soldados romanos rieron incómodos.

—¡He aquí el origen de vuestro temor! —repitió Juliano con los ojos muy abiertos y el rostro colorado de ira, mirando a los perplejos prisioneros. Ciertamente, es una condición exclusiva del hombre odiar a sus víctimas—. ¡He aquí la flor del ejército persa! Individuos miserables e inmundos que huyen como cabras cuando empieza la batalla.

La escena era, efectivamente, grotesca, pues al lado de los tracios robustos y bronceados que Juliano había elegido para la demostración los persas parecían mendigos de miembros flacuchos y cuerpos enfermizamente pálidos. Permanecían encogidos mientras los enormes legionarios les miraban con desprecio.

Esta vez fue Juliano quien inclinó la cabeza, y rápidamente cada tracio rodeó con un brazo el cuello de su prisionero y lo partió. Los tres persas cayeron mudos al suelo, sus ojos muertos mirando al cielo con asombro. El ejército romano guardó silencio.

—¡He aquí el destino del rey Sapor cuando ose hacer frente a nuestro ejército! —aulló Juliano con un tono de voz casi histérico.

Recibió unos pocos vítores carentes de entusiasmo antes de

regresar a su tienda a grandes zancadas, murmurando y gesticulando con vehemencia para sí.

Los hombres volvieron a sus tareas y yo me recluí en mi tienda, avergonzado por la espantosa demostración. Juliano estaba enloqueciendo. Lo había sospechado durante años, llevaba meses convencido de ello, pero ahora hasta los soldados se daban cuenta. Estudié mis textos médicos buscando desesperadamente un remedio que equilibrara su imparable paranoia, su vanidoso deseo de gloria a costa incluso de su propia supervivencia. Sospechaba que su enfermedad no era orgánica, no era del cuerpo, pues de lo contrario los genios de la medicina ya la habrían curado. No, era una enfermedad de la mente, y no de la mente de cualquiera, sino de la mente de los hombres poderosos y ambiciosos. Lo cierto era que, salvo contadas excepciones, había afectado en mayor o menor grado a todos los emperadores romanos desde tiempos inmemoriales. Ni siquiera la filosofía era ya un antídoto para Juliano, si es que alguna vez lo había sido.

Al día siguiente, poco después de ponernos en marcha, divisamos en el horizonte una enorme nube que parecía de humo o polvo, una masa oscura que se elevó súbitamente por encima de la llanura, mucho más allá de donde nuestros exploradores osaban llegar. Al principio corrió el rumor de que era una gigantesca manada de onagros, esos asnos salvajes que abundan en estas regiones y se desplazan juntos para protegerse del ataque de los leones, igualmente numerosos. Después se dijo que era el ejército de Procopio, que llegaba con las tropas armenias del rey Arsaces como refuerzo para poder reanudar el asalto a Ctesifonte y capturar la ciudad de una vez por todas. Luego se extendió el temor de que la nube la provocaba el poderoso ejército del rey Sapor, que finalmente regresaba de su fallido intento de interceptarnos por el norte. Juliano escuchaba todos estos rumores impasible, observando la nube marronácea como los demás hombres, viéndola elevarse en el cielo, sin que tampoco él fuera capaz de discernir la causa.

Para evitar un error fatal en una situación incierta, ordenó que sonaran las cornetas y que los hombres acamparan donde estaban, a orillas de un arroyuelo, a pesar de que no era ni mediodía. Luego mandó fortificar el campamento con una apretada empalizada de

escudos clavados en la tierra. El polvo de la enorme nube seguía avanzando hacia nosotros, muy por delante del vasto número de cuerpos que la originaban, y no tardó en envolvernos bloqueando la tenue luz del sol crepuscular y tiñendo la cara y la piel de los hombres de un extraño brillo rojizo. Esa noche nos acostamos asustados, ignorando todavía qué traía esa nube sigilosa del norte. Despertamos al amanecer para descubrirnos rodeados de un ejército persa.

Los soldados estaban callados, extrañamente dóciles. No nos atacaban, ni fanfarroneaban, ni enviaban mensajeros. Únicamente nos observaban desde una distancia prudente. Levantamos el campamento y continuamos hacia el norte mientras los persas se dividían a lo lejos, a medida que avanzábamos, acompañándonos con cautela por ambos lados y por la retaguardia. Pronto descubrimos que su pasividad no se debía al miedo sino a la espera, pues se trataba únicamente de la vanguardia del ejército del rey. Otro enorme destacamento llegó al día siguiente, cien mil soldados de infantería, arqueros y elefantes dirigidos por Meranes, general superior del rey, y asistidos por dos hijos de Sapor. Eso no era todo. Que el cielo nos asista, me dije, pues poco después se presentó un tercer destacamento de igual tamaño que el de Meranes, aunque algo más lento debido al equipo pesado y los elefantes que llevaba consigo. El tercer ejército lo dirigía el rey Sapor en persona.

Con todo, los persas seguían negándose a atacar, sabia decisión ya que el tiempo estaba de su parte. La fuerza del verano caía de lleno sobre nosotros y los fornidos veteranos de la Galia y Germania languidecían bajo la sofocante polvareda y el incesante calor. La cabeza y el cuerpo les hervían bajo la armadura, mas se resistían a quitársela, pues los constantes ataques por los flancos y las inquietantes acciones de los arqueros y la caballería persas les obligaban a permanecer siempre alerta. La cara y el cuello de los soldados, sobre todo los de piel clara, aparecían colorados, cubiertos de ampollas a causa del implacable sol y en carne viva por las picaduras de las moscas. Los insectos aterrizaban dondequiera que hubiera humedad: una axila sudorosa, la comisura de un labio, una ampolla en el cuello o el hombro. Nuestros soldados vivían en un tormento constante y los persas seguían hostigándonos desde

lejos, quemando hasta la última planta, obligándonos a avanzar a lo largo de millas de maleza humeante que horas antes habían sido llanuras de verdes pastos y campos de cereal maduro.

En un valle seco y desolado conocido en el dialecto local como Maranga, el rey finalmente se dejó ver dirigiendo un ataque de caballería contra nuestros soldados en una acción que casi podía considerarse una batalla, aunque nada parecido a lo que estábamos deseando provocar. Con todo, el enfrentamiento provocó una pérdida considerable de sátrapas y jinetes persas y no pocos soldados de infantería de nuestro bando. Las condiciones resultaban sumamente favorables para el adiestramiento y la destreza de la caballería persa, capaz como era de lanzar jabalinas y disparar flechas en cualquier dirección cabalgando a gran velocidad para luego huir, levantando una nube de polvo, antes de que las defensas romanas pudieran reaccionar.

La noche que llevaron a cabo esa acción, el 25 de junio, mientras Juliano todavía dudaba de qué lado había sufrido más pérdidas, ambos ejércitos acordaron una tregua de tres días para limpiar el terreno y atender a los heridos. Nuestros hombres trabajaron en la oscuridad, a la luz de las antorchas, recogiendo cadáveres romanos, pues era intención de Juliano aprovechar la tregua para partir a la mañana siguiente y crear distancia entre nosotros y el rey o, por lo menos, encontrar un terreno favorable donde organizarnos y provocar una batalla a gran escala. Esa noche, nuestra sesión estratégica en la tienda de Juliano se alargó tanto y los consejeros estaban tan cansados que la mayoría echábamos cabezadas donde podíamos, en los bancos o en el suelo, que estaban abarrotados de gente y papeles.

Y así llegamos al comienzo de mi relato, hermano, pues esa fue la noche que ya he descrito, la noche más oscura de mi vida, cuando soñé que la extraña mujer de sobrenatural belleza entraba en la tienda y se acercaba a Juliano con un misterioso bulto en los brazos.

Tras despertar, alarmado por la visión, Juliano nos ordenó que regresáramos a nuestras tiendas. Yo me dispuse a salir detrás de Salustio y Máximo, mientras Juliano se reía de mi desconcierto, todavía evidente por la palidez de mi cara.

—¡Un sueño! —exclamó—. ¡Nuestro médico ha tenido un sueño! ¡Tal vez los dioses hayan decidido comunicarse finalmente con él!

Hice una mueca, y justo cuando salíamos de la tienda un enorme meteoro cruzó el cielo desde la casa de Ares, como había hecho en las montañas de Tracia, dibujando una estela de fuego hasta desaparecer en el oscuro horizonte con la misma rapidez con que había asomado. Juliano quedó sin habla. Aunque no lo dijo, yo sabía que lo interpretaba como una respuesta de los dioses a su promesa hecha en Ctesifonte, cuando juró que no volvería a ofrecer un sacrificio al dios de la guerra. Comprendí, por el sudor que brotó inopinadamente de su frente, que lamentaba sus precipitadas palabras.

—Máximo y los arúspices dirán que debemos abstenernos de actuar hasta que aparezca una señal más favorable —comentó, como si ignorara mi opinión sobre este juego de adivinos.

—Si crees en las premoniciones, Juliano, no hay razones para pensar que un cometa no es un signo favorable —dije.

Permaneció en silencio largo rato, sin dejar de mirar el cielo.

—Cesáreo, he perdido la confianza. Esta noche he vuelto a tener el sueño, el Genio de Roma.

—Lo sé, Juliano.

Me miró sorprendido.

—Esta vez ha sido diferente. Ella me tendió la cornucopia, pero estaba… vacía.

—Solo es un sueño —repuse.

Meditó mi respuesta unos instantes.

—Los antiguos dicen que el sueño tiene dos puertas: la primera es de cuerno vulgar y por ella pasan fácilmente todos los espíritus. La segunda está hecha de un marfil inmaculado, blanco, lustroso, pero por esta puerta sombras malvadas nos envían sueños falsos para que nos atormenten. ¿Por qué puerta vino a mí el sueño?

Aguardé a que dijera más pero calló, y cuando me volví se me apareció agotado y menudo, con los hombros hundidos y una expresión de desaliento en el rostro.

—Mañana —dije con firmeza— harás lo que debas hacer para garantizar la seguridad del ejército.

Suspiró cansinamente y me miró con resignación.

—Cesáreo, lamento haberme burlado de ti hace unos minutos —dijo—. Sabes que, en mi opinión, no existe un hombre más valiente que tú, tanto dentro como fuera del campo de batalla. Mañana permanece a mi lado.

Que Dios me perdone por haber obedecido su orden. Para gran perjuicio de Juliano, me quedé con él hasta el final.



VII

El día siguiente fue testigo del traidor ataque de Sapor con los elefantes que ya te he relatado, hermano. Mientras los enfurecidos galos trepaban sobre los animales muertos y moribundos en pos de los persas con el fin de desquitarse, yo procedí a extraer la punta de hierro de la larga lanza que se había clavado en la costilla de Juliano, rompiendo el hueso en el proceso. Sostuve la punta del arma frente a mí, contra el pálido cielo, y contemplé su contorno simétrico y mortal. Permanecí así largo rato, admirando la hermosa lisura del hierro, las equilibradas lengüetas, los cantos afilados como cuchillas intactos pese al impacto contra el hueso, su eficacia incólume, su capacidad de matar todavía insatisfecha.

En el desierto, en lo alto de una montaña, a Cristo se le ofreció la oportunidad de cambiar el curso de la historia cometiendo un pequeño acto degradante. El motivo de ese acto era indigno y carnal, y Él, que era divino, se negó. En mi caso, el motivo era divino, pero yo era carnal. Acepté el trato, si bien en aquel momento tan complejas consideraciones, tales reflexiones, no pasaron por mi cabeza. Al bajar la vista hacia Juliano, que permanecía inconsciente, advertí en su cara la misma expresión de angustia que había visto la primera vez que lo encontré soñando con demonios y cristianos en su tienda, y simplemente obedecí al Espíritu que me impulsaba a hacer lo que aquella noche había cruzado por vez primera mi mente. Me incliné y satisfice el potencial sanguinario forjado y limado en esa punta de lanza cuidadosamente moldeada por un herrero anónimo que nunca conocería la hazaña que su obra había llevado a cabo.

Cuando me levanté, ordené al pelotón de caballería que trasladara a Juliano al hospital de campaña instalado por el oficial

de intendencia. Nadie había sospechado ni por un momento que entre los caídos se encontraría el propio emperador. Una vez que se hubieron marchado, anduve a tientas por la maleza y las cenizas del campo de batalla recogiendo el instrumental que había dejado caer mientras atendía a Juliano y subí a mi caballo para seguirles.

Poco después, cuando llegué sucio y cubierto de sudor y del polvo de la batalla, Juliano ya había sido desmontado del caballo y llevado al interior de la tienda. Fuera, los guardias vociferaban en un latín de campamento con acento galo que apenas logré comprender. Dispersé la alborotadora aglomeración que empezaba a formarse alrededor de la tienda y entré. Juliano yacía en un catre limpio, donde Oribasio le estaba desnudando para lavarle.

El médico levantó la vista cuando me acerqué.

—Gracias a los dioses que estabas con él cuando cayó, Cesáreo —dijo—. Corre a lavarte y ven a ayudarme. La punta de la lanza le ha penetrado el hígado.

—Me lo temía —murmuré antes de ir a por agua.

—¿De veras? —preguntó una voz fría.

Frené mis pasos y me di la vuelta. No había reparado en su presencia al entrar, pero ahora salió de las sombras y avanzó hasta Juliano sin apartar sus ojos de mí.

—Buenos días, Máximo —dije con calma—. No te había visto.

Sin devolverme el saludo, me habló con su voz aguda y condescendiente.

—Los guardias que lo trajeron explicaron que la jabalina se había detenido en las costillas. Sin embargo, ahora la encontramos en el hígado.

Me burlé.

—Los guardias no saben nada de medicina.

—Ah, pero tú sí. Y sin embargo no intentaste extraerla.

Guardé silencio. Máximo aún no había dirigido la mirada a Juliano pese a tenerlo al lado. Inclinado sobre la herida, Oribasio sostenía una cataplasma de díctamo, pero había detenido su examen para escuchar la conversación.

—Al percatarme de que la punta había penetrado hasta más allá de las lengüetas, pensé que sería mejor traerlo al campamento para extraerla —expliqué con cautela.

—Comprendo —repuso Máximo, y bajó pensativo los ojos para mirar la herida de Juliano por primera vez. Por el costado solamente asomaba el fino astil de hierro. La punta estaba completamente enterrada en la carne, hecho que impedía ver si tenía lengüetas. Me percaté de mi error—. No conozco esta clase de lanza —prosiguió lentamente Máximo—, pero es evidente que tú sí. Resulta extraordinario que supieras que la punta, pese a estar tan hundida en el hígado, tenía lengüetas.

Le sostuve la mirada y me obligué a conservar la calma mientras hablaba.

—Es la jabalina de infantería que emplean habitualmente ambos bandos. He visto muchas heridas de esta índole entre nuestros hombres durante la marcha.

En el semblante de Máximo apareció un atisbo de decepción. Con todo, no se dio por vencido y prosiguió con su astuto interrogatorio.

—Y estos cortes en las manos… El guardia dijo que Juliano agarró la punta con tanta fuerza que se cortó los dedos. Sin embargo, a pesar de sus hercúleos esfuerzos, no logró extraerla aun cuando se hallaba hundida en un tejido blando.

Independientemente de lo que Máximo diga, incluso cuando no habla, la mandíbula se me tensa de irritación y el sudor empieza a pelarme las sienes.

—El emperador debió de cortarse con su propia espada al caer del caballo —aventuré—, y estaba demasiado debilitado por la caída para poder tirar de la lanza. Como ves, todavía está inconsciente.

Máximo me miró con los ojos destellantes y yo salí de la tienda con paso lento.

Esa noche, Juliano repartió sus bienes terrenales entre sus amigos, se negó a nombrar un sucesor para dirigir el ejército y en sus últimos momentos, a fin de pasar el rato y distraer la mente, trató de embarcar a Máximo y al afligido Oribasio en una discusión sobre la naturaleza del alma. Habló largo y tendido, y se han hecho muchas conjeturas acerca de la sabiduría y la profundidad de su discurso en el lecho de muerte, de su supuesta aceptación de la victoria de Cristo, de sus reflexiones sobre la curiosa naturaleza de

la muerte y sobre el sosiego con que Sócrates, Séneca y otros héroes de la filosofía aceptaban su propio sino. Tales conjeturas son falsas, pues lo cierto es que el hombre deliraba, como le habría ocurrido a cualquier persona con el hígado horadado y rodeada de un ejército hostil.

Justo antes del amanecer, presa de un estremecimiento y con un gemido de dolor, Juliano murió. Oribasio lo atendía mientras Salustio y Máximo observaban al pie del lecho y el muchacho sordomudo permanecía sentado en un rincón con los ojos muy abiertos. Yo velé a Juliano, contemplando su rostro ojeroso, atormentado por su sufrimiento y por la enormidad del acto que había cometido, hasta que se lo llevaron. Habían transcurrido poco más de tres meses desde que el ejército iniciara su marcha victoriosa desde Antioquía.

Los cinco contemplamos el cuerpo en silencio. Era un momento de sosiego antes de que la noticia de su muerte corriera por todo el campamento sembrando temores y lamentos entre los soldados. Máximo inclinó su rostro escamoso sobre Juliano, cuya barba larga y tiesa rozaba el pecho inmóvil, y miró en las profundidades pétreas de los globos oculares del difunto, vidriosos cual abalorios. Los demás le observábamos conteniendo la respiración. Finalmente, con un suspiro, se enderezó despacio.

—Su alma se ha marchado al mundo de los muertos —declaró antes de dar media vuelta para abandonar la tienda—. Ya no está.

Se hizo el silencio y Oribasio me miró con curiosidad. Tras cierta vacilación, pronuncié una oración junto al cadáver, lo encomendé a Dios e hice la señal de la cruz. Máximo, que se había detenido en la entrada de la tienda, observó la escena con expresión de desdén. Te r miné mi oración y pasé por su lado para regresar a mis dependencias, pero él me siguió y, acelerando el paso, me dio alcance.

—He dicho que su alma *se ha ido* —repitió entre dientes.

Me detuve y me volví hacia él, sorprendido de que se molestara siquiera en dirigirme la palabra.

—Yo creo —repuse— que si se arrepintió antes de morir, resucitará. Su alma irá al Paraíso. He rezado para que así sea.

Máximo meneó despectivamente la cabeza mientras

caminábamos envueltos en la luz grisácea del amanecer.

—Todo tiene su opuesto, médico, como el día tiene la noche, y el calor, el frío. El opuesto de la vida es la muerte, el opuesto de la existencia es la nada. Si Juliano ya no vive, significa que está muerto. Su alma renacerá en otra época, en otra entidad, pero Juliano está muerto.

Desvié la mirada y apreté el paso, pero Máximo se negaba a ser desoído. Sus cortas piernas se esforzaban por mantener mi ritmo, dos pasos suyos por un paso mío, como si anhelara inexplicablemente mi compañía. Volvió a hablar, esta vez con insistencia y apremio en la voz.

—También todo hombre tiene su opuesto —prosiguió—, como César tenía a Bruto, como Jesucristo tiene a Lucifer.

Sentí un escalofrío al oír el nombre de Nuestro Señor en esos labios blasfemos, pero me intrigaron las palabras del hombrecillo, su visión del mundo como un reino de contrarios, cada objeto con su opuesto, cada hombre con su doble maniqueo.

—¿Quizá como Juliano tenía a Constancio? —aventuré con cautela, aunque tratando todavía de alejarme.

—Quizá.

Guardé silencio y Máximo siguió mirándome con una expresión inescrutable.

—¿Y quién sería mi opuesto? —pregunté.

El hombrecillo sonrió dejando al descubierto su mellada dentadura.

—Médico, tú eres sanador —se limitó a decir antes de desviar la mirada hacia el altar del campamento, adonde uno de los etruscos conducía un buey para el sacrificio matutino de Máximo—. Eso significa que tu opuesto… soy yo.

Rompió a reír mientras desenvainaba su larga cuchilla y se encaminaba al adormilado animal. En el exhausto campamento reinaba un silencio inusual, roto únicamente por los lamentos de los heridos y el vago sonido, en las proximidades, de un canto aflautado que al principio no me llamó la atención. Me quedé donde estaba largo rato, absorto en mis pensamientos, contemplando al extraño hombrecillo, el antisanador, mi autoproclamado opuesto, mi negación, mi antídoto.

Y supe que, en ese aspecto, Máximo se equivocaba.

Giré sobre mis talones y eché a andar hacia mi tienda, pero el extraño canto se filtró de repente en mis pensamientos y tuve la sensación de que me seguía. Me detuve y escuché atentamente el canturreo. Luego, presa del asombro, me di la vuelta. De pie, en medio del camino de tierra, entre dos hileras de tiendas, mirándome pero sin osar acercarse, estaba el muchacho persa sordo, que había salido de la tienda de Juliano detrás de mí. Las palabras, casi ininteligibles, del antiguo himno cristiano que entonaba fueron, creo, las primeras que cruzaban sus labios, pero la sencilla y repetitiva frase siempre permanecerá en mi cerebro.

Padre que estás en los cielos…
Aleluya…
Padre que estás en los cielos…
Aleluya…

Las lágrimas brillaban al rodar por sus mejillas cubiertas de tierra. Su canto era tan humilde —un graznido, un susurro, unas pocas palabras entonadas con una melodía apenas distinguible, un himno terrenal que era pura sencillez— pero para mis oídos resultaba tan exultante y sentido como el coro de la gran Iglesia de Constantinopla. Descalzo y andrajoso, permaneció en medio del polvo, mirándome, y su rostro se iluminó con una sonrisa radiante.

Palabras sencillas. Un hombre sabio me dijo en una ocasión que no es posible expresar mayor júbilo por la Creación, mayor optimismo en la perfección del Reino que está por venir, que mediante palabras sencillas.

Y el sol salió un día más.

NOTA DEL AUTOR

El emperador Juliano falleció en Maranga, en el año 363, a causa de una lanza arrojada por una mano anónima. Tras su muerte, se ofreció el Imperio a Salustio, que lo rechazó por razones de edad. La corona pasó entonces a Joviano, general de Juliano, que se vio obligado a ceder vastos territorios romanos a los persas y escapó del desierto con gran pérdida de vidas entre sus hombres. Pereció seis meses después en su habitación por el humo tóxico de un brasero de carbón. Al igual que Juliano, fue enterrado en Tarso, la patria del apóstol Pablo.

Con el emperador Valente, Máximo perdió sus privilegios y, tras varios cambios de fortuna, en el año 371 fue decapitado en Éfeso acusado de conspiración.

San Gregorio Nacianceno, hermano de Cesáreo, fue nombrado obispo de Constantinopla y se convirtió en uno de los grandes padres de la Iglesia.

Cesáreo recibió el cargo de tesorero provincial de Bitinia por designación del emperador Valentiniano y sobrevivió milagrosamente a un terrible terremoto que devastó Nicea. La experiencia le indujo a regresar a su Nacianzo natal para llevar una vida de oración y soledad, mas en el año 369, a la edad de treinta y ocho años, murió en misteriosas circunstancias. Más tarde fue canonizado, por razones que se han perdido en la neblina de la historia. La festividad de san Cesáreo se celebra el 25 de febrero.

Ut digni efficiamur…

AGRADECIMIENTOS

La de Juliano, es una vida de las más extensamente documentadas de todos los emperadores romanos, lo que representa una ventaja y un inconveniente para el novelista histórico. El propio Juliano era un escritor prolífico, incluso obsesivo, y lo que se conserva de sus obras ocupa tres tomos completos de los textos clásicos de Loeb. A través de ellas podemos obtener una impresión sumamente interesante de la personalidad de Juliano, de sus inquietudes intelectuales, sus miedos y sus creencias religiosas, e incluso de su vida cotidiana. He procurado, en la medida de lo posible, incluir sus propias palabras en los diálogos de esta novela.

Igualmente valiosa, desde el punto de vista histórico-militar, es la historia de la última etapa del Imperio Romano escrita por Ammiano Marcelino, soldado que acompañó a Juliano y a sus predecesores en numerosas campañas. Como «hombre de trinchera», Ammiano presenta una visión fascinante de esos acontecimientos, una visión tan gráfica y emocionante que la mera ficción jamás podría superarla. Sus obras abarcan muchos años tanto anteriores como posteriores a los acontecimientos narrados en este libro y constituyen una lectura fascinante para quienes deseen ahondar en el tema.

También son muchas las epístolas de san Gregorio de Nacianzo que han sobrevivido para brindarnos una visión documental de la oposición cristiana a Juliano durante los últimos años de su vida, si bien la objetividad de Gregorio se ve mellada por su odio manifiesto al emperador. El séptimo sermón nos proporciona, además, la escasa información que poseemos sobre la vida y la carrera de su hermano Cesáreo, el médico imperial de Constancio y Juliano.

Entre las fuentes secundarias fiables están los clásicos, como la

indispensable *Historia de la decadencia y caída del imperio romano* de Gibbon, y obras menos conocidas pero igualmente meritorias como las maravillosas biografías de Juliano escritas por Giuseppe Ricciotti, Gary Bowerstock y Polymnia Athanassiadi; trabajos de historia general como *La vida cotidiana en Roma en el apogeo del Imperio*, de Carcopino; obras especializadas como *Pagans and Cristians* de Robin Lane Fox, y *The Elephant in the Greek and Roman World*, de H. H. Scullard, y manuales técnicos de la Antigüedad como *Del arte militar de la caballería*, de Jenofonte, y *Epitoma Rei Militaris* de Vegetio. También obtuve material sobre los estilos de vida y modos de pensar de la época de obras que son casi contemporáneas de Juliano: la *Historia secreta*, de Procopio, las *Meditaciones*, de Marco Aurelio y las *Confesiones*, de san Agustín quizá sean las más conocidas de las muchas que pertenecen a esa categoría, y con ellas he contado.

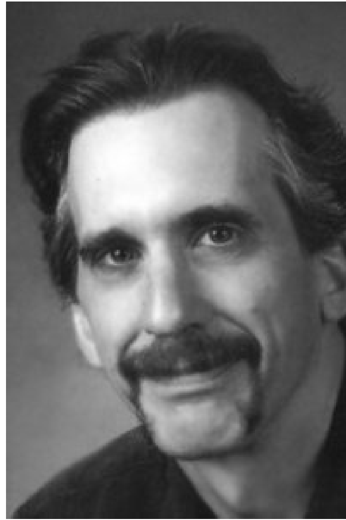
Los lectores interesados en la literatura clásica encontrarán en este libro, si lo leen detenidamente, gran número de referencias a la misma, sobre todo a *La Eneida*, de Virgilio. Y como todo escritor que se dedica a la Antigüedad, siempre me aseguré de tener cerca mis gastadas ediciones de Homero.

Soy el primero en reconocer que no habría sido capaz de llevar a cabo este proyecto solo, y aunque las limitaciones de espacio me impiden expresar mi agradecimiento a todas las personas que me ayudaron, sería una negligencia por mi parte no mencionar a las más importantes. La más obvia, cómo no, es Pete Wolverton, mi editor. Siempre le agradecí y apliqué minuciosamente sus sinceras opiniones y generosos comentarios, los cuales contribuyeron a mejorar enormemente este libro. Mi amigo y profesor de latín M. D. Usher me brindó valiosos consejos técnicos e históricos que le agradezco profundamente. Richard Ruud, comisario del distrito segundo del Departamento de Prevención de Incendios del condado de Clallam (Washington), me enseñó cuanto necesitaba saber sobre combustión orgánica. Y mis agentes, Bob Solinger y Mir Bahmanyar, se mostraron siempre dispuestos a darme un empujón o una lección de realismo cuando más lo necesitaba.

Mi mayor agradecimiento, naturalmente, va dirigido a mi familia, por su paciencia y apoyo inagotables frente a las presiones

y dificultades que acompañan al trabajo de un escritor. Gracias, Eamon, por el café de las mañanas y las invitaciones a jugar. Gracias, Isa, por el acompañamiento de tu tarareo y los fabulosos abrazos a la hora de ir a la cama. Gracias, Marie, por los sueños y las esperanzas. Y, sobre todo, gracias, Cris, por tu aliento y consuelo, y por hacer que todo sea pleno. La vida, sencillamente, no puede ser mejor.

M. C. F.



MICHAEL CURTIS FORD. (Washington) es un novelista histórico estadounidense. Sus obras tratan sobre Roma Antigua y Grecia Antigua. Es conocido por sus historias llenas de emoción y su precisión histórica. Actualmente trabaja como profesor de latín, traductor y escritor. Vive en Oregón con su familia: su mujer y sus tres hijos.

Es licenciado en Filología Románica por la Universidad de Washington y en Ciencias Económicas por la de Princeton. Ha ejercido los más diversos trabajos, entre ellos profesor de latín. Además de dedicarse a la escritura, trabaja como traductor.

Es autor de artículos sobre temas militares antiguos y de novelas históricas desarrolladas en los tiempos de la Grecia y Roma antiguas, caracterizadas por su alta acción y buena documentación.